This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

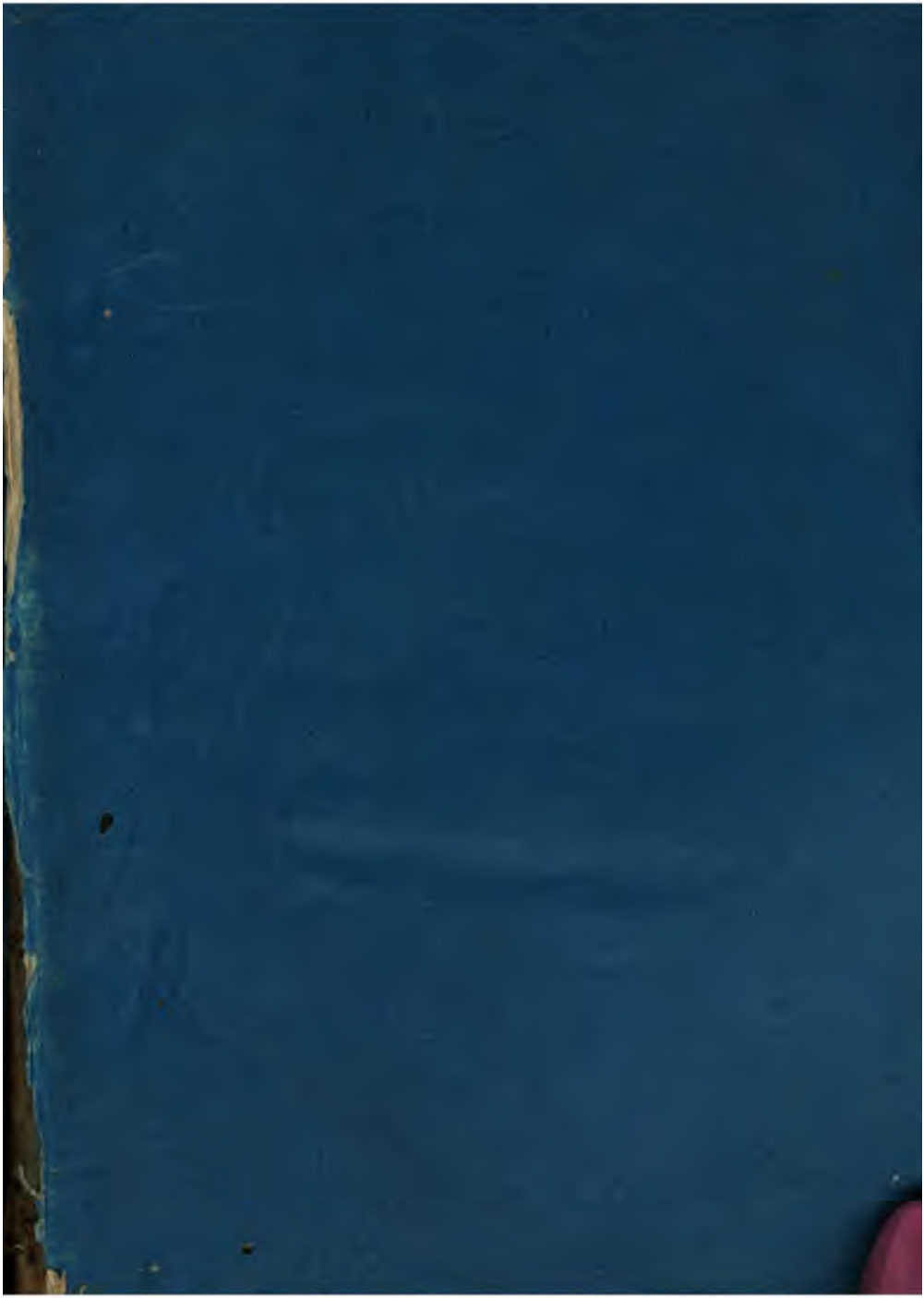
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`



PROPERTY OF
University of Michigan Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS

Olavide y Jáuregui, Pablo Antonio José de

EL EVANGELIO

EN TRIUNFO,

Ó HISTORIA

DE UN FILÓSOFO DESENGAÑADO.

OCTAVA EDICION.

TOMO QUARTO.

EN MADRID:
EN LA IMPRENTA DE DON JOSEF DOBLADO.
AÑO MDCCCVIII.
CON REAL PRIVILEGIO.

BT
1100
.042
1803
V.4

Pietas ad omnia utilis est, promissionem habens vitæ, quæ nunc est, & futuræ.

La piedad es útil para todas las cosas; pues contiene la promesa de la vida presente y de la que está por venir.

1. *ad Timoth.* IV. 8.

Spanish
Iturriaga
2-7-50
69439

CARTA XXXIV.

El Filósofo á Teodoro.

Teodoro mio: ya recibí la nueva carta que esperaba, y te la voy á copiar literalmente. Dice así:

Hoy, Señor, es el dia de los pobres, y empiezo por confesar, que la naturaleza basta para excitarnos á la compasion y amor que se les debe; pero ¡qué diferencia entre la humanidad natural que el tumulto de las pasiones adormece y aletarga tantas veces, y la sensibilidad siempre viva que despierta y anima la Religion! Sin duda que la naturaleza inspira estos sentimientos; pero los vicios los sofocan, y yacen muertos en los corazones de que se apoderan. La gloria de la fe es, que jamas entra en ellos, sin que al instante los resucite.

2-9-50 Cop

Bien puede ser que los tenga el que nunca ha conocido la doctrina de Jesu Christo; pero es muy dificil que pueda conservarlos animados y vivos aquel que despues de haber visto la grande luz del Evangelio, despues de haber reconocido su profunda sabiduría, los prostituye y abandona por el interes de sus pasiones, y es mas dificil que los tenga aquel que despues de haber conocido la Religion, adopta con obstinacion el absurdo sistema de la incredulidad. Un entendimiento tan torcido, que no alcanza á ver la luz, que ella derrama, un corazon tan mal formado que no fuera ca-

paz de sentir los efectos que inspira, no lo seria tampoco de ninguna sensibilidad humana; seria un ente nulo, y que no pensaria mas que en sus propias y viles satisfacciones; pero por fortuna no se hallan, ó son muy raros estos monstruos.

Vos me direis, que no todos los incrédulos cierran su corazon á toda especie de conmiseracion y generosidad, y que muchos de los infelices deben una parte de los socorros, que sostienen su penosa existencia, á hombres que se han dexado arrastrar por la corrupcion del siglo al abismo de la irreligion; y yo confesaré que así es. Desapruebo mucho el zelo injusto y amargo de los que quieren disminuir el bien que otros hacen, ó envilecen los motivos que los animan. Se debe estimacion y respeto á toda criatura que socorre, alivia ó consuela á otra, sin exâminar la intencion que la determina; porque el deseo sólido y esencial de un corazon christiano es que el desvalido sea ayudado, y el indigente socorrido.

Pero no es eso lo que quiero decir. Yo supongo un hombre, y no creo el caso posible, á lo ménos no he conocido á ninguno, que despues de haber visto la luz, creyera no haberla visto, y quedara enteramente convencido de la realidad de las tinieblas. Aunque repito, que este hombre no exîste, ó que es un monstruo raro, le supongo, y de este digo que no fuera capaz de ninguna humanidad verdadera, y que si se vieran en él algunos vestigios, seria menester atribuirlos á los intereses de la política, ó á los artificios de la ambicion.

Vos podreis citarme hombres que no solo satisfacen sus pasiones, sino que se jactan de su incredulidad, y que con todo son generosos y benéficos, y aquí está, señor, vuestro engaño, porque vos los suponeis tan incrédulos como aquel de quien hablo, y como ellos parecen y se dicen; pero en efecto no lo son. Acordaos de Don Manuel. Sabed que todos ó los mas que viven á gusto de sus pasiones, aunque parezcan incrédulos, y aunque ellos trabajen por persuadírselo á sí mismos, y persuadirlo á los otros, conservan á su pesar las ideas de la Religion en mas alto grado que quisieran, y tal vez mas impresas de lo que imaginan.

Así si por acaso observais que alguno, á pesar de los vicios á que se abandona, á pesar de las impiedades á que se entrega, y de la notoria incredulidad que profesa, tiene buen corazon, y que con ánimo compasivo y generoso socorre al indigente, consuela al afligido, y sostiene al débil contra el fuerte, tened por cierto que él ha pretendido, por contentar sus pasiones, arrojar de su seno una Religion que le parecia incómoda; pero que ella está todavia escondida en su corazon, y que quizá un dia volverá á restablecerse con honor. Creed que todo lo que conserva de honradez, humanidad y virtud, está continuamente trabajando en su alma para rechazar sus errores, que aquel corazon nació para ser fiel al Evangelio, que quando renunció á Jesu Christo, desmintió su carácter verdadero, y que no es propio para representar papel tan infame.

Creed que su incredulidad no es mas que un esfuerzo de sus pasiones contra la evidencia y necesidad del

culto, un conato de su corazon para desprenderse de toda sujecion y sacrificio, un deseo de separarse de toda relacion que le incomode; pero pues todavia no se ha establecido centro y último fin de todas sus acciones; pues no se ha concentrado en la solicitud de su bien personal; pues no estima únicamente en los otros hombres lo que puede contribuir á sus gustos, pues no se arma con ferocidad contra lo que puede oponerse á sus pasiones insaciables, y le quedan sentimientos que le excitan á compadecerse de los males agenos, y le estimulan al socorro de los infelices, tened por cierto digo, que no es un incrédulo, sino que es un hombre enfermo, y que quando sus pasiones se sosieguen, ó la luz del cielo le alumbre, volverá á adorar la Religion que aun no ha perdido enteramente.

Hay otros ménos temerarios, y que no tienen osadía para tanto arrojo, hombres que no llegan á la extrema depravacion, que conservan la impresion de algunas virtudes, y respetan la decencia; pero estos no han de ser contados entre los monstruosos campeones de la irreligion. Despues de devorar todas las angustias y remordimientos que cuesta el vicio, despues de perder todas las esperanzas y consuelos que ofrece la virtud, no logran el título de Filósofos ni la consideracion de los corifeos de la secta.

No cito, señor, otro testigo que á vos mismo. Nadie mejor que vos puede distinguir la diferencia que hay entre la caridad christiana, y la humanidad filosófica. Nadie mejor que vos puede juzgar quánto mas interes tienen los pobres, en que los Filósofos se hagan Christia-

nos, que no en que los Christianos se hagan Filósofos. Decidlo: ¿Esta humanidad que tanto se exálta, os ha hecho enxugar muchas lágrimas, quando no tenia vuestra conducta otro principio? ¿Qué comparacion entre esas liberalidades cortas, raras y pasageras, arrancadas por las importunidades y el llanto de los indigentes, con esos montones de oro sacrificados tantas veces al luxo y á la venalidad del vicio?

Siento, señor, mucho recordar vuestros errores; pero sé que no quereis olvidarlos, así para no volver á repetirlos, como para reconocer sin cesar la grande y soberana fuerza que os ha sacado de este abismo. Vos sabeis quantos miserables hubierais hecho felices, derramando en sus pobres chozas los tesoros, que invertiais en vuestros placeres pasageros. Vos sabeis como viven los de vuestra clase que siguen las mismas pisadas, y lo poco á que se reducen los beneficios del rico, que no tiene mas impulso que el de su estéril Filosofía.

Quando los gastos incesantes y renacientes de un luxo que todo lo devora, no cerraran sus corazones á las necesidades del infortunio, ¿cómo puede interesarlos el espectáculo de la indigencia? ¿cómo puede enternecerlos, si tan pocas veces se presenta á sus ojos? Porque en efecto es tan raro, que la opulencia que rodea á los ricos, sea accesible á la pobreza, como la adulacion que cerca á los grandes, lo sea á la verdad. ¿Cómo ni quándo podrá un rico interesarse por un infeliz? Él goza tranquilo en su palacio de su abundancia deliciosa, sin que miéntras el arte se apura, y la industria se anima para avivar su saciedad, y crearle nuevos gus-

tos, le venga siquiera al pensamiento, que en aquel momento hay millares de madres desesperadas, porque no pueden acallar el llanto de sus hijos que las piden pan; que hay otros tantos padres despechados, porque no pueden mantener las criaturas que les deben el sér, y que extienden sus manos inocentes, pereciendo entre los horrores del hambre y de la desnudez.

Si el rico sale del techo dorado que le cubre, la rapidez del coche que lo arrastra, le roba la vista de las miserias, y el pobre léjos de esperar algun consuelo, huye temeroso por el riesgo de hacerse aun mas desdichado. Á la clase honrada de la mediocridad está reservado únicamente el triste espectáculo de las penas y angustias de la indigencia. Los que apénas pueden vivir por su escasez, son los que mas se encuentran con la imágen espantosa de la extrema miseria, son los que ven correr el llanto, y escuchan los gemidos de los que vegetan en las tribulaciones de la mendicidad: estos como son los que estan mas cerca de la pobreza, son tambien no solo los testigos compasivos de sus penas, sino los únicos recursos de sus necesidades.

El miserable que quando se acuesta sobre su duro lecho, no sabe de dónde le vendrá el pan del otro dia, si tiene alguna esperanza de encontrarle, no es en los pórticos de los poderosos, sino en la modesta habitacion de estos hombres ordinarios y obscuros, cuyo buen corazon parte con los infelices su frugal subsistencia; de estos hombres que por amor de Jesu Christo dan á los pobres la mejor parte del triste y corto salario, que les ha costado tantas fatigas y sudores. Parece que

solo los que han experimentado las amarguras, que se sufren con las privaciones, sean capaces de enternecerse con las instancias y solicitudes de los necesitados.

La Religion Christiana es la única que puede despertar á los ricos de este letargo, la única que puede conducirlos á sentimientos de humanidad, y la única que les puede quitar el apego á las riquezas, y restituir al pobre su dignidad de hombre. Detengámonos pues un instante á contemplar el gran carácter de divinidad que resplandece en su doctrina, en esta doctrina, cuya primera basa es el desprecio del oro y de las prosperidades humanas. Considerad, señor, esta soberana fuerza del Evangelio: cómo transforma en buenos y generosos á los que le siguen, cómo produce y entretiene esta circulacion de dones y servicios que hace felices á todos, y cómo con ella afirma la seguridad y consistencia de todas las sociedades de la tierra. . . . . .

¿Qué otro Filósofo que Jesu Christo hubiera imaginado un sistema de grandeza y felicidad fundado sobre el desprecio de las riquezas y dignidades, sobre el abandono de todos los placeres de las pasiones? Ideas tan altas y tan contrarias á todos los intereses de los hombres no le podian ocurrir á ningun hombre. El Autor del Christianismo es el primero que se ha presentado al mundo, diciéndole: *Bienaventurados los pobres*; pero por eso tambien es el único que pudo asegurar, que traia una doctrina sacada del santuario de la luz eterna, en que reside la verdad, el único que ha podido decirse Enviado del Cielo, Hijo de Dios, y sabedor de sus secretos.

Los demas hombres que en todos tiempos se han ingerido á dar á los otros consejos ó preceptos, jamas han podido derivar su enseñanza de una esfera tan alta; jamas pudiéron hacer promesas tan ricas y agradables, ni presentar una perspectiva tan larga, que va mas allá de la consumacion de los siglos. Por eso ninguno se ha atrevido á proponer el sacrificio del luxo y de las comodidades de la vida. Todos consideraban á los hombres muy terrenos para que se persuadiesen, que podrian abandonar sus placeres y su gloria, y sujetarse á tan penosos sacrificios.

Jesu Christo solo pudo mostrarnos tesoros capaces de recompensar con abundancia todos los sacrificios que exîgia. Jesu Christo nos reveló misterios asombrosos y profundos, que nos prometen inmensas esperanzas. Jesu-Christo nos descubrió que somos de la familia de Dios, que nuestro Reyno, como el suyo, no es de este mundo, que el universo con todo su oro y todas sus grandezas es ménos que un frágil átomo, ménos que un menudo grano de arena, comparado con la elevacion y la inmortalidad de una alma, que el hombre tiene las mas fuertes razones para despreciar todo lo que en la tierra parece mas precioso; porque siendo semejante á Dios eterno, sobrevivirá como él al trastorno de todas las fortunas, y á la destruccion de todas las riquezas.

Por eso Jesu Christo, y Jesu Christo solo pudo, revestido de tan nueva y divina luz, mostrar un carácter tan superior, y hablar con un estilo que ningun otro ha podido imitar. Si la austeridad de sus preceptos hace estremecer nuestros sentidos, si la inflexîble severidad

de su Ley hace temblar nuestra flaqueza, y si nos sujeta á desapegos y privaciones que consternan al amor propio, tambien nos da los medios de sostenernos, para que nuestra razon obtenga la victoria en esta lucha. Nos advierte que somos demasiado grandes para apegarnos á lo que perece, y que siendo formados á la imágen de Dios, solo una felicidad infinita puede llenar las medidas de nuestro corazon.

¡Qué consuelo! ¡qué perspectiva para el pobre! ¿Cómo pueden afligirle las privaciones y los sufrimientos de esta vida, si sabe que quanto mas padece, quanto mas desnudo se vé, tanto mas dispuesto está para conseguir la inmensa gloria, y el Reyno eterno que está destinado á los Mártires de la abnegacion y de la penitencia?

En efecto, señor, yo corro con mi imaginacion la Escritura sagrada, yo la repaso en toda su extension, y observo que en todas las ocasiones, y desde los primeros tiempos á los últimos la pobreza ha sido siempre objeto de su estimacion y sus elogios. Los Profetas que nos mostráron de tan léjos las condiciones y promesas del Evangelio, quando hablan de ellas, nos transportan á sitios pobres, á lugares humildes, á las cabañas que la paja cubre, y en que habita la dulce inocencia en medio de la modesta pobreza. Como si Dios escogiera estos simples y tranquilos asilos, para cumplir allí los designios mas grandes, y derramar en ellos los tesoros de su magnificencia: ¡Ó montañas! decian, preparaos á recibir esta paz tan deseada, esta paz que solicitais para consuelo de sus habitadores afligidos y menesterosos.

Todas las figuras con que los oráculos divinos anun-

cian la salud á los hombres, son siempre favorables á los pobres. Ya son arroyos abundantes, que corren deliciosos en los amenos campos que cercan las humildes chozas del triste mendigo, de la viuda afligida, ó del laborioso Labrador; ya son raudales cristalinos y misteriosos, que la misericordia divina hará á su tiempo brotar de las inagotables fuentes del Salvador.

Otras veces: las colinas y los valles, las ciudades y los desiertos, los peñascos y los troncos se agitarán con alegría quando vean que viene su Señor, se regocijarán con todos los infelices de la tierra, de su libertad y elevacion; porque este Libertador tan necesario al universo, será especialmente Protector de los abandonados, arrimo de los débiles, Padre de los huérfanos, y el título de pobre será siempre para él grande y respetable.

Llega en efecto el memorable instante señalado para la Redencion del género humano, y el mas alto de los misterios, aquel gran secreto que estaba oculto toda la eternidad en el inescrutable abismo de los decretos divinos, se revela y se executa en el seno de la pobreza y en el silencio de la obscuridad. Los Libros santos dicen: Quando la noche estaba en la mitad de su carrera, quando el cetro de los Césares sojuzgaba al universo quando todas las naciones estaban reducidas á un yugo de espanto y de terror, quando todo parecia inmóbil en la tierra, y que en fin una paz universal y profunda indicaba ya el grande acontecimiento que debia mudar el aspecto de todos los Imperios, de repente y en un rincon obscuro, sin que los Grandes del mun-

do lo superan, el Christo de Dios vino á coronar las esperanzas de quatro mil años.

El Verbo divino, la sabiduría increada, el Autor de la vida, el que es la vida eterna, y que hasta entónces no habia residido sino entre los esplendores de su Padre, se encontró en el intacto seno que su Divino Espíritu dispuso para que fuese digno de ser su tabernáculo, y en esta manifestacion de su gloria en la tierra puso fin á todas las revoluciones, que habian preparado tan inefable término.

Este grande suceso superior á todas las ideas de los hombres, que los siglos no viéron, que no volverán á ver, y que solo pudo entrar en la infinita extension de la mente divina, se executa todo entre Dios y una humilde Doncella, y en el solitario recinto de una pobre casa. El Evangelio mismo para contar un hecho tan inaudito como sublime, y que no cabe en las ideas de las inteligencias superiores, solo dice con simplicidad: María parió á su Hijo, y le reclinó en un pesebre, porque no habia otro lugar en la posada.

De manera que Abrahan y todos los Patriarcas, Moyses y todos los Profetas, Jerusalen y toda la pompa de su culto, los Israelitas y todas las magnificencias de su Templo, toda esta economía tan antigua como misteriosa, esas ceremonias en que todo era tan venerable y tan augusto, ese grande y rico aparato, esas predicciones, esas figuras, esos inmensos preparativos anunciados desde tan léjos, en fin quanto Dios habia hecho desde que crió el mundo hasta aquel instante venturoso, todo se halló cumplido y terminado, y todo está comprehendido en este

corto y sencillo discurso del Evangelista : *María parió á su Hijo, y le reclinó sobre un pesebre.* El lugar mas humilde de la tierra se transformó en el primer Templo, que el Santo de los Santos consagró con su augusta presencia, y el deseado de las naciones manifestó en el desabrigo, en la indigencia y la desnudez con que entró en el mundo, las primicias del tesoro con que debia enriquecer al universo.

Los primeros confidentes de esta grande noticia, que interesaba tanto á todas las naciones de la tierra, son tambien hombres simples, pobladores de los campos, y de la clase de los pobres y pequeños. Habia en aquella region Pastores que pastoreaban sus ganados, y estos son los primeros á quienes el Cielo anuncia la venida del Reyno de Dios. Estos rústicos Pastores desconocidos á toda la tierra son preferidos, y Dios los tiene por mas dignos de entrar en los secretos de su sabiduría, que los terribles depositarios del poder romano, que se imaginaban árbitros de los destinos del universo.

Era justo, señor, que pues la eterna Santidad baxaba de las alturas de su sólio para destruir las iniquidades de la tierra, escogiese su habitacion entre las clases que no estaban deshonradas con los vicios, que prefiriese lo que no estaba depravado, y que hiciese brillar los primeros rayos de la luz, que preparaba para alumbrar al universo, á los ojos que no estaban ofuscados por las pasiones, porque eran mas inocentes.

En todo tiempo la gracia ha huido de los que abusan de la prosperidad y de las riquezas, y ordinariamente es mas fácil encontrar virtudes, buscándolas en

los desiertos ó en las cuevas, y tambien en esos recintos escondidos, donde en la austeridad de una vida humilde y laboriosa la mano del Señor labra en silencio las indestructibles piedras de su eterno edificio. La morada de los Santos suele hallarse en esos templos solitarios y rústicos, en que la Sangre del Cordero marca mas escogidos que en los altares magestuosos de las ciudades opulentas, donde el fastuoso cortejo del orgullo viene muchas veces á profanar la santidad del Ara. La luz de Dios por su naturaleza inescrutable es mas inaccesible á los sabios, á los ricos y á los grandes del siglo, y manifiesta mas á los sencillos y los pobres aquel esplendor radioso, que eleva nuestras inteligencias sobre las Dominaciones y los Tronos.

El verdadero Bienhechor del género humano fué Jesu Christo, Señor nuestro. Sin duda que vino á iluminar todos los hombres; pero parece que se dedicó con atencion mas cuidadosa, con mas amoroso afan á consolar á los humildes y los pobres, como si el cuidado de evangelizarlos fuera el mas glorioso, ó el principal carácter de su ministerio. Seguid á este Hombre Dios en los continuos y penosos trabajos que emprendió para santificar á los hombres, y vereis que los lugares mas comunes y obscuros fuéron el teatro de sus predicaciones, y que los mas infelices eran los objetos mas ordinarios de su aplicacion y de su ternura.

Si alguna vez parece en presencia de los grandes del mundo, como que suspende entónces la actividad de su zelo; el austero y profundo silencio que guarda, parece advertir que los dichosos del siglo no son los mas

propios á recibir la doctrina del Evangelio. Si se digna tal vez de hacerles oir su voz, el discurso que pronuncia es corto, rápido y grave, dando á entender que su Gracia no puede encontrar en almas corrompidas por la prosperidad cosa alguna, en que puedan fructificar los sentimientos de la Fe.

Pero observadle en medio de los pobres. Allí le vereis con toda la amenidad de su dulzura. Parece que está con ellos, como un padre en medio de sus hijos, como un padre tierno, que quando está con su familia, dilata su corazon en el seno de la naturaleza. No hay mas que ver como los trata, para reconocer que de esta porcion desvalida y despreciada cuenta sacar los herederos de su Reyno, y los compañeros de su gloria.

Quando recorre las Aldeas y Lugares de la Judea y Galilea, los pobres son los que le acompañan, con los pobres toma sus inocentes y sóbrias comidas, á los pobres hace ver con sus milagros la Divinidad de su doctrina y la de su Persona, entre los pobres escoge sus cooperadores para salvar al mundo, á los pobres promete, que un dia se sentarán sobre tronos excelentes, y juzgarán con él todas las Tribus y generaciones humanas. Á los pobres dixo: Vosotros sois mis amigos, mis parientes, mis hermanos, mi grey, mi eterna compañía; y finalmente sobre los pobres tenia los ojos fixos, quando exclamó, levantando las manos: Padre santo mi deseo es, que los hombres se vean conmigo en la gloria, donde habito de toda eternidad; para que vean mi esplendor, y conozcan quánto me habeis amado desde ántes de la creacion del mundo.

¿Cómo pues un pobre que por sí solo debe conmover á piedad todo buen corazon, no excitará el respeto y la ternura de un christiano? El exemplo de su divino Maestro debe transformar su compasion en reverencia, y darle el carácter de una especie de culto religioso. ¿Qué objeto puede haber mas venerable, y mas sagrado para el que conoce y adora á Jesu Christo! Un pobre paciente, que sufre resignado sus miserias, es un emblema ó una representacion del sacrosanto y doloroso misterio de la Cruz.

¡Ay señor! ¡qué viva seria nuestra compasion hácia los infelices, si nuestra fe nos hiciera considerar la íntima unidad del hombre Dios con los que se postran, se humillan y padecen! Los pobres virtuosos son hijos tiernos del Dios vivo, y el hombre duro que los desprecia y los rechaza, reniega de su sangre y de su Dios. Si es desalmado y perverso á los ojos de la humanidad, es sacrílego y profanador á los ojos de la Religion.

Reflexionad, señor, ¿por qué Jesu Christo se comunica con tan visible predileccion á los desafortunados de la tierra? Porque veia en ellos mártires incoados, criaturas preparadas á recibir su espíritu, almas que desembarazadas de los estorbos de la ambicion y la riqueza, no esperaban mas que el soplo de vida, con que el calor evangélico enciende lo que anima, para elevarse hasta la eternidad. Lo mas difícil para convertir á los hombres y salvarlos, es reducirlos á privaciones y sacrificios, y esta gran dificultad está vencida en los que no conocen mas que las penalidades y miserias. Con ménos embarazo lle-

gan á ser penitentes del Evangelio aquellos que lo son tambien de la necesidad.

Estos son los principios del Christianismo. Estas máximas nacen de su substancia, y de ellas debeis inferir que nuestra adopcion en la alianza de Jesu Christo es una union íntima con todos los que padecen; que pues habeis reconocido al Xefe de los que han sufrido, debeis entrar en la familia de los que sufren; que pues ya sois hijo de la Cruz, debeis ser hermano de los que la llevan; pues los pobres en el sentido mas riguroso y verdadero son ya carne de vuestras carnes, y hueso de vuestros huesos. Que por este parentesco evangélico, el mas santo é íntimo de todos, los necesitados, enfermos y miserables son ya hijos vuestros, y todos juntos sereis el rebaño inmortal del divino Pastor, y en fin que ya no pueden derramar una lágrima ni exhalar un suspiro que no sea la queja de una preciosa porcion de vos mismo.

La naturaleza nos excita á socorrer á los indigentes; pero la Religion nos lo manda, y nos grita con voz mas poderosa: *No desprecies á tu propia carne.* Así, señor, desde que vuestro corazon se volvió á Jesu Christo, se asoció con todos los que lloran; se hizo como renuevo de los santos, esto es, se declaró heredero y descendiente de los hombres que han sido mas pobres y de los que mas sufren en la tierra. Los Profetas, los Apóstoles, los Mártires, todos esos hombres divinos que ántes y despues de Jesu Christo marcháron por los caminos de la tribulacion, viviéron siempre en la indigencia, peregrináron en los montes, cubiertos con

pieles de animales, sufriéron todo género de aflicciones, no hallárcn acogida mas que en las grutas y cavernas de la tierra, y fuéron en fin despreciados y perseguidos por un mundo que no era digno de ellos. Estos son, señor, los augustos abuelos que os dió la Religion, quando os llamó á su seno, y os movió á penitencia.

Si pues entre los hombres que desprecian al mundo, y se glorían de ser christianos; se hallara alguno que fuera insensible á las miserias del indigente, se pudiera decir sin titubear, que su Christianismo es falso, y que Dios abomina sus adoraciones y sacrificios. La mas severa separacion del mundo y de sus vanidades, la renuncia mas completa y universal de los honores, es el retiro ménos interrumpido en lo interior de los oratorios ó de los templos, y en fin las mayores penitencias, lágrimas y expiaciones no pudieran presentar al cielo mas que una inanimada multitud de obras muertas, ó una abultada masa de exercicios sin consistencia ni valor, si nos obligaran á separar de los necesitados, que deben ser consolados ó socorridos.

La verdadera santidad, la que puede llamarse mas austera y perfecta, es la que produce mayor zelo, la que inspira mas tierno amor, y la que excita un interes mas vivo y mas ardiente en favor de los desvalidos. Si hubiera una Religion que se olvidara de este primer deber que es un instinto de la naturaleza y de la humanidad, este defecto bastaria para descubrir su carácter de impostura. "La verdadera Religion, dice un Apóstol (*a*), la

(*a*) *Jacob* 1. 27.

»única que puede ser agradable á Dios, padre y bien»hechor de toda criatura, es aquella que enjuga las lá»grimas de la viuda y del huérfano, y que sabe con»servarse sin mancha enmedio de los escándalos y vi»cios de este mundo."

Pues que ya haceis vuestra ocupacion mas continua de la lectura y meditacion del Evangelio, observad una cosa muy digna de atencion. En la descripcion que nos hace Jesu Christo, de lo que ha de acaecer el último de los dias, y quando se executará la separacion irrevocable de los buenos y de los malos, parece que hace depender de los pobres los eternos destinos de los hombres. Lo cierto es que el mismo Jesu Christo toma personalmente el lugar de todos los pobres; y recibe como suyos los consuelos y los desprecios que han sufrido en la tierra.

Al justo ni le pesa ni le menciona mas que las acciones y virtudes, con que ha sido útil á los menesterosos. Vosotros, les dice (*a*), me habeis dado de comer, quando tenia hambre, me habeis vestido en mi desnudez, y consolado en mi cautiverio: *Por eso sois benditos de mi Padre, que va á abriros las puertas celestiales, y poneros en posesion del reyno, que os preparó desde el principio del mundo.* Y quando maldice y arroja de sí al réprobo, tampoco le recuerda ni baldona sus desórdenes ni sus blasfemias; para justificar su terrible sentencia, solo le recuerda la dureza de su corazon poco sensible á la misericordia; por este motivo le separa para siempre de la familia de Dios, y le precipita en los fuegos inextinguibles.

(*a*) *Matth.* xx. 34.

Era menester, señor, que este gran mandamiento de la conmiseracion y caridad animase mucho el corazon de Jesu Christo, pues se aplicaba con tan incesante teson á grabarle en el de los hombres. Era menester que le interesase con extremo, pues se le ve exáltar siempre, y con los mas magníficos colores la dignidad y la excelencia de los pobres. Siempre los representa como los héroes del gran dia del Señor, como los príncipes de la eternidad, y como los árbitros de los destinos de todos los mortales.

Es propio de la justicia divina que todo lo que fué pequeño en la tierra, sea grande en el cielo, que todo lo que fué objeto del desprecio y de la injusticia de los hombres, lo sea de su divino amor, y un espectáculo excelso para los espíritus celestes, y en fin que tantos lamentos exhalados por órganos desfallecidos que oprimia la miseria con su peso, sean presagio de grandeza y de poder para el tremendo dia, en que todas las naciones trémulas y humilladas ante el trono de la suprema magestad, aguardarán el decreto de su inmutable suerte.

Decidme, señor, y consideradlo bien: ¿Habeis hallado alguna vez en la bondad natural de vuestro corazon, ó en los principios de algun sistema de Filosofía moral motivos tan urgentes y persuasivos, razones de un interes tan poderoso para obligaros con esta fuerza á ser generoso, compasivo y liberal? ¡Ay, señor! toda Filosofía sin Religion es estéril, todo moral que no pasa de esta vida es inútil: la naturaleza corrompida inspira para el bien sentimientos mas débiles que

los de las pasiones: no basta haber nacido sensible y bueno, no basta estar convencido de la satisfaccion y del honor que nos producen nuestros beneficios; son necesarios estímulos mas vivos para socorrer á los míseros con zelo, y en toda la extension de sus necesidades. La compasion quando no es mas que humana, se contenta con dar poco, y las leyes de la sociedad se cumplen con ligeros sacrificios.

El rico que en uno de sus festines consume la substancia de mil pobres, cree hacer mucho, y su corazon queda muy satisfecho, quando manda que se dé á los viejos mendigos, que el hambre devora al umbral de su puerta, los restos de su sensualidad, y de la glotonería de sus criados. Esto sucede así quando la Religion no dirige la caridad; porque en qualquier otro sistema que se proponga, las consideraciones mas imperiosas que quieran alegarse, tendrán siempre el defecto que hace lenta y corta la mano de los hombres para dar, y es que no les quitan el engaño y la ilusion en que estan, de que la felicidad humana depende de las riquezas.

Jesu Christo es el único sabio que envileciéndolas, ha sabido desengañarlos de este error, y ha enseñado esta virtud, la mas necesaria á los mortales. Es el único que ha sabido ganar á los hombres por su interes y por el lado que los podia sujetar, prometiéndoles otros bienes mayores con la esperanza de ser eternos y felices, y no se puede negar que es el único que ha tomado el camino que los podia persuadir; porque desacreditar desde luego las riquezas de la tierra, prometer por ellas un precio infinito, recompensar su abandono con una

felicidad eterna, pagar con una gloria sin fin la hábil generosidad de distribuirlas en alivio y consuelo de los que sufren la pobreza, era en cierta manera forzar al corazon humano, á que por su propio interes, pero mas noble y mejor entendido, fuera generoso y liberal; pues le hacia conocer que para ser rico y feliz en la eternidad, es menester que haga felices á sus hermanos en el tiempo.

Así, señor, quando no hubiera tantos motivos de increpar á la falsa Filosofía la injusticia de haber combatido la verdad, bastara para detestarla ver la sinrazon con que trabaja por desacreditar el Evangelio, y el insensato teson, con que procura destruir los recursos y esperanza de los pobres: jamas podrá purgarse de esta iniquidad, jamas podrá lavarse de esta mancha. Por mas que afecte en su falaz estilo usurpar los nombres de humanidad y de beneficencia, se vé que todo no es mas que ruido de palabras, rumor vano y sin efecto; porque su sistema es un sistema de inhumanidad, merecedor de todo el ódio de las almas honradas, de todo el desprecio de los corazones sensibles y buenos. Y supuesto que los pobres y los menesterosos ganan infinito en que los ricos sean christianos, el que desacredita esta Religion es un monstruo, que exerce un ministerio bárbaro y odioso.

¿Qué pues se ha de pensar de esos Filósofos atrevidos, que sin carácter ni mision para mudar la Religion establecida, tratan con osadía tan desenfrenada un culto, en que Dios es tan grande y los hombres deben ser tan buenos? ¿Qué es lo que pueden conseguir es-

tos insensatos? Cerrar á los miserables de un golpe la entrada al seno de su Dios y al corazon de los hombres, quitarles las esperanzas de la otra vida y los socorros de esta. ¿Qué males mas horribles les pudiera hacer su mayor enemigo? ¿Quién pudiera imaginar un medio mas horroroso y mas seguro de completar las desgracias de los que ya son víctimas de la adversidad y de la penuria?

Si existiera en la tierra un corazon tan bárbaro, que no pudiese satisfacer su ferocidad ó su venganza sino añadiendo afliccion al afligido, que buscase el medio de llevar el dolor y las angustias hasta el último extremo de la posibilidad, y que calculando los grados de rigor de que es susceptible el continuado suplicio del indigente, le quisiera aumentar hasta el punto en que ya no pudiera subir mas, pregunto: ¿qué otra cosa pudiera inventar este monstruo para contentar su natural feroz? Porque ¿quál puede ser el colmo, ó el último y mas acerbo grado de la desgracia y del dolor, sino la necesidad de devorar sus amarguras, sin aguardar socorro de los hombres, ni tener esperanzas en su Dios?

¡Ó pobres! ¡ó porcion respetable de mi sangre! ¡compañeros augustos y queridos de mis dulces y eternas esperanzas! No: el Dios santo, el Dios justo que os hizo, es vuestro Padre, y si os ha sujetado á las tristes solicitudes que agitan nuestra inquieta y fatigada vida, no es sin designio, no es sin un profundo motivo de su misericordia. Vosotros sois criaturas muy preciosas á sus ojos, vuestros suspiros y trabajos estan escritos

en el libro eterno. Mas se ocupa el cielo en vuestra obscura suerte, que en los grandes sucesos de todos los imperios: vuestros menores sacrificios serán coronados con todo el peso de una gloria inmortal. ¡Ah queridos amigos! no os canseis nunca de estrechar con vuestros secos y descoloridos labios esa adorable Cruz, la riqueza verdadera, y esperanza del mundo. Respirad un momento, y consolad vuestros dolores con la vista de esa víctima divina, que valora todas vuestras angustias.

Jesu Christo es vuestro solo y verdadero Padre. Unicamente á su bondad debeis el consuelo de esperar un por venir feliz, y de hallar en la tierra corazones compasivos y dadivosos. De sus templos salen los medios que os socorren, los auxîlios que la caridad evangélica perpetúa para vuestra subsistencia. La insensata filosofía hace jactancia de su humanidad; pero si faltara el Evangelio, presto veriais disminuir la circulacion de vuestros socorros.

Y vosotros, Pastores zelosos y benéficos, depositarios venerables de las limosnas que la caridad modesta esconde en vuestras manos, decidnos si la fuente que con tanto ruido mana ostentosa de la filosofía, es mas copiosa que la que trae su orígen del humilde y devoto Christianismo. Explicadnos de dónde vienen estos abundantes y sagrados tesoros que derramais sin intermision en la parte necesitada de vuestro rebaño, estos tesoros que van á buscar á la viuda desconsolada, al artesano enfermo, y al huérfano abandonado hasta en las tinieblas del rincon mas obscuro.

¡Pero adónde voy! Perdonad, señor; mi zelo me

ha transportado. Yo no queria hablaros mas que del Evangelio, y me hallo de repente en la region del entusiasmo. ¿Pero quién puede ser insensible al descubrir la dureza de los ricos? ¿Quién puede ver sin horror la bárbara conducta de los que prefieren consumir sus riquezas en frívolos y pasageros placeres, al inefable consuelo, á la renaciente y dulce satisfaccion de sostener familias virtuosas, de recompensar la inocencia, y socorrer los afligidos? ¡Ah! ¡corazones corrompidos, no conoceis, no, el indecible placer que produce en un alma sensible y generosa el enxugar con su mano el llanto de la pobreza honesta y desdichada!

Yo no puedo, señor, entrar en ningun por menor, porque esto depende de las circunstancias, y pertenece á la prudencia. Me he contentado con presentaros en general los grandes y sublimes motivos con que la Religion anima á la caridad christiana; pero un corazon que por sí mismo es compasivo y generoso, quando está ilustrado con sus divinas luces, sabe aplicar sus principios segun las ocurrencias. Yo pudiera deciros mucho mas; pero nunca dixera lo bastante, y estoy persuadido de que vos no necesitais de tanto.

Y espero que en ese lugar á que por dicha os condujo la Providencia, vais á ser á un tiempo el amigo de Dios y de los hombres. Figuraos que esa es la familia que Dios os señala, para que la adopteis. Tratadla como padre; que no haya miserables al rededor de vos, que no haya quien se aflija porque le falta pan. Dad á los unos los medios de ganarlo, dad á los otros el socorro que necesitan, enxugad todas las lágrimas, desterrad todos

los vicios, y enseñad á todos la virtud. Yo pido á Dios que os eche sus bendiciones, y que os guarde muchos años.

¿Qué me dices, Teodoro, de esta nueva carta? En quanto á mí no sé qué decir, sino dar gracias á Dios de haberme hecho conocer al hombre, que llena todas las medidas de mi corazon. Estas cartas serán mi manual y el de mis hijos. Oxalá lo fueran de todos los hombres. Ellas aumentan cada dia mi respeto hácia la Religion, y mi amor hácia la virtud, ellas me iluminan y me acaloran. Siento que me elevan á mis propios ojos, y que al tiempo que descubren mis obligaciones, me inspiran el deseo de desempeñarlas. Sí, amigo: mis hijos, mis criados, mis vasallos y los pobres van á ser el objeto de mis solicitudes. Ellos me llevarán toda mi atencion, y ya ves que no me faltará en qué ocuparme. Quando no estuviera persuadido de antemano, estas cartas bastarian á determinarme. Es imposible resistir á la verdad de los retratos que pintan, y á la fuerza de la impresion que producen. Sí, Teodoro; yo las he reflexionado muchas veces, y me han despertado remordimientos tan voraces, que no me dexan sosegar. ¡Ay amigo! si se viviera dos veces, si fuera posible que yo volviera á empezar mi carrera, ¡quán diferente seria mi conducta! ¡Qué desgracia es quedar dueño de sus acciones en edad temprana sin ninguna educacion! ¡Ser heredero y poseedor de una gran fortuna, quando ni la prudencia asiste, ni la experiencia aconseja, y sobre todo quando la Religion no alumbra! ¡qué manantial de errores y de vicios ocasiona! ¿Qué uso puede hacer de sus bienes

un jóven disoluto, sino contentar sus pasiones, y saciarse de placeres, aumentar cada dia la variedad de sus caprichos, endurecerse y hacerse insensible á los males agenos?

Esta es mi historia en compendio: y si lo reflexionas, es lo que te habrá sucedido y sucede á la mayor parte de los jóvenes que se casan. Desde que se piensa en darnos una esposa, se nos arregla un estado de casa y familia. Y como si los hombres no nacieran sino para vivir con pompa y esplendor, como si el cielo no nos concediera las riquezas sino para contentar nuestro orgullo, y hacernos brillar con un lucimiento, que en nuestro juicio nos haga superiores á los demas de nuestra esfera, los que dirigen nuestra juventud, y se encargan de formar este establecimiento, no piensan mas que en arreglar nuestro estado, y el número de los criados, y todos los demas objetos de luxo y de ostentacion.

De aquí nace que á cada uno se le arregla todo segun la renta, con que puede contar. Este es el único principio que dirige la operacion. Al que tiene por exemplo diez mil pesos de renta, se le forma un estado de mesa, coches, libreas y criados proporcionado de manera que pueda consumir esta suma. Al que tiene veinte se le da el doble, al que tuviera quarenta, se le proporcionaria el quadruplo, y esta proporcion creceria siempre en razon de la mayor renta, que pudiera tener, siendo lo singular, que en esta multiplicacion de gasto no se consultan jamas las reglas de la comodidad, sino las del luxo y de ostentacion; y que la diferencia que habrá de un hombre de diez mil pesos de renta á otro de cincuenta

será que este tendrá mas criados, coches y mulas.

Ya se ve que esta conducta tan contraria al espíritu de la Religion, es tambien insensata y opuesta á todas las reglas de una sana razon; pues nada añaden al verdadero mérito del hombre todos los falsos resplandores de un lucimiento exterior, que solo pueden servir de alimentar su orgullo. Quando no se consultaran mas luces que las de una razon natural, se debieran por lo ménos preferir las satisfacciones de la propia comodidad, y el placer de comunicarlas con los que no las tienen; pero tal es el error del mundo, y el orgullo domina tanto los corazones, que en la mayor parte de estos establecimientos no se piensa mas que en multiplicar los objetos de esta falsa grandeza, y solo se busca el medio de sobrepujar á los otros en lo que satisface una vanidad tan mal entendida.

Así se hizo conmigo. Habiendo quedado en mi tierna edad heredero de mi padre, los que descuidáron tanto mi educacion, no gobernáron con mas cordura mis negocios, y quando me casé, me arregláron una casa proporcionada á mis rentas; pero con los falsos principios de un luxo, que ellos llamaban correspondiente á mi nacimiento, y que es un delirio del orgullo. Como si la decencia necesitara vestirse de oropel, y como si la moderacion y la beneficencia no merecieran mejor el aprecio y la estimacion de todas las personas de juicio.

Como quiera que sea, yo pasé por la regla que casi todo el mundo adopta, quando se monta la casa de

un jóven rico. La mayor y la mejor parte de mis rentas se destinó en darme un gran número de criados inútiles, de coches, libreas, mulas, caballos, y otros objetos de aparato, y apénas se reservó una pequeña cantidad, que llamaban mi bolsillo y el de mi muger, y que debia servirnos para el juego y demas gastos menores. Con esto la mayor parte de mis rentas quedaba sujeta á gastos frívolos é inútiles, y apénas nos quedaba á mi muger y á mí mas que una muy corta cantidad, que necesitaba de mucha cordura de nuestra parte para ser suficiente. Pero estos hábiles arregladores para dar mas extension á los objetos de aparato, no solo nos reduxéron á facultades muy estrechas, sino que se olvidáron de los accidentes imprevistos, dexándonos en la imposibilidad de remediarlos.

Por este ridículo arreglo en que se da tanto á la pompa inútil, y á la vana ostentacion, el hombre mas rico se hace pobre; porque consumiendo tanto en gastos frívolos para objetos no necesarios, y sin los quales pudiera pasarse fácilmente, sin faltar ni á la decencia ni á la comodidad, queda reducido á cortos medios para los gastos personales; y un hombre que tiene un número crecido de mulas en su caballeriza, de que apénas puede hacer uso, se halla muchas veces sin poder favorecer á un amigo, ó socorrer á un necesitado.

Lo peor es, que hay pocos hombres que tengan bastante carácter para remediar este daño. Es menester mucha fuerza de espíritu, mucho valor, y grandes principios de razon para reformar este abuso, y descen-

der del pie brillante, en que se nos puso, y á que nos hemos acostumbrado. El orgullo se resiste á toda reforma, la vanidad no quiere oir hablar de ninguna moderacion, y lleva por fuerza una carga, que no se atreve á sacudir, prefiriendo para satisfacer á sus pasiones, medios que le conducen á la injusticia y á la baxeza.

Lo mas extraño de todo es, que en estos arreglos indiscretos jamas se tiene á la vista, ni se hace mencion de los pobres. Yo he vivido en el mundo, y he estado instruido de muchos planes de distribucion, con que se montaban las nuevas casas de los matrimonios de mi fortuna y calidad, y no he visto ninguno en que haya un artículo, cuya consignacion sea destinada á limosnas. No es creible que profesando una Religion como la nuestra, en que el mayor y mas estrecho precepto es el amor del próximo, y el del socorro de sus necesidades, no es creible, digo, que hombres que se dicen christianos, olviden así el remedio de los infelices, para aumentar el número de sus mulas y criados.

Parece que quando un christiano toma medidas para arreglar su casa, proporcionando los gastos á sus rentas, la primera partida de esta cuenta debia ser una buena cantidad consignada para socorro de los necesitados. Esta es la primera obligacion que le impone la ley de Jesu Christo. Dios no le ha dado sus rentas ni para contentar sus pasiones, ni para satisfacer su vanidad, ni para distribuirlas á su antojo, sino para que haga de ellas un uso moderado, convirtiéndolas en lo que necesita, así para su conserva-

Su providencia paternal tan extendida como sábia, á pesar de la desigualdad de las fortunas que hacia inevitable la armonía de este órden, halló los medios de conciliar esta aparente injusticia, con que parece haber tratado á los hombres, por las justas y bien entendidas leyes que les impuso, y con que atendió á la felicidad de todos. Todo lo equilibró en su económica dispensacion su sábia y próvida mano. Si á los ricos les dió mas bienes, autoridad y distincion, al mismo tiempo los cargó de mas afanes, inquietudes y obligaciones, y tambien les impuso la ley de no tomar para sí mas que lo necesario, y repartir lo demas entre aquellos á quienes no dió tanto; y si á los pobres los privó de estos bienes, fuera de los talentos que les concede, y de los medios mas fáciles que les da para la eterna felicidad, los ha puesto baxo la tutela y proteccion de los ricos.

De estos principios nace con evidencia la obligacion estrecha de los ricos de convertir todo el superfluo de sus bienes, suponiendo mucha moderacion en sus gastos, en beneficio de los pobres; y parece que en un reyno que se gloría de christiano, se debia ver una emulacion continua, de todas las clases bien estantes del estado, para hacer refluir el sobrante de sus consumos en las otras clases menesterosas. Parece que ninguna casa ni familia debiera arreglarse, sin empezar por una partida proporcionada á sus facultades, destinada para ellos; que los comerciantes, quando hacen el tanteo de sus ganancias del año, debieran partir con ellos, ó señalarles una buena parte; en fin que todos los

que viven de salarios, de su trabajo, ó de qualquier otro modo, debieran ver, si podrán sin faltar á sus menesteres, reservarles alguna especie de socorro.

Y ved aquí cómo, si se practicara el benéfico Evangelio, él solo bastaria para corregir todos los defectos de la condicion humana, y hacer felices á los hombres aun en la tierra; pero ¡ay! el mundo aborrece estas máximas, y por eso es el enemigo mayor de Jesu Christo, y aun de su propia felicidad. Todo se lo arrebata el luxo, todo se sacrifica á las pasiones, y hasta las familias ricas, aquellas que pasan por mas poderosas, y que teniendo grandes rentas, viven con mas ostentacion, no solo no tienen señalado nada para aliviar á los pobres; pero se ve en algunas que viven con mucho fausto, y no se ve que den limosna.

Y esta es una consequencia necesaria del primer pie ó reglamento, con que han establecido el gasto de su casa; porque si el padre de familias consagra la mayor parte á los objetos que se llaman de decoro y son de vanidad, si para los que llaman gastos personales no se reserva mas que una corta parte, no es posible que se pueda dar mucho. Lo que podrá hacer el mas virtuoso es dar todo lo que se reserva; pero con esto no cumple con su deber, ni lo que da tendrá proporcion con la suma de sus rentas, y con los excesivos gastos que hace en los objetos de su vanidad. Así por una inevitable consequencia de este profano método, aun los mismos que deben al cielo un corazon compasivo, y disfrutan la mayor opulencia, no pueden hacer tanta limosna como quisieran y deben.

Pero ¡ay! ¡qué pocos son los que consagran á destinos de beneficencia estos medios aplicados á sus gastos personales! Muchos los emplean en cosas de su gusto y fantasía, y estos son los mas inocentes, quando estos gastos no son mas que frívolos; pero si el vicio se introduce en su corazon, como por desgracia se introduce entre tantos, y se introduxo en el mio, entónces esta parsimonia, hija de la preferencia que se dió al luxo, será madre y causa de que á los vicios del corazon se añadan todas las iniquidades y desórdenes de la conducta. Qué puede hacer un jóven, que dueño de su fortuna y de sus acciones, se halla con muchos caprichos y pocos medios, si no lo que yo hice?

Despues que me casé, y á medida que mi corazon se iba corrompiendo se iban multiplicando mis deseos, y aumentando los motivos de mis gastos. La cantidad que me habian reservado para mi uso era muy corta, comparada con la que se consumia en el brillante exterior, de mi numerosa familia, y en el magnífico tren en que se me habia colocado, y así á pesar de la suntuosa opulencia con que vivia, presto me hallé sin poder satisfacer mis continuos é impetuosos caprichos. Un hombre de mas edad ó mas carácter hubiera podido reformar una parte de aquellos gastos extravagantes; pero en aquella edad no se raciocina bien. Era menester valor para hacer una reforma, que seria contradicha por toda la familia. Esta operacion pedia conducta, tiempo y madurez, de que yo no era capaz, y yo mismo estaba bien hallado con esta pompa, que lisonjeaba mi orgullo. Por otra parte hubiera temido el qué dirán, y me hu-

biera avergonzado en presencia de todos los amigos de mi esfera que zelosos y envidiosos de mi fortuna, se hubieran alegrado de verme decaer, y hasta mis pasiones mismas me hubieran alejado de este medio.

No hallándole pues practicable, eché mano de los que eran mas fáciles, como son el conservar el mismo inconsiderado luxo, y no pagar á los que debia. Teodoro, esta ha sido una de las principales causas de todas mis injusticias. Lo primero que hice fué abusar del buen corazon de mi santa muger, que siempre virtuosa y deseosa de complacerme, no pensaba mas que en darme gusto á costa de sus mas penosos sacrificios, y yo tan inconsiderado como injusto no hacia mas que abusar de su bondad. Empecé pues por pedirla con título de préstamo la mesada, que la estaba señalada para sus gastos personales: no se la pagué nunca, y poco á poco me apoderé de ella, de manera, que la privé de este recurso necesario, forzándola á las mayores estrecheces; y la muger de un hombre tan rico como yo, era una de las criaturas mas pobres.

Pero como esto no bastaba á satisfacer gastos que cada dia se multiplicaban, me eché á buscar dinero por todos lados, ya pidiendo prestado á todos los que podia, sin exceptuar mis propios criados, y quando con mas edad fuí mas dueño de mi autoridad y mas esclavo de mis vicios, acabé por abusar con tiranía de los medios, que me daban mis títulos y mis riquezas. No hay género de arbitrio por baxo, violento ó indigno que fuera, que yo no pusiese en práctica para juntar dinero. No reformé una mula de mi caballeriza, ni un criado de

los muchos inútiles que tenia, pero suspendí sus salarios: no les pagaba, tomando diferentes pretextos, y con la promesa de pagarles despues mejor todo; pero era para aprovecharme de aquel dinero, dando pábulo á mis vicios, y tenia la dureza de privarlos de la justa retribucion de su servicio, exponiéndolos á la miseria y á otras ruinas.

En fin el dinero era mi ídolo; toda la ocupacion de mi vida, todo el objeto de mis reflexiones, y el único estudio y empleo de mis talentos era buscarlo sin reparar en los medios. Mi corazon adquirió tal dureza, y se acostumbró de tal modo á la injusticia, que nada era capaz de detenerme. Así siempre que hallaba la ocasión, engañaba á quantos podia. Defraudaba hasta los míseros obreros del preciso alimento, y del sudor de sus propios trabajos, y llegó el caso de que por entretener mis vicios dexaba mucho tiempo aun á los que me servian mas de cerca sin los salarios que les debia. Robaba á los miserables el fruto de sus penas, engañaba á quantos tenian relacion conmigo, dexaba á mi buena muger en las mayores estrecheces, y vivia tan tirano hasta de mis propios hijos, que no solo descuidaba de su educacion, sino que muchas veces dí lugar á que les faltase lo mas necesario.

Entre los medios, que me parecieron mas prontos y mas fáciles para encontrar dinero, uno fué el del juego. La esperanza presuntuosa y ligera es la ilusion mas ordinaria de la incauta juventud, y algunos ensayos felices me hicieron pensar, que la fortuna siempre favorable me daria con su auxilio los medios de salir de mis embarazos: así me arrojé en sus brazos tan confiado como codicioso. El juego quando sale de la esfera de una di-

version honesta, no es ni puede ser otra cosa que una codicia secreta, un deseo activo de enriquecerse á costa de otros con poco trabajo y en breve tiempo. El mundo siempre errado en sus máximas no le ha caracterizado todavia con el título de infamia, como lo merece; pero en los principios de toda moral sano, y á los ojos de todo juicio recto el juego excesivo, ó por el tiempo que se le da, ó por las cantidades que se aventuran, supone siempre una alma llena de vicios, y si fuera posible no suponerlos, es infalible que el juego solo los produciria.

Mi moral no es tan severo, que yo piense proscribir el juego entre las personas honradas, que no le toman sino como distraccion y desahogo de ocupaciones sérias, que no le destinan mas que un tiempo moderado, despues de haber cumplido con sus obligaciones, y en que no se atraviesen mas que ligeros intereses, que no pueden incomodar á los que pierden. Con estos requisitos el juego puede ser una virtud en las sociedades del mundo; porque quando los hombres se juntan para desahogarse de las fatigas precedentes, puede ser no solo necesario sino útil. Ménos riesgo tiene jugar de esta manera, que exponerse á maldecir ó calumniar.

Pero no juegan así los que como yo, solo juegan para buscar dinero, y no es posible que obren así los que solo se divierten, quando llevan juego fuerte; pues es visible que no es el juego en sí mismo ni la distraccion que produce, lo que los entretiene, sino el grande interes que se atraviesa. Entónces no se puede dudar que esta es una guerra de la codicia, en que ca-

da uno procura quitar al otro una parte ó el todo de su subsistencia, y la de la familia: guerra inicua, guerra abominable, que si los usos del mundo la sufren, las leyes la prohiben, y todo sano moral la reprueba.

Este era el juego á que yo me entregué, y que acabó de arrancar de mi corazon los últimos estímulos de decencia y de honor. ¿Quién es capaz de describir los efectos de esta pasion terrible? El infeliz que se dexa arrastrar de su furor, pierde los sentimientos humanos; toda la naturaleza es nula para él; es una embriaguez que aletarga todos los sentidos: ya no vive sino para jugar; ninguna otra diversion le gusta; ningun otro objeto puede interesarle, y le fastidia todo el tiempo que no juega. No puede pensar, meditar, ni su espíritu puede sentir actividad, sino en los medios de enriquecerse con el despojo de los otros; insensible á la amistad y á todos los afectos nobles del corazon, solo desea sacrificar hasta sus propios amigos.

Todo muere para él; los objetos mas amables y dulces no tienen á sus ojos ni gracias ni halagos. La hermosura misma no le interesa. Apénas le queda lugar para el vicio fácil y pasagero en los breves instantes, que no dedica al juego; pero el amor sensible y delicado huye de su corazon: la ternura y todas las aficiones dulces, que necesitan de tiempo para la efusion y la correspondencia de los recíprocos sentimientos del alma se desaparecieron de su vista. La esposa mas amable, y que otra vez fué el ídolo de su amor, ya no le interesa, sus donosos hijos que debieran ser su mayor felicidad, ya no le divierten: insensible á todo, y sin atender

mas que al furor que le domina, abandona su casa, olvida su familia, descuida sus negocios, pasa los dias y las noches, sacrificando su salud y su inocencia al demonio que adora, y no es capaz de sentir otras conmociones que las que le produce la alternativa de sus ganancias y sus pérdidas.

Absorto en esta ocupacion tan triste como furiosa, todas las hermosuras del cielo y de la tierra se desaparecen á su vista. Ni para él cantan los cielos las alabanzas de su autor, ni la tierra le muestra en la belleza y abundancia de sus dones las obras de sus manos. Metido en la profunda caverna que es el teatro de su rabiosa codicia, ya no siente sino vegeta. Allí olvida los placeres de la naturaleza y del espíritu, allí olvida las artes, las letras y las ciencias; allí olvida parientes, amigos y familia, allí sepulta todos los afectos naturales del alma, allí entierra consigo todos los gustos delicados y decentes, y los cubre con la misma tierra con que ha cubierto su virtud y su honor.

De manera que esta pasion fatal absorve á todo el hombre, y devora todas sus facultades y potencias. Todas sus ideas se reducen á un círculo, todas sus sensaciones á un impulso, y á pesar de reconcentrarse aquí todas sus reflexiones y sentimientos, su vida es la mas agitada, y su existencia la mas tumultuosa; porque sujeto siempre á la inconstante vicisitud de la fortuna, y esclavo de los caprichos de la suerte, entre algunos de sus halagos encuentra muchos de sus reveses, sin que pueda por lo comun desquitarse ni del menoscabo que sufren sus caudales, ni de los que padecen su reputacion y su salud.

La experiencia no le desengaña; irritado por lo mismo que debiera detenerle, quando mas cerca se ve del precipicio, se empuja con mas fuerza para acabar de despeñarse. Una vislumbre de lejana esperanza le seduce, y esta ilusion que nunca le abandona, tiene tan eficaz actividad, que á pesar de los freqüentes desengaños de la suerte, y enmedio de las continuas quejas, con que acusa su inhumana esquivez, vuelve á fiarse en ella, y confia de nuevo á su capricho los últimos recursos de su substancia. En fin parece que no le queda instinto sino para perderse, y que esta funesta pasion mas exclusiva de los placeres delicados que qualquier otra, mas incorregible y sorda á los consejos de la razon que la embriaguez, llega por fin á embrutecerle. Por eso de ordinario no acaba ella sino con la vida, ó por un extraordinario impulso de la gracia.

Este fué el indigno recurso que tomé para socorrer las necesidades que nacian de mis desórdenes, y no hizo mas que aumentar mis males. Pues quando me favorecia la fortuna, gastaba fácilmente en el fomento de mis vicios lo que tan fácilmente ganaba; y quando sufria pérdidas considerables, me era preciso apurar los arbitrios mas injustos para cumplir con el falso honor del mundo, que siempre contradictorio en sus principios no desprecia al que no paga sus mas sagradas deudas, y desprecia al que no paga las del juego. Así para no merecer este desprecio, y para no perder tambien los medios de jugar, me era como preciso faltar á todas mis obligaciones, apurar todos los medios de fraude y de mala fe, vender mis posesiones, mis alha-

jas, y hasta los diamantes de mi buena muger.

Todo esto con ser tan odioso, no fuera tanto, si se hubiera quedado aquí; pero ¿cómo no llegar por el camino del vicio al abismo del deshonor? ¿Qué probidad, qué delicadeza se puede esperar de un miserable, que no jugando sino para ganar, espera que sin ser descubierto, puede forzar la suerte á que le sea favorable? Yo sé que hay grandes jugadores, y he conocido algunos, que se jactaban y tenian la reputacion de ser exâctos y escrupulosos en el juego. Ellos lo decian; ¿pero quién puede atreverse á asegurarlo? Lo que yo puedo decir es, que este hombre seria un fenómeno muy extraordinario y casi incomprehensible, ó un prodigio mas inexplicable que todos los prodigios.

Porque ¿quién me podrá persuadir, que un hombre que no teme á Dios, pues se abandona con exceso á tan detestable vicio, que olvida los mas comunes preceptos de la Religion, que tiene tan poca conciencia, que no paga las deudas mas legítimas de sus criados, mercaderes y obreros, que descuida de todas las obligaciones domésticas, que posterga la educacion de sus hijos, que menosprecia todos los respetos de la sociedad estimable, y que en fin á su propia muger y á su familia trata con injusticia, escasez y tiranía, quién, digo, me podrá persuadir, que este mismo hombre tan iniquo con todos, y que tanto atropella quantos sagrados respetos le imponen el cielo y la tierra, sea únicamente escrupuloso exâcto y delicado en el punto que interesa mas á su pasion desenfrenada, y con otro hombre que le disputa su dinero con una codicia igual á la suya?

Yo digo que seria menester una virtud consumada para resistir á una tentacion tan urgente, como la de hallarse cargado de deudas, acosado por acreedores activos, y verse en la miseria, sin medios de atender á otras obligaciones de su honor, y en peligro hasta de que le falten los de satisfacer esta pasion que le domina; hallarse, digo, en estas ó semejantes circunstancias, poder con un golpe de mala fe, en que espera no ser comprometido, reparar tantos daños, desquitarse y hacerse rico de repente, y con todo eso saber contenerse, y tener bastante fuerza para no hacer una cosa tan á la mano y tan ventajosa, por no faltar á la probidad y á la justicia, seria este un acto de virtud que no puede esperarse de aquel que en todo lo demas no muestra ninguna.

Vuelvo á decir que el hombre de la mas exercitada y escrupulosa integridad que se hallase en las indicadas circunstancias, para no ceder á la violencia de la tentacion necesitaria de mucha reflexion, de grande esfuerzo, y que esta exácta probidad seria la prueba y el fruto de su heroica virtud. ¡Y qué! ¿podré yo creer que actos tan dificiles, y que necesitan de tanto valor, los hace continuamente el que vive con la mayor relaxacion? No amigo, esto no es dado á la naturaleza humana, no puede caber en hombres que en todo lo demas son corrompidos. Es imposible conciliar tan dificil y severa probidad con la prevaricacion pública de sus costumbres.

Yo ignoro si ha existido jamas un monstruo tan contradictorio; pero sé que jamas he creido á los que se jactan de serlo, y ciertamente no lo era yo. Esta infer-

mal pasion me arrastró, como á los demas, á todos los vicios que produce, y fuera de lo injusto que me hizo con todo lo que me rodeaba, degradó mi corazon hasta las baxezas mas indignas: yo disputaba los derechos mas equívocos, me apropiaba todos los descuidos de los otros, y procuraba aun corregir la adversidad de la suerte por medios que enseña la iniquidad y reprueba el honor. ¡Ó quánto me baldona ahora mi propia conciencia! ¡quántos cargos irreparables! ¡quántas restituciones imposibles! ¡Ó quánta era la ceguedad de mi corazon, pues á cada instante me aventuraba á perder lo que el mundo llama honor, y me exponia á lavar mi afrenta con la sangre agena!

Ved aquí una parte de los efectos que produce esta loca y desatinada fantasía del orgullo, que quiere proporcionar el luxo de las casas á la medida de sus rentas. ¡Quántos jóvenes de buen corazon se han perdido por este error! Y yo mismo á pesar de mi natural perversidad, si me hubieran establecido sobre un pie de moderacion, que me hubiera permitido satisfacer otros gustos tolerados en la sociedad, no hubiera quizá llegado á tanto exceso, ó no hubiera empezado tan temprano.

¡Qué vista, Teodoro, la de esta vida, que tú y yo con otros muchos hemos pasado entre los horrores del juego, y otros gastos inmensos de nuestros muchos vicios! Quando me acuerdo de los grandes caudales que hemos derramado en una pompa frívola y despreciable, en tantos banquetes y festines, que dexan, tan poca satisfaccion, y solo sirven de contentar la vanidad, y en fin de los locos gastos que haciamos, ó en el desbarro

de un juego insensato, ó en el precio de placeres inmundos, me estremezco de horror.

Pero quando hago reflexion que de tantos gastos que me proporcionaban entónces tan pocos gustos, no me quedan ahora sino remordimientos, quando considero que con ellos hubiera podido socorrer á muchos miserables, consolar á millares de infelices, y dexar establecimientos útiles y benéficos, una justa indignacion se apodera de mi alma, me aborrezco á mí mismo, y me desprecio como el mas abominable monstruo de la tierra.

Que el cielo, que se ha dignado de iluminar mi ceguedad, extienda á tí, Teodoro mio, sus benéficas y paternales luces. Tú tendrás la ventaja de abrir los ojos mas temprano que yo. Me parece imposible que una alma tan noble y sensible como es la tuya, no sienta la fuerza de estas cartas, y no se dexe arrastar de las amables ideas que contienen. ¡Ay, amigo! abandonemos los errores que nos han cegado, huyamos de esas ciudades que nos han corrompido, busquemos en la simplicidad de los campos, en el exercicio de la beneficencia, y en la práctica de todas las virtudes la paz y el consuelo, que no nos han dado el mundo y sus placeres. Pido al cielo que estas cartas hagan en tu corazon el mismo efecto que en el mio, y que determinen á Mariano á venir quanto ántes á realizar en mi compañia imágenes tan dulces. ¿Pero por qué no me respondes? Me parece que tu respuesta tarda demasiado. Amigo, no me dilates noticias que aguardo con impaciencia, y que tanto han de contribuir á mi felicidad. Á Dios, Teodoro mio.

CARTA XXXV.

El Filósofo á Teodoro.

Teodoro mio: ¡qué alegría, qué consuelo, qué felicidad! Dios derrama á manos llenas sobre mí sus misericordias. Apénas remití al correo mi última carta, quando un criado con paso presuroso vino á avisarme, que Mariano habia llegado, y que iba á entrar. ¡Mariano! grito yo, ¡Mariano! Apénas podia creer á mis propios oidos, y sin detenerme corro precipitado á recibirle.

Discurre, amigo, quál seria el movimiento de mi corazon, quando le ví en la antesala. El gozo me transportó de modo, que me quitó la voz para poderle hablar. Mis brazos fuéron mas veloces que mi lengua, y arrojándome entre los suyos, estreché con el corazon á este amigo tan deseado, á este amigo que me envia el cielo, y que recibo de su mano. El hervor de mi sangre era tan impetuoso, que no hubiera podido sostener su violencia, si la naturaleza no me hubiera socorrido, desahogándome con un diluvio de lágrimas. Sí, Teodoro, yo inundaba con mi llanto las venerables mexillas de este amigo de Dios, que va á serlo mio. Su alma sensible se enterneció tambien, viendo la expresion de mi alborozada gratitud, y experimenté un placer indecible, quando sentí caian sobre mi rostro algunas gotas de sus llorosos ojos.

Largo tiempo duró esta comunicacion recíproca de

afectos y caricias, y hubiera durado mas, si no hubiera conocido que Mariano se desprendia de mí, pero fué para abrazar á mis dos hijos, que viéndome correr alborozado, viniéron tras mí, y estaban ya colgados de Mariano. Las amables criaturas viéndonos llorar, lloraban tambien, y al mismo tiempo reian. Mariano los besó y abrazó muchas veces, y despues de haber dado gran tiempo al desahogo de nuestros tumultuosos sentimientos, procuramos sosegarnos, y entramos en la sala.

Entónces dixe yo á Mariano: ¿Por qué, amigo, no me has avisado de tu venida? yo esperaba que Teodoro me escribiera. ¿Por qué no me ha escrito? ¡Cómo, Mariano! Yo que te aguardaba con tanta ánsia, yo que temblaba todos los dias pensando en tu respuesta, yo que temia tanto, que no querrias abandonar tu modo de vivir, y que me hallarias indigno de tus buenos oficios y amistad, yo me hallo tan dulcemente sorprehendido; tú vienes de repente á anegarme en un torrente de felicidad. Amigo, ¿no has temido que tanta dicha tan impensada y repentina pudiese sofocar mi corazon? ¿Por qué no prevenirme? ¿por qué no haberme preparado? Yo creo::: ¡Ay! ¿á qué vienes? ¿quál es tu intencion? ¿Vienes á hacer lo que Teodoro te habrá pedido en mi nombre? Que Dios mueva tu corazon, y que vengas para cerrarme los ojos, y recibir el don que te hago de mis hijos.

Yo le dixe todo esto con tanta vehemencia, y mis palabras salian tan atropelladas, que Mariano no podia ni enterrumpirme ni responderme; pero viendo que habia acabado, con ademan de inquietud me dixo: So-

siégate, amigo: yo vengo para siempre, yo vengo á vivir y morir contigo, yo vengo á ser el ayo de tus hijos, á que juntos amemos y sirvamos á Dios, y á que vivamos debaxo de sus paternales alas, aguardando el dia de la santa esperanza. Amigo, ¡que el cielo proteja á los que va á cubrir este techo, y que fiados en su auxîlio van á unirse con el lazo de la divina caridad! ¡qué su bondad los una de manera, que ni aun la muerte pueda separarlos!

Imagina, si puedes, querido Teodoro, quál seria mi gozo, quando le oí pronunciar este discurso. El llanto volvió á desatarse de mis ojos. Corrí á mis hijos, y trayéndolos á los pies de Mariano, los hice poner de rodillas. diciéndoles, que le reconociesen por su padre, que yo le cedia toda la autoridad y todos los derechos que la naturaleza me daba sobre ellos, que le besasen la mano en señal de la obediencia que le prometian, y que todos los dias por la mañana repitiesen esta señal de respeto como una renovacion de su promesa. Mis hijos lo hicieron con alborozo y prontitud; pero tambien derritiéndose en llanto, y aquí empezó una nueva escena de ternura afectuosa, que es imposible describir.

Aunque parecia que nuestra sensibilidad no podia ser mas viva, ni crecer en aquel momento delicioso, el buen natural de Félix redobló la mia; porque al mismo tiempo que por mi órden besaba la mano de Mariano, volviéndose á mí, me dixo: Pues que vos me lo mandais, yo le prometo obediencia, y le reconozco tambien por padre, pero que sea el segundo. Me parece que yo puedo tener dos padres, y no quiero que vos dexeis de

serlo mio. Sí, hijo mio, le respondí yo estrechándole contra mi pecho; el cielo me hizo un don muy precioso, dándome un hijo de tan buen natural. No: jamas, jamas me separaré de tí, ni dexaré de serlo. Los dos seremos tus padres, y Mariano lo será de los tres.

Despues que nos sosegamos, Mariano dixo: Un amigo que se llama Don Antonio, y que me ha conducido en su coche, está fuera, permíteme que salga, y te le presente. Corrí con él á recibirle, y encontramos en la antesala un hombre, que me pareció modesto, y de agradable fisonomía. Le pedí perdon de haberle hecho esperar tanto tiempo, acusando á Mariano de no haberme avisado ántes, y le hice entrar con todas las atenciones debidas.

Él nos dixo, que pensaba en continuar su viage aquella tarde. Le rogamos se quedase algunos dias con nosotros. Él se excusaba, diciendo, que el objeto de su viage era ir á América á desempeñar una comision del Gobierno, y que temia no alcanzar al navío; pero á fuerza de instancias conseguimos se quedase tres dias, en cuyo tiempo me pareció un sugeto muy instruido y de carácter excelente. Yo le dí á Ambrosio para que le acompañase, y le hiciese ver lo poco que habia en el pueblo, y al cabo de tres dias partió, despues de haberse lamentado de la miseria de este lugar, como de la de casi todos los que veia en el camino.

Pero el dia que llegó, y poco despues de su entrada, Mariano, que deseaba hablarme á solas, me hizo seña de que hiciese salir á mis hijos. Mandé á un criado que los llevase al jardin, y Mariano pidió á

Don Antonio, que los acompañase. Quando nos vimos solos, me dixo: Amigo, puedo darte otra noticia que te alegrará incomparablemente mas. Teodoro está desengañado, convertido, y con un ánimo resuelto de consagrarse á Dios enteramente. ¡Qué me dices, amigo! dixe yo. ¿Dios le ha tocado el corazon? Sí, me respondió, y tú has sido el instrumento.

¡Misericordias de Dios! volví á exclamar, ¡con qué abundancia llenais de vuestros favores á un indigno! Querido Teodoro, jamas podré explicarte ni definir yo mismo la especie de placer, que derramáron en mi alma estas palabras sobrenaturales y divinas. Allí sentí lo que nunca habia sentido, y lo que me parece no es posible sentir en la tierra. Yo me figuro que esta será la especie de placeres y delicias con que Dios forma la bienaventuranza de sus escogidos; parecidos á estos serán los gozos con que embriaga á sus amigos.

Yo quedé tan fuera de mí, que sin saber lo que hacia, me puse de rodillas, sin poder articular otras palabras que ¡Dios mio! ¡Dios bueno! ¡Dios misericordioso! pero entre tanto que mis labios maquinalmente las repetian, mi espíritu corria toda la extension de los innumerables y multiplicados beneficios con que la providencia me favorecia. ¡Quántas y quán diferentes ideas me pasáron por la imaginacion! En primer lugar ví como representado en una miniatura el horrible conjunto de nuestra conducta desastrada, los errores de nuestro espíritu, los extravíos de nuestro corrompido corazon, y la infinita multitud de delitos, que han manchado nuestra vida estragada.

El espantoso aspecto de este quadro me hizo estremecer de horror; pero al instante y con la misma rapidez se me representáron, como en un espejo, todos los prodigios de la divina misericordia, los sucesos que una providencia paternal habia preparado para mi conversion; mi viage al convento, el encuentro de mi Ángel tutelar, y mi confesion y comunion; la convalecencia del Extrangero, la resurreccion de Manuel, la conversion de Simon; y ahora la tuya, Teodoro mio, la tuya, que desde el instante que Dios se dignó de abrirme los ojos, se la he pedido todos los dias con la mayor instancia. Todo esto junto me producia una multitud de sentimientos tan vivos y violentos, que no podia soportarlos mi débil corazon. No sabia, ni podia mas que repetir: ¡Dios mio! ¡Dios adorable y eterno! ¡qué grande eres! ¡qué bueno! ¡qué misericordioso!

Yo me sentia desfallecer, y Mariano sin duda lo entendió, pues levantándome por los brazos, me hizo sentar. Entónces empecé á preguntarle el cómo y el quándo de tu conversion, y atropellaba mis preguntas de tal modo, que le hacia la segunda sin esperar la respuesta de la primera. Mariano viendo el desórden de mis conmociones, me exhortó al sosiego, prometiéndome, que me lo contaria todo. Yo procuré reprimir los fuegos de mi vivacidad, y él me dixo:

Ya sabes que yo freqüentaba poco vuestra sociedad, y que aunque muchos de los que la componian eran mis parientes ó condiscípulos, y que nos habiamos criado juntos, vuestra vida profana, y la disolucion de vuestras costumbres me habian alejado de vuestra in-

timidad, y que no os buscaba sino quando el aseo ó la urbanidad de las atenciones lo exîgia. Habia pues mucho tiempo, que no habia visto ni sabido de ninguno, quando un dia me hallé con un papel de Teodoro, en que me decia: Yo estoy de quartel, y no puedo salir de palacio, ni pasar á verte; pero como tengo un negocio de grande importancia que tratar contigo, te pido que me vengas á ver. Causóme mucha extrañeza, que Teodoro, que nunca habia tenido conmigo negocios, los tuviese ahora. Su género de vida no podia acomodarse con la mia; pero como debemos estar prontos á todo, y para quanto podamos ser útiles, le respondí que iria.

Sentí mucho ir á buscarle á palacio, porque este lugar me era desconocido, y me costó mucho trabajo y tiempo para encontrar su quarto. Como tampoco sabia las horas, llegué precisamente en el momento en que debia salir á hacer su deber. A pesar de esto me hizo entrar en un gabinete, y haciéndome conocer que no podia detenerse, me pidió que le esperase, porque no tardaria en volver. Yo consentí, y él se fué. Pero, amigo, ¡qué diferencia advertí en su tono y figura! ¡qué distinto me pareció de lo que habia sido! Me quedé sorprehendido al ver una transformacion tan entera.

Ya conoces aquella cabeza tan erguida, aquel ayre tan altivo y soberbio, aquel tono de satisfaccion y suficiencia, aquel estilo de pretension y superioridad, aquellos ademanes de gracia y ligereza, y en fin, aquella desenvoltura y despejo con que se distinguia entre los

mismos cortesanos; pues bien, amigo, todo esto habia desaparecido. Me pareció serio, modesto, con un ayre simple y descuidado, y con un semblante lánguido y pensativo, en fin, tan diferente de sí mismo, que apénas daba crédito á mis ojos.

Lo que mas me sorprehendió, fué su lenguage; pues nunca me habia hablado, sino con aquel tono de burla irónica, con que los presumidos solapan el desprecio con la chanza. Sin duda que como yo no profesaba su ilustrada filosofía, me miraba con lástima, me consideraba un pobre hombre, de genio corto, que estaba alucinado con las ideas de la Religion, y quando las circunstancias nos hacian encontrar, apénas se dignaba de hablarme, ó si me hablaba, era muy de paso, con mucha ligereza, y disfrazando el baxo concepto que tenia de mí, con las gracias del chiste ó del sarcasmo.

Por aquella vez me habló muy atento y comedido. Le observé un ayre de tanta urbanidad y cortesía, que no pude dexar de extrañarlo. Atribuí tanta mudanza á que tendria algun cuidado grave, y pensé que quizás me llamaba porque podria serle útil: con este pensamiento me dispuse á servirle con todo mi esfuerzo. Para divertir el tiempo miéntras volvia, despues de haberme calentado á la chimenea, me puse á reconocer y ojear los libros que tenia, y quando volvió, me halló en esta ocupacion.

Tenia yo en la mano un libro, que acababa de tomar, y que no habia visto todavía. Lo primero que me dice es: ¿qué libro es ese? Yo le reconocí, y le

digo, es un Voltaire. Le arranco con violencia de mis manos, y echándole en el fuego, dice: ¡Infeliz! ¡quánto daño has causado! Yo quedé confundido, oyéndole este discurso, y él conociendo mi sorpresa, continúa diciendo: Tú te espantas, Mariano, de oirme hablar así? No lo extraño: es muy natural, y lo merezco; pero ¡si supieras lo que pasa! si supieras::: pero es menester que lo sepas.

Amigo, yo estaba ciego, yo era insensato, yo creia saberlo todo, y era un necio. ¡Quánto hay que saber que no sabia! ¡quánto he visto, quánto he aprendido en pocos dias! ¡Con qué acasos, con qué sucesos prodigiosos, con qué circunstancias extraordinarias se ha dignado la providencia de abrirme los ojos! Era menester todo este cúmulo de accidentes, y el modo particular con que los ha dirigido el cielo, para que yo leyese lo que he leido, para que me pudiese desengañar, y que mi ceguedad antigua y obstinada llegase á ver la luz.

Yo estaba confuso, sin saber qué concepto formar de este discurso; pero él me preguntó: ¿Sabes de Manuel? Sí, le dixe: me han dicho, que murió en un coche de repente. No, me respondió; así se habia creido, pero todavía vive. Despues me volvió á preguntar, si sabia de tí. Le respondí, que no. Y él me replicó: Pues sabe que ha pasado largo tiempo en un convento, que allí ha hecho una confesion general, que hoy está en uno de sus lugares con el ánimo de vivir una vida christiana, y con el deseo de reparar sus escándalos pasados.

Amigo, no podrás concebir el efecto que me hi-

ciéron estas pocas palabras. La alegria y la sorpresa se disputaban la preferencia. ¡Qué! le dixe, ¿Dios ha tenido piedad, y ha convertido ese ánimo rebelde, que parecia todo endurecido? Teodoro me lo volvió á asegurar, y yo no me pude contener. Me puse de rodillas, y cubierto de llanto levanté las manos al cielo, exclamando lleno de alborozo: ¡Bendito sea el Dios de las misericordias infinitas! Observé al levantarme, que Teodoro tenia los ojos húmedos, y el semblante enternecido. Esto empezó á darme una idea de la verdad.

Yo le pedí, que me explicase, ¿cómo ó por qué medios habia hecho Dios este milagro? Él me respondió: No, no te diré nada: si quieres saberlo, lee las cartas que me ha escrito: y te prevengo, que no solo me encarga que te las haga leer, sino que entre ellas hay una destinada positivamente para tí. Yo le pedí, que me la diera para leerla; pero me respondió: No, no la verás sino á su tiempo. Yo haré contigo lo que él ha hecho conmigo. Él no ha querido que yo le respondiera hasta que él me avisara, porque decia, que deseaba, que yo estuviera instruido de todo, ántes de que le respondiese. ¡Y qué bien que hizo! ¡qué cuerda fué esta prevencion! ¡quántas necedades y blasfemias me ha cortado!

Lo mismo haré contigo; no quiero que sepas nada sino del modo que yo lo he sabido todo. Aquí tengo juntas todas sus cartas, que forman ya un volúmen abultado; deseo que las leas por su órden, y deseo leerlas contigo. No es porque yo no las haya leido muchas veces; pero

quiero volver á leerlas en tu compañía. Hazme pues el gusto de que las leamos juntos, y no me preguntes nada, porque ellas te instruirán mejor que yo.

Le respondí, que estaba dispuesto á hacer lo que me decia, y él me añadió: Pues siendo así, empecemos hoy. Yo tengo las noches libres, y puedo pasarlas contigo, sin que nadie se cuide de ello. Dias ha que las paso solo, y no me ocupo mas que en leer y volver á leer estas cartas. Las gentes que estaba acostumbrado á ver, se han sorprehendido, y no me han faltado algunas quejas. Yo las he despreciado, y he dado por pretexto una indisposicion. Con esto ya no vienen, podremos leerlas sin ser interrumpidos. Tú vendrás luego que anochezca, y toda la noche será nuestra.

Pero tus mismos criados, le repliqué yo, extrañarán de verme venir, y encerrarme contigo todas las noches; podrán imaginar, que tratamos alguna intriga, ó enredo. Tienes razon, me dixo; pero eso tiene fácil remedio. Ven, y levantándose me mostró una pequeña puerta falsa, por donde se podia entrar y salir sin ser visto de nadie. Tambien me enseñó todas las entradas y salidas para que conociera los caminos, y dándome la llave, me dixo: Ve aquí con la que podrás abrir. Desde que llegues, no te detengas; abre, y entra. Yo te esperaré, pero si acaso no me encuentras, espérame tú. Esa llave que ha servido tantas veces á exécrables delitos, sirva una vez á proyectos de virtud.

Convenidos así en lo que debiamos hacer, volví la misma noche, y apénas nos saludamos brevemente, quando Teodoro sacó de una papelera todas tus cartas, y me

dió la primera, pidiéndome que la leyera en voz alta. Referirte por menor todo lo que pasó en nuestra lectura, seria imposible. Solo puedo decirte en general, que jamas se ha leido con mas atencion, ni escuchado con mas vivo interés.

Quando me parecia oportuno, yo no dexaba de hacer mis reflexîones; pero era Teodoro el que mas abundaba en ellas. Yo le observaba lleno y empapado de quanto las cartas contenian: así conocí fácilmente que las habia leido muchas veces, y con mucha atencion. Pero como sus interrupciones y apóstrofes se multiplicaban tanto, la lectura se prolongó mucho, y nos fué preciso emplear un gran número de noches para concluirla. Yo no soy capaz de referirte individualmente todo lo que pasó: el tiempo y la memoria me faltan para ello; pero para que formes una idea, te contaré alguna de las circunstancias mas notables.

Quando leíamos algunas de tus conversaciones con tu Director sobre *Voltaire*, *Rouseau* y los otros Filósofos del dia, que con tanto empeño se han dedicado á desacreditar la Religion: sí, exclamaba Teodoro con ardor, sí: esos son monstruos perversos, furias que se han escapado del infierno para corromper al mundo. ¡Qué daño han hecho! ¡Desdichado el incauto que los lee sin estar ántes bien instruido! ¡Desdichadas las gentes tan ciegas, que los estiman! Presto perderán su Religion y sus costumbres, y con ellas la paz y la tranquilidad. La juventud débil y propensa á escuchar con agrado lo que lisonjea sus pasiones, los leerá con ánsia, los creerá sin exámen sobre su palabra, y se abandonará sin temor á

la licencia. Pestes públicas que me han corrompido, como otros muchos, y que son capaces de corromper al universo, si no se instruye mas á los pueblos de la verdad de nuestra Religion.

Otras veces en ocasion oportuna, decia: Sí; todos esos grandes Filósofos, que han pervertido los pueblos con sus pérfidos escritos, no eran mas que hombres orgullosos. Por vanidad, por distinguirse y adquirir una gloria infeliz publicaban opiniones nuevas y atrevidas, y como estas abrian las puertas á la relaxacion, las recibian los incautos con placer. Esta vana y miserable gloria era el primer impulso, que animaba su insolente pluma, y la triste celebridad que por su desgracia encontraban en la humana corrupcion, era un estímulo nuevo, que los impelia á multiplicar sus desacatos. Observad á Voltaire, el padre, el patriarca de todos, que empezó tímidamente, aventurando algunas ideas atrevidas, y acabó por vomitar las mas absurdas y perniciosas blasfemias.

Pero es claro, que así él como todos los de su especie proceden de mala fe, porque no hacen otra cosa, que proponer dificultades sobre objetos, que por su elevada naturaleza el hombre no es capaz de penetrar, y repetir objeciones mil veces respondidas, y cuyas respuestas no veia el pueblo, que se dexaba seducir; pero que ellos no ignoraban. Ved aquí toda su pérfida ocupacion: jamas hacen memoria de los irresistibles convencimientos de la fe, jamas hacen memoria de este admirable conjunto de pruebas, que con tanta evidencia, y por tantos medios demuestran la verdad de la Religion; y yo, po-

bre ignorante, les hago un dilema, que quisiera oir cómo lo pueden responder.

Venid acá, les diria yo, promotores de la incredulidad; venid vosotros, que os burlais de la fe christiana y de nuestra santa simplicidad. Decidme, ¿conoceis, ó no conoceis los fundamentos de esta fe? ¿Sabeis por qué motivos creen los christianos misterios tan superiores á la razon, y practican á tanta costa una doctrina austera y contraria á la inclinacion de sus sentidos, ó no lo sabeis? Si no lo sabeis, ¿porqué os meteis á hablar y burlaros de lo que ignorais? Y si lo sabeis, ¿por qué os deteneis en objeciones incoherentes y desunidas, que no pueden alterar sus fundamentos? ¿Por qué no atacais el tronco? ¿por qué no exponeis á la vista todo el cuerpo del edificio, para impugnarle por sus cimientos?

Si el sistema del Christiano es falso, si teneis medios de echarle por tierra, si vuestras armas son bastante fuertes para derribarle, ¿por qué no os valeis de ellas para combatirle? No hay camino mas seguro para que obtengais esta victoria, y para desengañarnos de nuestras ilusiones, que hacernos ver que los motivos de nuestra creencia son fútiles. ¿Por qué pues no los atacais? ¿Por qué quando con mas empeño trabajais en desacreditarla, teneis el astuto cuidado de esconderos sus fundamentos? Confesad, que ó sois poco hábiles, si pudiendo mostrar la debilidad de sus pruebas, no lo haceis; ó muy pérfidos, si porque conoceis, que no teneis fuerza para derribarlas, no las acometeis de frente.

Teodoro no acababa, quando emprendia sus invectivas contra los Filósofos, y animado de un vivo zelo los estrechaba y deshacia. Pero quando llegamos á las cartas en que tu Director, empieza á dibuxar el hermoso y magnífico edificio de la Religion, la eslabonada y nunca interrumpida cadena de hechos, que empiezan con la creacion del mundo, que descienden á Jesu Christo, y vienen hasta nosotros, probados con tanta evidencia y claridad por monumentos públicos y subsistentes, de que nuestros mayores fuéron testigos oculares, y nosotros lo somos por tradiciones incontrastables; entónces su espíritu se eleva, su corazon parecia dilatarse con la hermosa vista de una composicion tan bien ordenada como clara, y como si estuviera penetrado con todos los rayos de una luz celestial.

¡Qué concierto! exclamaba, ¡qué armonía! Todo es divino, todo se corresponde, y todo está en su lugar. ¿Quién sino Dios podia hacer una obra tan sublime, en que todo está tan justamente encadenado, y donde nada se contradice? ¡Qué ciego está el que no ve tan brillante explendor, quando se le presenta á la vista! ¡Ay, Mariano! yo era uno de esos ciegos, los pérfidos Filósofos me tenian alucinado; pero gracias al cielo, que se dignó de enviarme la luz por estas cartas.

Quando llegamos á las pruebas de la resurrecion de Jesu Christo, entónces me pareció, que se inflamaba con ardor mas activo. Sus ademanes y expresiones me persuadiéron, que estaba muy penetrado de la evidencia y solidez de aquellas pruebas. Ya habia repetido

muchas veces: ¡Insensatos! ¿vosotros creeis, que Alexandro conquistó la India, y que Cesar sojuzgó á Roma porque os lo refieren dos ó tres autores contemporáneos, que lo escribiéron á vista de los pueblos, que fuéron testigos de estos sucesos, porque lo han creido los siglos posteriores, y porque estas noticias han llegado sin contradiccion hasta vuestros dias?

Y vosotros mismos no creeis los hechos de la vida y muerte de Jesu Christo, que han sido escritos por tantos autores coetáneos en presencia del pueblo Judío, y de los mismos verdugos; no creeis sus milagros, que atestiguáron los mismos autores que los viéron, que no han podido negar sus enemigos, y que convirtiéron tantos millares de hombres; vosotros no creeis su resurreccion, aunque sostenida con el unánime testimonio de todos los Apóstoles y discípulos que la viéron, y que aseguráron que le habian hablado despues de resucitado, y eran hombres tan santos, que hiciéron tambien milagros, con que convirtiéron otros innumerables Judíos; vosotros no creeis su ascension pública, aunque mas de quinientas personas enmedio de los tormentos, y amenazadas con la muerte aseguran haberla visto.

En fin vosotros no creeis lo que se viéron forzados á creer hombres tan incrédulos como vosotros, y lo que á pesar de su repugnancia natural, se viéron obligados á practicar. Vosotros despues de muchos siglos quereis ver mejor que los coetáneos, despues de tantos años quereis juzgar mejor que los que vivian entónces, y que el auditorio sepa mas que los testigos. Pero vosotros que sois tan linces, y que teneis una vista tan larga, decid-

me, ¿cómo las Iglesias christianas fuéron desde luego tan numerosas? ¿cómo pudiéron desde sus principios contar en su seno tanto número de fieles, sino habia pruebas que los determinasen, ni milagros que los convirtiesen? ¡Insensatos! ¡mil veces insensatos!

Llegamos al momento en que tu Director, encendido con el fuego de su zelo, se puso de rodillas, y levantando su corazon á Jesu Christo, le protestó nuevamente su fe y adoracion, diciéndole: Yo te adoro y reconozco por mi Dios; y quando tú arrebatado con el mismo sentimiento tambien te arrodillaste y repetiste inopinadamente: *y yo tambien.* Te confieso, amigo, que la descripcion de esta tierna y patética escena me excitó tan viva y enternecida conmocion, que no fuí dueño de mí, las lágrimas me saltáron á los ojos, y me ví obligado á interrumpir la lectura.

Teodoro se puso en pie, y con un tono grave y pausado me dixo: Nunca he leido este pasage sin haber repetido como el eco, esa tierna y dulcísima palabra. Quando la leí la primera vez, las lágrimas me inundáron las mexillas, y sentí tambien un poderoso impulso que me hizo pronunciar estas palabras. Mi corazon y mis labios despues las han repetido muchas veces, y me parece que cada vez las pronuncio con sentimiento mas íntimo y afectuoso: hasta ahora no se las he dicho mas que á Dios, porque no he tenido otro testigo; pero ahora que lo eres tú, tú que eres Sacerdote, y que yo respeto como su Ministro, se las voy á ratificar en tu presencia. Se puso de rodillas delante de mí, y alzando al cielo las manos y los ojos, dixo: Sí, Jesus adorable,

yo tambien te adoro, y te reconozco por mi Dios y por mi Redentor. Renuevo en presencia de tu Ministro los votos de mi bautismo. Hago y haré pública profesion de christiano: dígnate de perdonar mis delitos, y de sostenerme con tu gracia. Tú, Mariano, ruega por mí, y ayúdame en mis santos deseos.

Este movimiento de Teodoro, y la humilde y bien sentida expresion con que me hizo aquel discurso, acabáron de desatar las fuentes de mis ojos, y anegado en mis lágrimas me arrojé entre sus brazos. Yo dí interiores y muy expresivas gracias al Dios de bondad, que por un milagro de su providencia habia enternecido con tanta fuerza á un corazon que yo creia muy altivo y tenaz. ¿Pero qué no puede la dulce eficacia de la divina gracia? Allí hicimos otros muchos discursos, todos relativos á tu situacion y la nuestra, y pude observar con mucho gozo mio, que estaba penetrado del dolor mas sincero, y muy resuelto á mejorar sus antiguas costumbres. La abundancia de las ideas, y la conmocion de los ánimos no nos permitió continuar aquella noche la lectura, y la reservamos para las siguientes.

En efecto la seguímos sin interrupcion, y una de las cosas que me causáron muy viva complacencia fué, que quando llegamos á las cartas en que nos refieres lo que te habia pasado en tu confesion y comunion, Teodoro no cesaba de decir con voz baxa, y con un verdadero y profundo sentimiento que salia de lo íntimo de su corazon: ¡Dichoso tú! ¡feliz mil veces tú! ¡quién se viera como tú! y otras expresiones semejantes, que

me mostraban quán viva era la sensibilidad de su alma, y que pensaba sériamente en ser émulo de tu felicidad.

Quando tu Director se preparaba á darte la absolucion, y te hizo aquel discurso tan tierno y christiano, figurándote abrazado con la Cruz, y pronto á recibir la sangre del cordero con que iba á purificarte de tus culpas, no pudo contener sus sozollos, y se deshizo en un largo y abundante llanto. Quando tú describes el memorable instante, en que estando postrado á sus pies y cosido con la tierra, tu Confesor pronuncia en nombre y con la autoridad de Dios las santas y divinas palabras, exclamó con un suspiro, que le salió de lo íntimo del pecho: ¡Ah! ¡quándo llegará para mí dia tan venturoso! Lo mismo sucedió quando leimos el momento de tu comunion; en fin á cada paso, á cada instante de nuestra lectura, Teodoro la acompañaba con expresiones muy tiernas y fervorosas.

Tampoco pude yo dexar, amigo de enternecerme, quando llegamos al pasage en que haces memoria de mí; pero quando ví que deseabas que fuese á vivir en tu compañía, y cuidar de la educacion de tus hijos, sobre todo quando llegué á la carta que me escribes, y en la que directamente hablas conmigo, mi turbacion fué extrema. Quise decir alguna cosa á Teodoro, con el fin de hacerle conocer mi incapacidad para un oficio tan elevado y tan difícil como el de dirigir almas de jóvenes, y añadir á la necesaria instruccion el cuidado de conducirlos á la virtud: pero Teodoro me atajó diciéndome: No te digo nada hasta que acabes de leer la carta que

te escribe, y que tengas tiempo de reflexionarla. Yo hice esfuerzo para someterme, la leí toda, y despues de haberla acabado le dixe:

¿Puedo ya decirte lo que me parece? Sí, me respondió. Pues bien, amigo, le volví á decir: El cielo no pudiera presentarme una ocasion mas grata, ó que me fuera mas dulce, que la de ir á vivir y morir con un pariente que amo, y un amigo que estimo. ¿Qué pudiera serme mas útil, que concurrir á sostener su nueva vida, y santificarme yo mismo, contribuyendo á su santidad y la de su familia? ¿Qué pudiera serme mas agradable, que hacerle un servicio tan importante como encargarme de la crianza de sus hijos, y cultivar dos tiernas plantas para Dios? Pero Teodoro, tú sabes que yo no he hecho sino los estudios comunes, que no he aprendido sino lo muy preciso para el desempeño de mis obligaciones. Los hijos de un hombre tan distinguido como nuestro amigo, que presto se verán en disposicion de aspirar á los primeros empleos del Estado, ¿pueden fiarse á la enseñanza de un hombre tan poco instruido como yo?

La educacion es un grande arte, una ciencia, acaso mas difícil que otra alguna. Los primeros hombres de todos los tiempos se han dedicado con el mayor esmero á escribir sobre ella, á dar reglas, á prescribir documentos. Aun entre los mas ilustrados hay pocos capaces de desempeñar bien esta confianza; porque yo supongo que la instruccion es lo de ménos, y que lo esencial es inspirarles el amor del bien, y encaminarlos á la virtud, sobre todo á la virtud propia de su estado, y par-

ticularmente á aquellos que por su fortuna y nacimiento nacen, digámoslo así, destinados á mandar á otros hombres.

¿Y qué puede saber de esto un pobre eclesiástico como yo? Mi vida ha sido siempre obscura y retirada; jamas he puesto cuidado ni dirigido mis atenciones á objetos de esta especie, y no es posible saber lo que no se ha aprendido ni meditado. Si nuestro amigo me desea para qualquiera otra cosa en que yo conozca que le puedo ser útil, al instante volaré á servirle; pero para ayo de sus hijos, para dar educacion á dos niños que presto se verán en el caso de obtener empleos distinguidos, este es un encargo muy superior á mis luces.

Yo fuera indigno de tan alta confianza, si abusara de la prevencion que muestra en mi favor, si no resistiera á una instancia que me lisonjea tanto, y no me perdonara á mí mismo la baxeza de no haberle desengañado. Teodoro me dexó acabar sin interrumpirme, y quando vió que callaba, me dixo: ¿No tienes mas que decirme? ¿Y qué mas quieres le respondí yo? ¿Qué queda que decir al que dice que no debe admitir una ocupacion, porque no puede desempeñarla bien?

No te toca juzgarte á tí mismo, me volvió á replicar Teodoro. Confieso que esta es una ocupacion muy laboriosa; que un hombre encargado de la conducta y crianza de dos niños no tiene un instante suyo, que todos sus momentos deben estar empleados con la mas activa vigilancia, no solo para estorbar los continuos peligros á que se aventura su incauta edad, sino para que sigan el incesante y alternado curso de sus estudios, y mas aun

para no dexar que se acompañen con quien pueda corromper la inocencia de sus corazones.

Pero no creo, Mariano, que la idea que tienes de lo penoso de este exercicio, sea la razon que te estimula para no aceptarle. Me parece que tú harias á Dios este sacrificio, si creyeras que con él le agradabas. Tú haces otros que no son mas fáciles; y sin duda no rehusarias este que puede ser tan útil. Lo que te detiene es la desconfianza de tí mismo, el temor de no poder desempeñarle bien, y la idea de no hallarte propio para tan alto encargo.

Yo no quiero hacerte mas que una reflexion. Si nuestro amigo fuera lo que ha sido, si te lo propusiera un padre que viviendo en el mundo, quisiera que los educaras para el mundo, concibo que fuera de otras razones que pudieras alegar para excusarte, tendrias tambien la de no considerarte apto para ello: porque para la frívola y afectada educacion del siglo es menester tener y enseñar ciertas futilidades, de que tú carezes; pero, Mariano, ¿no sabes lo que es menester saber para enseñar á dos niños á ser christianos?

Si no fuera mas que eso, le dixe yo, quizá lo aceptaria sin embarazo; porque á Dios gracias he procurado aprender bien mi religion, y espero que en esta parte no seria inútil mi desvelo; pero::: Dime, amigo mio, me interrumpió: ¿tienes algun motivo que te detenga en la ciudad? ¿algun negocio en que tu presencia sea necesaria? ¿alguna persona cuyo comercio te sea agradable, y cuya falta produxera un vacío en tu corazon? Explícate con franqueza.

Yo no tengo, le respondí, ningun negocio que me pueda detener. Desde que abracé el estado eclesiástico supe que no debia ingerirme en ninguno. Contento con mi renta módica, pero suficiente para las necesidades á que me he ceñido, no deseo mas, ni aspiro á otra cosa. Amigos no me faltan; pero yo prefiero á todas las amistades la de Dios, y para obtener esta no hay ninguna que me pueda detener. Pues siendo así me volvió á decir, es imposible que resistas á las recomendables solicitudes de un padre que implora para sí mismo y para sus hijos los oficios de tu amistad.

Te confieso, amigo, que no me rendí todavia á sus instancias, y que duró mucho tiempo nuestra disputa. Teodoro diversificaba sus razones. Me espuso todos los motivos que le parecieron capaces de persuadirme, pero yo me mantenia constante, encerrándome siempre en el conocimiento de mi insuficiencia; y viendo que no podia ganar nada conmigo, se quedó largo tiempo suspenso y pensativo; baxó los ojos al suelo con ademan de meditar profundamente: yo tambien me quedé silencioso, procurando armarme contra sus persuasiones.

Esta recíproca suspension duró algunos minutos; pero al fin Teodoro levantó la cabeza y me miró con ademan muy notable y decidido: yo ví en su persona un ayre tan magestuoso y respetable que me inspiró una especie de veneracion. Su fisonomía se revistió de una agradable severidad. Me pareció que sus ojos resplandecian con un fuego que nunca habia visto en ellos; los fixó sobre los mios, que con tímida vacilacion aguardaban lo que iba á decir, y despues de alguna pausa, con voz dul-

ce, pero firme y asegurada, me dixo: En vano te resistes, Mariana; es preciso ceder á los decretos del cielo.

Un oráculo que fuera inspirado, no pudiera pronunciar ó descubrir los secretos de la providencia con tanto decoro y magestad. Te aseguro que estas pocas palabras me penetráron, me asombráron y aturdiéron. El corazon me dió un vuelco. No sabia qué pensar ni qué decir; pero mi turbacion fué mayor quando despues me añadió: Dime, Mariano, ¿quién es el que conduxo á nuestro amigo á ese convento? ¿Quién le preparó tan santo y tan zeloso Directos? ¿Quién le abrió los ojos, y le ha traido á la religion y á la virtud? ¿Quién le inspiró escribirme estas cartas que hemos leido? ¿Y te parece que yo las hubiera leido, si contra mi costumbre, y á pesar de todas las apariencias, muchas circunstancias no me hubieran determinado?

¿No observas que para que yo las leyese, era menester que viniesen de la mano de un amigo? ¿que hayan venido unas despues de otras, de modo que empeñasen mi curiosidad? ¿Las hubiera yo leido, si hubieran venido juntas, ó si hubiera sabido de lo que trataban? Y las hubiera leido, aunque sucesivas, si me hubieran llegado quando estaba en mi casa? ¿Podia haber hallado tiempo para leerlas, quando no le tenia para mis no interrumpidos devaneos? Ha sido menester que me hallasen en palacio, de donde no puedo salir, y en donde tengo mas tiempo para leer.

Observa tambien como la providencia ha conducido mi corazon en la lectura de estas cartas. Las primeras me hiciéron reir, y me pareció que podia diver-

tirme con las otras. Las siguientes me inspiraron la curiosidad de saber cómo podria aquel Director desempeñar la atrevida promesa de probar con evidencia verdades que yo tenia por ridículas. ¿Y quién es el que ha juntado todas estas circunstancias? ¿Quién ha dado el ser á estas combinaciones? Considera todo lo singular y extraordinario que hay en la simultánea conversion de tres monstruos, contando á Manuel, y dime quién puede ser el autor de estos prodigios?

Yo le respondí, que visiblemente era Dios: y él volviéndose á revestir de mucha dignidad, como si le inflamara una sobrenatural inspiracion, me volvió á decir: Pues bien, ese mismo Dios que ha echado una ojeada de conmiseracion sobre nosotros, quiere que tú sostengas á nuestro amigo, y le ayudes á cuidar de su familia, y de la educacion de sus hijos.

No te acobarde, no temas timidez. El que ha conducido acontecimientos tan extraños, sabrá dirigirte en la vocacion á que te destina. Yo por mi desgracia entiendo poco sus arcanos, porque nunca he andado sus caminos, y desde luego me reconozco indigno de hablar de ellos. Me parece que tu confianza fuera presuntuosa, si te fiaras en tus propias fuerzas, si te apoyaras sobre tus talentos adquiridos; pero que si confias en Dios, si no lo emprendes sino por seguir la senda que te muestra, y si le pides que te ayude con su gracia, puedes esperar que su luz te ilumine. Y sobre todo tú enseñarás á tus pupilos á ser Christianos; pues el que sabe ser christiano lo sabe todo, ó sabe todo lo que es menester que sepa.

Teodoro me dixo esto con tal elevacion y tal ayre de superioridad, que yo estaba confundido, y no sabia qué responderle. Al fin despues de alguna reflexion le dixe: Te vuelvo á repetir que nada deseo mas que servir á Dios, y ser útil á los hombres, que la compañía de nuestro amigo y el cuidado de su familia me serian muy agradables, y que si él no me propusiera la educacion de sus hijos, para lo que me reconozco incapaz, no hubiera tardado en aceptar su proposicion, y al instante hubiera volado á acompañarle y servirle con mi persona y facultades.

Ahora te añadiré lo que no te habia dicho, y es que ha mucho tiempo que deseo salir de esta populosa capital, en cuyo tumulto es casi imposible vivir contigo, ni vivir con Dios. Obligado en todos momentos á ceremonias de parentesco y amistades, interrumpido cada instante por ociosos importunos, y por consiguiente forzado á perder mucho tiempo en frioleras inútiles, hace dias que deseo y busco un retiro, en que pueda consagrar á Dios el último tercio de mi vida. Mira pues quántas razones tengo para preferir la casa de un amigo, que ya desea vivir con la modestia y religion que yo pudiera desear.

Pero la idea de una educacion es tan alta á mis ojos, y yo estoy tan léjos de poder alcanzarla, que no debes hallar extraño mi temor. No obstante dexamelo consultar con Dios uno ó dos dias, y te responderé. Reflexionalo si quieres, me respondió, y quanto mas lo reflexiones, mas verás que esta es la voluntad del cielo. Su mano anda entre nosotros. Observa tambien como

te preparaba con esto deseos de retiro para el instante en que debia escribirte nuestro amigo. Reflexionalo pues; pero no olvides que es Dios el que te llama.

Al otro dia por la mañana fuí á consultar á mi Confesor, sugeto distinguido por su ciencia y virtud, y le propuse las circunstancias en que me hallaba. Su respuesta fué: Vamos á decir misa, pidamos uno y otro á Dios que nos alumbre con su luz divina, y despues conferirémos. En efecto despues de haberla dicho nos volvimos á juntar, y ve aquí lo que me dixo: He pedido al Señor encarecidamente, que nos inspire una resolucion que sea de su gloria. He pensado con la mas séria atencion lo que me habeis expuesto, y despues de muchas reflexiones no veo nada que os deba estorbar el admitir el encargo que se os propone, y veo muchas razones poderosas que os deben determinar.

Aquí no teneis ninguna obligacion que os fixe, ningun motivo particular que pueda deteneros. Deseabais ya separaros del ruido y embarazos de esta numerosa poblacion. Estabais en ánimo de buscar un retiro en que serviré á Dios sin distraccion. En esta circunstancia os llama: ¿quién? un pariente, un amigo, un hombre que ha vivido en el desórden, que Dios ha convertido, y que ya desea acogerse al sagrado de la virtud, y al asilo de la penitencia. ¿Y para qué os llama? Para acompañarle y sostenerle; oficio de caridad, oficio dulce, que al mismo tiempo alimentará tambien vuestra propia devocion. ¿Qué mas quiere de vos? que le ayudeis á poner en órden su familia. Es dificil que lo pueda hacer por sí solo. Vos debeis pues este servicio á su confianza.

Es verdad que tambien desea que os encargueis de la educacion de sus hijos, y que os juzgais poco idóneo para este encargo; pero vos mismo me habeis dicho, que este padre que os llama, está recientemente convertido. Debeis pues suponer, que lo que desea es dar á sus hijos una educacion christiana. En este caso ¿por qué no podreis darla? ¿Y por qué no esperais que Dios os ayudará? Seria nimia timidez, y desconfianza excesiva creer que no podreis enseñar á dos niños la Religion, el temor de Dios, el amor de la virtud, y los exercicios y prácticas que pueden formar un christiano religioso y timorato.

Si su padre quiere darles otros conocimientos propios de caballeros, y debidos á la educacion general de las personas de su clase, que los proporcionan á empleos de su gerarquía, ya sabe que vos no los teneis, y pues es rico, hará venir otros Maestros que se los enseñen. Entre tanto vuestra ocupacion será no apartaros de ellos, estar siempre á la vista, y embarazar que se les diga ó enseñe nada que pueda viciarlos, corromper su inocencia ó debilitar los principios que les procureis inculcar. Así vuelvo á deciros, que no veo nada que os pueda impedir el aceptar esta propuesta; y que por el contrario veo, que con ella podeis lograr vuestros deseos de retiro, la satisfaccion de un amigo, su perseverancia en la virtud, el arreglo de una familia, y la educacion christiana de dos niños.

Á medida que este sabio y prudente varon me iba desenvolviendo sus razones, una cortina se descorria delante de mis ojos, y la luz me iba penetrando por ellos

hasta lo mas profundo de mi corazon. Al instante todas mis dudas se desapareciéron, todas mis nieblas se disipáron, y yo me sentí determinado á venir á buscarte. Aquel dictámen me pareció luminoso y seguro. Mi ánimo perturbado se sosegó, y ya no pensé mas que en los medios de responderte, y poner mi viage en execucion.

Volví la misma noche á la hora acostumbrada á ver á Teodoro. Desde que me vió me dixo: Y bien, Mariano, ¿á qué te has decidido? Á seguir, respondí yo, la vereda que el cielo me presenta, á partir y entregarme á la conducta de la providencia. Teodoro me abrazó con muchas señales de satisfaccion, y me añadió: Mira como yo te lo habia vaticinado. No era posible que resistieras á la inspiracion. Todo esto viene ordenado por una mano superior que nos ha mirado á todos con bondad. Dichoso tú que vas á ser la felicidad, y á contribuir á la salvacion de una familia, que Dios quiere conducir al cielo por tí y contigo. Pídele que tambien me dirija y me saque de estas incertidumbres y congojas en que fluctúo. ¿Y quándo piensas ir?

Yo puedo partir muy presto, respondí, si esto te parece conveniente. Ningun negocio me ocupa, y mi equipage no es grande. Lo único que pudiera embarazarme son mis libros; pero los dexaré en casa de un amigo con encargo de remitírmelos despues. Y como si la providencia lo arreglara todo, ayer he sabido que el mas íntimo de mis amigos está destinado para ir á la América con una importante comision, y que debe partir de aquí á tres dias. Debe pasar por el lugar en que

reside nuestro amigo, y no dudo que me lleve en su coche. ¿Te parece que me aproveche de esta ocasion? Sí, me respondió Teodoro; y yo la miro como disposicion del cielo. Nuestro amigo te espera con impaciencia, y de este modo le darás tambien el placer de la sorpresa.

Le volví á decir: ¿Pero tú, Teodoro, qué es lo que piensas hacer? En las disposiciones que te veo, me parece que no estás léjos de tomar un buen partido. ¿Quál es pues tu resolucion? ¿Que sé yo? me respondió. Los impulsosos mas vivos de mi corazon son volar á ese convento en que ha estado mi amigo, y arrojarme todo entero entre los brazos de aquel Santo Director; pero hasta ahora he sido esclavo de mi empleo, y no he tenido libertad. Por otra parte ya habrás observado que nuestro amigo en todas sus cartas no dice el nombre del convento ni el de su Director; y como me impuso la ley de no escribirle hasta que me avisase, no se lo he podido preguntar.

¿Quándo se acaba tu quartel, le pregunté? Y me respondió: de aquí á ocho dias. Pues siendo así, le volví á decir, me ocurre una idea para componerlo todo. Yo esperaré á que tu servidumbre se acabe, y entonces podremos ir juntos. Con esto darás á nuestro amigo el gusto de que te vea; al mismo tiempo te informarás de lo que deseas saber, y desde allí podrás ir al convento. No, me respondió Teodoro. Yo no quiero ver á nadie ántes de haberme desembarazado de la única inquietud que ocupa ahora todos los instantes de mi vida.

Me parece que es mejor esta otra idea. Tú partirás

de aquí á tres dias, y con esto nuestro amigo tendrá mas presto el consuelo que espera. Tú le contarás con extension todo lo que ha pasado entre nosotros. Yo no pudiera hacerlo sino con mucho trabajo; y nunca tan bien. Tú le pedirás que sin perder momento me escriba el nombre del convento y el de su Director, y que me remitia una carta de recomendacion para él. Yo me detendré muy poco despues que concluya mi servidumbre, y aprovecharé los primeros momentos de mi libertad para ir á buscarle. Despues de haber cumplido con este primero y mas urgente deber, iré á veros, os hallaré juntos, y pasaré en vuestra compañía algun tiempo con mas sosiego. ¿No te parece bien este pensamiento? Muy bien, le dixe: y yo voy á executarlo por mi parte: en efecto salí de allí. Mi amigo Don Antonio me ofreció un asiento en su coche, dispuse todas mis cosas para el viage, me despedí por la última vez de Teodoro, nos pusimos en marcha; y heme aquí para siempre contigo.

Esta fué la relacion de Mariano. Discurre, amigo mio, ¿con qué placer, con qué interes escucharia un discurso, en que todo es felicidad para mí? ¿pero qué puede ser comparable con el gozo de saber que Dios se ha dignado tambien de iluminarte? ¿Que la misma luz con que me alumbró en las espesas tinieblas de mi ceguedad, por medio de mi Ángel tutelar, se ha extendido á las tuyas? ¿Que te haya hecho conocer la verdad, y lo que aumenta mucho mi satisfaccion que se haya servido de mí para instrumento de tanto bien? ¡Teodoro, una felicidad tan grande no puede caber

en mi corazon! Yo le doy gracias, y se las daré toda mi vida de lo mas íntimo de mi alma.

Haces muy bien en dirigirte en derechura al convento, y no malograr un instante para tan saludable operacion. ¡Pero qué delicioso momento será el mio, quando te vea de vuelta, y quando teniéndote en mis brazos, pueda decirme: ve aquí mi amigo, que ya lo es de Dios; mi Teodoro, que ya está reconciliado con la bondad divina, y que confio es y será vaso de misericordia, que va á servirle conmigo, y de quien ni aun la muerte me podrá ya separar, pues nos juntaremos en el cielo á bendecir eternamente á ese Dios, nuestro Padre, á quien debemos tantas misericordias!

Con esta encontrarás la carta que te incluyo para mi santo Confesor. El sobreescrito te hará conocer su nombre y el del convento. Anda, amigo, y verás que no te he exâgerado nada. Es un Ángel en la tierra. En aquella santa casa hallarás otros muchos que te moverán al respeto y veneracion. Tú te asombrarás como yo, porque no tienes idea de tanta virtud. Esos santos solitarios se esconden á los ojos del mundo, que no los quiere ver, y solo viven para Dios. Tambien encontrarás allí á Simon, y á propósito de este te voy á referir un nuevo beneficio de la bondad divina.

Al mismo tiempo que te estaba escribiendo esta carta, recibo una de mi santo Director, y me dice en ella que ya pensaba en despedir á Simon para que volviera á servirme, porque habia acabado sus exercicios, y recibido los divinos sacramentos con edificacion y fervor; pero que este habia ido á decirle que Dios le inspiraba,

se quedase para siempre en aquella casa con título de sirviente para servir á la comunidad. Que alabando sus designios y deseos de consagrar su vida al Señor, le habia representado, que en asuntos tan importantes era menester ir despacio, y proceder con madurez para asegurarse de la vocacion, y no fiarse en un fervor pasagero, que podia nacer de sus circunstancias actuales.

Que le habia aconsejado se tomase tiempo para probarse á sí mismo: que empezase por volver á mi casa para darme cuenta de todo, y consultarme esta resolucion; porque no era regular ni justo, que la tomase sin mi permiso y aprobacion. Que si yo lo tenia á bien, y si de aquí á tres meses él se mantenia en el mismo propósito, entónces podia volver, y que mi Director se empeñaria en que el Superior y la comunidad le recibiesen; porque entónces su constancia haria ver á todos, que aquella era una inspiracion del cielo, y no el movimiento de un fervor transitorio.

Que Simon habia manifestado en su semblante, que no le agradaba esta respuesta, que habia insistido diciéndole, que no dudaba que yo aprobaria su resolucion, que su servicio no me era indispensable; pues yo tenia otros muchos criados que podian suplirlo, y que quando lo fuera, estaba persuadido que yo sabria hacer el sacrificio por dexarle en libertad de hacer penitencia de sus muchos pecados. Que él le aseguraba de nuevo, que su deseo no era un fervor del momento, pues esta idea le seguia desde que habia entrado en los claustros, y visto la vida santa de aquella comunidad, y que en fin le

volvió á rogar con mucha instancia le apoyase en esta pretension.

Que mi Director lev olvió á decir, que le parecia indispensable darme cuenta de su resolucion ántes de empeñarse á nada; porque este era un deber de obligacion y gratitud. Que si Dios era verdaderamente el que le llamaba, de aquí á tres meses tendria la misma intencion, y mas facilidad de conseguir su deseo. Que tres meses se pasaban presto, y que era menester ceder á motivos tan prudentes.

Que á pesar de tan justas instancias, Simon no habia quedado ni satisfecho de ellas, ni contento de tanta dilacion. Que despues habia ido á hablar con el Superior, y repetirle las mismas súplicas, que éste le respondió del mismo modo que mi Director; pero que Simon no se ha sosegado con esto, y que ha sabido interesar de tal manera á algunos de aquellos virtuosos padres, que el Superior á sus ruegos le ha mandado darme cuenta de todo para informarme, y pedirme mi permiso. Mi Director me añade, que la comunidad no quiere hacer nada sino con mi gusto y aprobacion, que desea saber si tengo algun motivo para desaprobar las intenciones de Simon, y me asegura que no pasará á nada sin saber que son de mi agrado.

¿Qué dices, Teodoro? ¿qué dices de este nuevo beneficio de la piedad divina? No puedes haber olvidado el abuso que hemos hecho de sus talentos, los abominables empleos que hemos dado á su destreza y agilidad. Yo hubiera debido ocuparme toda mi vida en dirigir á la virtud á un hombre de quien abusé tanto, pa-

ra hacerle instrumento de mi perdicion y de la suya; pero Dios me quita este cargo, inspirándole una resolucion decidida, en que solo me dexa la envidia de no imitarle en su penitencia, quando contribuí tanto á la necesidad que tiene de hacerla.

Voy á escribir al Padre, y significarle quánto me edifica y complace el buen deseo de Simon. Que no solo le apruebo y consiento con toda mi alma, sino que lo único que me aflige, es no estar allí para darle mil abrazos, y pedirle perdon de las culpas que le he hecho cometer. Que me encomiende á ese Dios que va á servir, y que nos trata á todos con una bondad tan inmensa como poco merecida. Tú le verás, Teodoro. Procura sostenerle en sus santos deseos, y hacerle conocer que ahora es quando merece toda nuestra amistad y estimacion.

Anda pues, querido Teodoro; anda, y que el Padre de las luces, de quien desciende todo bien, te conduzca sobre las alas de su proteccion á ese santuario de virtudes, á ese asilo de la Religion, en que se adora su santo nombre, y se vive de su amor. Abre tu corazon sin reserva á ese Ministro suyo, que ha destinado para instrumento de tantas resurrecciones, y que la tuya no sea la última. ¡Ah, si el golpe de luz que nos alumbra, llegara tambien al infeliz Eduardo! Esta es la espina que todavía atormenta mi corazon; pero yo espero mucho en su misericordia. El que supo enternecer el mármol de mi pecho, el que á pesar de mis muchas iniquidades se dignó de echar una ojeada favorable sobre mí, no se olvidará del que no puede ser tan ini-

güo como yo. ¡Dichoso Eduardo, si el cielo le ilumina en un momento, en que todavía le puede presentar una floreciente juventud, y con ella sacrificios mas meritorios! ¡Dichoso tú, que te vas á ofrecer en tus frescos y aun floridos años, y puedes presentarle un incienso mas puro y agradable, y expiaciones mas dignas de su culto! ¡Desdichado de mí, que no le puedo presentar mas que una vida mas larga, consumada en delitos, satisfacciones estériles, y ofrendas casi necesarias!

Anda, amigo mio, que los Ángeles te acompañen, y te lleven á ver á los hombres que en la tierra les son mas parecidos. Tú verás lo que nunca has visto, oirás lo que nunca has oido. Anda, y reconciliate con nuestro Dios, con ese Dios que te conduce allí para perdonarte tus pecados, para unirse contigo en lazo indisoluble, y asociarte al número de los felices. Teodoro, tú vas á abrirte las puertas de la eternidad, y prepararte en ella una mansion eterna y bienaventurada.

No te apresures pues, ni señales término á los dias de tu retiro. Entrégate á la conducta del pastor que vas á buscar. Déxale arreglar el tiempo, el modo, y todo lo demas. Haz como yo, que me puse en sus manos, y me he hallado bien. Es verdad que tú no necesitas de tanto; á mí fué menester persuadirme las verdades de la Religion, y enseñarme hasta los elementos Tú, á Dios gracias, ya vas penetrado de lo que á mí me costó tanto aprender; lo único que te queda que hacer, es confesar tus errores, y pedir el perdon.

Que ese Dios que murió por nosotros, te lo conceda,

que su espíritu divino te aplique sus merecimientos, y que purificándote con su sangre, te haga objeto digno de su vista; pero quando hayas concluìdo tus santos exèrcicios, quando hayas cumplido con todo lo que exîge tan importante accion, vuela á mis brazos, para que yo estreche con ellos contra mi corazon á Teodoro ya amigo de Dios, á Teodoro que va á unirse conmigo con los vínculos de una nueva y mas sólida amistad, para que le adoremos y sirvamos hasta el venturoso dia en que tambien unidos le gocemos. Á Dios, amigo mio.

CARTA XXXVI.

Mariano á Antonio.

Querido Antonio: ¡Qué agradable sorpresa me ha causado tu no esperada carta! Despues de cinco años de ausencia, despues de una separacion tan larga, y quando ménos esperaba tus noticias, me hallo con la tuya, en que me avisas tu feliz arribo, y me añades la satisfaccion de saber que has desempeñado tus encargos á gusto del Gobierno. Esto no lo dudaba yo, porque el que con temor de Dios no aparta los ojos de su divina ley, acierta en todo.

Pero no siempre se obtiene en la tierra la aprobacion y el fruto de las buenas intenciones, y miro como nuevo beneficio del cielo que las tuyas hayan logrado la aceptacion y los premios que me dices. Como quiera, ya has pagado tu tributo á la patria, y es tiempo de que pienses en pasar con tranquilidad tus últimos dias. Esto se entiende, si te dexan; pues sabes, que si el Gobierno necesita tus servicios, esta es la primera deuda de un buen ciudadano.

Mucha satisfaccion hubiera sido para mí, que el navío que te conduxo, hubiese arribado al mismo puerto de que saliste, pues entónces te hubiera visto y abrazado al paso, y nos hubiéramos instruido mútuamente en los sucesos que han ocurrido durante tu ausencia. Te agradezco la relacion que me haces; pero, amigo, hay

mucha diferencia entre contar ó escribir las cosas. Una carta es un testigo frio, que refiere sin interés, que describe sin fisonomía, y el discurso con el gesto del semblante, y las inflexiones de la voz anima quanto dice.

Este es el inconveniente en que voy á caer. Tú quieres que yo te refiera mi historia, que te cuente lo que hay de nuevo en esta casa, que te diga cómo me va en ella, si he logrado educar bien los dos niños, segun me lo propuse, si estos han aprovechado, si su padre ha podido executar los grandes proyectos de beneficencia en que queria ocuparse, si, como dices, ha logrado transformar este lugar, que te pareció tan abominable, mísero y asqueroso en un pueblo sano y agradable, en fin, quieres que te refiera por menor todo lo que se ha adelantado en este tiempo.

Esta relacion, amigo, no es tan fácil de hacer, como quizá te lo imaginas; porque en estos cinco años se ha hecho tanto, y nos han pasado tales cosas, que no es posible comprehenderlas todas en una descripcion. Las novedades y mejoras que mi amigo ha hecho y hace todos los dias en este lugar, son tan rápidas como prodigiosas. Si hubieras pasado por aquí, hubieras tenido un dia delicioso con la sorpresa del asombro, y con la vista de tan feliz é inopinado espectáculo, porque la mutacion de la escena es completa, lo que dexaste ruina, asco y miseria, lo hubieras visto convertido en hermosura, limpieza, abundancia y felicidad.

En pocos dias te hubieras enterado mas de lo que yo puedo decirte. Aunque te diga mucho, es imposible que lo diga todo; pero pues Dios no ha querido dar-

me este gusto, y tú exíges de mi amistad este tributo, voy á obedecerte. Procuraré darte una idea de lo que se ha hecho en estos cinco años, y del estado en que se halla hoy esta poblacion. ¡Qué diferencia, amigo, de oirlo á verlo! pero tu imaginacion suplirá á la debilidad del pincel, y tu amistad reconocerá el esfuerzo que hago por servirte.

La misma noche que te separaste de nosotros para continuar tu viage, me expliqué con mi amigo, y le dixe: Ya me tienes aquí, me bastó saber que lo deseabas, y estoy dispuesto á obedecer quanto me ordenes: pero como entre las ideas que me has descubierto, incluyes la de encargarme la educacion de tus hijos, debo repetirte lo que dixe á Teodoro: No me hallo capaz de tan alta confianza, no soy idóneo para educar dos niños, que por su fortuna y nacimiento serán destinados á los empleos mas elevados, y me parece que debo desengañarte, porque algun dia lo conocerás, quando ya será tarde.

No creas que mi intencion es huir del trabajo, y ménos que afecte esta moderacion por hacerme rogar; tan despreciable conducta es muy agena de mi carácter franco. Y para que veas la sinceridad con que te hablo, desde luego te digo, que hay muchas cosas que les puedo enseñar. Primeramente la Religion que ha sido siempre mi primer estudio; tengo tambien alguna instruccion en las Matemáticas, en la Física, y en algunas otras ciencias útiles y sólidas.

No solo les enseñaré todo esto con gusto, sino que me encargaré de velar sobre ellos, y dirigir su

conducta con la mas cuidadosa aplicacion; pero si se trata de formarles el gusto, y de darles estas gracias exteriores, y modales cortesanos, que tanto se estiman en el mundo, te declaro que soy inútil, que no sé nada, y que no soy á propósito. Sabe pues, que estoy pronto á todo lo que pueda serte útil, pero que no debes fiarte tanto en mi ignorancia; y te suplico que busques otros medios que te aseguren el acierto.

Yo estimo mucho, me respondió, tu tímida franqueza, y respeto mas tu modesta desconfianza; pero te responderé como Teodoro: Si yo quisiera dar á mis hijos la brillante y corrompida educacion del mundo, buscaria un preceptor de otras calidades que las tuyas. Mi ánimo es darles una educacion ilustrada, pero christiana. No excusaré enseñarles lo que contribuya á sostener su nacimiento con decoro; pero no quiero que aprendan nada que los desvie de esta primera vocacion.

Por otra parte, Mariano, viendo los embarazos en que estás, y las dificultades que te abultas, me figuro que te forjas fantasmas, y que tu imaginacion te representa, que una educacion es un monstruo horrible. Quizá mi tranquilidad nace de mi ignorancia; pero yo he puesto en este papel las ideas que me han ocurrido, y los deseos que tengo sobre la de mis hijos. Sírvete de leerlo, y reflexionalo despacio. Mira, yo me veo en la necesidad de hacer una ausencia de tres dias. Me es indispensable partir mañana muy temprano á uno de mis lugares. Como no te esperaba, he escrito á muchos

con quienes tengo que tratar negocios graves de que ya te hablaré; me estarán esperando, y les hiciera mucho perjuicio, si yo no fuera.

Es menester pues que me perdones. Siento dexarte tan presto, aunque espero volver luego, y que no volveremos ya á separarnos. Me parece tambien que esta breve ausencia puede ser útil, para que te quedes solo con mis hijos; así se acostumbrarán á mirarte como el padre, el ayo y el amigo de quien dependen. Ruégote pues que reflexiones sobre lo que expongo. Á mi vuelta volveremos á hablar, y Dios ayudará nuestra intencion. Mi amigo me dió un papel, partió al otro dia, y yo desde que me vi solo, lei su escrito, que decia así:

Si yo fuera, Mariano, árbitro del destino de mis hijos, si mis actuales desengaños debieran arreglar sus vocaciones, y si no debiera dexarlos en libertad para que cada uno la escoja por sí mismo, y segun el cielo se la inspire, mi deseo seria que no escogieran otra que la actual que tenemos, y á la que por mi desgracia me he reducido tan tarde. Quisiera que se educaran aquí, para vivir aquí siempre, y que nunca salieran de este solitario y pacífico retiro, en que conservarian mejor su inocencia.

En efecto, amigo, si lo consideramos con la luz de la verdad, no siendo la tierra mas que un estado de prueba, no siendo nosotros mas que pasageros, que caminamos á la patria, y no concediéndose el tiempo de la vida transitoria sino para merecer la eternidad, solo se puede llamar dichoso el que la pasa léjos de los

riesgos que presenta el mundo, en donde á la corrupcion de la flaqueza propia se añaden tantos alicientes con las máximas falsas, y malos exemplos.

Por eso yo no conozco en la tierra mayor dicha ni mas apreciable gracia, que la de pasar toda la vida desde la edad primera en el retiro de una casa, ó en el seno de una comunidad que se consagra toda á la virtud, ¡Qué ventaja es haber pasado los dias borrascosos de la juventud con la sujecion de una severa disciplina, con la luz de continuas exhortaciones, y con el estímulo de los buenos exemplos! La mas débil virtud puede sostenerse con tantas barreras que se la ponen para que no caiga. Este tiempo que tanto pesa, esta ociosidad que es tan peligrosa, y que abre la puerta á todos los vicios, no tiene allí lugar, ni puede producir sus estragos; porque todas las horas se ocupan con arreglados y religiosos exercicios.

Así se pasa la vida sin sentir, y quando con la edad se calman las pasiones, se reconocen con gratitud todos los bienes que se consiguen. ¡Qué felicidad la de haberse librado de tantos peligros, y verse en el puerto desde donde se registran tantos naufragios! ¡Qué consuelo el de verse cercado de auxilios contra nuevos temores! ¡Qué fortuna encontrarse cerca de la muerte acostumbrado á la virtud! ¡Ah, Mariano! los que el cielo ha distinguido con este privilegio, deben dar muchas gracias á Dios. Estos son los felices verdaderos, porque han navegado con viento próspero, y llegan á la orilla sin naufragar en las tempestades.

Pero como el mundo no puede componerse solo de

hombres retirados, porque la armonía y conservacion de las sociedades humanas exigen diferentes destinos, y todos provienen del autor del órden, es sin duda necesario, que cada uno siga en general aquel que le indica el cielo por su situacion y nacimiento, y es claro, que todos pueden hacerse felices en ellos. ¡Dichosos pues aquellos, que contentos con la suerte que les ha cabido, no aspiran con una ambicion insensata á ser mas de lo que Dios ha querido que sean, y que sin añadir los riesgos de la opulencia ó de la autoridad, procuran en su esfera cumplir con sus obligaciones!

Pero la desgracia es, que el hombre por la degradacion de su naturaleza, y por el desórden de sus pasiones aspira siempre á elevarse, y el moral del mundo es tan corrompido, que á este desarreglo del corazon da el nombre de ambicion honrada. El injusto y peligroso conato de dominacion se llama elevacion de alma; y nadie se avergüenza de pretenderlo todo. El orgullo ha perdido toda especie de rubor, y con descaro se manifiesta poco satisfecho, si no manda á sus semejantes, y si no los domina. Esto es lo que únicamente ocupa toda su actividad, sin reflexionar jamas, que cada honor, cada grado, cada dignidad le cerca de nuevos peligros, le aumenta las obligaciones, y le añade mas dificultades de salvarse.

Si los hombres nacieran cuerdos, cada qual contento con la suerte que le cupo, léjos de extenderla, trabajaria por reducirla lo mas que le fuera permitido. Su mayor deseo seria separar de sí todos los afanes agenos ó superfluos, para reforzar su atencion sobre sí mis-

mo, y sobre los deberes inexcusables que el cielo y la naturaleza le imponen. No es la tierra la mansion de las dichas, ni puede haber en ella estado, que no tenga sus penas; pero si la imaginacion buscara el que tuviera ménos, iria á buscar en derechura á un propietario, que no lo es mas que de un corto terreno, de un terreno suficiente para ocuparle sin cesar, y para mantener sin escasez su virtuosa familia. Este hombre, si un mal gobierno no le aflige, es el que en mi juicio podrá correr los dias de esta miserable vida con mas tranquilidad é independencia, será el que al fin de su vida habrá sufrido ménos, y saldrá de ella con ménos responsabilidad.

Así pues esta loca ambicion, que no suspira mas que por empleos, dignidades y honores, no hace mas que trabajar por hacer mas peligrosa y mas dificil la cuenta que tenemos que dar. Por divertir y contentar el corto número de dias que vive, con sus mismas manos hace quanto puede para hallarse rodeado de riesgos y dificultades en su tránsito á la eternidad. Al que ha nacido en medio de estas dichas del mundo, párece que la providencia le destina, y el cielo le encarga semejantes obligaciones. Así pues debe recibirlas como una carga que el cielo le impone, y pedirle sus luces para desempeñarlas; pero no debe buscar otras, sino contentarse con las que le indica la voluntad divina.

Yo creo, que estos deben ser los principios de un christiano, que su trastorno es el orígen de todo el desórden del mundo, y que esta prevaricacion en ideas tan vanas, no solo es contraria al espíritu del Christianismo,

sino muy dañosa á la humana sociedad ; porque, amigo, esta ambicion casi general con que todos pretenden salir de la clase ó esfera en que los colocó la naturaleza, para elevarse á otra superior, está en continua contradiccion con todas las reglas de buen gobierno, y pervierte las ideas del órden.

Los hombres que la naturaleza destinó al campo ó á los trabajos de las artes, abandonan por lo comun los lugares en donde naciéron, y en que pudieran ser muy útiles. Se transportan á las ciudades populosas, en donde abundan las riquezas, se reparten los empleos, y en donde esperan hacer fortuna ; pero no es tan cierto que la encuentren, como que hallarán en ellas una corrupcion de costumbres desconocida en sus hogares ; y es muy de rezelar, que perderán su inocencia ántes de encontrar un destino.

De esto nacen tambien otros muchos inconvenientes políticos. Pues esta es la causa primordial de esa deplorable multitud de ociosos, mendigos y vagamundos que infestan la nacion, y del atraso de los oficios ; pues si los hijos siguieran desde luego el de sus padres, le aprenderian mejor ; y de esto proviene el abandono del campo y atraso de la agricultura, la diminucion de la poblacion útil, y el aumento de la viciosa y superflua ; pues no solo una parte se hace inútil y nociva, entregándose á los vicios, sino que tambien otra dexa de ser provechosa, porque se entrega á las tentaciones del luxo. Seria nunca acabar describir estos daños ; pero como no son de mi asunto, voy á tocar otro inconveniente mayor, y que me pertenece mas de cerca.

Digo mas de cerca, porque nosotros mismos somos los autores. Esta manía de mejorar la suerte no se concentra en los que naciéron sin haberes; tambien se extiende á los que lográron la mejor y la mas alta fortuna. Parece que los que obtuviéron el privilegio de nacer con distincion y con riquezas, no debian tener otra ambicion que la de gozar de estos dones, y hacer buen uso de ellos; pero no es así. El Grande aspira á ser mas grande, y el rico quiere ser mas rico.

Yo me figuro un jóven, como yo era, nacido en el seno de la grandeza y la opulencia, heredero de una casa distinguida, y señor de muchos lugares, en que mis abuelos me dexáron cómodas habitaciones. Si yo hubiera tenido una sombra de Religion, si hubiera querido consultar mi razon, esta me hubiera dicho, que pues el cielo me habia enviado al mundo con tantas ventajas, me indicaba en ellas mismas la razon que ha tenido para concedérmelas, y que si me ha dado el señorío de muchos lugares, es para que los proteja y cuide de ellos; y si me ha dado mas rentas y riquezas que á mis vasallos, es para que socorra con lo superfluo de mis gastos á los que necesitan de este auxîlio, y que si á los que naciéron mas inferiores les impuso la ley del respeto, obediencia y tributo, á mí me impuso la del socorro, de la vigilancia y proteccion.

Yo debia pues considerarme como el padre de todos esos pueblos, como un tutor nombrado por el cielo para cuidar de su felicidad. Y ved aquí una vocacion conocida é indubitable; porque mis obligaciones eran naturales é in-

herentes á la dignidad y ventajas de mi nacimiento. Acaso hubiera sido mejor para mí, y para todos los demas, no nacer con estos privilegios que los hombres estiman tanto, acaso á los ojos de la fe podrá ser mas feliz el que nace con ménos tierras y ningun señorío; pero como no se escoge el nacimiento, y que es menester recibirle como Dios le da, aquel que le recibió con estas, que el mundo llama ventajas, debe por lo ménos entender quáles son sus obligaciones. No seria justo, que quando saborea las dulzuras que le halagan, no satisfaga las deudas que le imponen.

Es pues evidente, que todos los que hallan en su nacimiento el derecho de mandar á otros hombres, y de llamarlos vasallos, nacen tambien con la obligacion de protegerlos, y por consiguiente, que el primer objeto de su educacion debe ser el formarles un corazon benéfico á favor de estas gentes que el cielo les confia, hacerles conocer y sentir el rigor de la miseria, para que procuren desterrarla de los confines que Dios ha señalado á su zelo, enseñarles los principios de la felicidad pública, para que sepan promoverla en sus dominios, y en fin hacerles entender quánto deben animar el trabajo, desterrar el ócio, extirpar los vicios, y alentar á la virtud.

Como para obtener estos bienes es necesario adquirir los conocimientos de la experiencia, es menester dárselos, hacerles ver los exemplos de otros pueblos felices por haber logrado buenos administradores, y hacerles conocer los medios con que los han conseguido. Se les debe dar la idea del órden, y tratar de inspirarles el gusto y el

amor de esta virtud; porque sin ella el talento es inútil, y los esfuerzos vanos. Sobre todo se ha de trabajar en hacerlos humanos, generosos y sensibles, haciéndoles entender, que si Dios los distinguió en la distribucion de las riquezas, no es para que satisfagan sus antojos, sino para convertirlas con moderacion y decencia en sus necesidades y las de su familia, y para que repartan las restantes sobre los pobres, especialmente aquellos que puso baxo su direccion.

Ved aquí las primeras ideas generales; y no puedo dexar de lastimarme al paso, quando reflexíono quán contraria á estos principios fué la educacion que recibí y la que se da comunmente á nuestros ricos y señores. En lugar de instruirlos que si tienen pueblos, es para gobernarlos bien, para socorrerlos, consolarlos y servirlos, solo se les repiten los nombres para contentar su orgullo, y apénas los conocen sino por las exáciones con que los consumen. Pocas veces van á ellos, y si van, es á recibir los respetos que exígen, y no á informarse de sus miserias para remediarlas. En lugar de hacerles conocer las obligaciones con que han nacido, y de enseñarles los medios de desempeñarlas, su misma educacion los desvia de estos objetos propios de su estado, y solo se ocupan en objetos extraños de su vocacion, en ideas que solo pueden excitar una mal entendida ambicion; pues contradicen, y aun se pudiera decir, que casi rebaxan los destinos de la providencia.

Así se ve, que la mayor parte de los hombres que han nacido enmedio de la grandeza y fortuna, que traen consigo quanto pudiera satisfacer un corazon sano, y

ocupar su vida con honor y virtud, no contentos con tan altas ventajas buscan otras que acaso no son mayores ni mas agradables, sino de otro género y de otra esfera. Desdeñan gobernar paysanos, desprecian el respeto de hombres sencillos, no sienten el inefable placer de hacerlos felices, y en lugar de esta noble y digna ambicion, por un incomprehensible prestigio del orgullo tienen la de mandar á sus iguales, tal vez á sus superiores, y para esto solo ambicionan los cargos militares ó los empleos de la corte.

No digo que la primera deuda de un ciudadano por mas noble y rico que se le suponga, no sea la de servir al Estado en que vive, y al Soberano que le manda; pero esto debe entenderse, quando el Estado y el Soberano necesiten de su persona, y quando pueda serles útil. Hay mucha diferencia entre los que aceptan los empleos por obediencia ó por deber, y los que los solicitan con ardor, y los arrancan con importunidad; entre los que quieren pagar su deuda, y los que solo aspiran á satisfacer su ambicion.

Los primeros, si emplean algun tiempo ó los años de su juventud en el servicio del Estado, desde que creen haber cumplido, y quando no tienen talentos extraordinarios que los hagan necesarios, se retiran á pensar en sí mismos, y sobre todo en la felicidad de los pueblos, á quienes no solo deben las distinciones naturales, sino la propia subsistencia. Los otros siempre alucinados con la pueril ambicion del mando, son como niños viejos, que envejecen adormecidos, ó en los cargos militares en que no son útiles, ó en

los empleos de palacio, en que no son necesarios.

Esta manía que se ha hecho tan general, es una de las mayores causas de la desolacion del Estado. Al principio debió su origen á la política. El Reyno estaba dividido en partidos. La autoridad Real no estaba todavia bien establecida. Los Señores de pueblos que vivian en ellos, eran muy poderosos, se hacian la guerra entre sí, y tal vez la hacian á su Rey. En estas circunstancias fué conveniente traerlos á la corte, y tenerlos á la vista, para asegurarse de su conducta. Para contentarlos se les halagó con la perspectiva de los empleos de palacio; y esto bastó para satisfacer su orgullo. Despues sus pasiones hallaron en el tumulto y placeres de la corte con que recompensarse del sosiego y de la dignidad, que dexaban abandonada en el campo.

El hombre sabio se pudiera reir de la habilidad de los unos, y de la imbecilidad de los otros, si este desquaderno de las indicaciones naturales no produxera mas que un espectáculo sin consequencia; si no fuera mas que un objeto especulativo, como otros muchos, en que se ve por un lado la destreza del supremo poder, y por otro la ridícula ambicion de los que se le acercan; pero no puede dexar de afligirse, quando considera los muchos males que ha producido; pues no hay duda que este es uno de los daños mas capitales, que pueden contribuir poderosamente á la ruina de la prosperidad general.

Así se admira y se aplaude á la política, que entónces se sirviese de medio tan oportuno para establecer la

autoridad suprema y protectora, que debia traer consigo la paz, el órden y la felicidad; pero seria igualmente loable, que despues de haber logrado tan completamente su designio, y quando ya segura de sí misma no necesita de tan duro remedio, procurase curar los males que ha ocasionado, restituyendo á la naturaleza los medios de que se vale para derramar con mano ménos desigual sus beneficios sobre toda la extension de las provincias y de los pueblos.

Porque no hay duda que la naturaleza es liberal en todas partes, que no hay distrito habitado por hombres, á quien no ofrezca sus producciones respectivas; pero en todos exîge trabajo y cultivo. Su intencion en general, y con algunas ligeras excepciones es, que cada terreno tenga sus productos propios, que los hombres vivan en el suelo en que nacen, que cultiven la tierra en que viven, que se alimenten con los frutos que recogen, y que ademas tengan un superfluo para trocarlo por lo que les falte. Así la hace como violencia el que desordena esta marcha regular de su arreglada y benéfica atencion. Y todas las instituciones sociales, que se opongan ó contradigan á estos principios, parece que la fuerzan y violentan.

De aquí nace, que la formacion de las ciudades populosas en ciertos puntos de la tierra, en que se acumulan muchos hombres, dexando abandonados muchos campos, es una operacion que solo ha podido dictar la necesidad de la defensa en la guerra, ó el delirio de la ambicion en la política, que no puede ser hija mas que de la desgracia ó del error, que se opondrá

y estará siempre en contradiccion con las sábias instituciones de nuestra madre comun, y que la buena política, quando no puede atajarla, desea á lo ménos contenerla.

Pero nada puede alterar tanto las intenciones de la naturaleza, como el establecimiento de una metrópoli. Como reside en ella el Soberano, dispensador universal de todas las gracias; como allí van á parar todas las riquezas, porque todas las provincias tributan al erario; como allí arrastra la ambicion á todos los pretendientes; como allí corre todo el comercio, porque allí espera mas ganancias; y en fin como allí va todo, porque es todo; la corte podria llegar á ser el gigante del reyno, y como un monstruo del cuerpo político que se traga quanto el reyno produce; y si la política no le ataja esta rábia devoradora, si no sabe detener en su puesto á los que con conato irresistible propenden á arrojarse en el grande abismo, no tardarian en quedar secos y agotados los canales, que entumecian su monstruosa excrecencia.

Esta manía de transportarse los hombres y las riquezas, este furor de huir del pais nativo para engolfarse en la corte, ocasiona en gran parte la ruina de las provincias; los campos quedan despoblados, sin brazos, y destituidos de medios, la agricultura se debilita, las artes huyen ó se estorpecen, las producciones disminuyen, y toman unos precios tan subidos que incomodan á todos.

El medio único, el mas simple y seguro es, que el gobierno promueva por leyes, por ventajas, y por

quantos arbitrios le da su autoridad, que los señores, los ricos y los grandes propietarios vayan á habitar en sus tierras. Esto solo es capaz de hacer revivir una nacion en poco tiempo. Entónces los que son dueños de las tierras, se verán obligados á cultivarlas. Los jornaleros hallarán ocupacion, las artes, exercicio, la agricultura medios, y las costumbres muchas mejoras. Me he embarcado en esta digresion, porque la aplicacion de estos principios es la que me ha dado las ideas que tengo sobre la educacion de mis hijos. Y así vuelvo á ellos.

El cielo los ha hecho de una clase, que segun las máximas del mundo, pueden aspirar á los mas altos empleos de la guerra y de la corte. A pesar de mis profusiones y delirios, yo espero darles muchas rentas, tierras y señoríos. Acaso con la luz actual de mis desengaños, yo quisiera que tuvieran ménos, porque ya siento la carga y la cuenta que se ha de dar á Dios. Una fortuna mediana independiente y exénta de obligaciones me parece el mas alto grado posible de la felicidad humana; porque esto es mas seguro para la tranquilidad de la vida, y para hallarse con ménos inquietudes á la hora de la muerte. Pero como yo no puedo defraudarlos de los bienes que les reparte el cielo, no me queda otro arbitrio que educarlos de manera, que puedan despues hacer de ellos el buen uso que deben.

Supuesta esta basa, si yo escuchara mi razon, y los temores de mi propia experiencia, quisiera que se criasen en estos campos, y que nunca saliesen de ellos. Quisiera

dividir su fortuna de manera, que con ella se formaran dos partes iguales, y dexar á cada uno la suya libre, independiente y separada. Quisiera inspirar á los dos el gusto y el amor de las ocupaciones rústicas, de los inocentes trabajos del campo, así para dar pábulo á la inquieta actividad de la juventud, como para distraerlos de toda aficion ó gusto pernicioso. Quisiera casarlos temprano, sin buscar en sus mugeres otros caudales, que un nacimiento honrado, y mucha cordura y virtud. Demasiado ricos serán ellos para solicitar otros bienes, y yo solo deseo hacerlos christianos y dichosos.

Bien sé que no debo forzar sus destinos, y que ellos los deben escoger; pero puedo aconsejarlos y dirigirlos. Mi naufragio debe estimularme á que con celo los aleje del golfo. Si en mayor edad con mas conocimientos quieren ir á servir en la corte, lo podrán hacer; pero no seré yo el que los encamine. En quanto á la guerra, conozco su obligacion; y si manifiestan aptitud para ella, y si las circunstancias lo exîgen, no me opondré á que paguen su deuda al Estado; pero quisiera que al instante que dexen de ser útiles, se vuelvan presurosos á su dulce retiro.

Yo me figuro, amigo, que dos muchachos instruidos y acostumbrados á las apacibles tareas de los campos, que siempre ocupados no han dado lugar á la ociosidad, ni entrada á los vicios, que han hallado temprano los halagos de la naturaleza entre los brazos de una muger querida y honesta, y que extenderán por lo regular los afectos de su corazon á los frutos que nacerán de sus honestos matrimonios, han alcanzado toda la dicha, que

es permitida á los mortales en la tierra: habrán pasado el borrascoso intervalo de la juventud con ménos peligros, llegarán á la madura edad mas acostumbrados á la inocencia y á la virtud, y podrán en fin terminar el breve curso de esta vida fugaz con ménos zozobra, y con esperanzas mas bien fundadas.

Con esto te he descubierto el blanco que se proponen mis deseos, y ya debes entrever las lineas que me pueden dirigir á este punto. La primera es ocuparlos siempre. Con este fin me propongo enseñarlos y acostumbrarlos á los exercicios rústicos; y á medida que se vayan adelantando en edad, repartiré entre ellos el cuidado de diferentes ramos, que yo gorbernaré en secreto, pero les dexaré el honor de su inmediata direccion. Ántes de esto les haré freqüentar las casas de los mas hábiles artesanos, para que adquieran una idea de todos y cada uno de los oficios mas necesarios. Esto los pondrá en estado de saber lo que mandan, ocupará su tiempo, exercitará sus miembros, y robustecerá su temperamento.

Ademas quiero que se apliquen sériamente á una arte, y la aprendan perfectamente como si hubieran de ganar con ella su vida; y hasta ahora lo que me ha parecido mejor es el de Carpintero, así porque todo él es aseado, como porque sé que en el lugar hay un Maestro, que por fortuna es muy hábil, y de costumbres excelentes. Mi ánimo es ocuparlos ahora estos tres ó quatro primeros años, poniéndolos allí por algun tiempo. Esto es, irán todas las mañanas á aprender una ó dos horas, y esto bastará para su instruccion, y me pare-

ce que con esto pasarán una juventud muy ocupada.

Si consigo que se acostumbren á esta vida simple é inocente, si el amor de los hijos que tuvieren basta para llenar su corazon, si puedo lograr que su mayor pasion sea la felicidad de los pueblos, si veo que continúan los exemplos que me propongo darles, si despues de vivir con moderacion, emplean el sobrante de sus rentas en beneficios generales de sus pueblos, y en el socorro de los necesitados, y en fin si obtengo que su corazon no necesite de otras diversiones y placeres que los que puede presentarles la dulce paz de una familia querida, la felicidad de sus vasallos, de sus criados, dependientes, y de quantos tengan relacion con ellos, yo seré el mas feliz de todos los hombres.

Pero como su gusto puede no conformarse con estas ideas, como el destino ó las circunstancias pueden llevarlos á la corte, á la tropa, ó á grandes ciudades, me parece que debo darles una educacion tal que puedan presentarse en todas partes con decencia. Así me parece que debo hacerles aprender el latin, que es la lengua de la Religion y de las ciencias, sobre todo la suya propia, que es la que deben hablar siempre, y que ademas deben hacer otros estudios, que contribuyan á ilustrarlos, á rectificar su juicio y moderar su corazon.

Pero esta es la parte en que por mi muy descuidada educacion me hallo ménos instruido, y necesito de que mis amigos me socorran, principalmente Mariano, á quien pido me explique con franqueza lo que puede haber de defectuoso en las ideas generales que aquí le expongo, y al mismo tiempo me indique la marcha, el método y la na-

turaleza de los estudios útiles que deseo que hagan.=

Yo quedé muy consolado leyendo este escrito, en que ví ideas tan conformes á las mias, y al instante me puse á responderle en estos términos.

Todo lo que dices, amigo, en tu papel es excelente, y mi corto talento se alienta mucho con tus juiciosos y christianos proyectos, porque creo que podré ayudarte en muchos de ellos. Yo habia meditado poco hasta aquí sobre estas materias, pero me parece, que quando Dios te inspira ideas tan sólidas y deseos tan santos, si tomamos la luz del Evangelio para que nos alumbre, podemos marchar sin riesgo de extravío.

Tú quieres, que junte mis reflexiones con las tuyas, y á pesar de mi justa desconfianza voy á hacerlo con el zelo de la amistad. Yo pienso como tú, que no estando seguro del gusto de tus hijos, ni del partido que querrán tomar en adelante, debes darles la especie de educacion universal que te propones. Una educacion tal, que si conformándose con tus deseos, se acomodan á vivir siempre en sus tierras, pueda hacer su propia felicidad, ocupándose en la administracion de sus haciendas, y en el bien estar de sus pueblos; pero que tambien si su gusto ó las circunstancias los conducen al comercio del mundo en la corte, en la tropa, en las grandes ciudades, puedan presentarse sin rubor, y sostener con decencia el carácter propio de su clase.

Pero, amigo, para lograr estos dos fines, no es menester mudar de plan. La buena educacion es buena para toda. La Religion, la moral, los principios de

las ciencias sólidas, y los conocimientos de las artes útiles que deben ser la basa de una educacion bien entendida, sirven para todas las situaciones y destinos, y son tan propios á dirigir y hacer feliz al hombre del campo como al cortesano, al militar ó al ciudadano. Así en el plan que voy á describirte, yo no te propondré mas que las instrucciones necesarias y útiles, que son siempre ventajosas en todos los estados, y sin las quales ningun hombre puede decirse verdaderamente instruido. Yo no te diré sino lo que creo absolutamente necesario para formar lo que se llama un hombre sólido, capaz de todo, y que le pone en disposicion de hacer buen uso de sus talentos y fortuna, de pagar á Dios el tributo que le debe, de ser útil á los demas hombres, de ser feliz y hacer felices á todos los que le rodean. En fin te expondré la educacion que en tus circunstancias me parece conveniente á tus hijos, y tal como yo concibo que se debiera dar á todos los jóvenes que nacen en una casa distinguida con la esperanza de heredar muchos bienes.

Ya estamos convenidos en que el primero de nuestros estudios será la Religion, y que todos los demas serán subordinados á este. Que no solo les haremos aprender las verdades fundamentales de la fe, sino tambien la historia de la Religion, para que vean en ella las pruebas evidentes de su divinidad. Y sabes que este es el defecto mayor de nuestra educacion general. Apénas se enseña á los niños la Doctrina Christiana en la infancia primera, y quando todavia no son capaces de reflexion; y apénas se les da una idea confusa de los

grandes misterios, sin que se les expliquen jamas los motivos que tienen para creerlos.

Despues se les lleva á la Gramática, y á otras artes ó ciencias, sin que se les vuelva á hablar de Religion; y quando acabados estos estudios literarios, debieran ellos mismos abrir los ojos, y aprender ó enterarse de la Religion que profesan, por la mayor parte no lo hacen, ó las pasiones los arrebatan ó los negocios los ocupan, y de esto nace que los mas, aun de aquellos que pasan por instruidos, jamas la conocen bien, y que los mas fútiles ataques de la incredulidad los perturban y los pervierten.

Nosotros trataremos de preservar á los nuestros de este peligro. No solo les enseñaremos lo que deben creer y practicar, sino el por qué lo deben practicar y creer. Las cartas que escribirás á Teodoro, y lo que te há dicho tu Director, acomodado por nosotros á la capacidad de tus hijos, nos facilitarán este estudio, y no descansaremos hasta dexarlos bien aguerridos y fortificados contra los ataques de la falsa Filosofía.

Pero como despues de la fe no hay nada tan esencial como las costumbres, en esta parte debe exercitarse mucho nuestra vigilancia. Yo pienso que la primera obligacion de un padre ó de un ayo, que se encarga de la crianza de los niños, ántes de ninguna otra cosa es criarlos de manera, que nunca pierdan la inocencia que les dió la santidad de su bautismo. El que por su ambicion, su avaricia, sus malos exemplos, ó solo por su negligencia los priva de bien tan soberano, y los expone á recaer en la esclavitud del demonio, come-

te el mayor delito que un hombre puede cometer.

¿Qué conseguirá un padre, con que su hijo sea el honor de su familia, la delicia de la corte, ó el héroe del Estado? ¿Qué logrará con dexarle grandes bienes, ó verle en los mas altos honores, sino le dexa el gusto y el amor de la virtud? ¿Y qué será él mismo sino un padre cruel, tanto mas inhumano quanto mas haya procurado estas ventajas pérfidas, con que le ha escondido mas su peligro, y le ha hecho mas difícil el remedio? Este hombre no es un padre, es un sacrílego, que ha destruido el templo de Dios vivo para construir la infame Babilonia. Es un furioso insensato, porque no puede haber mayor demencia, frenesí mas estúpido, ni delirio mas rabioso y brutal, que el de un padre insensible, que arrastra consigo á un hijo incauto, y le precipita en el mismo abismo en que él se arroja.

Pero para que un padre pueda conservar intacta la inocencia de su hijo, es indispensable que sin cesar le aparte de la vista todos los objetos que le pudieran seducir, ó que le fortifique contra ellos. Debe ser un Ángel tutelar que le acompañe en el camino, quitando todas las piedras en que pueda tropezar. Sin duda que debe perfeccionar su espíritu, aprovechar sus talentos y el buen uso de ellos; pero no lo conseguirá, si ántes no le enseña á conducirse en todo por la razon. Y como un niño no es capaz de ella, es menester que supla su defecto por la autoridad de la Ley divina, haciéndole entender, que esta es la regla suprema, y que no hay ni puede haber razon mas segura ni sublime

que la Ley que Dios nos ha dado, y que quiere inviolablemente él mismo.

Así pues ántes de todo es indispensable empezar por la obediencia que se debe á la Ley, y acostumbrarlos á respetarla y sujetarse á ella. Esto no es fácil porque los hombres en general, y mas particularmente los niños solo creen las impresiones de sus sentidos. Son carnales, y casi solo los conmueven los objetos exteriores. Las impresiones morales son hijas de la reflexion, y ellos la tienen débil todavia. Pero por lo mismo que por su organizacion son poco capaces de raciocinio, es menester suplir esta falta con algun resorte, que les produzca algun efecto. Y mientras no pueden conocer por sí mismos la evidencia de las verdades metafísicas, no veo otro que ponerles á la vista la autoridad del Criador, á quien se debe obedecer.

Por eso un padre no debe conceder nada á sus hijos por pura bondad, ménos por capricho, y mucho ménos por importunidad. Me parece que siempre á la vista de sus hijos debe conducirse únicamente por la razon, y hacer de esta razon, que dimana de la Ley divina, un principio, ó una regla general y necesaria de las acciones y voluntades de todos: que es menester acostumbrarlos desde la edad mas tierna á consultarla, á seguirla y sujetarse á ella de manera que en todas ocasiones deben dar una buena razon hasta de sus deseos.

Al principio será preciso contentarse con razones débiles, ó con las apariencias de razon; porque no serán capaces de mas, y no será prudente apurarlos para que no se aburran; pero esta sola necesidad de buscar-

la, y el deseo de encontrarla son ya útiles, porque los acostumbra poco á poco, miéntras se va formando su carácter, y se les hace familiar la idea de que no deben hacer nada sino por razon, y con subordinacion á la ley inmutable, que sola debe reglar nuestras acciones y deseos.

Yo no gusto de lo que generalmente se practica en la educacion de los niños. Se les carga la memoria de mil cosas inútiles, que no pueden servir mas que de comprimir y fatigar unas facultades, que no tienen todavia extension ni consistencia, y que ya estan demasiadamente irritadas y conmovidas con la impresion de tantos objetos exteriores. Yo quisiera que se prefiriera el método de hacerles comprehender con claridad los principios ciertos de las ciencias prácticas.

Quisiera tambien, que aunque todavia sean débiles para conocer bien la evidencia de las verdades espirituales, se les habituara á lo ménos á distinguir y penetrar las que son mas simples, y que presentan nociones mas claras, sobre todo las que deben prepararlos, y sirven de basa á verdades mas complicadas. Por exemplo, que se les enseñara á distinguir el alma del cuerpo, y á conocer las propiedades y modificaciones de estas dos substancias. Lo que en especial me parece mas útil es que se les enseñe á desconfiar de sus propios juicios, y de todas sus opiniones sobre objetos morales ó sobrenaturales, quando no tienen mas apoyo que la persuasion de sus sentidos, y á no seguir su propio dictámen, quando no está sostenido con las luces que nos vienen del cielo.

El desarrollar estas ideas pediria mucha discusion, y no es mi designio escribir un volúmen. Puede ser que si un dia tengo tiempo, le ocupe en esto. Entre tanto en la experiencia práctica verás la aplicacion, y ahora me baste decirte, que se muere á los diez ó doce años de edad como á los sesenta, y que no se debe perder de vista esta verdad. ¿Qué será de un niño, si la muerte le sorprehende con el corazon ya corrompido? ¿Si su espíritu ya está lleno del orgullo de su calidad, y del amor de los bienes y gustos de la tierra? ¿Qué le servirá en el otro mundo la Geografía de este? ¿Ni de qué le aprovechará en la eternidad haber aprendido las épocas del tiempo?

Todos estos conocimientos, quando no estan acompañados de la virtud, desaparecen con la muerte, y no conducen á la vida eterna. Si los preceptores han preferido á la ciencia de la Religion, y al cuidado de las costumbres el arte de declinar y conjugar, sus discípulos podrán saber el latin, podrán estar adelantados en la historia, se dirá que eran prodigios, y que daban muchas esperanzas; pero ¡ay! estas esperanzas que daban, eran para un mundo en que no debian vivir, y de nada les servirán en aquel en que nada valen las vanidades, en que consumiéron el poco tiempo que se les dió para merecer.

¿Hay en el cielo recompensas eternas para estudios vanos? ¿Hay premios de honor para los que hacen composiciones sin defectos? ¿Dios juzgará á los niños por otra ley que la del órden inmutable? ¿Les hará otros cargos que las infracciones del Evangelio, que no han

practicado ó no han conocido? Sin duda que los padres deben criar á sus hijos para servir al Estado y al Soberano; pero es despues que los han educado para Jesu Christo y para el cielo. Si deben afanarse tanto en formalos para una sociedad de pocos dias; ¿cómo deberán afanarse en formarlos para una sociedad que dura siempre? Pero ¡ay! los mas instruidos en las ciencias vanas, esos filósofos que se jactan tanto de su ilustracion y su saber, son los que mas desprecian esta ciencia divina, los que mas corrompen las públicas costumbres, y los que mas turban la tranquilidad de los Estados.

No digo que no se deban aprender muchas ciencias: no pienso que para ser christiano, pueda conducir ser ignorante y bárbaro; pero digo, que la ciencia de la salud eterna debe ocupar la primera atencion; que no se deben aprender las otras, sino quando el espíritu ya formado por la primera, está dispuesto á hacer buen uso de ellas; que no se debe dexar la instruccion de las verdades esenciales para un tiempo á que quizá no llegará, ó en que las pasiones no darán lugar á que se puedan gustar y meditar con fruto. Tampoco digo que no pueda mezclarse con el estudio de la Religion el de otras cosas, en especial de aquellas que enseñan á fixar la atencion. Por el contrario me parece que este estudio puede serles muy útil, porque solo el trabajo de la atencion conduce á la inteligencia de la verdad. Y para que entiendan bien las ideas de la Religion, es conveniente acostumbrar los niños á que apliquen la suya. Así me parece que será muy bueno enseñarles desde luego, y exercitarlos en los primeros elementos de las Matemáti-

cas, no solo porque son las ciencias mas sólidas y estimables por sí mismas, y que deben ser preferidas á casi todas; no solo porque son la llave y puerta de las otras, sino porque su estudio es tal, que no es posible aprender nada sin aplicarse. Es imposible entender nada en un libro de Geometría aquel que no aplica su atencion á lo que lee.

Ved aquí pues la primera ventaja de este estudio, que es acostumbrar los niños á la atencion, y en virtud de esta costumbre su celebro se va haciendo capaz de toda especie de inflexiones, va adquiriendo fuerzas. Por eso los que desde niños se habitúan á meditar, no solo estan mas en estado de aprender todas las ciencias, sino que pueden juzgar sanamente de todo, adquieren la aptitud de seguir y profundizar las materias mas abstractas, pueden hacer descubrimientos ingeniosos, y son capaces de preveer y calcular las conseqüencias y resultas de las empresas mas inciertas; sobre todo se forman un gusto ó sabor de la verdad, que la sienten y la penetran desde que se presenta; á fuerza de buscarla la conocen ya tanto, que se puede decir, que casi sin raciocinio, y solo por instinto la saben distinguir.

Por el contrario, las ciencias de memoria turban las ideas mas claras, porque por la mayor parte no presentan sobre toda especie de objetos mas que semejanzas, verosimilitudes y congruencias. Los hombres que no saben analizar, se acostumbran á contentarse con ellas; no distinguen la diferencia que va de ver el objeto, á verle bien y por todos sus lados. Se detienen y se satisfacen con las superficies que los objetos les presentan; cada qual las ve á su modo, y por eso disputan sin medida ni fin.

Sola la verdad es una, indivisible é inmutable. Sola ella puede reunir los espíritus; y esto es lo que únicamente logran los que aprenden las verdades que pueden demostrarse. Las ciencias de memoria tienen otros defectos; naturalmente inspiran orgullo. El alma se envanece, el corazon se hincha con la multitud de hechos, que se acumulan en la cabeza. Aunque todas sus especies sean poco útiles, aunque no hayan aprendido mas que lo que pertenece á los cuerpos, á las obras del tiempo, ó á las opiniones de otros hombres, se imaginan saber mucho, y que su espíritu ha adquirido tanta extension, realidad y permanencia como los objetos de sus ciencias. Con esta presuncion su espíritu se derrama en todas las partes del mundo, remonta hasta los siglos mas remotos, y miéntras vaga, y se pierde en regiones tan vanas, no se ocupa en lo que es él mismo en el tiempo presente, y en lo que será en la eternidad; se olvida de sí mismo, para absorverse en un mundo imaginario con historias de cosas que dexáron de exîstir, ó de quimeras que nunca han exîstido.

Tampoco quiero decir por esto, que se deba despreciar la historia, y que no se estudien mas que las ciencias exâctas. Lo que digo es, que se deben estudiar las ciencias por el órden de su importancia y de su utilidad; que no se debe estudiar la Historia, sino quando se ha estudiado su propio corazon, su Religion y sus obligaciones, quando por otros estudios preliminares se ha puesto en estado de poderla aprender con discernimiento, para no dexarse alucinar con sus

falsas opiniones, y saber á lo ménos distinguir en parte la verdad de los hechos de la imaginacion del historiador.

Se pueden estudiar otras lenguas; pero es quando se sabe ya lo que es una lengua, y sobre todo quando se sabe bien la de su pais. En una palabra, es menester haber aprendido á ser hombre Christiano y buen Español ántes de aprender á ser historiador, poeta ó extrangero. Tambien digo que no se debe aprender nada, sino para hacer buen uso de ello. Por exemplo, no se debe aprender la Geometría para llenarse la cabeza de las propiedades de las líneas, sino para procurar á su entendimiento toda la fuerza y extension de que es capaz.

En general conviene empezar los estudios por las ciencias mas necesarias, ó que pueden contribuir mas á perfeccionar el espíritu y el corazon. El que solamente sabe distinguir el alma del cuerpo, el que no confunde sus pensamientos y deseos con otros movimientos de su máquina; con el simple conocimiento de esta única verdad es mas sólidamente sabio, y está mas dispuesto á serlo mas cada dia, que el que habiendo aprendido todas las historias, costumbres y lenguas de los pueblos, ignora su propio sér, no reflexiona sobre la naturaleza de su alma, y no está seguro de que por su carácter de inmortal le aguarda una eternidad aventurada.

Habrá algunos que quizá no aprobarán estos consejos; pero yo quisiera que á lo ménos consultaran la experiencia, y que despues me dixeran si les parece,

que los que saben á Virgilio y Horacio se conducen mejor que los que estudian y meditan á San Pablo. Si la lectura de Ciceron les ha sido mas útil, que pudieran serles las palabras de la Sabiduría. Dicen, que se debe leer á Ciceron para aprender el latin. Así puede ser; pero yo digo, que tambien seria menester hacerles leer el Evangelio, para aprender la Religion y las virtudes. ¡Pobres niños! Se les cria como si debieran ser ciudadanos de Roma, se les enseña su lengua y sus costumbres, y no se cuida de hacerlos christianos y habitadores de la celestial Jerusalen; por lo ménos no se cuida como era menester.

San Agustin se quejaba de esto en su tiempo. ¿Qué dixera, si hubiera visto el nuestro? No se necesita de muchas reflexiones para gemir de este abuso deplorable. Basta observar á nuestros jóvenes quando salen de sus colegios. Parece que pues han acabado sus estudios, debian por lo ménos saber lo que es el hombre; que ya debian estar bien enterados de las pruebas evidentes de su Religion, para poder preservarse, y resistir á los sofismas de toda filosofía falaz y seductora; que ya debian conocer el espíritu y la extension del moral evangélico; porque estos conocimientos son los primeros, los mas necesarios para el que sabe, que ha nacido con una alma inmortal, y que exîsten un culto y una Ley, de cuya observancia depende la suerte eterna de sus destinos, y es natural pensar que los hayan aprendido allí; porque es claro que la mayor parte no se vuelve á ocupar mas en estos objetos. Los placeres, los negocios los ocupan únicamente en adelante.

Pero id á exâminar estos jóvenes, que han pasado muchos años en la educacion de un colegio ó de una universidad, y yo quiero que no exâmines sino á los que salen con la reputacion de instruidos, y de quienes se dice que son sobresalientes. Los hallarás por lo comun llenos de preceptos de Gramática, los encontrarás sabiendo de memoria muchos versos y mucha prosa, muchos textos del Código y Digestos, y si pueden repetir los términos misteriosos y obscuros de Aristóteles, se les mira como un prodigio. Les oirás hablar con satisfaccion de todo, sin detenerse en nada; porque lo que mejor han aprendido es el arte de la sofistería, el ímprobo talento de poder defender las opiniones mas absurdas ó las mas encontradas, sin distinguir jamas el error de la verdad.

Pero pregúntales sobre la naturaleza del hombre, sobre la contradiccion de su grandeza y sus miserias. Díles que te expliquen los motivos que tienen para creer la verdad de la Religion que profesan. Proponles alguna de las aparentes sofisterías con que los incrédulos la combaten. Pídeles que te refieran la historia del Christianismo; que te digan lo que han podido percibir en los planes de Dios: quáles son los designios que ha mostrado en la creacion del mundo, en la venida del Redentor y establecimiento de la Iglesia. Ruégales que te hagan ver la necesidad de un Mediador, y la armonía y arreglada correspondencia de los misterios divinos con las necesidades humanas, y verás que sobre todo esto no tienen idea alguna, ó que solo tienen nociones diminutas y confusas.

Preservemos pues á nuestros niños de abusos tan irreparables, y no les enseñemos sino lo que los puede conducir á ser felices en esta y en la otra vida. Enseñémosles lo que los puede hacer buenos christianos, buenos hijos, buenos maridos, buenos amos, buenos magistrados, militares, ciudadanos, y buenos padres de familia, así en su casa como en el gobierno de los otros hombres, y en la administracion de sus pueblos. Para conseguir estos fines, despues de la Religion y las costumbres, que son la basa de todo, hagámosles aprender con mayor cuidado las ciencias prácticas y las artes útiles, que solo pueden ilustrar su espíritu, y gobernar su corazon.

Enseñémosles desde luego el latin; porque como dices muy bien, es la lengua de la Religion y de las ciencias. Es grande consuelo para un christiano entender las oraciones de la Iglesia, así en el sacrificio que ofrece, como en los salmos y cánticos de sus oficios; y en fin, esta lengua es la llave con que se abren los conocimientos de las mas de las ciencias. Para enseñársela bien, y para hacerles este estudio mas fácil, debe preceder el estudio de la Gramática Española. Como ya saben esta lengua, aprenderán con mas facilidad sus reglas, y no solo quedarán mas dispuestos á aprender el latin, sino qualquiera otra lengua extrangera. Pero desde luego lograrán la ventaja de haber aprendido por reglas la lengua en que deben hablar siempre, y cuyo estudio merece toda preferencia.

Tambien estamos de acuerdo en que aprendan los

principios matemáticos. Yo me propongo enseñárselos, y particularmente la Geometría y el Álgebra, que no es otra cosa, que una Aritmética de órden superior. Estas son las ciencias humanas mas útiles, y de un uso mas comun entre los hombres. Ellas son las mas sólidas y verdaderas; porque los hombres casi no pueden saber en la tierra con seguridad mas que medir y contar. Pero fuera de estas ventajas tienen las de rectificar el espíritu, y conducirle por medios mas seguros á la indagacion de la verdad. Contribuyen tambien á formar el juicio, y por este medio influyen á dirigir las ocurrencias de la vida.

Creo pues que les será muy útil hacerles aprender estas ciencias muy fundamentalmente, y hacerles pasar quatro ó cinco años en su estudio; y añadiendo á este objeto la feliz idea, que tienes de hacerles tomar algun conocimiento práctico de las artes mas usuales, y tambien los principios y reglas de alguna de las Nobles Artes, con todo lo demas que cabe en su edad, y de que hablaré despues, me parece que podemos llevarlos hasta la edad de quince ó diez y seis años sin ninguna ociosidad.

Quando hayan aprovechado en todos estos estudios de la infancia, y quando se hallarán con fuerzas mas proporcionadas á otras fatigas, será tiempo de que adquieran otros conocimientos. Tú no quieres hacer eruditos ni doctores. Tú deseas hacer hombres instruidos, de juicio recto, de razon sana, que vean y estimen las cosas como ellas merecen, y que llenen el tiempo de su breve carrera, de modo que lleguen al término con inocencia y paz. Es menester pues alejar de ellos todas las

ciencias vanas que hinchan, todos los estudios frívolos que corrompen, todas esas quimeras especulativas en que tanto se disputa, y nada se sabe. Es menester aplicarlos á los principios de las artes útiles y de las ciencias prácticas en que un hombre cuerdo se ocupa dignamente; porque por un lado pueden con esta instruccion ser útiles á los demas hombres, y por otro deben elevar su alma al conocimiento, á la admiracion, y al amor de su criador.

Nada es tan propio para conseguir estos fines, como el estudio de la naturaleza. No el de la naturaleza imaginaria, tal como la han forjado en su celebro filósofos atrevidos, sino tal como la hizo Dios, tal como ella misma se manifiesta á la experiencia quando esta la consulta, y como la ve la modesta razon, quando sabe contentarse con lo que ella le descubre. Alejemos de su espíritu esa ambicion insensata y temeraria de querer-la arrancar los secretos que oculta, esa jactancia presuntuosa de adivinar los arcanos que esconde. Que se acostumbren á desconfiarse de su imaginacion, á no embarcarse en este piélago sin la sonda en la mano, á no abandonar jamas la experiencia su inseparable compañera, á dar pasos tímidos y circunspectos, á no avergonzarse de confesar su ignorancia, y á no jactarse de saber lo que ignoran.

Este estudio tomado con estas precauciones, despues del de la Religion, es el mas digno del hombre, ó para decirlo mejor, es el que mas completa y perfecciona el estudio de la Religion; porque es el que mas nos descubre el amor, la sabiduría y la magnificencia de su autor. Este es estudio sólido, porque le instruye de lo

que exîste, le hace conocer quanto le rodea, y se aprovecha de lo que puede serle útil. En fin, manifiesta las muchas é íntimas relaciones, y la absoluta y entera dependencia en que la criatura está de su Criador.

Pero este estudio debe hacerse sin pensar, y en todo tiempo, de manera, que sin sentir y casi sin designio le puedan aprender. Léjos de que nos ocupe ni nos cueste fatiga este estudio, debe ser recreo y descanso de los otros. Nuestros paseos diarios deben destinarse únicamente á esta instruccion. El campo debe ser nuestra escuela, y divirtiéndonos aprenderemos el nombre, la realidad y las propiedades de quantos objetos se nos presentan á los ojos. Desde el grano de arena hasta el peñasco, desde el tomillo hasta el olmo, todo lo debemos conocer y exâminar.

Allí pues aprenderemos la Historia natural. No será nuestro gabinete una sala grande ó pequeña, en que se habrán acumulado de regiones remotas producciones exôticas y raras, cuya coleccion seria dificil, y apénas se sacaria utilidad; nuestro teatro será mas magnífico y vasto, porque será todo el horizonte que pueda registrar nuestra vista. Serán todos los objetos á que pueda alcanzar nuestra mano, y los haremos pasar por nuestro exámen, para distinguirlos, y aprovecharnos de sus lecciones.

Con este fin trataremos de conocer todas las plantas de nuestro territorio. Aprenderemos su nombre, su familia y sus virtudes; y con esto nuestros enfermos campesinos podrán tal vez hallar remedio en sus dolencias, y sacarán de nuestro estudio algun alivio. Lo mismo haremos con los árboles, arbustos, yerbas,

flores, frutos, piedras y todas las demas riquezas que contenga nuestra region. Todas pasarán por nuestro exámen. Los animales desde el tardo insecto hasta el ligero ciervo, y desde el conejo tímido hasta el lobo rapaz serán tambien objeto de nuestra indagacion.

Pero el caballo generoso, el buey trabajador y el paciente asno, que son tan útiles al hombre, no solo serán objeto de nuestra curiosidad, sino tambien de nuestra atencion. No solo procuraremos conocer sus calidades para aprovecharnos de su servicio con ventaja, sino aprenderemos á socorrerlos y curarlos en sus enfermedades. En fin nada de lo que puedan ver nuestros ojos y tocar nuestras manos se escapará de nuestro conocimiento; y exhortaré á cada uno de los niños á que tenga un estante separado, en que ponga segun su gusto lo que le parezca mas curioso. Sin duda que no pondrá mas que cosas comunes; ¿pero qué importa, si el objeto es que aprenda á hacer colecciones de piedras, insectos ó mariposas? Que se acostumbre á poner cada cosa en su lugar, á clasificarla por su órden, y este estudio, que fué la diversion de su infancia, podrá ocuparle toda su vida, y ser un estímulo incesante de su adoracion al Criador.

Tú quieres que aprendan algun arte, y te lo apruebo mucho; pero sin perjuicio de esta idea, yo quisiera que quando llegaran á la edad de diez y siete años, en que debemos suponerlos mas robustos, aprendieran á ser jardineros. Para esto yo daria á cada uno un corto terreno cerrado, y donde ninguno pudiera entrar sin su permiso. Permitiria el primer año, que tu jardine-

ro fuese á hacer el plantío y enseñarles; pero despues deberia correr por cuenta de los propios jóvenes el cultivo ulterior, y me parece que la emulacion de los nuevos jardineros produciria la aplicacion de ambos.

Tengo por cierto, que esta ocupacion pudiera serles muy útil. Desde luego aprenderian á conocer las tierras, el arte de mejorarlas para hacerlas mas fecundas, la necesidad y ventajas de los abonos, objetos todos tan ignorados, como esenciales en el cultivo de los campos. Fuera de esto aprenderian á plantar, regar, conocer y mejorar las legumbres, los frutos y los mejores tiempos de cogerlos ó plantarlos. Es muy dificil, que un jardinero mercenario no sirva bien á un amo que sabe tanto como él; y este ramo de la agricultura, tan útil por sí mismo, añade muchas delicias y abundancias á la casa en que se maneja bien. Por otra parte es tan dulce ver crecer el árbol que se ha plantado, ó comer el fruto que nuestra propia mano ha sabido ingerir, que el que vive en el campo con estos talentos tiene en sí mismo un manantial inagotable de placeres. Ademas este exercicio les fortificará el temperamento, trabajando cada dia una ó dos horas.

Pues tu intencion es hacerles grata la mansion del campo, me parece que no debemos olvidar las artes agradables. Ya tienen algunos preceptos de la música y dibuxo. Su virtuosa madre se aplicaba á darles los primeros elementos. Es menester pues no dexárselos olvidar, y al mismo tiempo hacérselos aprender bien. Y pues tú, amigo, tocas con tanta destreza el forte piano, y eres tan hábil en la música, tú debes encargar-

te de esta parte. Es mucha fortuna que tú estés en estado de enseñarles, que si no, seria menester hacer venir otro, y esto no dexa de tener sus inconvenientes. Despues te diré la vigilancia de que necesitamos para alejar de nuestros niños toda comunicacion, que no sea segura. Pero en fin siendo tú su maestro, no hay que temer; y tambien tendrás el gusto de enseñarles un arte, que en muchas ocasiones puede servirles de recreacion inocente, y tal vez les será un desahogo necesario.

En quanto al dibuxo fuera del colorido, yo me encargo; porque á Dios gracias me he exercitado en él lo bastante para poder instruirlos bien. Yo sé por experiencia, quán grande es el placer y embeleso que produce, y es muy notoria su utilidad. El dibuxo se puede llamar la lengua de las artes; porque con él se habla á los ojos, y se les pinta la idea que no exîstia mas que en el pensamiento. Este arte es necesario para entenderse, y hacerse entender de los artistas, para no engañarse, y poder dar una especie de realidad á las creaciones de la imaginacion. El que sabe dibuxar, sabe ver; porque se fixa en el espíritu la idea de los objetos, y de sus proporciones con exâctitud, se los retrata con fidelidad, y tales como son; pero el que ve vagamente, sin tener cuenta ni saber el modo de determinar los contornos, medidas y lineamentos de los objetos, los altera con su fantasía, y no puede significarlos ni describirlos con la exâctitud que conviene.

Este arte tan necesario á todos, lo es mas á un grande hacendado que tiene que tratar con artistas de

toda especie, así para los instrumentos del campo, como para las construciones y reparos de sus edificios, y debe aprenderse desde muy temprano, porque necesita de una mano ligera y flexible. Tus hijos estan todavia en la edad conveniente, y yo te prometo que no perdonaré medio para que le aprendan bien. En especial me aplicaré á que sepan hacer planes, porque así podrán dibuxar la extension y las figuras de sus tierras.

Me parece, que con esto tendrán con que ocuparse hasta la edad de diez y siete años, en que ya mas robustos de cuerpo, y mas formados de espíritu, será menester reforzar sus estudios, y dar otra forma á sus ocupaciones. Pero hasta entónces nuestro grande cuidado debe ser el de llenar todos los instantes de su vida, para desterrar léjos de ellos la ociosidad, y el medio de conseguir un fin tan importante y tan difícil, es dividir todo su tiempo entre estudios y recreaciones, pero de manera que las recreaciones sean útiles para los exercicios del cuerpo, y para ciertos estudios ligeros ó de entretenimiento, que se deben hacer en los paseos; y que los que llamamos estudios serios sean de cosas que puedan servir para la instruccion y el exercicio de las virtudes.

Tu extrañarás quiza no oirme hablar ni de la Poesía ni de la Historia. En quanto á la Poesía, yo no la estimo conveniente; me parece un arte que para no ser ridículo, es menester ser sublime, y esto es dado á pocos. Creo que es necesario nacer y sentirse casi con el ingenio de un Virgilio para dedicarse á él sin rubor. Aun supuesto el talento, queda mucho campo abierto

para el rezelo, por el defecto de los objetos á que se aplica. La razon es la misma quando se presenta con el trage de una decente y decorosa prosa, y la Poesía no la añade ni fuerza ni verdad; solo la viste con adornos, que por la mayor parte no consisten sino en la material combinacion de las palabras. Por otra parte si tuviesa alguna ventaja, un hombre de bien no deberia emplearla sino en cantar la gloria de la Religion, en exhortar á la observancia del moral, ó en pintar con elegancia la hermosura de la virtud. Fuera de estos asuntos, todo lo demas es ó pueril ó indecente ó ridículo; y por lo comun la veo emplear de tal manera, que no me es posible contar con ella en nuestra educacion.

En quanto á la Historia profana, la miro como una lectura arriesgada. Es un vaso, cuyos bordes estan dorados; pero el fondo suele estar lleno de ponzoña. Muchos historiadores penetrados por la mayor parte del espíritu del mundo, le derraman en sus narraciones sin reparo. Pintan los objetos con falsos coloridos, transforman los vicios en virtudes, ensalzan la ambicion, exâltan la gloria humana, y estan casi siempre por las pasiones dulces y agradables. El conquistador es su héroe, la modesta narracion es baxa, y hasta los delitos como sean brillantes, son aplaudidos. El lector incauto, que no tiene formado el juicio, se traga el veneno sin sentirlo, y adquiere ideas que corrompen su corazon, y le desacreditan el Evangelio. Preservemos á nuestros niños de tan funesto contagio; y si algun dia deben leerla, que sea quando ya pueden discernir los errores, ó con alguno de nosotros, que les presente los preservativos.

Pero para conseguir el fruto de nuestra aplicacion es indispensable que tomemos de acuerdo ciertas disposiciones prévias, de que te voy á proponer algunas. La mas esencial es, que estorbemos el que jamas hablen á solas con ninguno que pueda destruir en un instante todo el trabajo de muchos dias. Por regla general es menester, que no tengan criado destinado á servirles, á fin de que se hagan al trabajo, que hagan uso de sus miembros, y que sientan el precio de su independencia. Tus hijos pues deben saber, que no pueden mandar á nadie. Y los criados deben estar advertidos de no obedecerlos, y de no hacer por ellos nada de lo que pueden hacer ellos por sí mismos.

Lo que nos importa mas que todo es, que dispongamos las cosas de manera que nunca por ningun motivo los dexemos solos, y en la ocasion de hablar con alguno, como no sea en nuestra presencia. Te repito esto, porque considero muy importante que nadie les diga palabra que no la oiga uno de nosotros. Bien sé que esta es una terrible sujecion; pero si queremos conservar su inocencia, es indispensable que nos hagamos de ello una ley inviolable. De mi parte te prometo, que jamas me separaré un instante de ellos, y que sin afectacion, sin pedantería, sin que ellos mismos ni otro alguno advierta mi vigilancia, nadie les dirá nada que yo no escuche; pero si por desgracia me hallo enfermo ó impedido, será menester que tú me suplas.

Insisto tanto en esto, porque se llega fácilmente al puerto sin vientos contrarios; pero una borrasca sola puede conducir al naufragio. Los niños por la delica-

deza de sus órganos guardan con tenacidad las primeras impresiones que reciben, sobre todo quando halagan á los sentidos, y vienen de los que aman. ¿Qué adelantaremos pues en procurar acostumbrarlos á que juzguen de todo por los principios de la razon y Religion, en dirigirlos á la victoria de las pasiones y sentidos, y enseñarles la frugalidad y el desprecio que merecen los bienes terrenos, las grandezas humanas, y los placeres fugitivos, si una visita, un criado, un indiscreto les habla de estos mismos objetos con tal estimacion y tantos deseos, que serian capaces de hacer impresion aun en espíritus mas formados?

El estilo del mundo es por sí mismo falaz, seductor, y mucho mas en labios profanos que no tienen ideas morales, y estan muy apegados á la tierra. Por lo comun no se habla de los bienes verdaderos, y si se habla, es con tanta tibieza, que no pueden inspirar mas que indiferencia. Los mas oficiosos y ménos perjudiciales serán los que se querrán meter á preceptores, y les dirán: Levanta la cabeza, ponte derecho, no dobles el cuerpo; y vé aquí toda su doctrina.

Si declaman con gracia algunos versos profanos en que se pinte el amor apasionado, y descubren en ellos alguna de las calidades que el mundo estima, entónces los aplaudirán, mostrando toda la expresion de la alegría; pero si les observan defectos graves de aquellos, que descubren al que conoce el corazon humano, una corrupcion abominable, entónces no harán mas que reir y divertirse. Si los que estan encargados de su educacion, procuran humillar su orgullo y corregir su amor

propio, la aprobacion y el aplauso de estos indiscretos les inspiran ódio contra los severos preceptores, y quitan á estos los medios de ser útiles.

Amigo, á los niños se debe mucha reverencia. Los exemplos son muy poderosos, quando halagan nuestra natural corrupcion. El que en presencia de un niño con ademanes de alegría hace alguna cosa, ó dice alguna máxîma seductora, sin decirle nada, le dexa una impresion mas fuerte que la que puede hacer el que discurriendo de la virtud, le exhorta á seguirla. Preservemos pues á los nuestros de toda impresion extraña, y para esto no hay otro remedio, que sin afectacion y sin que parezca desconfianza, uno de los dos esté siempre delante. Nuestra presencia contendrá á los extraños y criados, y si por desgracia se les escapare una mala palabra ó exemplo, nuestra correccion detendrá el influxo. Repito, que esta es mucha esclavitud para el que no tiene el corazon de un padre ó de un amigo, que se propone hacer la obra de Dios; pero el mismo por quien se hace, nos dará la fuerza.

Creo que si tenemos esta constancia, si sabemos ocupar su tiempo en los estudios y los exercicios que van dichos, si los alternamos con recreaciones de su gusto, en que exerciten sus cuerpos, para satisfacer la necesidad de movimiento que la naturaleza inspira á su edad, si sabemos divertirlos en nuestros paseos con el arte de presentar á su curiosidad objetos nuevos, y con el gusto de satisfacerla á cada paso, y si en fin sabemos ganarles el corazon con nuestra ternura, y los placeres puros que los podremos procurar, entónces

ignorando y no deseando los placeres pérfidos y corruptores, contentándose con las simples é inocentes diversiones de la naturaleza y del espíritu, que les haremos renacer sin cesar, podrán llegar á la edad de diez y siete años, habiendo empleado bien todo su tiempo, y conservado la pureza y el candor de su corazon. Se hallarán instruidos de todo lo que deben saber, y en estado de continuar los otros estudios y exercicios propios de su mayor edad, hasta que llegue el momento de ponerlos en los brazos de una modesta esposa con la misma inocencia que ahora tienen.

Ya tenia escrito esto, quando volvió mi amigo, y desde que pudimos quedar solos, me dixo: y bien, Mariano, ¿has visto mi papel? No solo le he visto, le respondí, sino que segun tu órden he escrito otro, en que te expongo mis ideas sobre la educacion de tus hijos. Al instante quiso que se le leyese, y me pareció que le escuchaba con mucha complacencia; pues repetidas veces dió señales de aprobacion. No bien le acabé, quando vino á mí, y echándome los brazos al cuello, me dixo: Y tú eres el que no se halla capaz de encargarse de una crianza? ¡Ay, Mariano! Todas esas ideas son sólidas y y verdaderas. Yo no las hubiera imaginado; pero desde que te las he oido, las hallo en mi corazon. ¡Quánto te debo por tus sacrificios!

Dexemos que los otros den la educacion que quieran ó que puedan. Al Gobierno toca mejorar la pública, y nosotros no podemos prescribir á los padres y los preceptores el método y el órden de las suyas; pero podemos y debemos dirigir la que nos ha confiado el cielo. Mi Director

dice, que á falta de las buenas instituciones públicas, cada padre debe exercer una especie de magisterio doméstico, y ser el director, y como el apóstol en sus propios hogares.

La desgracia es que la mayor parte de los padres ó mal educados ellos mismos, ó atados á la cadena de otros negocios, ó no pueden ó no saben lo que es necesario para serlo; y yo soy uno de ellos. Pero que hagan lo que yo: que busquen un amigo que los ayude, y que pidan al cielo les depare uno como el mio. Sí, Mariano; tú serás nuestro conductor, nuestro maestro comun; pero no pienses que porque tú tienes la generosidad de condescender á mis deseos, yo quiera descargarme de todo el peso, y echarlo sobre tí. No, amigo; la carga es mia, Dios me la ha dado, yo soy el padre, y debo tomar la parte mas penosa.

Lo que te pido únicamente es, que me ayudes en aquello de que por mi ignorancia no soy capaz. Este es un empeño, una funcion en que nos vamos á ocupar de mancomun. Los dos nos daremos un auxilio recíproco; pero yo adopto por entero tu plan, y te ofrezco sujetarme á tus ideas con escrúpulo. La educacion que me propones, es precisamente la que deseo que mis hijos reciban, y desde hoy mismo arregla lo que te parezca conveniente.

En efecto aquel dia mismo se dió órden para que se pusiera mi lecho en una pieza en que estaban los de los niños, y que lindaba con la alcoba de su padre. Al otro dia se arreglaron todas las horas de la familia, y los destinos de los criados en que no quedó ninguno ocioso, y en que cada uno fué declarado responsable de la parte que le ca-

bia; pero en esta distribucion no quedó señalado ninguno ni para mí ni para los niños. Yo les dixe, que no siendo ni inhábiles ni mancos, pues teniamos buenos brazos, no teniamos necesidad de que nos sirviesen. Que yo desde que empecé á ser hombre, no habia querido depender de otro para servirme, sino hacerlo todo por mí mismo; y pues ellos lo empezaban á ser, era razon que se desprendiesen de una esclavitud, que solo era necesaria á la ineptitud de la infancia. Ellos adoptáron este pensamiento como una fiesta, se hiciéron un punto de honor, y renunciáron á toda idea de servicio ageno.

En la hora del desayuno arreglamos tambien nuestra distribucion personal; esto es el uso que debiamos hacer de todas las horas del dia; y despues de haber consagrado los primeros momentos de la mañana y algun tiempo de la noche á las gracias que debemos al autor y conservador de nuestra existencia, distribuimos todo lo demas en estudios, recreaciones y paseos. Allí por la primera vez les empecé á dar alguna idea del imperio que debe tener la razon sobre nosotros, del respeto y sujecion que la debemos, y del amor que debemos al órden, tanto porque Dios le ama, pues es su autor, como porque nuestro propio interes lo exige. Estos han sido los dos polos ó los dos exes en que ha estrivado la parte moral de mi educacion; y desde la vez primera, viendo la facilidad con que me entendiéron, y la docilidad con que se sujetáron, conocí su aptitud y su buen corazon. Desde entónces pues empezó nuestro método, y continúa hasta hoy.

Referirte por menor todas las ocupaciones de cinco años seria imposible. Baste decirte en general, que una

vez que se estableció el órden de nuestra vida, le hemos seguido con regular exâctitud, que tanto su padre como yo, fieles á nuestro plan, hemos sido inseparables compañeros de nuestros niños, que hoy que Felix tiene ya mas de quince años, y Paulino catorce, son ya dos gallardos muchachos, llenos de fuerza y robustos, instruidos en todos los oficios, y muy hábiles en el dibuxo, que ya conocen, distinguen y ponen en su clase todas las producciones, que la naturaleza ha concedido á su territorio, que ambos estan muy adelantados en la Geometría, y aun mas en la Álgebra; pues los dos cuentan ya con tanta superioridad como pudieran dos comerciantes.

Debo añadirte, que no han hecho menores progresos en la música y el colorido, con esta diferencia, que aunque los dos han aprovechado mucho, Felix lleva á su hermano tanta ventaja en el colorido, como Paulino la lleva en la música. Esto ha dependido sin duda de la diferente aptitud. Dentro de poco pensamos dar á cada uno su terreno, para que cultiven su jardin. Su padre y yo vemos con mucha complacencia el fruto de nuestros trabajos, y estamos muy bien pagados de nuestros cuidados y desvelos; porque fuera de tan rápidos progresos con que se adelantan en toda especie de conocimientos útiles, observamos con placer, que Dios los ha dotado de buenos corazones, de sentimientos honrados, de inclinaciones dulces, y de un gran fondo de razon.

Todavia no han podido hacer el estudio serio de la Religion, que les reservo para mayor edad, y con todo me parecen ya tan enterados de sus pruebas, y tan persuadidos de su verdad, que no será fácil disuadirlos. Me

atreviera á desafiar á todos los Filósofos, y no creo que pudieran desquiciarlos de los fundamentos de la Fe. Ya los tengo por invulnerables y superiores á todos sus ataques; pero á pesar de esta persuasion, y aunque continuamente los procuramos entretener en estos principios, su padre y yo les reservamos para de aquí á quatro ó cinco años un estudio mas profundo, mas seguido y raciocinado. Yo espero, Antonio, que han de ser hombres muy útiles y estimables. Lo que me consuela mas que todo es, estar persuadido á que conservan pura su alma, y que todavia no han perdido la gracia de la inocencia.

Tú me dirás, amigo, que esto ha podido ser fácil en sus tiernos años, que les quedan muchos que pasar ántes de llegar al tiempo, en que los podamos conducir á la dulzura de un tálamo virtuoso, y que estos son precisamente los mas turbulentos y peligrosos. Todo esto es verdad; pero Dios que nos ha favorecido tanto hasta aquí, nos continuará su proteccion, y nuestra vigilancia no se cansará. Ya su padre y yo hemos formado el plan de nuestra conducta ulterior; y ve aquí los medios de que nos serviremos. Todavia les dexaremos continuar los mismos exercicios dos ó tres años, así para que acaben de formar su temperamento, como para que se perfeccionen en sus estudios.

Quando lleguen á los diez y ocho ó diez y nueve años, que serán mas robustos, y su espíritu estará mas formado, daremos otra forma á sus exercicios, y los dirigiremos á estudios mas elevados. Ya tienen muchas ideas de la agricultura, ya conocen su importancia, y en nuestras conversaciones y paseos han adquirido las primeras

nociones; pero entónces haremos un estudio mas serio y mas comprehensivo de todos sus ramos. Su padre piensa dar á cada uno una heredad moderada; esto es, una mediana extension de tierra, que pueda cuidar por sí mismo, dotada de los instrumentos necesarios para su cultivo. Su intencion es que ellos dirijan por sí mismos su cultivo, y asistan con los sirvientes necesarios, que verifiquen tambien las nuevas experiencias que estén acreditadas en Europa, y que observen con la mayor atencion el efecto de las mejoras de las nuevas invenciones que parezcan mas recomendables.

Ya montan muy bien á caballo; pero entónces se les acostumbrará mas á este exercicio. El estudio de la Historia natural, que hasta aquí no ha sido mas que un juego ó entretenimiento, pasará entónces á ser una parte de la Teología. Hasta ahora nos hemos contentado con ver los objetos de la naturaleza por defuera; no hemos hecho mas que conocerlos, distinguirlos, llamarlos por su nombre, saber sus usos mas conocidos, sus propiedades mas comunes, ó para decirlos en una palabra, no nos hemos casi ocupado en otra cosa, que en aprender su nomenclatura.

Pero entónces empezaremos á verlos por adentro, nos aplicaremos á registrar su organizacion interior. Admiraremos las maravillas de su estructura, exâminaremos el arte secreto de su mecanismo, y combinaremos los usos en que puedan emplearse para el servicio del hombre: todo esto haciéndonos conocer la maravillosa, oculta y admirable industria con que la naturaleza elabora todas sus producciones, nos hará conocer tambien la infinita

sabiduría de su autor, nos descubrirá el concierto, la armonía y el arreglo de cada cosa en sí misma, y de todas entre sí. Nos mostrará la justa proporcion de la causa con sus efectos, nos hará divisar los designios que el Autor supremo nos descubre en cada objeto, y esta admirable consonancia con que todo se corresponde en las obras de su mano, nos llenará de estupor y de admiracion. Veremos en ella el poder, la sabiduría, la magnificencia y el amor con que Dios ha tratado al hombre, y cada movimiento de nuestro asombro será un acto de amor y de adoracion.

Para ayudarlos en este inmenso y magestuoso estudio, les daré una idea de la Física general. Esto es, les contaré las opiniones de los hombres, distinguiéndoles lo poco que se sabe, de lo mucho que se opina, y de lo infinito que se ignora. Pero á fin de que las pocas verdades que se saben, se graben mejor en su memoria, haré venir mi gabinete ó mi coleccion de instrumentos, y con ellos les haré ver los verdaderos fenómenos, que la experiencia ha revelado á nuestra curiosidad.

Tambien les daré una instruccion mas extendida de los elementos de la Química, para que se formen una justa idea de la transformacion de las substancias, y de la utilidad que han sacado las artes de la disolucion de las materias: y les enseñaré con mas individualidad la Geografía; así para que conozcan la casa en que habitan, como para que puedan entender la Historia, quando llegue el caso de que leamos juntos.

Pero en lo que procuraré detenerlos mucho mas en la observacion del cielo, y en el estudio de la Astronomía.

Esta ciencia que trae consigo tanto atractivo y embeleso, es tambien la que mas contribuye á divisar de algun modo la grandeza, la magnificencia y la inmensidad del Criador. Esos innumerables globos colgados en la esfera, esos astros brillantes, que los telescopios multiplican á medida que se perfeccionan, esos orbes casi sin término, á que el telescopio no alcanza, y que la razon supone por analogía, ¿quién los divisa sin llenarse de admiracion y de espanto?

¿Quién levantando los ojos á la esfera, y contemplando en el incomparable espacio tantos globos celestes alumbrados por soles sin número, no reconocerá su pequeñez y su miseria? ¿Qué hombre no se sumergirá en su nada, y quién en fin se apegará á los bienes de la tierra, quando ve en la grandeza de los cielos un indicio de la magnificencia que no puede ver, pero que puede esperar?

Sí, Antonio. Nada hay en este baxo mundo que pueda darnos alguna idea de su autor, como la inmensidad de estas grandiosas obras de su poderosa mano. Yo espero divertirlos, interesarlos y ocuparlos mucho con ellas. Sobre todo espero conservar en su corazon el amor y el temor, el respeto y la gratitud que se debe á un Dios tan poderoso, tan magnífico y liberal con sus criaturas. Espero tambien hacerles concebir, quántos bienes prepara á la virtud el que despues de hacernos ver tan grandes cosas, nos dice, que reserva en su mansion para sus escogidos lo que los ojos no han visto ni han escuchado los oidos.

Estas son las ocupaciones con que hemos proyectado

conducirlos al dia en que se fixe su destino, y deban gobernarse ya por sus propios consejos. ¡Dichoso yo, si puedo contribuir á su felicidad, y que la propaguen á los hijos que tengan! ¡mas dichoso, si logro que salgan de mis manos tan puros é inocentes como entráron! y ¡mil veces mas dichoso, si Dios á quien consagro mis deseos, y de quien implore los auxilios, se digna de aceptar este pequeño sacrificio!

Esta carta es ya tan larga, que no me atrevo á continuarla, y con todo no he podido hablarte en ella mas que de los hijos. En mi primera te hablaré del Padre. Á Dios, querido Antonio.

CARTA XXXVII.

Mariano á Antonio.

Antonio mio: Voy á continuar mi relacion, y como te prometí en mi última, á hablarte del Padre. Ya te acordarás, que quando te encaminabas á la América, y me traxiste aquí, la primera cosa que te dió en rostro fué la miseria de este lugar. Yo me acuerdo de que tú viendo este espectáculo horroroso me dixiste, que aunque por desgracia muchos de los lugares de España en ciertas provincias eran infelices y miserables, no habias visto ninguno que lo fuese tanto, y no podias concebir cómo se toleraba, que una sociedad de hombres viviese con tan poca policía y aseo; y añadiste que esto degradaba la humanidad.

En efecto las casas por la mayor parte eran asquerosas y amenazaban ruina; tan baxas, que no se podia estar en pie, tan hondas, que el agua no podia salir, y estaban siempre húmedas, sus ventanas eran tan pequeñas, que el ayre no podia circular. Así los asilos de aquellos miserables, léjos de servir de reparo á sus fatigas, eran sepulcros de vivos. Las calles estaban tan cargadas de inmundicia, y tan llenas de infeccion, que no extrañamos, que la salud, la robustez y la alegría no pudiesen habitar en ellas. Concebimos la verdadera causa de la miseria, y nos afligió mucho ver tantas gentes que con el aspecto de hambrientos, y con el hor-

ror de la desnudez, nos presentaban el de la mas lamentable indigencia. Tú partiste, y yo quedé consternado considerando la infeliz sociedad á que me destinaba el cielo.

Mi corazon se afligió mas, quando habiendo ido á buscar al Cura, le encontré en una Iglesia obscura, húmeda, triste, desaliñada, y que apénas presentaba un lugar decente para ofrecer el sacrificio, y así las vestiduras como los vasos del culto me parecieron muy pobres. No pude ocultar al Cura la pena que me causaba este espectáculo. Él me manifestó la suya, y me dixo, que esto le atormentaba en seis años que llevaba de Cura; pero que su parroquia era en general muy pobre, y que si algunos vivian con tal qual comodidad, los mas eran infelices, y á ninguno sobraba nada.

Me añadió que sus rentas eran cortas, y no bastaban á socorrer los muchos pobres, que sin su auxílio moririan de necesidad, y que siendo estos los templos vivos de Dios, le parecia que merecian ser preferidos. En fin yo no veia ni escuchaba nada, que no me cubriese de luto el corazon. Lo único que me consoló fué el mismo Cura, que me pareció en su aspecto y discursos hombre sensato y religioso, de mucho juicio y grande instruccion. La experiencia nos ha hecho conocer despues su prudencia, madurez y virtud.

Desde que volvió mi amigo, le dí parte de mis tristes observaciones, y él me respondió: Yo lo he visto como tú, y la primera impresion que me hizo fué tan melancólica como la que tú experimentas; pero una re-

flexion me ha calmado, y espero que produzca el mismo efecto en tí. Yo me dixe: pues Dios me trae á este lugar que parece desdichado, y me da los medios de poder remediarlo, sin duda que me hace venir para que sea el reparador de tantos males. Ve aquí pues la vocacion de mi vida, ve aquí el destino que me explica el cielo: tú puedes decirte lo mismo, y en vez de gemir sobre tantas miserias, trabajemos para remediarlas.

Veo que hay mucho que hacer; pero haremos lo que podamos, y se puede conseguir mucho con la proteccion del cielo, y quando se va despacio y con madurez. Hagamos quanto sea posible, pero que sea sin fausto ni ostentacion. Empecemos por hablar con el Cura, y ponernos de acuerdo con él. Estoy informado de que en la ciudad vecina hay un buen Arquitecto, le haremos venir, le pediremos que nos haga un plan en que nos proponga los medios de extender, aclarar y hacer sana la Iglesia, y nos podemos servir de su talento para concluir esta obra.

Pediremos al Cura que vaya á la ciudad, que compre todos los ornamentos y vasos que le parezcan necesarios para la decencia y magestad del culto, y en breve todo esto puede estar reparado. Que estas sean nuestras primeras ocupaciones. Tú y yo debemos considerarnos como hombres, que ha traido aquí el cielo para ser los padres de este pueblo. Yo seria reo de toda la miseria que pudiera haber aquí, si no la remediara. Dios me impuso esta obligacion dándome tantas tierras y derechos, y ahora me la renueva haciéndome vivir

La Yglesia se agrandó, se aclaró y adornó.

con estas gentes: todos los pobres son mis hijos, y van á ser objetos de mi solicitud. Empecemos pues por ellos; pero sin olvidar á Dios.

Yo aplaudí ideas tan christianas. Vino el Arquitecto, se proyectó el plan, se emprendió la obra. La Iglesia se agrandó, se aclaró y adornó. El Cura traxo de la ciudad lo que encontró mas propio para servir á los usos del culto: y quando todo estuvo pronto, hicimos para bendecir y abrir la Iglesia una funcion devota, en que yo dixe la misa, y el Cura nos predicó un sermon. Este sermon acabó de darnos una idea digna del mérito de nuestro pastor; pues nos predicó con la simplicidad que correspondia al auditorio; pero con toda la pureza y elevacion que pide el Evangelio, y con la tierna y religiosa uncion de un corazon devoto y penetrado.

Mi amigo habia mandado hacer para aquel dia doscientos vestidos de hombre, otros tantos de muger, y quatrocientos de muchachos, y los habia dado al Cura para que los distribuyese entre los mas desnudos. Todos asistiéron vestidos ya con decencia á nuestra misa, y esta circunstancia contribuyó mucho á hacer mas plausible nuestra fiesta, que fué muy alegre sin dexar de ser devota. Parecia que todas aquellas gentes habian adquirido un espíritu nuevo, que se hallaban gozosas de verse con una Iglesia mas espaciosa y elevada, en que ya no temian infeccion ni humedad, en que se veia mas luz, se respiraba mejor ayre, y se adoraba á Dios con mas decencia.

Para acabar de una vez este asunto te diré, aunque sea adelantando las épocas, que una de las cosas que nos

afligiéron mas, fué que entrando un dia en la escuela, no vimos en ella mas que un corto número de muchachos, á quienes se les daba una enseñanza muy imperfecta. Nos pareció muy extraño, que en un lugar en donde habia tantos muchachos, hubiese tan pocos que quisieran aprender los rudimentos mas necesarios; pero lo que nos afligió mas que todo fué ver al Maestro, que conocimos era un idiota, que apénas sabia leer, ménos escribir, y que solo sabia la Doctrina Christiana por rutina sin entenderla.

El Cura que nos acompañaba nos dixo: que en el lugar no habia otro ni podia haberlo; porque no era posible proporcionar, á un maestro, que fuera capaz de enseñar bien, un salario competente con que poder subsistir: que esto provenia de que una gran parte de los padres eran tan pobres, que ni siquiera podian pagar la módica retribucion acostumbrada: que otro gran número que pudiera pagarla, siendo ignorantes ellos mismos, y no conociendo la importancia de esta instruccion se descuidaban de enviar á sus hijos, y preferian ocuparlos en cosas que creian mas útiles: que estando la escuela desierta no era posible pagar un maestro, y que si el actual hacia esto, era porque no podia vivir de otra manera: y que mejor era aquello que nada, y aun así se veia continuamente precisado á socorrerle.

Con este motivo nos contó que el año antecedente habia venido al lugar un hombre nacido en el lugar mismo; pero que habiéndose criado en la capital, se habia instruido bien, y era un maestro excelente: que

estaba en estado de enseñar bien á leer, escribir y contar, y á mas muy bien enterado en la Doctrina Christiana, y capaz de enseñarla con perfeccion: que habia hecho quanto era posible para detenerle, y que tomase la escuela, del lugar á su cargo: que el mismo maestro lo deseaba, porque tenia en él sus parientes y amigos; pero que habian visto que era imposible, porque el abandono general de la escuela, y la incuria de los padres imposibilitaba su subsistencia.

Esto me causó, señores, tanta mas pena, nos añadió el Cura, porque yo hubiera encontrado en este hombre lo que hubiera satisfecho los mas vivos deseos de mi corazon. ¿Y dónde está ese hombre? le preguntó mi amigo. Se volvió á la capital, dixo el Cura. ¿Y pensais, le volvió á decir mi amigo, que si se le ofreciera un salario proporcionado querria venir todavia? No lo dudo, respondió, pues lo deseaba mucho. Pues bien, señor Cura, concluyó mi amigo; escribidle que venga; vos señalareis el salario que convenga darle, y yo me obligo á hacer que se le dé: que venga, que enseñe á los muchachos de valde, que su obligacion sea instruirlos en la Doctrina Christiana, en leer, escribir, contar y algo de dibuxo, y nosotros haremos lo posible para estimular á los padres á que envien á sus hijos á la escuela.

En efecto, el hombre vino, y ha desempeñado completamente su ministerio. La escuela está muy bien arreglada, los muchachos van todos, mi amigo tomó para esto medidas que te explicaré despues. Ahora solo te digo, que todos han aprendido fuera de lo esencial al-

guna cosa, de dibuxo, y algo del canto de la Iglesia; que responden muy bien á los oficios, que todos los domingos y dias de fiesta tenemos misas solemnes, que yo soy el que las digo de ordinario, que el Cura les hace sermones verdaderamente útiles y devotos, que todo se practica con la mayor uncion y reverencia, y que te llenarias de edificacion y dulzura célestial, si vieras como pasamos en la Iglesia las mañanas de los dias consagrados al culto del Señor.

Despues te diré cómo pasamos las tardes; pero ahora para no perder el hilo de la enseñanza pública, te hablaré de las niñas. Mi amigo preguntó al Cura, qué educacion se las daba: y este respondió, que ninguna: que no habia escuela en que aprendiesen, que no tenian mas maestras que sus propias madres, y que siendo estas ignorantes de todo, no podian darlas mejor educacion, que la que recibiéron: que en quanto á la Doctrina Christiana él procuraba instruirlas; pero que siendo tantas le era imposible instruir bien á todas: que era una lástima ver la groseria, que heredaban las unas de las otras; pues eran pocas las que sabian leer: que esta era la parte mas triste de aquella poblacion; porque las mugeres por su poca habilidad en todo, estaban ceñidas á las ocupaciones domésticas, y absolutamente privadas de todos los medios de ganar la vida.

Este retrato fiel afligió mucho á mi amigo, y dixo al Cura: ¿No habrá medio para remediar esto? Yo lo veo muy dificil, respondió, porque seria menester establecer una escuela, dotarla, y encontrar una muger

capaz de dirigirla. La muger es lo difícil, volvió á decir mi amigo, porque en quanto á los gastos de la escuela y su dotacion, yo pudiera hacerlos. Oyendo esto, como si un rayo de luz me pasara por delante de los ojos, me acordé de una muger que yo conocia, y les dixe: Yo veo desde aquí una muger, que creo muy capaz de esta confianza. Es una viuda que poco ha perdió su marido, y con él la renta de su empleo. Ha quedado en la última pobreza. Yo la ví en situacion muy desconsolada. Sé que ha tenido una educacion distinguida, y me parece muy superior á lo que necesita una escuela.

Creo que no se pudiera hacer una eleccion mejor, porque fuera de la instruccion y talento que he dicho, me consta que es prudente, modesta y religiosa: y no me parece imposible que acepte la proposicion, porque busca un destino con que poder subsistir. Mi amigo pidió con encarecimiento que la escribiera sin perder un instante. Yo lo hice, la muger vino, y ha puesto una escuela que da gusto verla. Muchas muchachas se han educado, y otras se educan. Ya hay muchas que saben la doctrina de la Religion con una inteligencia muy superior á la comun, que leen y escriben bien, y ademas han aprendido todas las artes propias de su sexô. Ya no hay padre que no se apresure á enviar á sus hijas, y no podrás figurarte quánto ha influido esta atencion á mejorar las costumbres públicas; ya todas parecen aseadas, decentes y modestas; se distinguen fácilmente las que han estado en la escuela; y esto ha contribuido á derramar entre todas una particular decencia y atencion. Despues te contaré el

destino de estas niñas, quando acaban el tiempo de su enseñanza.

Miéntras nos ocupábamos en estos objetos, hacíamos tambien grandes excursiones en el campo, y dábamos grandes y útiles paseos. Mi amigo quiso verlo todo, y reconocer por sí mismo tanto la extension y límites de sus propiedades, como el territorio de la comarca, y no daba un paso sin gemir, porque lo hallaba todo en mal estado. No se veia mas que una porcion inmensa de tierra erial y abandonada; muy poca, esto es, la que estaba mas cerca del lugar, puesta en cultivo, y toda la demas en manos de la inculta y agreste naturaleza. Aun aquella porcion que estaba cultivada, lo estaba de una manera tan superficial y miserable, que no se podia ver sin lástima. La tierra apénas estaba removida, y quando observábamos los tristes labradores cultivando sus campos, nos daba pena ver sus arados tan pequeños y ligeros, sus animales tan débiles, y por consiguiente los surcos muy superficiales.

Muchas veces me dixo mi amigo: Ve aquí por qué esta tierra, aunque sea tan fértil como es, no produce mas que cosechas infelices. ¿Cómo puede ser fecunda si está tan poco removida? ¿si se trabaja tan poco, y se la ayuda ó fertiliza ménos? Y ve aquí tambien la causa primera y mas activa de la pobreza de este pueblo. Todo pais en que la agricultura no florece, será siempre desdichado, porque con ella todas las artes se fomentan y adelantan, y sin ella todas se debilitan y se pierden.

Mi amigo pensaba sériamente en buscar un remedio

á este mal, que es la raiz de todos los males políticos, y arrastra consigo la decadencia y la ruina de los imperios; pero no era fácil. Un dia me dixo, yo he hecho reflexiones, y me parece que la causa mas inmediata de la floxedad y abandono que observamos en nuestros labradores, procede de dos principios. El primero es su ignorancia, no habiendo visto ni conocido nunca mejor cultura, se imaginan que no hay mas que hacer que lo que ellos hacen. El segundo es su pobreza; pues aunque supieran que es posible otra cultura mejor, no tendrian los medios de ponerla en práctica. La tierra es una madre fecunda y agradecida; pero corresponde á proporcion de lo que se la da, y no retribuye sino á medida de lo que se cultiva.

Para vencer estos inconvenientes no veo mas que dos remedios. El primero el del exemplo; al pueblo se persuade con hechos, no con discursos. Me parece que yo haria bien en destinar una porcion de tierra cerca del lugar á la vista de todos, y hacerla cultivar bien. Allí podrán ver cómo se cultiva bien una tierra; y mis cosechas que serán ciertamente muy superiores á las suyas, les harán conocer las ventajas del buen cultivo. Será muy posible que ellos no cojan nada, y que yo coja mucho, y entónces verán la diferencia que hay de una tierra bien cultivada á otra que no lo está. Es natural que así suceda, porque la mayor parte de la pérdida de nuestras cosechas tiene por principio los defectos de nuestro cultivo. Esto me parece demostrable, y para convencerte te pido sigas con atencion el raciocinio que voy á hacer.

La experiencia nos hace ver, que por lo comun las causas por qué se pierden las cosechas en España, y que tantas veces exponen la nacion á la miseria, son quatro: ó las aguas excesivas del invierno deslien la tierra y destruyen el grano; ó los yelos tardíos que sobrevienen quando ya estan formadas las cañas, les cortan la vegetacion; ó la falta de lluvias en la primavera deseca las plantas; ó finalmente los calores bochornosos que producen los vientos meridionales, y que llegan en el momento de la granazon, enjugan el grano, le disminuyen y le hacen perder su natural grosor. Me parece que estas son las causas ordinarias de la pérdida ó diminucion de las cosechas, y que todo lo demas que puede hacerlas mal es un fenómeno extraordinario, de que no debe hacerse caso ni mencion.

Supuestos estos hechos, es fácil considerar la diferencia de un buen cultivo al malo, y las ventajas de una tierra bien preparada á otra que no lo está. Llamo mal preparada á una tierra que no está labrada mas que superficialmente, porque el arado no ha profundizado, y que por este defecto no ha podido sacar nueva tierra, que esté descansada y sea productiva, sino que presenta siempre la misma superficie ya fatigada de haber producido: quando no se ha dividido la tierra ni pulverizado, sino que se la dexan grandes glebas, que no solo no producen, sino que impiden que produzca la tierra que cubren; y en fin quando porque no se ha removido el interior se conserva el fondo duro, y queda la simiente superficial expuesta á todos los inconvenientes, que por consiguiente no puede nacer, y si nace no puede to-

mar consistencia ni robustecerse, porque á causa de la dureza del fondo no puede penetrarle con sus raices.

Llamo la tierra bien preparada quando está labrada profundamente, y quando el arado removiendo el fondo ha sacado otra tierra nueva, que presenta una superficie descansada capaz de producir con nuevo vigor, quando está tan dividida, y tan sin glebas, que parece pulverizada; y en fin quando la labor es bastante profunda para que el grano que se siembra, quede enterrado á lo ménos quatro pulgadas, y además el fondo en que cae esté bastantemente removido para que pueda penetrarle con sus raices, vegetar y fortificarse.

Es evidente, que en la primera tierra el grano queda superficial y sobre un fondo duro, que no le es fácil penetrar; por consiguiente no puede robustecerse, y queda aventurado á todas las intemperies: y que en la segunda está bastantemente cubierto y defendido, y como encuentra un fondo blando, puede en poco tiempo echar raices profundas, penetrarle, fortificarse y sufrir sin peligro muchas intemperies.

Esto solo basta para demostrar y hacer patentes las causas por qué se ve angustiada tantas veces la nacion con la falta ó la cortedad de las cosechas; pues las encontrarás fácilmente en la pequeñez de sus arados, y en lo superficial de sus trabajos, recorriendo los principios, que hemos dicho ser los que producen estos daños; y hallarás visible, que todas se deben atribuir á este defecto de las labores. Si el invierno es excesivo en lluvias, como el suelo de la tierra está duro, se detienen

las aguas, forman charcos, el grano que está superficial nada en ellos, se deslie, se pudre, se deshace; en vez de que si el suelo estuviera removido, las aguas se filtraran, el grano quedara mas arriba y se conservara.

Si los yelos son tardíos secan la caña ya formada, y no puede vegetar mas: pero esto nace de que el grano no habiendo podido echar una raiz fuerte y vigorosa, porque no ha podido penetrar la tierra, tampoco ha podido criar mas que una arista ó caña débil y somera, que no puede resistir á la impresion del yelo, y por esto al instante se seca y marchita; pero si hubiera podido arraygarse mejor, hubiera producido una caña mas robusta, que la hubiera preservado de aquel daño, resistiendo á la rigidez de la intemperie.

Si la sequedad y el ardor de la primavera queman y consumen en poco tiempo las mieses de los campos, es porque la poca agua de las lluvias del invierno, que ha podido guardar en su seno una tierra dura, se disipó muy presto con el calor del sol, y la débil raiz no puede resistir á su actividad; en vez que si la tierra hubiese estado profundamente removida, hubiera guardado en su fondo mas humedad, y tanto por la mayor fuerza que sus raices adquiriéron como por la mayor frescura que conserva, hubieran aguantado la sequedad, esperando mas tiempo el socorro del cielo.

En fin, si el bochorno enxuga, deseca y consume las plantas, es porque las encuentra débiles, sin vigor ni resistencia; pero las robustas le resistieran mas, porque con

la humedad de su pie, y la fuerza y lozanía de su caña se defenderian mejor.

Ve aquí las causas, por qué aunque Dios ha dotado á nuestra España de las mas excelentes tierras de Europa, y tan fecundas que se podria aumentar diez veces mas el número de sus habitadores, se halla tantas veces angustiada, y con los justos temores de no poder sustentar los pocos que tiene: son necesarias las mas felices influencias del cielo para que salga por acaso una buena cosecha, y como vistas las vicisitudes de las estaciones, aquellas no son comunes, las cosechas abundantes tambien son raras, y la menor intemperie basta para destruir en un momento los consuelos y las esperanzas de un año.

Vuelvo á decir que es visible, que esta miseria nace de la poca atencion que se dá á la agricultura; y aunque se pudieran alegar otros defectos de ella, como son la mala distribucion de las poblaciones, el mal ordenado repartimiento de las tierras, y otros que es fácil numerar, es menester reconocer, que todos estos males vienen á parar, y se reunen todos á producir este cultivo ligero, atropellado y superficial, que es la causa mas inmediata y próxima de todos los daños.

Es imposible esperar ninguna especie de prosperidad sin que este defecto se remedie, porque al fin la agricultura es el primero y mas importante fundamento de la felicidad pública, como que de él depende no solo la vida y la tranquilidad de los hombres, sino tambien el comercio, las artes y todo lo que contribuye á dar fuerzas y respeto á una potencia, y es tambien lo que hace el placer, las delicias y abundancia de sus individuos. Pe-

ro el remedio de tantos males no es dado á nuestros esfuerzos; solo puede ponerlos el Gobierno. Contentémonos nosotros con procurar á estas pobres gentes el poco bien que está en nuestras manos.

Yo pienso pues cultivar un buen pedazo de tierra, y cultivarlo á vista de todos. Nada persuade tanto como el exemplo, y nada convence tan eficazmente como la experiencia. Procuraré exhortar á los que tienen medios á que me imiten, y si viese que algunos tienen voluntad de hacerlo, y que solo lo dexan de hacer porque no pueden, procuraré ayudarlos. Parece que esta idea es simple y fácil, pero no lo es tanto como parece; porque nuestra razon es á veces tan imperfecta, tan mal entendida, y tan contraria á la misma prosperidad que se propone, que ella misma ata los brazos de aquellos que con mas luces y buenas intenciones quisieran contribuir á la felicidad de su pais.

Observa cómo el término dilatado de este lugar está reducido á un cultivo tan estrecho, que apénas se ven en labor las tierras inmediatas; pero desde que empiezan á alejarse un poco, ya está todo inculto y abandonado. Yo soy cómplice de este delito, que se pudiera llamar de lesa humanidad; pues impido el aumento de la poblacion. Digo que soy cómplice, porque una gran parte de estas tierras son dehesas mias; diferentes sugetos tienen otras, y nos contentamos con arrendarlas para pastos, y por muy corto precio. Tambien hay porciones considerables, que se llaman valdíos, y estas aprovechan ménos. Todas estas tierras sirven de poco, y el motivo ó pretexto de esta pérdida es el pas-

to de los ganados; pero estamos tan atrasados en este punto, que por nuestra inconsideracion ni tenemos cultivo ni pastos.

El orígen de este mal es, que no sabemos ni estamos acostumbrados á criar los ganados en casa, esto es, á darles de comer de noche en el establo, como se hace con los caballos y mulas. Queremos que el ganado lanar y vacuno vivan siempre á cuenta de la providencia, que la economía y la industria del hombre no les ayuden en nada, y que no coman sino lo que la naturaleza les presenta en el campo. Para conseguir esto es menester destinar mucha tierra á pocos animales, y despoblar los lugares de hombres. Con esta conducta es indispensable convertir las poblaciones en desiertos, y por aumentar la cria de los ganados, disminuir la poblacion humana.

Pero lo peor es, que ni aun esto se logra, porque ese cálculo tan atroz es tambien falso, siendo evidente, que quanto mas hombres haya, quanto mas trabajen y cultiven la tierra, tantos mas ganados habrá. Nuestras leyes hechas en tiempo, en que la economía pública era desconocida, no tuviéron en consideracion estos principios, y así el interés de algunos y la costumbre general lo arrastran todo.

Aquí le interrumpí yo, diciéndole: He oido y leido, que todas las naciones extrangeras sin excepcion, y sobre todo las que mas florecen en la agricultura, han introducido una especie de prados artificiales; esto es, plantan una especie de yerbas vivaces, que aunque se corten, reproducen, y las dan muchas siegas, que las guar-

dan para mantener con ellas el ganado lanar y vacuno en el invierno, y que por este medio con poca tierra que destinan á la produccion de estas yerbas, tienen con que alimentar muchos mas ganados. He oido tambien, que con mas ganados tienen mas estiercol, pueden beneficiar mejor sus tierras, y con la tierra así beneficiada coger mayores y mas seguras cosechas.

Tú has dicho en pocas palabras, me respondió mi amigo, todo el secreto de la agricultura; y por ese tan encadenado método ya debes advertir, que un labrador puede tener con poca tierra mas ganados y mas frutos. Todo depende de entender bien esta economía, que es hija de la reflexion, y que está autorizada por la experiencia práctica de las naciones agricultoras. Y ve aquí los principios simples á que todo se puede reducir: no encargarse de una porcion inmensa á que no pueden alcanzar las atenciones de un hombre, ceñirse á un terreno moderado, tal que un hombre pueda ver y cultivar bien, aprovechar la labor, haciéndola alternar cada año para diversificar los frutos, destinar una pequeña parte para la produccion de las yerbas que mantienen los ganados, y cuidar de que estos vengan todas las noches al establo, así para que se alimenten, como para que dexen allí el estiercol, que es el mas precioso y útil de sus dones.

Yo concibo, le respondí, que todo eso seria muy bueno; ¿pero cómo seria posible conseguir eso con labradores, que por la mayor parte son muy miserables? ¿Cómo podrán tener establos para conducir allí de no-

che sus ganados, sobre todo si me hablas de los trashumantes, que tienen tantos, y que estan tan mal repartidos? Pocos particulares tienen cabañas inmensas, y hay::: No, me volvió á decir, no hablo ahora de esos. Este es otro grande mal, que tiene otros principios, y necesita de otros remedios y otras leyes. Pero este asunto nos forzaria á una gran discusion, que nos alejaria de lo que tratamos. Por ahora no te hablo mas que de los ganados que llaman estantes, esto es, de los que tiene cada labrador para el uso y servicio de su tierra.

Tú dices, que cómo los pobres labradores podrán encontrar establos. Yo te digo que tienes razon, pues que no los hay. Te diré mas, que ni ellos ni aun los mas ricos pudieran criar prados artificiales; pero tambien te diré, que esta imposibilidad proviene en parte de nuestra antigua legislacion, que tal vez engañada por los interesados, en vez de ayudar á la agricultura, la aniquila, en vez de animar al labrador, le abate por favorecer al ganadero.

Ya sabes, que en todas las provincias hay una especie de hombres, que se llaman ganaderos, y son los que ó crian ó compran y mantienen los que sirven para el abasto. Estos son los enemigos públicos, la causa del atraso que padece la agricultura. No pertenecen á la clase de los labradores, ni son dignos de nombre tan honroso; son traficantes de carnes, que con una grangería tan útil para ellos, como ruinosa para el Estado, sin tener tierras ni labores, se ocupan en criar, vender y mantener ganados; en una palabra,

son como los vámpiros, que se chupan la substancia pública.

Su pretexto es abastecer el comun de viandas, y para obtener sus fines han arrancado del Gobierno providencias destructoras; unas veces engañando, otras corrompiendo, y siempre intimidando al Gobierno con la carestía ó dificultad de los consumos, han conseguido todo lo que facilitaba su ruinoso tráfico, hasta forzar á las leyes á violar los derechos de los propietarios, obligándolos á dexar sus propios dominios abiertos á su voracidad; en fin, han quitado á la agricultura los medios de prosperidad. No solo tienen yerma y desierta gran parte del campo, sino que impiden que lo poco que se cultiva se cultive bien, pues impiden al labrador que lo cierre, y con esto hacen imposible la cria y el aumento de los árboles; aunque en el dia se han cortado muchos de estos abusos.

¡Desdichado el pais donde el ganado que debe ser el amigo y el compañero del hombre, está en manos de estos traficantes codiciosos! El verdadero y útil abastecedor es el labrador que vende para el consumo el ganado que ya le ha servido, ó el que todavía no le puede servir. Si en España los labradores no estan todavía en este caso, es por el mal estado de la labranza; pero en los paises en que los labradores por el uso de los prados artificiales les pueden con poca tierra mantener muchos ganados, ellos son tambien los que mantienen los abastos: y ve aquí lo que sucede.

La tierra está dividida en pequeñas propiedades, cada propietario ó cada arrendador tiene la suya, y

en ella todos los ganados, que pueden mantener las yerbas que coge en sus prados; pero como cada año sus crias se multiplican, y no puede mantenerlas todas, está obligado á vender su sobrante. ¿Y qué hace? Renueva sus bueyes, hace engordar á los que le han servido, y estan ya cansados, y los vende, reservándose para el trabajo otros nuevos y mas vigorosos.

Como tampoco puede mantener todas las terneras que nacen en su establo, está forzado á venderlas, como tambien los carneros, y repone su falta con corderos nuevos. Por este medio siempre hay en la circulacion del comercio muchas carnes para el consumo. La multitud de los labradores tiene y vende mucho mas de lo que venden ahora los ganaderos, y este proceder produce muchas ventajas; porque fuera de la abundancia y mejor precio que resulta de la concurrencia de tantos vendedores, las crias se multiplican anualmente, la tierra se cultiva sin tropelía, y todos los ramos de la agricultura prosperan.

¡Qué léjos estamos nosotros de una economía tan bien entendida, y que sin embargo es casi general en toda Europa! Para ponerla en planta seria menester empezar por dividir las propiedades: puesto que ha dado ya el Gobierno la facultad de cerrarlas, é impedido con sus leyes que nadie pueda entrar á devastar las propiedades agenas, él mismo deberia encargarse de dar en todas las provincias el exemplo de los prados artificiales; exhortar á los grandes y ricos propietarios á que lo imiten, excitar á su formacion

con premios y ventajas á los medianos, y no descansar hasta que llegue este método hasta los últimos. Todo esto es muy fácil al gobierno; y en poco tiempo puede hacerlo sin mas gasto que el de hacer leyes sabias, justas y bien entendidas, que indirectamente se dirijan á su lógro. La dificultad que me propones de los establos es grande; pero esta no es obra de un dia, y lo que no se empieza no se acaba.

Aquí le dixe yo: Todo esto, amigo, es hermoso, y me parece claro; pero, ¿qué hacemos con eso? Nuestros discursos no pueden ser mas que especulaciones vanas, ó quando mas los lamentos de un buen corazon, pues que no podemos remediar nada. Así es, me respondió, y si te lo digo, es porque estas ideas me han conducido á los proyectos que voy á proponerte. Dime, Mariano, ¿no te duele ver este término tan vasto, este horizonte donde la vista no encuentra un árbol ni una casa, este inmenso terreno que pudiera estar cubierto de lugares, espigas, frutales y jardines; verle, digo, yermo, inculto y abandonado, sin mas destino que el de mantener pocos ganados, que se mantuvieran mejor en una pequeña porcion de tierra bien gobernada? En quanto á mí te confieso que esta idea me contrista.

Pero ¡quánto mas nos debe contristar la consideracion de que en las mas de las provincias de España sucede lo mismo; que los lugares estan muy léjos los unos de los otros, que apénas se ve sembrada una parte de sus ruedos, y que todo lo demas se queda inculto! Un proceder tan absurdo no tiene otro prin-

cipio que un error de que tambien los ganaderos son autores. Se dexa en cada lugar con nombre de Comunes una vasta porcion de tierra destinada á pastos. El pretexto es que los vecinos del lugar puedan apacentar sus ganados, el hecho es que solo los aprovechan los ricos ganaderos. Los pobres no tienen ganado, y si alguno lleva su yegua coxa, su asno viejo, quando llega, ya no encuentra nada, porque los ricos ganaderos en un dia lo han devorado todo. Así no hay provecho para ninguno; y si le hubiera, solo seria para el ganadero, que sin ser labrador vive con esta odiosa grangería.

La verdad es que ni aun ellos mismos pueden disfrutarlos; porque al instante que las yerbas despuntan, temerosos unos de otros se apresuran á meter su ganado, sin dar tiempo á los pastos de crecer, madurar, y sazonarse. Si los ganados los comen es quando aun no pueden dar sustento, pero por la mayor parte los pisan, los atropellan é inutilizan. ¿Quánto mas ventajoso seria al Estado repartirlos entre labradores, para que cada uno los disfrutara con sosiego y oportunidad? Por lo ménos serian mas útiles, y sustentarian mas ganados.

Vengamos ahora á las dehesas. Estas son grandes porciones de tierra que los propietarios pudieran cultivar, pero no las cultivan; las arriendan á ganaderos para que pasten sus ganados, y se contentan con un precio muy inferior. Los mas hallan muy cómodo este método, porque sin ningun trabajo ni aplicacion encuentran una cierta renta que las mas veces es segura;

porque casi todos los ganaderos son ricos. Yo poseo en mi patrimonio muchas dehesas, y en este mismo término tengo muchas considerables; pero hasta ahora he hecho lo mismo que los otros, sin pensar mas que en ver como aumentar el precio del arriendo. Era difícil que habitando siempre en la capital, distraido en tantos devaneos, pensase en mejorar mis tierras.

Lo peor es, que una gran parte del reyno está condenada á este triste abandono, y muchas causas concurren á este daño. La fuerza de la costumbre muy poderosa en los hombres ordinarios; así halláron las cosas quando las heredáron, y así las dexan: la ignorancia, la falta de ideas, el no haber visto otra cosa, el defecto de medios, la pereza, el amor de los placeres, la violencia de las pasiones, y sobre todo aquella máxima general, de que ya hemos hablado, con que todos, por mejorar de fortuna, aun los que naciéron favorecidos de la suerte, se transportan á las capitales ó á la corte, y abandonan sus propiedades heredadas; todo esto unido ó separado es la causa ordinaria de que no haya quien se aplique á mejorarlas.

Todos pues se contentan con arrendarlas: el precio del arriendo no puede ser sino muy inferior, si se compara con el valor que pudiera dar el cultivo. La tierra está abandonada á la espontánea produccion de las yerbas que cria una naturaleza lánguida, pues está destituida de todo auxílio. Es claro que si se dieran labores, los pastos fueran mas abundantes y mejores; tambien es cierto, que si se cultivara para granos, la paja que estos produxeran, excederia en mucho la

cantidad de pastos naturales, que si se acostumbrara criar ganados á la mano, se alimentara con la misma tierra mucho mas número, y que fuera de esta ventaja se hallaria la de tener muchos frutos para el sustento de los hombres.

Todo esto es claro, cierto y evidente; pero como para lograr estos beneficios seria menester estar allí y aplicarse, y como la mayor parte de los propietarios ó no lo saben ó no lo reflexionan, ó no quieren dexar la ciudad que habitan y los placeres que les divierten, ve aquí por qué no pueden pensar en ello, y ve aquí por qué el mayor esfuerzo de su industria se reduce únicamente á ver si es posible aumentar el precio de su arriendo. Pero como gracias á Dios yo estoy aquí, y estoy en estado de emplear mejor las dehesas que poseo, he hecho sobre este objeto muchas reflexiones.

Desde luego he observado que la poblacion de este lugar es numerosa, que si es pobre de fortuna porque hay en su término poco cultivo, es rica de familias, rica de brazos, y esta es la riqueza verdadera. Basta saber ponerlos en una actividad bien arreglada para conseguir todos estos bienes. Quando hay tierras y brazos, y no faltan instrumentos, ¿qué puede faltar á la prosperidad mas que ponerlos en exercicio? Yo pienso pues, amigo, sacar las dehesas que poseo de la paralysis en que yacen, y ponerlas en cultivo; pienso tambien empezar por las de este lugar. ¿Qué te parece, Mariano, de este pensamiento?

Yo le respondí, que me parecia una operacion excelente; pues con ella aumentaria sus rentas, y haria vivir

muchas familias que trabajarian en ellas. En quanto al aumento de mis rentas, me respondió, no lo dudo; pero no es mi ánimo el cultivarlas por mí: esto tendria inconvenientes. Yo por mi solo no pudiera cultivar tanta tierra. Necesitaria de grandes desembolsos, y despues de todo no las cultivaria bien. En nada se verifica tanto como en la labranza el proverbio de que: El que mucho abarca poco aprieta. Es imposible que un hombre solo por activo que sea, y por dias ganados que haga, pueda abrazar una grande extension, y que se hagan en ella todas las operaciones con la perfeccion que conviene. En la agricultura no adelanta el que hace mas, sino el que hace bien, y el que cultiva diez fanegas con esmero y cuidado gana mas que el que cultiva doscientas, con la ligereza y el atropellamiento, que son inevitables en las grandes labores.

Asi voy á proponerte otra idea. Entre las dehesas que tengo aqui, hay una que está muy cerca del lugar, y por eso me parece propia para un ensayo. Digo ensayo, porque ántes de hacer la grande operacion que voy á proponerte, me parece cuerdo hacer una prueba. Si esta sale mal, nos desengañaremos con poca pérdida, y si sale bien, entonces será facil extenderla. Digo pues, que mi pensamiento es dividir esta dehesa, que pasa de mil fanegas, en porciones y suertes iguales de treinta á treinta y cinco fanegas cada una, que harán mas de treinta suertes. Mi proyecto es establecer en ellas otras tantas familias, y que cada una la trabaje para sí.

Me parece que esta cabida de treinta y cinco fa-

negras es la mas proporcionada para un arado, porque sin tener demasiada tierra tendrá la suficiente para ocuparle todo el año. Ademas los que la trabajen tendrán la ventaja de tenerla en un pedazo toda á la vista, y con la facilidad de gobernarla bien, y creo que una suerte de estas bien cultivada debe producir lo suficiente para mantener una familia con desahogo.

Desde que las suertes esten divididas y acotadas yo tomaré una, otra, y cada uno de mis hijos la suya. Tambien pienso persuadir que tomen una algunos de los vecinos del lugar que tienen algun dinero, y no tienen otra tierra, por exemplo el Cirujano y el Arquitecto, que está ya resuelto á quedarse con nosotros. Quiero suponer que ganemos á algunos, y que empecemos ocho ó diez á dar el exemplo. Siendo nosotros mas inteligentes, y teniendo mas medios, podremos en poco tiempo hacer visibles los frutos de nuestra aplicacion.

Yo no daré ninguna de estas suertes al que tiene ya tierra en propiedad; pues el que no cuida la que tiene, tampoco cuidará la que yo le reparta; á ménos de que la porcion que tiene sea tan corta, que no baste á mantener su familia; pues en este caso, si veo que trabaja la que tiene será una razon para preferirle; pero no al que tenga la suficiente, pues no sería mas que hacerle mas rico, y seria mejor darla al que no tiene ninguna: porque lo que conviene al estado es, que la tierra se subdivida en moderadas porciones, que se trabaje por muchas manos, y que el número de los pequeños propietarios se multiplique. Así me propondré

como ley inviolable no dar ninguna suerte al que tenga diez fanegas propias.

Supuesto pues que nosotros ocupamos las ocho ó diez suertes primeras, me quedarán veinte ó veinte y dos que repartir. Yo quisiera hacer de esta distribucion un objeto de emulacion ó premio; pero ahora es imposible, porque todavia no conocen el beneficio. Será pues necesario informarnos de quiénes son los arrendadores de tierras agenas que no la tienen propia, ó los jornaleros mas aplicados, que parezcan de mejores costumbres, que vivan mas honradamente con sus familias, y que tengan hijos grandecillos que puedan ayudarlos. Tú me vas á decir: ¿cómo es posible que esos pobres que apénas tienen pan para sus hijos, puedan cultivar una suerte? Yo te responderé: que será preciso que yo les ayude; pero que no es tan dificil ni tan costoso ni tan imposible como te parece, y que por otra parte ellos me lo pagarán bien.

Exâminemos este punto. Supongo que al principio es menester no solo darselo todo, sino mantenerlos hasta que cojan su primera cosecha. Sin duda que con la tierra debo darles un arado y dos vacas para que la cultiven, los demas instrumentos de labor que son poca cosa, cinco ó seis pollas con un gallo para que comiencen la cria, una puerca, y si quieres, dos ó tres ovejas para que den principio á esta útil procreacion. Si añades á esto el trigo y los granos para hacer sus primeras sementeras, hemos dicho todo lo que necesitan para establecerse.

Calcúla ahora el valor de todo, y verás, que no

es un objeto mayor para un grande propietario que quiere hacer buen uso de sus rentas. Si consideras el bien que le resultará á sí mismo, verás que es colocar su dinero á grande interes. ¿Y qué alma noble no sentirá una grande complacencia, si echa los ojos sobre el que resultará á su nacion, aumentando el número de los pequeños propietarios, metiendo nuevas tierras en valor, multiplicando los frutos, y haciendo el bien estar permanente de tantas familias honradas, que se sacan de la miseria? Si consideras esto y otras grandes ventajas que te expondré despues, me confesarás, que estos gastos son nada comparados con los beneficios, y que el que no los hace quando puede hacerlos, no hace bien.

Pero para que esta operacion sea feliz, para que tome consistencia y produzca todos los bienes que se eperan, no basta simplemente darles las tierras: es indispensable darselas con ciertas leyes, calidades y condiciones, y del acierto de estas depende el logro de la operacion. Así mi intencion es darles la suerte no en arriendo, ni en ninguna otra especie de contrato precario y temporal; cederé la tierra plena y absolutamente, transfiriéndoles el dominio útil, esto es, el goce y usufructo de la tierra, sin reservarme otra cosa que el dominio directo, ó la propiedad de ella, y la parte de frutos que deben obligarse á pagarme.

En virtud de este contrato, no solo ellos sino tambien sus hijos y nietos hasta la última generacion estarán seguros de gozarla, sin que ni yo ni ninguno de mis sucesores puedan desposeerlos siempre que cumplan con las condiciones que se han estipulado. Esta condi-

cion es el alma de esta empresa; sin ella sería imposible conseguir nada, y además es menester juntar otras, que produzcan las ventajas de todos. Pero ántes de explicártelas, permite que te diga, para tranquilizar mas al colono sobre la seguridad de sus posesiones, que solo en el caso de haber obtenido yo ó mis sucesores una sentencia pasada en autoridad de cosa juzgada y declaratoria de que los colonos no han cumplido con las obligaciones que pactáron, podremos volver á entrar en nuestro derecho primordial, y quitarle la tierra para darla á otra familia, ó hacer de ella el uso que nos parezca.

Veamos ahora cuáles serán estas condiciones. La primera, que el colono pague cada año al propietario la parte de frutos en que se hayan convenido: la segunda, que no puedan vender la tierra ni gravarla con censos: la tercera, que no la abandonen, sino que la cultiven siempre al uso del pais: la quarta, que no puedan dividirla nunca, sino que pase entera al que la hereda, pues si cada familia pudiera partirla entre sus hijos, presto quedaria hecha pedazos y reducida á trozos pequeños inútiles para la agricultura. Ya ves que todas estas quatro condiciones son justas y faciles: luego veremos las utilidades que traen para todos.

Ahora no me detengo en examinar cuál sea la parte de frutos, que convendrá imponer al colono. En esto hay mucha diversidad, porque aunque yo no tenga noticia de contratos de la naturaleza que propongo, con tan absoluta enagenacion del dominio útil, sé que hay provincias en que los propietarios arriendan sus tierras

el pagan los frutos, esto es, el propietario de la tierra, el colono pone su trabajo, y despues de reservado lo necesario para la siembra, y mantenerlo que queda, pero en eso está la diversidad. Unos exigen el tercio de los frutos, otros la mitad, y uno y otro me parece demasiado para mí. Contribuyen tan fuerte, aunque esta cantidad sea pagada por el colono, reconocida por el interés, y yo quiero que mi operacion, aunque no olvide del todo mis verdaderos, tenga mas objetos, y lleve consigo el carácter de la beneficencia.

Ve aquí pues como he calculado. Si yo en vez del tercio ó de la mitad en que por lo comun se arriendan, me contento con uno de ocho, esto es, que despues de haber pagado el diezmo á la Iglesia, el colono tome para sí siete partes, y á mí no me demas que una, me parece, digo, que no me alejo de la moderacion que busco. Así lo creo, y despues se probará, que no solo habré hecho mucho bien al colono y al Estado, sino que yo mismo multiplicaré tambien con exceso el valor de mis propiedades.

Volvamos á las condiciones. Solo mi contexto ha podido hacerte entrever el principio, y máximas que me gobiernan, y el espíritu que me las dicta. Si les doy la tierra con una enagenacion tan entera, es porque quiero inspirarles confianza y seguridad. Deseo que sepan que ni yo ni mis sucesores podremos despedirlos, siempre que satisfagan á las condiciones justas y fáciles que contratan. Esta idea, y la seguridad de que los frutos de su aplicacion pasarán á sus hijos y demas descendientes, los hará trabajar con gusto y con zelo. Plan-

tarán, fabricarán habitaciones, y harán mejoras, lo que no es posible esperar de un hombre, que no está seguro de la tierra en que trabaja.

Si limito á treinta y cinco fanegas la extension de la suerte, es porque es la porcion que puede cultivar cada año un arado, porque con esta medida única estará ocioso; pero tambien es lo que puede cultivar sin atropellamiento. Y si no quiero que tenga tierra para dos arados, es porque setenta fanegas partidas en dos suertes con dos arados y dos labradores producen mas que las mismas con un labrador y dos arados, y estan mejor gobernadas; y porque el principal interes del Estado es que el número de las familias se aumente, y que no solo los frutos se multipliquen, sino tambien los hombres.

Yo quisiera imponerles la condicion de que á lo ménos hicieran una choza para que habitasen en ella sus ganados. Esta seria la perfeccion del establecimiento. Son imponderables las ventajas que resultan de que el labrador habite en el campo que cultiva. Quando todos los dias tiene que hacer un viage de ida y vuelta del lugar al campo, pierde mucho tiempo. ¡Quántos dias pierde tambien quando el tiempo parece turbado y amenaza! No se atreve á salir; y aunque despues se serene, ya es tarde, y el dia se ha perdido.

Quando vive en el lugar pierde el estiércol de su ganado, pierde tambien el que pudiera hacer viviendo en su tierra, con las gallinas, palomas, ovejas y los demas animales de su corral. Quando sale

del lugar para ir á la tierra, va solo: su muger nunca va al campo, no adquiere la menor inteligencia, y jamas puede ayudarle en nada; se queda en el lugar y malbarata mucho tiempo, porque las haciendas de la casa se acaban presto, y se acostumbra á buscar sus vecinas, á murmurar con ellas, y abrir las puertas á todos los vicios de la ociosidad. Los hijos le son una carga inútil en la infancia, porque no le pueden servir de nada; se quedan en el lugar, y se acostumbran á correr con los otros muchachos, y viciarse con ellos.

El mismo labrador desde que acaba sus labores ó concluye su sementera no vuelve á su tierra, principalmente en el invierno, porque no encuentra en ella un abrigo. Es pues preciso que la dexe abandonada á la providencia; y si los caminantes le abren sendas, si le pisan sus sembrados, si las malas yerbas se apoderan de ellos, si los ganados los atropellan, en fin en qualquier daño que se le haga, como no lo ve, tampoco puede impedirlo. Se ve forzado á pasar el invierno en el lugar: ¿y qué puede hacer en tan largo tiempo, mas que tratar con los otros, jugar, murmurar y divertirse en la taberna? Ve aquí una de las causas que mas contribuyen á la corrupcion general que se observa; porque es imposible, que la ociosidad y el trato de los pervertidos no perviertan las costumbres.

¡Pero qué diferente es la situacion de una familia que habita en el campo, y enmedio de la tierra que cultiva, sobre todo si la mira como propia, y como la herencia de sus hijos! Pintate, Mariano, con el espíritu esta imágen, y verás que aunque no quieras, te renueva los exem-

plos de la vida patriarcal. Ya desde luego no malogra un momento. Como está cerca de su trabajo, desde que amanece hasta que anochece, todo lo aprovecha. No hay para él dias inciertos y perdidos, porque al instante que serena toma su arado. No solo aprovecha el estiercol de su ganado mayor, sino que tambien le añade el de los animales del corral que tiene en el campo, y que no pudiera tener en el lugar.

Su muger despues de hacer en breve las cortas haciendas de la casa, queda libre, y le puede ayudar; habitando en el campo con él, se instruye por necesidad en muchas cosas, adquiere el gusto del trabajo, y le puede ser útil en cuidar del ganado, en transportar estiércol á la tierra, en plantar sus berzas ó legumbres, que son el aliño del campo, y en otras mil faenas, que hacen la vida y el alma de la agricultura. Sus hijos desde la primera edad empiezan á servirle: los pequeños conducen el ganado menor, los medianos el mayor, y los mas grandes rompen las motas para pulverizar la tierra, acomodan los fosos que dividen la heredad, hacen las demas obras que necesitan fuerza, y ayudan á su padre en la labor y en las demas faenas.

Todos son tambien guardas y custodios vigilantes y continuos de su heredad para preservarla de todo daño. Nadie se atreve á abrirle un camino, ni á pisarle sus siembras: impiden que los ganados entren, y si entran, los rechazan, en fin estorban los daños, ó los remedian. Si las malas yerbas despuntan en sus sembrados, al instante las arrancan, y no dan lugar á que se apoderen de la tierra, y debiliten la substancia de los granos.

Este cuidado activo é incesante con que las mugeres y los hijos limpian las siembras, es el mas útil de todos, y los buenos labradores saben quánto aumenta y multiplica las cosechas.

Tambien es fácil concebir, quánto esta situacion contribuye á preservar y mantener las buenas costumbres. Toda la familia toma el gusto y la inteligencia de los trabajos del campo. Y el padre aislado en su posesion no tiene la freqüente comunicacion con los hombres viciosos del lugar, que es la que los corrompe á todos. La distancia le quita la facilidad y la tentacion de ir á la taberna. La sucesion de sus trabajos y la esperanza de los frutos le embelesan y fixan allí su corazon.

Su muger y sus hijos le acompañan y se acostumbran. La muger conserva su inocencia, y los hijos se crian con ella. Ocupados toda la semana en sus trabajos, el dia de fiesta van á la Iglesia, cumplen con su obligacion de christianos, oyen la palabra de Dios, se proveen en el mercado de lo que necesitan, y vuelven á su rústico albergue á gozar de la paz, tranquilidad y comodidades inocentes. Esta es la almáciga, que produce tantos labradores honrados y robustos, y de su sobrante se forman los bravos soldados, los hábiles marineros, los artesanos activos, y los industriosos fabricantes. Esta es en fin la madre, de que nacen todas las clases de ciudadanos útiles.

Es pues de la mayor importancia excitar á los labradores á que habiten en sus tierras, y tengo para mí, que el mayor y mas digno afan de un Gobierno ilustrado debia ser el promover este objeto con leyes sábias, y pro-

videncias bien entendidas, que no es dificil atinar. Nadie puede dudar, que si un estado se poblara de nuevo, lo mas conveniente, segun los principios de agricultura, política y moral, seria diseminar los labradores por toda la superficie de la tierra de modo, que no hubiera una porcion mediana que no tuviera sobre sí una casa ocupada por el labrador, su familia y su ganado.

Se deseara que cada porcion poblada así de casas y familias dispersas tuviera en su centro un lugar opuesto de reunion, en que habitaran los artesanos necesarios para uso del campo, como herreros, carruageros, &c. y los fabricantes que pudieran formarse en ellos. Y que ademas, y con la distancia conveniente se encontrasen villas y poblaciones mayores que fuesen depósito del comercio y de manufacturas mas finas, que necesitan de muchas manos y muchas artes. Lo cierto es que por este método toda la tierra estaria bien poblada, bien trabajada, y todos los oficios se darian el auxîlio de que recíprocamente necesitan.

Si esto es tan visiblemente ventajoso, ¿por qué el Gobierno no contribuirá á que este daño se repare en lo posible? Si la desgracia de las guerras interiores que sufrió la nacion con los Moros, obligó á que por temor de las inopinadas incursiones se abandonase la habitacion de los campos, y que cada poblacion se reconcentrase en un punto, para no ser sorprehendida y defenderse mejor; si despues la falta de ideas sobre la economía política ha escondido la gravedad de este daño, y no ha pensado en remediarle; ¿no era ya tiempo de pensar en él, y curar un mal que miéntras exîste, es im-

posible que la nacion se levante al poder y riqueza á que está proporcionada?

Te confieso, amigo, dixe yo aquí, que he corrido las mas de las provincias de España, y fuera de Vizcaya y Galicia, de Cataluña y Valencia, en donde al primoroso cultivo se añade una gran industria y actividad, todo lo demas me ha parecido muerto y desanimado. Todo está como dices: los lugares muy separados unos de otros, las inmediaciones únicamente cultivadas, y los espacios inmensos que median entre ellos, incultos y desiertos. Esto me daba en rostro, pero no distinguia entónces todos los inconvenientes, que este estado de cosas debe acarrear. Tus reflexiones me hacen conocer, que basta ver este aspecto de cosas, la mala distribucion de tierras, la mala colocacion de los pueblos, y el abandono del cultivo, para conocer que toda la miseria que padecemos es una conseqüencia inevitable.

¿Pero qué remedio á tanto mal? ¿Cómo una obra de tantos siglos, una costumbre tan inveterada puede corregirse? ¿Seria posible á los hombres encontrar un remedio? Sí, amigo, me respondió: el Gobierno sin gasto alguno, y con pocas y sábias leyes podria corregirlo todo. No ha faltado quien le ha propuesto no solo los medios, sino tambien para facilitarlo mas, una série de leyes que puedieran remediarlo por entero: leyes por otra parte justas y dulces, que no hacian perjuicio á nadie, que eran benéficas para todos, y que en poco tiempo hubieran hecho revivir el reyno; pero esta es la desgracia de la humanidad, que el torrente de los negocios corrientes se lleva la atencion de todos los dias, y no

da lugar á poner en execucion los mejores proyectos.

Pero no nos detengamos, en lo que no podemos remediar, y dexemos lamentos, que como dices, son los suspiros de un hombre de bien. Contraigámonos ó nuestro asunto, y te vuelvo á decir, que convencido de la importancia de que cada labrador viva en su tierra, yo deseara imponerles la obligacion de fabricar á lo ménos una choza ó barraca en que pudieran abrigarse ellos y sus ganados; porque esto empezaria poco á poco á acostumbrarlos, conocerian prácticamente las ventajas, y se esforzarian á mejorar cada dia su hacienda y su habitacion.

Pero ahora no me atrevo; temo espantarlos: es tanta su miseria, y estan tan acostumbrados á vivir en los lugares, que esta sola obligacion los pudiera arredrar. Me parece pues prudente no insistir en esto á los principios. El tiempo y la experiencia lo podrán conseguir. Y aunque este método será mas lento, es ménos aventurado. Por otra parte, como la dehesa que pienso repartir ahora, está tan cerca del lugar, no tiene los mismos inconvenientes que las que estan mas léjos. Empezaré pues por repartir las suertes, sin imponer esta obligacion, pero no por eso desarmos de persuadirlos y excitarlos con el exemplo; y ve aquí mis cálculos.

Ya contamos con las ocho casas que nosotros y los vecinos acomodados fabricaremos. Daremos las demas suertes á los que nos parezcan mas capaces de servirlas. Yo les daré los primeros auxilios. Dentro de dos ó tres años veremos si la operacion puede ó no prosperar. En quanto á mí no puedo persuadirme que unos hombres que

arrendaban una tierra, la trabajaban y la pagaban, dexen de trabajar quando se les da una porcion de tierra no solo de valde, sino que se les auxilia, y que no se exîge de ellos mas que la octava parte de lo líquido que les queda.

Digo lo líquido, porque mi intencion es, que el total de los productos se considere como una masa, que de esta masa se saque desde luego el diezmo que pertenece á la Iglesia, y las contribuciones directas que se deban al Estado, en caso que las haya, y que lo restante se distribuya entre nosotros con esta proporcion: siete partes al colono para pagarle sus gastos y trabajo, y una sola para mí por el valor de mi tierra. Ya sé que esto es ventajoso al colono, que pudiera pagar dos ó tres partes; pero te repito, que mi ánimo no es hacer el negocio de un traficante, que quiero imprimir á esta operacion el carácter de beneficencia, y que es menester ahora alentar á los colonos en un negocio en que no conocen todavia sus grandes ventajas. Pero tambien te vuelvo á decir, que esta sola parte me pagará con usuras el precio actual de mis arrendamientos, y de los abances que haga.

De aquí á dos ó tres años veremos con claridad si esta operacion se acierta ó no. Si no se acierta, yo no habré perdido mas que los avances, y no se pueden decir perdidos; porque habré mantenido y ocupado muchos pobres. Pero la tierra me queda ya mejorada; porque si se ha trabajado alguna cosa, esto debe haber mejorado sus pastos. Si se acierta, discurre quáles son y pueden ser las conseqüencias que este exemplo pu-

diera producir. ¡Qué consuelo para mí mismo ver en poco tiempo mi tierra en labor, haber hecho felices algunas familias, verlas bien establecidas para siempre, y haber multiplicado tanto los ganados, como los frutos de la tierra!

Estas ventajas, aunque grandes en sí serán muy inferiores al aliento y esperanza que me dará este acierto para poblar otras muy vastas y lejanas dehesas que poseo, donde hay excelente tierra, y en que entónces me será fácil establecer numerosas y felices poblaciones. Entónces y con la experiencia de este lógro ya podré exîgir condiciones á que ahora no me atrevo. Les podré obligar á habitar su tierra, y abriré la puerta, no solo á los vecinos de este lugar sino á todos los que me pidan suerte, de qualquier pais que sean, solo con la condicion de que no tengan diez fanegas propias. Y por este medio esta pequeña dehesa, que habré poblado, me poblará todas las otras.

¿Pero qué digo amigo? Esta dehesa sola debiera poblar todo el reyno; porque ella sola, suponiéndola poblada, debiera abrir los ojos á las villas, á los grandes propietarios, y alentar al Gobierno mismo. Puede llegar un dia en que yo no tenga mas tierra que dar, por haberla dado toda. Y si todos reconocen las ventajas, todos querrán aprovecharlas. Mis colonos solos bastarán para excitar este deseo, y presentar una nueva y copiosa almáciga de pobladores. Porque como las suertes no podrán dividirse, y que es menester que pasen enteras al heredero en cada familia, pueden quedar dos ó tres hermanos, que acostumbrados al campo,

no teniendo tierra propia, la desearán, y los padres y hermanos se ofrecerán á ayudarlos.

Entónces no será mucho que las villas convencidas por la experiencia de la utilidad, deseen repartir entre labradores útiles sus casi inútiles valdíos. Y es posible tambien, que muchos grandes propietarios, unos por generosidad y amor del bien público, y otros por interes, quieran hacer lo mismo, y conviertan los inmensos desiertos, que aprovechan tan poco en las vastas dehesas y yermos á que los destinan, los conviertan, digo, en útiles y productivas poblaciones. El Gobierno mismo despertará con el ruido de empresas tan felices, y promoverá la felicidad pública por un medio tan simple y tan superior á todos. ¡Quántos bienes habrá producido entónces una pequeña y dichosa dehesa!

Figúrate un momento, para divertir nuestras ideas, que entrase en la nacion con algunos exemplos felices un espíritu general de poblacion, que el Gobierno y los particulares se compitiesen en poblar los inumerables desiertos que la afean, la empobrecen y tienen despoblada, que cada villa, cada propietario y el Gobierno mismo repartiesen las tierras de que pueden disponer entre labradores útiles, que no tienen tierra propia, y que los ayudasen por estos ó semejantes medios. ¿Quién puede dudar, que en poco tiempo la nacion se aumentaria considerablemente? ¿Que toda la tierra se veria poblada, habitada y trabajada? ¿Que los ganados y los frutos, los hombres y las subsistencias abundarian? Y en fin ¿que en vez de la miseria y languidez en que

hoy yace la nacion, se la veria alegre, próspera y poderosa?

No te aflijas con el temor de que en algunos años no habria mas tierra que repartir; porque este seria el colmo de la felicidad. Quando una nacion logra ver todo su territorio bien cultivado, quando ya no hay un pedazo de tierra, que no tenga dos brazos que la sirvan, y quando sobran otros muchos brazos, que no tienen tierra en que ocuparse, entónces ha llegado al mas alto punto de su prosperidad; porque de estos brazos sobrantes se sirven las artes, las manufacturas, el comercio, las tropas, la marina, la navegacion, y esto es lo que hace á las naciones ricas, poderosas y fuertes.

Esta, amigo, puede ser una hermosa novela. El sabio que conoce, que toda causa debe producir su efecto, no dudará de que leyes sábias, y un Gobierno aplicado y bien entendido deban alcanzar á producir estos bienes. Y así lo que importa es, que cada uno se instruya, y que se aplique. Pero como esto no depende de nosotros, dexemos á Dios y al tiempo las resultas de mi operacion, y no pensemos mas que en executarla con los medios que el cielo me dispensa. Y ve aquí para resumirme, lo que pienso hacer en el repartimiento de mis tierras.

Como el fin de que nosotros tomemos una suerte cada uno, es para enseñar á los colonos lo que deben hacer con el tiempo, me propongo hacer fabricar desde luego en cada una y enmedio de ellas, en quanto sea posible, una casa pequeña simple, pero que ten-

ga todo lo que es necesario ó puede ser útil á un labrador, sobre todo haré hacer un corral grande. Esta es la pieza mas importante, en que habrá abrigo para mis gallinas y pavos, habrá un establo para mis vacas, otro mayor para mis ovejas, no faltará un lugar para mis puercos, ni un grande hoyo ó estercolero para echar á pudrir y dexar madurar el estiercol de mis ganados. Haré cercar todo el circuito de mi tierra con un foso, para que los ganados agenos no puedan entrar en ella, y para su resguardo la haré cercar de haya viva. Esta haya crecerá sobre la tierra que he sacado de los fosos, y tambien me aprovecharé de ella para guarnecer toda la circunferencia de árboles útiles, como olivos ó moreras.

Quando ya me vea cercado y seguro de que nadie pueda echar á perder mis trabajos, distribuiré mi tierra en quatro partes iguales. Destinaré una por entero al plantío de un prado artificial. Si tuviere agua con que poder regarle, le plantaré de alfalfa; si no tengo agua y el terreno es humedo, le plantaré de trebol ó heno; y si fuere seco, débil ó pedregoso, le plantaré de mielga. Con esta aplicacion á las diferentes calidades de tierra, los labradores saben que no hay ninguna, que no pueda ser útil y criar una especie de prado. Tendré cuidado de que se hagan los cortes en su tiempo, y estas yerbas me servirán para mantener con ellas mis ovejas y vacas en el invierno.

Las otras tres partes las distribuiré en tres pedazos iguales, y las destinaré para que alternen en sus producciones. Una será para trigo, otra para cebada, y

otra para legumbres ó granos menudos; pero de la manera que conviene, esto es alternando y variando cada año su produccion. Por exemplo, la que este año ha producido trigo, el año siguiente la destinaré á cebada; la que estaba de cebada, destinaré para granos menudos ó legumbres; y la que estaba de estos, que ha descansado todo el invierno, que ha sido bien arada, y que no ha producido mas que legumbres que no la cansan, la destinaré á trigo; y guardaré siempre esta alternativa sin interrumpirla jamas. Este es el método que observan los Ingleses, que son los mejores labradores de la Europa, y que lo han enseñado á otras naciones bastante ilustradas para conocer que despues del estudio de la Religion, este es el mas digno de los hombres. Ve aquí, Mariano, las ideas que despues de algunos dias me hierven por la cabeza; pero como yo no estoy tan instruido como debiera, no me atrevo á fiar de mi propio juicio. Yo quisiera consultarlo con personas prácticas, y mas con hombres de una razon sana, que me dirijan y aconsejen; pero aquí no tengo á quien volver los ojos. Labradores hay, pero son hombres de rutina, que no conocen otros usos que los suyos, que jamas han reflexionado sobre ellos, y que quando se les habla de una cosa nueva, de que no tienen idea, se asombran y oyen con desconfianza quanto se les dice. Hombres de esta especie no pueden ser buenos consejeros, y no saben mas que poner dificultades, y desanimar. ¿Qué te parece á tí, Mariano?

¿Qué quieres que te diga, amigo? le respondí. Nacido en una grande ciudad, criado en ella, no habien-

do salido al campo sino con motivo de paseo, y habiendo pasado toda mi vida entre mis libros y mi Iglesia, no soy capaz de tener ideas sobre este asunto, que me parece de mucha importancia. Desde luego te confieso, que tu proyecto me llena, y que me parece tan claro como útil; todos tus raciocinios me parecen justos. No has dicho nada que no me parezca lleno de luz y de razon. Repito que no soy capaz de aconsejarte; pero dentro de mí formo un raciocinio que tiene á mis ojos mucha fuerza, y es este:

En todos los negocios obscuros y dudosos en que no es posible formar un juicio seguro y sosegado, porque dependen de acasos contingentes, ¿qué es lo que aconseja la prudencia? Que se comparen los riesgos y las conseqüencias del malogro con las ventajas ó provechos del acierto. Si se gana poco quando se gana, y se puede perder mucho en caso que se pierda, la prudencia nos dice no emprenderlo; pero si en caso de perderse, no se puede perder mas que poco, y en caso de ganarse, se gana mucho, es claro, que la razon dicta no detenerse. Si este principio es cierto, tú mismo has decidido tus dudas; porque tú dices, mi dehesa puede poblar el reyno. Me hago cargo de que este es un entusiasmo hijo de tu imaginacion brillante, y de tu encendido amor del bien público. No me dexo seducir por él; prescindiendo de todo, y no queriendo consultar mas que el dictámen de una razon sana y severa, pongo á un lado las villas, los propietarios y el Gobierno, y no miro en este momento mas que á tí solo.

Ve aquí pues los términos á que me ciño. Ó logras

poblar esta dehesa ó no lo logras. Si la pueblas, es natural, es posible que puebles las otras, y en este caso tú piensas aumentar tus rentas; pero quando esto no sea, es seguro, que darás exîstencia y comodidad á un cierto número de familias pobres, que arrancarás de la ociosidad y de los vicios muchas personas, que multiplicarás los frutos y las subsistencias del lugar, que tú mismo y todos nosotros nos ocuparemos en cosas inocentes, útiles y benéficas. Estos por sí solos ya son grandes bienes.

Pero si no lógras tu empresa, si á pesar de todos tus afanes y gastos no se consigue la poblacion, ¿qué es lo que sucederá? ¿qué inconvenientes resultarán de esta desgracia? Tú lo has dicho: perderás los avances que hayas hecho, y no los perderás todos; porque tú no los harás sino sucesivamente en el tiempo de la oportunidad, miéntras dura la esperanza del lógro; pero la tierra siempre te quedará mejorada con el tal qual cultivo que haya recibido. Así la mayor desgracia será que la vuelvas á ver en la necesidad de arrendarla para pastos, y este es el estado que hoy tiene.

¿Y cómo pueden llamarse perdidos los avances que hayas dado á esos colonos, ni los granos con que hayas mantenido sus familias? Pues en la disposicion en que te veo, si los has mantenido como colonos, tambien los hubieras mantenido como necesitados. Veo pues que arriesgas perder poco, y que puedes ganar mucho. Desde luego los gastos que hayas hecho en tus suertes y las de tus hijos, ahí se quedan, y te serán útiles. No veo pues que te deba detener cosa alguna.

Pero no puedo omitir una consideracion superior á

todas, y es que quando la beneficencia se ocupa en desterrar la miseria, dando medios de trabajo, es tan útil como puede ser nociva la que solo se ocupa en acallar al importuno, ó en socorrer al miserable que pudiera dexarlo de ser. Estimo mas verte dar esos socorros á hombres que se dedican al cultivo, y trabajan con la idea de establecerse, aunque esto no se logre, que si los dieras á esos mismos hombres, que sin actividad ni emulacion no desearan mas que vivir á costa de la piedad agena. Esta especie de limosnas no hace mas que radicarlos en los vicios, fomentar su ociosidad y acabarlos de pervertir.

Tienes razon, Mariano, me respondió mi amigo. Solo puede ser buena la limosna, quando da trabajo al que puede trabajar, y socorro al que no puede. Al fin ya te he descubierto una parte de mis ideas, procuraremos madurarlas, y sobre todo pide á Dios, que nos ilumine y dirija nuestros buenos deseos. Esta fué la primera conversacion que tuvimos sobre este asunto. Despues mi amigo confirió con muchas personas, y al fin se determinó á emprender la obra. Hizo dividir y marcar su dehesa en suertes iguales, y publicó su pensamiento.

Desde que la idea fué conocida, hizo gran sensacion en el pueblo; cada uno hablaba á su manera. Los presumidos de hábiles, porque hablaban de todo, aunque nada entendian, decian que esto era imposible, y que jamas se executaria. Los tímidos y avaros decian, que mas valia tener seguro el precio del arriendo aunque corto, pero pagado con fidelidad, que ponerse en manos de pobres, que no pagarian nada. Los que no conocian mas que la rutina del campo, y creian que la felicidad pública con-

sistia en los ganaderos, decian que si se quitaban los pastos, faltarian los ganados. En fin las opiniones eran varias y absurdas.

Mi amigo despreció dictámenes tan poco ilustrados, y desde que descubrió su idea no pensó mas que en executarla. Ya habia obtenido del Arquitecto que trabajaba en la Iglesia, que se quedase con nosotros, ya habia reconocido su talento, actividad y honradez, y le pareció muy propio tanto para emprender las obras que proyectaba, como para reparar tantas ruinas. En efecto nos ha sido muy útil para todo. No solo ha enseñado á los muchachos, en una escuela formada para la instruccion de los niños, los principios de Arquitectura, de lo que te hablaré despues, sino que ha contribuido mucho á reparar y hacer saludables los edificios contiguos, y ha animado con su zelo y exemplo al progreso de nuestra poblacion.

Tanto él como otros tres vecinos acomodados, que logramos persuadir, tomáron suerte; y estos quatro unidos á nosotros quatro, éramos ya ocho colonos, ocho casas, y ocho labradores. Quedaban veinte y dos suertes que distribuir. Al principio no faltáron embarazos; pero todos los venció la constancia de mi amigo, y hoy estan todas las suertes pobladas, habitadas y en buen cultivo. Pocos auxílios y mucha emulacion han hecho este milagro.

El método que siguió mi amigo de distribuir su suerte en quatro partes, segun el órden que me dixo, ha sido adoptado por todos. No han cogido hasta ahora mas que cinco cosechas, y ya los mas no solo estan

Pocos auxilios y mucha emulacion han he-
cho este milagro.

bien, sino que viven con mucho desahogo. Todos tienen prados artificiales con que sustentar sus ganados. Han conocido la facilidad y la importancia de este proceder, y todos se han dedicado con zelo. Y ahora ven que la misma dehesa mantiene diez veces mas vacas y ovejas que podia mantener ántes, y que además tienen en su corral las gallinas, los puercos, y demas animales que la dehesa no podia tener.

Te daria gusto ver esta asombrosa transformacion. Aquel pedazo de tierra poco ántes muerto, miserable y desnudo, es hoy un jardin animado: todo está partido en suertes, y cada qual de ellas señalada por árboles útiles, que empiezan ya á hacer una vista muy agradable, y lo que es mas, todo habitado. Mi amigo no se engañó en sus esperanzas. No solo se fabricáron las ocho primeras casas con que contábamos, sino que los otros colonos se han alentado. Mi amigo declaró, que perdonaria tres años de su octava parte á los que al cabo de este tiempo estarian alojados con sus familias en su tierra; y esto junto á la experiencia que han adquirido de las ventajas que les produce vivir junto á su hacienda, los alentó de modo, que hoy todos los colonos y sus ganados estan ya á cubierto, y los mas han concluido su casa, y quedan pocas por concluir.

Por esto se puede decir, que mi amigo no recibe sino despues de dos años su octava parte; y esta misma exâccion, que siempre es tan dura y desagradable al que paga, aquí es justa, y se hace con alegría. Porque ve aquí lo que sucede. Como el colono sabe, que no solo él sino sus hijos y toda su posteridad estan seguros de

la tierra, y que miéntras cumplan con las justas y fáciles condiciones á que se han obligado, nadie les puede quitar su posesion, él y toda su familia trabajan con gusto por hacer quantas mejoras pueden. No solo se fabrican casa y corral, sino allanan la tierra, plantan árboles, conducen las aguas, limpian sus fosos, en fin, hacen quanto les puede ser útil.

Mi amigo no tiene otra cosa que hacer, sino dexarlos obrar. Quando mas, los excita con sus elogios, ó los ayuda con sus consejos. Pero va allí las mas de las tardes; porque este es nuestro paseo ordinario, y su noble alma debe gozar mucho de la actividad que ha inspirado, y de los beneficios que ha hecho. Un corazon ménos desinteresado que el suyo, tambien pudiera decir: Ve aquí un pueblo que trabaja por mí y para mí; pues despues de hallar en sus labores el precio de sus fatigas, y la justa subsistencia de sus familias, tambien me viene á tributar una parte de sus sudores, como un tributo que paga á mi beneficencia paternal. En efecto, aunque el cultivo no ha llegado aun al punto á que puede llegar, ya la octava parte que mi amigo recoge, excede incomparablemente á lo que la dehesa le producia.

¿Pero quién podrá comparar estos cálculos del interés con las inefables ganancias del corazon? ¿Con esos placeres vivos y siempre renacientes de ver tantas familias poco ántes miserables, mendigas y viciosas, ser hoy honradas y bien estantes, con un bien estar independiente que cada uno se mejora de dia en dia? ¿Ver tantos felices por los beneficios de su propia mano, y por

haberlos arrancado de la miseria y del vicio para conducirlos al bien estar, á la Religion y á las buenas costumbres? ¡Ah! si puede haber en la tierra felicidad sólida y verdadera, yo no conozco ninguna, que pueda igualar á esta.

En efecto, el cobro de los derechos, que en todas partes es amargo, y produce pleytos y disensiones, aquí se hace con tranquilidad y alegría. Los demas acreedores van de ordinario á requerir al colono quando para pagar necesita de malvender ó adeudarse, y en fin, siempre se le aflige. Pero aquí no puede suceder esto; porque no se le va á pedir la octava parte, sino quando tiene su cosecha junta. Y despues de separar las cargas comunes, como son diesmos y contribuciones, se parte lo restante con distribucion tan favorable al colono, que por cada parte que da, se reserva siete.

No puede haber en esto pleyto; porque la parte de cada qual está sujeta á medida, y si alguno de los dos se quejara, basta medir para asegurarse de la verdad. Tampoco cuesta pena al colono dar lo que debe, porque sabe que si da una parte, guarda para sí siete. Así todo se hace no solo con paz y concordia, sino con alegría. Muchos dicen, yo quisiera pagar mucho mas; porque quanto mas pagara, me quedara siete veces tanto.

Si á estas indecibles satisfacciones del corazon quieres juntar las consideraciones políticas, discurre, Antonio, lo que seria España, si cada lugar tuviera un vecino como este, si las ciudades quisieran reflexionar sobre estos hechos, y si el Gobierno penetrado de estas venta-

jas tomara disposiciones para que en cada término se hiciera otro tanto. ¡Quánta seria su riqueza propia, y quánta fuera la pública prosperidad! Si en cinco años experimentamos aquí tantas ventajas, discurre lo que seria España al cabo de diez.

Nosotros no estamos todavía mas que á los principios, pero á vista de esta experiencia no dudo, que de aquí á otros cinco años todo el terreno se halle poblado, habitado y cultivado. En efecto, desde el tercero las ventajas fuéron tan visibles, la alegría y el bien estar de los nuevos colonos tan patentes, que ya las demas familias del lugar, aquellas mismas que al principio oyéron la idea con desden, y no quisiéron tomar parte, ya decian que era menester que mi amigo hiciese repartir por el mismo método una dehesa muy grande, que tiene á tres leguas; en que hay tierra excelente, y un arroyo, que pudiera regar una parte considerable de ella.

No sólo clamaban por este reparto los vecinos de este lugar, sino muchos de los pueblos comarcanos. Algunos de ellos no pedian ni ganados ni instrumentos, diciendo, que los tenian propios, y que solo pedian la tierra. Quando mi amigo conoció, que este deseo era vivo, y que habia muchos pretendientes, mandó dividir la dehesa en suertes, de manera, que cada una tuviese una parte de regadío; pero declaró, que estando aquella dehesa tan distante del lugar, era menester, que cada colono empezase por fábricar una choza ó corraliza, aunque no fuera mas que de ramage, para guardar su ganado; y que se obligasen á construir en el es-

pacio de tres años una casa á su gusto, pero bastante sólida para habitar en ella con su familia.

Añadió, que para facilitarles esta construccion, les cederia por tres años los frutos de su octava parte; y ademas prometió fabricarles en medio de la dehesa una Iglesia decente; que se les pondria un Cura y un Maestro de escuela, con todo lo demas necesario, para que en ningun caso se viesen obligados á venir al lugar; que solicitaria, que se aplicase una parte de los nuevos diezmos, tanto para la manutencion del Cura, como de los demas sirvientes y subalternos para el servicio de la Iglesia; de modo, que estarian exêntos de toda contribucion en esta parte: que así no se les exîgiria ninguna retribucion por nada de lo perteneciente al pasto espiritual, como bautismos, casamientos y entierros; pues Ministros bien dotados harian todo esto gratuitamente.

Muchos se enfriáron, oyendo que era menester abandonar el lugar, y confinarse desde luego en la tierra; pero mi amigo decia: Hombres que prefieren las conversaciones, el juego y la taberna del lugar á la útil comodidad de servir, y cuidar de la tierra, con que sustenten su familia, aman demasiado la ociosidad y sus vicios. Poco se pierde en perderlos. Pero hubo otros que lo aceptáron; y habrá año y medio que se empezó con ellos esta segunda poblacion. Lo que puedo decirte es, que ya estan trabajando en ella ochenta y tres familias, entre las que se repartió aquella dehesa; que ya todas las suertes estan llenas y habitadas por los colonos y sus ganados, que el cultivo está en toda

actividad, que muchas casas estan empezadas, que la Iglesia está á medio hacer, y que no dudo que ántes de tres años esté terminada esta empresa, y que sea tambien una poblacion feliz.

Pero no es esto solo; porque ya se empieza tambien á hablar de otra grande dehesa que le queda á mi amigo; y muchos dicen, que por qué no se reparten los valdíos. Los buenos efectos de esta primera poblacion han desterrado todas las desconfianzas, han vencido todas las preocupaciones, y ya no se habla mas que de poblar, de dar tierras, de meterlas en labor, y establecer familias. Esto será ya muy fácil en adelante, no solo porque han conocido con la experiencia las ventajas, sino porque las mismas poblaciones hechas dan un medio seguro de hacer otras con ventajas de todos. Voy á explicarte esto.

Muchos de los padres tienen dos ó tres hijos, que les ayudan á trabajar en su suerte, y ponerla corriente. Desde que lo esté, y que no les quede mas que el trabajo sucesivo y ordinario del año, no necesitan de tantos brazos. Cada uno podrá gobernar su suerte solo, ó quando mas ayudado por el hijo que la ha de heredar. Como el padre no puede dividir su suerte, y que ésta debe pasar entera al heredero, ¿qué puede hacer, sino solicitar que se reparta otra nueva á estos hijos que le han servido, y no puede acomodar en su suerte? Así lo hacen, y ya vemos que los que han acabado de arreglar su suerte, no solo piden que se les dé una nueva á estos hijos, sino que se obligan á mantenerlos ellos mismos, á darles dos vacas de las muchas

que ya tienen, la simiente que necesiten, y á ayudarlos en sus trabajos, hasta dexarlos corrientes y establecidos.

De manera, que ya sin gasto, y sin mas esfuerzo que el de medir las suertes, y dar la tierra, cada poblacion hecha puede, desenvolviéndose, duplicarse ó triplicarse, y de aquí puedes inferir, con qué facilidad pudiera poblarse toda España; pues aunque las primeras poblaciones que se hicieran, pudieran costar algunas dificultades y gastos, ellas mismas facilitarian que en adelante se hicieran otras con mucho ménos gastos y dificultades. No costaria mas que repartir tierras; pues no es dudoso, que estos padres ya bien estantes, que no pueden acomodar en sus suertes mas que un hijo, solicitarian nueva tierra para sus segundos ó terceros hijos, ó para sus yernos, obligándose ellos á mantenerlos y habilitarlos.

Ve aquí como las mismas poblaciones serian una almáciga subsistente de hombres, y un fecundo principio de otra sucesiva no interrumpida reproduccion. Esto es lo que ya empieza á experimentarse aquí, y tengo por cierto, que en poco tiempo todo este término quedará poblado y cultivado. Dentro de poco faltarán tierras, y sobrarán pobladores. Quiera el cielo que un exemplo tan útil no sea estéril, y que se verifique lo que decia riendo mi amigo: Que su dehesa habia de poblar toda la nacion. Yo tambien me reía entónces; pero en verdad que ahora no me rio, y empiezo á esperar; porque es menester estar muy ciego para no ver tanta luz.

No creas tampoco que mi amigo haya puesto sus atenciones solo en el campo; en el lugar tambien demuestra á cada paso su actividad, su inteligencia y amor del bien. Todo se ha transformado. Este pueblo que te causó tanto horror, este conjunto de habitaciones ruinosas, húmedas, profundas y mal sanas, estas calles sucias, asquerosas, y llenas de barros, ya no presentan el horroroso y desagradable aspecto en que las viste. Mi amigo, alentando á unos, prestando á otros, y acudiendo á los mas, ha hecho acomodar casi todas las casas, y blanquearlas, ha hecho tambien levantar los suelos, para que estando mas altos que la calle, no puedan entrar en ellos las aguas llovedizas, y se preserven de la humedad. Ha hecho que en vez de las estrechas ventanas por donde apénas entraba la luz, se rasguen otras espaciosas por donde el ayre circule con libertad. En fin, ha hecho que los mismos vecinos arreglen y tengan empedradas las calles, dando corriente á las aguas, de modo, que hoy todo el lugar está seco y sano, y sus casas, léjos de parecer como ántes receptáculos de bestias, parecen hoy habitaciones de racionales.

Todo esto seria poco, si no hubiera contribuido y logrado una gran reforma y mejora en las costumbres públicas y domésticas. Su zelo en esta parte ha sido tan activo y tan feliz, que::: ¿pero dónde me iba á meter? ¡Qué asunto tan fecundo! y ya mi carta es demasiado larga. Permíteme pues que la interrumpa aquí, y que lo reserve para otra. Á Dios, Antonio mio.

CARTA XXXVIII.

Mariano á Antonio.

Amigo Antonio: Hasta ahora no he podido hablarte mas que de las mejoras exteriores de casas, calles y suertes. En mi última te prometí hablar de las interiores esto es, de lo que ha hecho mi amigo para desterrar la ociosidad y la mendicidad, para excitar la industria, promover las artes, y reformar las costumbres. Estos bienes que son tan grandes, y que parecen tan dificiles, se han logrado por los medios que voy á referirte.

Una mañana pocos dias despues de mi llegada vino el Cura, y traxo á mi amigo una lista de mas de doscientas familias, entre quienes habia distribuido el dinero que le habia dado para repartir entre pobres. Y añadió, que aunque la cantidad era considerable, el número de los necesitados era tal, y las necesidades tan continuas, que se habia consumido sin haber podido satisfacerlas todas. Mi amigo dixo: que le haria dar otra cantidad igual para que la volviese á repartir de nuevo.

Yo dixe: que no aprobaba esta conducta; que me parecia que esta manera de hacer limosna en vez de hacer bien, produciria muchos males; y que con ella mi amigo léjos de remediar el lugar, acabaria de perderle y arruinarle: que las familias pobres que eran entónces doscientas, dentro de tres meses serian quatro-

cientas, y al fin del año lo serian casi todas: que esta era una verdad infalible, acreditada por la experiencia; porque el hombre es naturalmente perezoso y holgazan, que jamas trabaja sino aguijoneado por la necesidad; y que quando puede vivir sin trabajar, no trabaja para vivir.

Señores, les añadí, en un pais en que ni el Gobierno ni las costumbres han sabido imprimir un carácter de infamia y deshonor á la ociosidad, se prefiere vivir sin hacer nada á costa de la caridad agena, y quando vean que vos dais dinero á los que piden, todos os pedirán, y abandonarán el trabajo. Con esto lo que conseguireis es acabar de arruinar las pocas artes que haya, hareis que dexen toda ocupacion honesta y laboriosa, y aumentareis la embriaguez con los demas vicios, compañeros inseparables de la ociosidad.

Si quereis hacer limosnas útiles y bien entendidas, proponed medios con que puedan gabar su pan, y producir obras provechosas. Estableced manufacturas groseras y comunes de que sean capaces, y que les proporcionen los medios de subsistir, produciendo efectos que sirvan á otros, y en fin, obedeced al genio de la naturaleza, que no quiere que el hombre se aproveche de sus dones, sino quando los sabe arrancar de su seno, y quando la fuerza á producirlos. Obedeced tambien á la ley divina, que ha condenado al hombre á sazonar su pan con el sudor de su frente.

Aquí, señor, me respondió el Cura, todos esos principios son impracticables. No hay en que ganar la vida, los jornaleros mismos apénas pueden encontrar tra-

bajo, sobre todo en lo que se llama: tiempo muerto, y en que es menester contar casi todo el invierno. Para las infelices mugeres no hay tiempo vivo, ni ellas saben, ni hay ocasion en que puedan ganar un quarto. algunas pocas se destinan á servir, y esta es toda su salida; y fuera de que es grande su ignorancia, hija de su crianza infeliz, no hay aquí personas que las ocupen en nada.

Ve aquí pues, le volví yo á decir, los males que se deben remediar, y que no se remedian con esas limosnas mál entendidas, ántes si se aumentan. Si mi amigo quiere hacer limosnas bien hechas, que sean provechosas al pobre, útiles al Estado, y agradables á Dios, que disponga y prepare ocupaciones en que todos pueden ganar su jornal. La tierra ofrece muchos medios para emplear los brazos robustos. Las artes no presentan ménos para ocupar los débiles; y si todavía sobran brazos, las manufacturas los emplean sin límites. No hay en el mundo poblacion tan numerosa, que pueda bastar para llenar todo lo que estos medios reunidos pueden comprehender.

Mi amigo desea poblar una parte de sus tierras, quiere construir algunos edificios, y cooperar á que las cosas del lugar se consoliden y mejoren. Ve aquí pues caminos para ocupar muchos jornaleros. Las familias que adquieran suertes y cosechas, son otros tantos pobres quitados de la ociosidad; solo á los que no quieran ó no puedan tener parte en esta ventaja, será conveniente proporcionarles otros medios de ganar su vida. Y los mas naturales y fáciles son los de fomentar en el lugar el pro-

greso de las artes mas comunes. ¿Por qué nuestros habitadores irán á comprar á las ciudades vecinas sus zapatos, monteras y camisas? ¿Por qué no podrán aprender y exercitarse ellos mismos en estos oficios?

¿Por qué mi amigo, en lugar de repartir ese dinero que vuestra mano pasa á la de los pobres, y con que los acostumbra á la pereza y á los vicios, no podrá emplearle en hacer que los muchachos aprendan á ser herreros y carpinteros? ¿Por qué no los empleará en establecer aquí fábricas de lienzos comunes y de paños groseros, para que hagan los géneros de que se visten, y que ocuparán á muchos, sobre todo, á las mugeres que ganarán el pan con las hilazas? Me parece que mi amigo obraria mejor, empleando en esto su atencion y su dinero, que no en darles los medios de ser holgazanes, y que vayan á la taberna. Yo creo que la limosna que propongo, es la mejor.

Sin duda, señor, me volvió á decir el Cura, que eso seria incomparablemente mejor; pero eso pide tiempo, y las necesidades son urgentes. Por otra parte, quando reconozcais el lugar y esta especie de gentes, quizá juzgareis que no será tan fácil introducir aquí fábricas, que necesiten de inteligencia y de aplicacion. La pereza á que se van acostumbrando estas gentes, es difícil de concebir. Pero decidme, quando con el tiempo eso se consiguiera, ¿qué haremos con los muchos enfermos que hay continuamente, con tantos impedidos y estropeados, que vagan por las calles, inútiles para el trabajo?

Si á lo ménos hubiera un hospital en que curar los enfermos, si hubiera una casa de misericordia en que

recoger los estropeados, concibo, que presentando ocupaciones á los sanos, habria razon para no dar limosna á los mendigos; pero como, aunque se abran muchos caminos de ganar la vida, es imposible que falten necesitados de esta especie, lo es tambien dexar de dar socorros. Ve aquí lo que sucede: un padre con el trabajo de sus manos mantiene muy bien su familia; pero cae enfermo, y no hay un hospital que le reciba. Aquel mismo dia no solo él sino toda su familia estan en la miseria. ¿No es preciso socorrerlo? Y mucho; le respondí yo. Si se debe dar trabajo al que puede trabajar, se debe prestar atencion, auxílio y socorro al que no puede, y nadie lo merece tanto como un jornalero ó artesano honrado, que vive con su trabajo, quando una enfermedad ó accidente le priva de los medios de ganar el sustento.

Es pues necesario, me replicó, que en un lugar tan numeroso como este haya un hospital para curarlos. Yo no saco esa conseqüencia, respondí, ni soy de esa opinion. ¡Qué, señor! me volvió á decir espantado: ¿Vos pensais que no seria útil aquí un hospital, en que se pudiese curar á los pobres enfermos? Sí, señor, le volví á responder, creo que no seria útil; porque me parece que se puede disponer mejor. No os escandaliceis, señor Cura; porque esta opinion que os parece tan dura, nace de principios de humanidad. Escuchad mis razones.

Confieso que los hospitales pueden ser necesarios en las cortes, en las capitales ó en las ciudades muy populosas; porque como por razon de la mayor facilidad

de hallar trabajo, por la concurrencia de los que conducen los consumos, y por otros muchos motivos concurren á ellas gentes de todas las provincias, y pobres de todas especies, siempre existe en sus recintos un gran número de extraños, que no tienen allí ni hogar ni familia, y que quando caen enfermos, no tienen á quien volver los ojos; no hallarian persona que los cuidase, ni abrigo que los cubriese, y se moririan por las calles. Estas circunstancias hacen indispensables los hospitales, á pesar de sus defectos, para que puedan refugiarse en ellos, y se les asista lo mejor que se pueda. No hay otra razon sólida para defenderlos.

Pero los hospitales tienen en sí defectos intrínsecos é irremediables, que dependen de la naturaleza de las cosas humanas. Por mas zelo y caridad con que se disponga su establecimiento, es imposible que el tiempo, la costumbre y la multitud de los enfermos no debiliten poco á poco este sentimiento de dulzura y compasion, que consuela tanto á la débil sensibilidad del enfermo. Como es preciso servirse de subalternos mercenarios, que no exercen este penoso oficio sino por interés, y que no pueden tener aficion personal á enfermos que no conocen, adquieren por la costumbre una especie de dureza que causa mayor mal á los enfermos, que el bien que pueden producir los remedios.

Las enfermedades de ordinario al paso que enflaquecen el cuerpo, debilitan el ánimo; y nunca es mas útil y mas benéfica para los hombres la compasion, la paciencia y el cariño de las personas que les asisten. El miserable enfermo que se transporta al hospital, no so-

lo pierde la vista, la compañía y la asistencia de su muger y de sus hijos, sino que lleva en su corazon un torcedor atroz con la idea de que todos quedan en la mas estrecha miseria. Basta para afligirle esta forzosa separacion de las personas que mas ama.

Pero el enfermo que se puede curar en su casa en compañía, y con la asistencia de las personas que le aman, y que él ama, evita por lo ménos todos estos quebrantos que hacen su situacion mas dolorosa. No añade á los males de la naturaleza los que el enfermo del hospital sufre por la necesidad de las circunstancias. No solo está mejor asistido, sino que tambien padéce con mas consuelo. Estas ventajas me persuaden que en un lugar donde no hay advenedizos, donde todos tienen una familia, y su hogar bueno ó malo, no conviene establecer un hospital, sino cuidar de que cada uno se cure en su casa.

¡Qué cada uno se cure en su casa! exclamó el Cura con calor; ¿y de dónde saldrá el dinero que es menester para tanto gasto? De la misma bolsa, le respondí yo, de que hubiera salido el que se necesita para fundar y mantener el hospital, y creo que es mas barato. Considerad, señor, lo que es necesario para fundar un establecimiento de esta especie. Es menester empezar por construir, comprar ó adquirir un edificio sólido y bastante espacioso para recibir los muchos enfermos que puede haber, y disponerlo y guarnecerlo de los lechos y demas utensilios necesarios, que no basta hacer una vez, porque es menester renovarlos siempre.

Esto es muy costoso, y yo lo evito todo, pues cada uno tiene su casa y su cama.

Será menester hacer separaciones de hombres y mugeres, y ademas otras separaciones para las enfermedades contagiosas. Todo esto exîge mucha extension y mucho gasto. Yo nada necesito de esto, pues cada enfermo tiene su casa separada. Despues de hechos estos gastos será menester dotar este hospital de Administradores, Médicos, Cirujanos, Capellanes, Enfermeros, Cocineros, y un número infinito de otros sirvientes. Este estado mayor es numeroso, obliga á mucho gasto, y sin hablar de los descuidos, del desórden, ó de los robos que puede haber, es cierto que absorverá una gran parte de las rentas, y que ántes de que las aproveche un enfermo, se las habrán comido muchos sanos; pero uno en su casa no tiene necesidad de este aparato. Con los socorros que se le pueden dar, cada enfermo pagará á todos los que le sirven durante la enfermedad. Nada manifiesta tanto los inconvenientes de los hospitales como la general repugnancia del pueblo. Apénas van los mas desvalidos, los de la ínfima clase, y quando se ven forzados por la necesidad mas estrecha; solo van quando ya no pueden resistir á la violencia del mal, y no les queda otro arbitrio. Los mas prefieren sufrir y morir en su pobre cama al triste recurso de tan rudo y desagradable servicio, y es como vergüenza aceptar alivio tan penoso, que parece destinado á los que la suerte reduce al último punto de miseria: indicios todos de que allí la caridad no es, y acaso no puede ser tan dulce, tan benigna, tan atenta, vigilante y afectuosa como debiera.

Considerad ahora el consuelo que es quedarse entre los suyos, recibir con dulzura y amor de las personas que mas quiere los servicios de que necesita, y que son de confianza tan íntima, tenerlas siempre á su vista, y verlas tan compadecidas de sus dolencias como ingeniosas en su alivio. Que se me compare la atencion y el cuidado de una muger que sirve al marido que ama; del marido que ve en peligro á la madre que le ha dado, y le cria sus hijos, de la hija tierna que ve padecer al padre por quien vive; que se comparen, digo, estos tiernos y afectuosos servicios con el grosero atropellamiento de un sirviente insensible, y que se me diga: ¿quál será mejor para la curacion del cuerpo y la salud del ánimo? Señor Cura, quando fuera posible probarme que supuesto el establecimiento y la dotacion de un hospital, su método seria ménos costoso que el de que cada uno se cure en su casa, yo no le perfiriera. Porque lo que puede costar de mas, es tambien limosna, y va mas derechamente al fin de la caridad, que es la curacion y el alivio del enfermo. Nadie puede dudar que será mejor asistido, mas presto curado, ó á lo ménos que tendrá mas consuelo; y si á estas consideraciones añadis la circunstancia de que los socorros que se le dan para su curacion, aprovechan á la familia que le sirve, y que por su enfermedad queda sin medios de subsistencia, no dudareis que esta caridad es mas universal y mas bien entendida.

Sin duda, señor, me respondió el Cura, que si fuera posible curar á los pobres enfermos en su casa, esto seria incomparablemente mejor, y á todas las ventajas

que habeis dicho, yo pudiera juntar una quizá superior á las demas, y es que los dependientes, ó descuidados ó ignorantes, dexan muchas veces los enfermos sin advertirles de su peligro, y sin prepararlos á recibir los últimos sacramentos de la Iglesia, y es de creer que entre las familias christianas no habria este descuido.

¿Pero cómo es posible esperar que nadie en el mundo sea capaz de dar todos los socorros que necesitan los enfermos? Quando hubiera una bolsa destinada para esto, ¿quién puede abrazar un cuidado de tanta extension? ¿Cómo sabrá quien está enfermo? Quando lo supiera, ¿cómo podria llevarle los socorros? Quando no tuviera otra ocupacion, ¿le pudiera bastar el dia? ¿Y qué será, si unos enfermos estan al un extremo del lugar, y otros al opuesto? ¿Quién puede encargarse de este afan?

Nosotros, le interrumpí yo; nosotros mismos. Para esto es menester que nos juntemos muchos, es menester que dividamos el lugar en quarteles ó porciones, y que cada uno se encargue ::: Aquí me anda saltando una idea, y me parece que esta idea no solo será útil para el objeto de que hablamos, que es la curacion de los enfermos, sino tambien para llenar todos los demas objetos que desea mi amigo, y que pueden servir á reformar ó mejorar el lugar de todas maneras. En efecto creo, que si se planta y se sostiene con vigor, se podrá con ella atender á todo, poner buenas escuelas, entablar manufacturas, y en general quanto sea del bien público, hasta producir, puede ser, el destierro de los vicios públicos, y la introduccion de las buenas costumbres.

Mucho nos prometes, Mariano, dixo sonriéndose mi amigo. Tu hallazgo valdria mas que el de la piedra filosofal. No te burles, le respondí yo, ántes de oirme. Puede ser que me engañe; pero vuelvo á decirte que segun mi parecer, si se pone en planta lo que imagino, y si lo seguimos con firmeza y constancia, es muy posible que veas conseguido todo lo que deseas: esto es, introducir en este lugar aplicacion, amor al trabajo, medio de ganar la vida, dar todos los socorros posibles á la humanidad que sufre, y al mismo tiempo inspirar el amor y la estimacion de la virtud con el destierro y el oprobrio de los vicios; pero mis ideas no estan digeridas, y necesito de meditarlas. Concédeme tres dias de tiempo, y volveremos á hablar.

Al cabo de tres dias nos juntamos de nuevo, y dirigiéndome á mi amigo, le dixe: la providencia te ha traido á este lugar, él te produce grandes rentas, al mismo tiempo tienes otras muchas que te ha dado el cielo, pero lo que es mas precioso, tambien te ha dado la voluntad de emplearlas bien. Tú deseas convertirlas en beneficio del estado en que has nacido, del bien público de que eres parte, de la humanidad de que eres miembro, y de los pobres de quienes el cielo te ha hecho depositario; pues concediéndote mas de lo que honestamente necesitas, te manda que les distribuyas el sobrante, fiando á tu inteligencia y zelo el órden de la distribucion por las reglas de una caridad bien entendida.

El cielo te ha concedido pues muchas ventajas, y te ha impuesto grandes obligaciones: tú las conoces, y

deseas desempeñarlas. Acaso esta es la mayor gracia que te hace. Se diria á primera vista, que para un rico nada hay mas fácil que hacer bien quando lo desea; pero no es así, y nada es tan difícil como hacer bien. No bastan las riquezas aunque las acompañen los buenos deseos, porque con muy buenas intenciones se puede hacer mucho mal. Tampoco bastan el propio zelo y la propia inteligencia, porque un hombre por inteligente y activo que sea no puede hacerlo todo por sí, y necesita de otros que le ayuden, que se penetren de su espíritu, y que sean tambien inteligentes, activos y zelosos.

Ya hemos dicho que el método de dar limosnas por las manos del señor Cura ó de qualquier otro, sin esforzar á los pobres al trabajo, produciria grandes inconvenientes, y que en vez de hacer bien haria mal á todos. Peor seria, si tú las distribuyeras por tu mano ó por la de qualquiera de los tuyos que serian mas fácilmente engañados. La vista de estos inconvenientes, y la dificultad de que pocos hombres solos pueden abrazar toda la extension de los males que hay que reparar, y de los muchos bienes que se pueden producir, me han excitado la idea de que seria bueno y útil formar una especie de sociedad ó junta de bien público ::: Pero ántes de pasar adelante, yo quisiera que el señor Cura me respondiese á esta pregunta:

¿Seria posible encontrar en el lugar quarenta ó cincuenta personas de inteligencia y honor, así hombres como mugeres, que se juntasen en una especie de cofradía consagrada al servicio de los pobres? Se hacen

tantas cofradías de devocion; ¿no se pudiera hacer una de caridad? El Cura me respondió: Nosotros tenemos tres cofradías en la Iglesia, y la del Sacramento es muy distinguida. Se compone de los mejorcitos del lugar, de los que tienen un pasar mas honrado. No se reciben en ella jornaleros ni hombres de oficio. Serán como de setenta á ochenta, y los mas hombres de bien; pero aunque algunos tienen un mediano pasar, ninguno tiene sobrado. Con todo, dixe yo, ¿ellos hacen los gastos de su cofradía? Sí, respondió el Cura; pero estos son tan ligeros, que con una peseta cada mes salen de todos sus empeños. Yo no he menester mas, volví á decir, con eso me basta para poner en práctica mi pensamiento.

Empecemos por hablar á los que el Señor Cura nos indique, pidamosles que se junten con nosotros para formar esta sociedad, contentémonos por ahora con treinta ó quarenta hombres, los mejores, y otras tantas mugeres. Este será nuestro primer fondo, despues querrán agregarse otros y los recibiremos. Les explicaremos que nuestro instituto ó el objeto que nos proponemos es el bien público, y por eso nos llamaremos la Junta del bien público, y que en esto se comprehende así el servicio de los pobres, como todo lo que sea útil y ventajoso al pueblo.

Expliquémosles tambien, que nuestras obligaciones son dar una peseta de contribucion cada mes, y estar dispuestos á ocuparnos en todos los empleos que nos diere la Junta. ¿Os parece, Señor Cura, que será fácil encontrar esto? Muy fácil, me respondió; pero yo

dudo que con tan pocas pesetas se pueda atender á todo.

Yo no he menester pesetas, porque ya las tengo. Lo que necesito es de personas zelosas, inteligentes y honradas, que me ayuden á distribuir bien las que yo tengo; de cooperadores hábiles, que penetrados del mismo espíritu executen y sostengan las buenas ideas que queramos poner en planta. En quanto al dinero mi amigo está en ánimo de emplear cada año una cantidad en beneficios, que puedan ser útiles á todos. Quiero suponer mil doblones::: Y mucho mas si fuere necesario, interrumpió mi amigo. Estoy pronto á dar todo lo que sea menester para convertirlo en beneficios sólidos y verdaderos del pueblo.

Y bien, señor Cura, ya podeis ver el fondo de la Junta, y que aunque no presentemos al público mas que cincuenta ó sesenta pesetas, tendremos siempre una reserva secreta para hacer todo lo que convenga, y me parece mucho mejor que sea así. Pero ahora para entendernos tomo por exemplo mil doblones, y digo, que esta cantidad distribuida por el método y con las reglas que propondré, será mas útil, y producirá mas efectos y bienes que diez veces otro tanto empleado sin órden ni principios. Y digo mas, que si mi amigo repartiera esta cantidad por sí ó por tercera persona, como lo ha hecho hasta aquí, no haria otra cosa que derramar mucho dinero vagamente sin fruto, y haciendo mucho mal, en vez de que con la institucion de esta Junta, podrá por medio de ella distribuirlo bien con conocimiento verdadero, y produciendo bienes de una felicidad permanente.

La razon de esto es, que la Junta estará obligada á gobernarse por principios de rectitud, equidad y sana política, que la serán dictados en los reglamentos de que hablaré despues. Nada quedará al arbitrio, á la fantasía, ó á los intereses de ningun particular: así todo debe hacerse por reglas de justicia y conveniencia. Por otra parte no hay particular que no pueda ser engañado, porque ninguno puede tener por sí todos los conocimientos necesarios, y ménos la atencion y el tiempo que es menester para exâminar todas las personas, y cuidar de todos los ramos.

Pero quando el trabajo se reparte entre muchos, quando cada uno se aplica á lo que mas entiende, quando con una noble emulacion todos procuran desempeñar su encargo, quando lo que executa el zelo de unos es sostenido por la vigilancia y el conato de todos, entónces con pocos medios se hacen grandes cosas, las empresas mas árduas no encuentran contradiccion, ó las supera la reunion de muchos talentos y de muchos esfuerzos.

Así mi designio no es otro sino de que mi amigo con el nombre y el pretexto de una Junta se asocie un número escogido de cooperadores que le ayuden á lograr sus excelentes fines, y conseguir que el dinero que quiera emplear, se convierta en verdaderos socorros, y en beneficios útiles y subsistentes. Ya hemos dicho que es imposible que lo haga por sí solo, porque seria engañado á cada paso, y que seria el único objeto de los importunos que le arrancarian sin arbitrio limosnas mal aplicadas. Por otra parte mi amigo no quiere hacer el

ostentoso papel de único bienhechor, no quiere adquirir reputacion de limosnero. La modestia christiana prescribe cierta reserva.

Pero todo lo conseguirá, quando mezclado en la misma Junta lo haga todo por ella y con ella, y ademas derramará en estos su espíritu, les hará adoptar sus pensamientos, y les hará executar todas las ideas útiles que tiene premeditadas. Él será el alma, el timon, el resorte que dirija todos sus movimientos; los otros le servirán sin saber que le sirven, creerán cumplir con sus obligaciones, y las cumplirán en efecto, y mi amigo añadirá á sus propios méritos el de hacer que los adquieran los otros. Quando los medios falten, podrá verterlos en la sociedad por mil caminos sin fausto ni ostentacion.

Se empezará por un fondo que no se sabrá de dónde viene, aunque será fácil adivinarlo. Quando vengan despues estrecheces, y se necesite de nuevos medios, unas veces los dará en su nombre, porque es el mas rico y debe hacerlo, y esto se mirará como una gracia; otras veces llegarán dados por un anónimo, otras se pedirá á un miembro de la Junta que los ofrezca en su nombre, en fin se puede hacer que nada falte sin la pública ostentacion de ser uno el que lo ofrece todo. Sin duda que se sospechará la mano de donde vienen los dones; pero este es menor mal. Á lo ménos se procura evitar el riesgo, la tentacion de la vanagloria, y tambien la humillacion agena.

Así si propongo que cada miembro dé una peseta mensual, no es porque crea que esto pueda contribuir al progreso de la operacion. Aunque sé que cincuenta

ó sesenta pesetas no pueden hacer mucho peso en asuntos que necesitan de millares; pero me ha determinado una razon que yo creo de profunda política. Señor Cura, si esta contribucion es muy pequeña para el fondo de la obra, es muy grande y muy importante para su lógro y consistencia. Escuchad mi razon.

Si mi amigo no quisiera que los demas miembros contribuyeran por su parte, diciendo, que él hará todos los gastos, jamas consiguiera reunir esta Junta; ó á lo ménos jamas pudiera inspirarles zelo, movimiento y actividad. Á unos pareciera que mi amigo queria para sí toda la gloria, otros se desdeñarian de tomar parte, pareciéndoles que seria tratarlos como criados ó dependientes, todos se mirarian como instrumentos pasivos, ninguno miraria la operacion como cosa suya, ninguno se inflamaria en zelo, ni tomaria el interes activo, que inspira la idea del interes propio, todos procurarian excusarse, ó si consentian por complacencia, seria sin actividad, sin empeño, y jamas se podria eslabonar bien esta série de operaciones encadenadas que necesita de tan estrecho enlace, y de tan activos resortes para que pueda producir los efectos deseados.

Pero al instante que se les dice, que todos van á trabajar juntos y de mancomun, y que esta es una sociedad en que todos ponen por igual su contribucion y sus esfuerzos, ya les parece que la obra es suya, ya se imaginan que la gloria es para todos; cada qual piensa que tendrá su parte, y trabajará por adquirirla. Entónces el zelo y el ardor se apoderarán de su corazon, y habrá algunos que se aplicarán á estos objetos

con mas vehemencia que á sus propios negocios. Tal es el corazon humano: él desea ser actor en todo; el papel de testigo le cansa, el de admirador le fastidia, el de instrumento le humilla; pero el de actor le sostiene, y quando imagina que le alcanzará una parte del interes ó de la gloria, con este estímulo se le lleva adonde se quiere. Así es su naturaleza; y pues así es, procuremos seguirla.

Yo pienso tambien que nuestra Junta debe componerse de mugeres, y me parece que esta será una parte muy útil y necesaria para muchos usos. Las mugeres por lo general son mas tiernas y mas compasivas que los hombres, y por eso serán mas propias para diferentes objetos de nuestro instituto, como el cuidado y alivio de los enfermos, la asistencia de las que estan de parto, la crianza física de los niños abandonados, la educacion de las muchachas, y otros mil objetos de esta misma especie. Al mismo tiempo son mas hábiles para ciertos encargos que nos serán necesarios, como la distribucion de las hilazas entre las otras mugeres para nuestras fábricas de lienzos, paños y otras cosas iguales.

Es menester pues que el señor Cura empiece por escoger un cierto número de aquellas que le parezcan mas juiciosas, que tengan mejor reputacion, y cuyo exemplo pueda persuadir á las demas; que las explique nuestro designio, para que le conciban y le hagan concebir á las otras, á fin de que todas se animen, y nos ayuden en la empresa. Tengo por cierto que muchas contribuirán con todos sus medios, y que nos serán muy

útiles. El carácter de las mugeres por lo general es bueno y dulce, desean el bien, y toman con ardor todos los empeños de que se encargan. Por otra parte si tenemos por nosotros las mugeres, los hombres las imitarán.

Yo creo que uno de los mas útiles será establecer telares de lienzos y de paños groseros, que sirvan á los pobres, y aunque á mi amigo le seria muy fácil hacerlo por sí, tengo por conveniente que lo execute por mano de la Junta. Lo único que mi amigo puede hacer es facilitarla los medios, haciendo lo que la Junta no pudiera hacer. Por exemplo, puede tratar con los fabricantes de fuera, y hacerlos venir al lugar con tres ó quatro telares de cada especie. Para conseguir su traslacion les concederá algunas ventajas, y les asegurará que la Junta les proporcionará trabajo á precios cómodos. Al mismo tiempo hará comprar mil arrobas de lana y otras tantas de lino, que entregará á la Junta, y esta cuidará por el órgano de sus miembros de hacerlas hilar y texer hasta llevarlas á su debida perfeccion.

Con esta operacion se harán muchos bienes. En primer lugar comprando el lino en el pais, se anima la cria y cultivo de uno y otro, se sostienen las familias de los fabricantes que han venido, y se da con ellas el exemplo de la actividad y aplicacion. Se pondrán muchachos que aprendan, se irán multiplicando sucesivamente los telares, se aumentará cada dia esta industria y el número de las familias que se mantendrán con ella. Todas las mugeres del pais se ocuparán

en hilar, se fabricarán muchas varas de lienzos y de paños, los pobres habrán contribuido con su trabajo, se habrán mantenido con él, y despues se vestirá á otros pobres con lo mismo que han hecho los primeros. Por este modo los beneficios se doblarán, y se satisfará á todos los objetos de la caridad.

He propuesto este exemplo para dar una idea de todo lo demas; pero sin detenerme en esto, y suponiendo los preliminares que he dicho, voy á explicar ahora lo que se puede hacer. El primero que debe abrir la marcha, es el señor Cura. Este debe hablar á las primeras ó á las mas estimadas personas del lugar de uno y otro sexô, para enterarlas de nuestro designio, y pedirlas que contribuyan por su parte; y formará dos listas de todas las que consientan y subscriban, una de hombres y otra de mugeres. En la primera pondrá desde luego así á mi amigo como á sus hijos, á mí y á las demas personas que le nombrarémos.

Quando su lista sea ya de treinta ó quarenta personas de cada sexô, nos convidará á todos un dia señalado á la sala que hay sobre la sacristía, en que pueden caber mas de doscientas personas. Allí nos hará un breve discurso, en que nos explique el fin y objeto para que nos ha juntado, que es formar una sociedad de beneficencia que se ocupe así en lo que puede contribuir al alivio y socorro de los pobres, como en lo que puede ser útil y ventajoso á todo el público. Y como toda sociedad necesita de leyes ó reglas que la gobiernen, yo me he ocupado estos dias en hacer un reglamento, pero ántes de que salga al público, es menester que el señor Cura y mi

amigo le exáminen, le corrijan y le modifiquen como les parezca.

Entónces saqué un papel, y leí los artículos que habia escrito. Tanto el Cura como mi amigo me hiciéron diferentes reparos y observaciones, y al mismo tiempo añadiéron otras muchas cosas muy útiles. Nuestra conferencia duró mas de tres dias; pero en fin despues de haber discurrido de cada artículo en particular, quedamos convenidos en que quedaria del modo que te lo voy á copiar aquí.

REGLAMENTO PARA LA JUNTA DEL BIEN PÚBLICO.

El objeto de esta Junta es cuidar tanto de lo que puede ser alivio y socorro de los pobres, como de todo lo que sea útil y ventajoso al pueblo.

La Junta se compone de todos los miembros que han sido admitidos, y estan inscriptos en el libro de la sociedad, y de todos los que lo serán despues. Todos los miembros reunidos forman la Junta general.

Esta Junta general nombrará una Junta particular que llamará executiva, la qual se encargará de hacer observar los reglamentos generales, y los estatutos particulares, de que se hablará en su lugar.

ESTATUTOS PARA LA JUNTA GENERAL.

La Junta general en que deben y pueden juntarse todos los miembros admitidos, se tendrá una vez cada mes en el dia fixo, como por exemplo el primer domingo del mes despues de vísperas. Desde que se sale de la Iglesia se subirá á la sala que está sobre la sacristía, y que es el lugar destinado para ella.

Allí se nombrará un Presidente á pluralidad de votos que tendrá el derecho de convocar, presidir y poner órden en las conferencias, un Secretario y un Tesorero, y todos estos oficios durarán un año.

El Secretario debe tener dos libros, uno para escribir en él todas las deliberaciones, y otro para tomar razon de todo lo que por qualquier título entre en manos del Tesorero ó de otra persona, y pertenezca á la sociedad para que se les pueda hacer cargo.

El Tesorero debe llevar su cuenta, y deberá darla cada mes á la Junta particular de que se hablará despues la que debe ser exâminada, y estar conteste con el cargo que le resulte del libro del Secretario, y vista y aprobada por dicha Junta.

En la Junta general se deben elegir á pluralidad de votos estos quatro oficios de Presidente, Presidenta, Secretario y Tesorero, y ademas otros dos miembros, y una Señora, que deben componer la Junta particular. Y al mismo tiempo en las juntas mensuales se exâmi-

nará la relacion que le deberá hacer el Secretario en nombre de la Junta particular, de todo lo que haya hecho en aquel mes, como despues se dirá con mas extension.

Todos los miembros tendrán el derecho de explicar su opinion, aprobando ó censurando lo que les parezca justo, y el de exponer nuevas ideas y mejoras. Estos puntos se decidirán por el mayor número de opiniones, y al Presidente toca declarar la pluralidad y la resolucion que resulta.

Quando los negocios de la Junta general esten concluidos, el Presidente elegirá la Señora de la Congregacion que le parezca, y esta dará una vuelta á la sala para recibir las limosnas voluntarias, que la caridad inspire á cada miembro, y que son independientes de la peseta de contribucion mensual, que cada individuo debe dar al Tesorero. En caso de que no asista, la enviará, ó el Tesorero tendrá cuidado de recogerla.

ESTATUTOS DE LA JUNTA PARTICULAR.

La Junta particular se compondrá de siete individuos: el Presidente, la Presidenta, el Secretario y el Tesorero serán miembros natos, y ademas se añadirán dos hombres y una Señora, que serán tambien nombrados por la Junta general. Las funciones de todos deben durar un año.

Esta Junta resume en sí toda la autoridad. Como

no es posible que muchos puedan ocuparse sin confusion en una administracion tan prolija, porque se embarazarian unos á otros, la Junta general nombrando esta Comision ó Junta particular, debe delegarla todos sus poderes, pues son personas escogidas por todos, y por consiguiente dignas de su confianza.

Debe pues dexándola toda la autoridad, contentarse con que cada mes la dé cuenta de todas sus operaciones, para que sean públicas y conocidas, y que todos sepan el buen uso que se hace de los fondos. El Secretario en las juntas mensuales hará una relacion, en que la informe de todo lo que se ha executado en virtud de los reglamentos, de los enfermos y pobres que se han socorrido, con expresion de las familias, personas y barrios: de los adelantamientos que haya, ó de los daños que se han reparado; en fin de todos los gastos que se han hecho, y de las existencias que quedan.

Esta cuenta es necesaria para el órden, y para que la Junta general pueda determinar con conocimiento la cantidad que destina para los gastos del mes siguiente. La Comision le propondrá la que le parezca necesaria; pero la Junta podrá confirmarla, aumentarla ó disminuirla con arreglo á los fondos y circunstancias.

La Junta particular hará dividir el lugar en barrios, y nombrará para el cuidado, asistencia y direccion de cada uno un Inspector y una Inspectora sacados de los miembros de la sociedad.

Esta Junta tendrá dos sesiones mensuales: una el lúnes siguiente al domingo en que se habrá tenido la Junta general, y la otra el lúnes que precede al domingo

en que se debe tener la otra Junta general que se sigue.

En la primera de estas dos sesiones la Junta debe distribuir la cantidad que la Junta general ha señalado para los gastos de aquel mes por este modo:

Empezará por dar á cada Inspector la cantidad que le parezca conveniente para emplearla en los usos y objetos de su cargo, que se explicarán despues. Si hay fábricas, dará á los miembros encargados de este ramo lo que sea necesario para sus gastos corrientes. Al individuo encargado de los aprendices dará segun su cuenta lo que necesite. Á la Comision de Señoras lo que sea menester. En fin, á todos los miembros que se ocupen en algun objeto, dará lo que parezca necesario para los gastos de aquel mes; pero con la prudencia de no invertir toda la cantidad, sino reservar una parte para lo que pueda ocurrir de extraordinario.

La segunda sesion mensual de esta Junta será para que cada uno de los empleados, que ha recibido dinero en la primera, dé cuenta de los gastos que ha hecho, y de los objetos en que lo ha invertido. El Secretario formará una lista de todos los socorros y bienes que se han hecho, y si alguno ha podido reservar por economía alguna parte, se aplicará este resto á la masa, y habrá este fondo demas para el mes siguiente.

Estas cuentas deben ser comprobadas con recibos en quanto sea posible, y vistas y exâminadas por la Junta, la que en caso de aprobarlas pondrá su visto bueno, y deben pasar despues al Secretario, el que con ellas formará la lista de los gastos hechos, la de los

bienes que han producido, y la cuenta general que se debe presentar á la sesion mensual de la Junta general.

ESTATUTOS DE LOS INSPECTORES

Y DE LAS INSPECTORAS.

El destino de los Inspectores y las Inspectoras es ocuparse con una vigilancia benéfica y activa en todo lo que es humanidad, asistencia, paz y concordia en el quartel que les está señalado. Deben considerarse como el padre y la madre de todos los pobres que le habitan; como tutores de los niños huérfanos, y demas desvalidos que le pueblan; y como amigos de todos los vecinos. Así deben á todos socorro, consuelo, consejos y buenos servicios.

En primer lugar cuidarán de todos los enfermos pobres. Como ya estan asalariados el Médico y Cirujano, los Inspectores no tienen otra cosa que hacer, sino atender á que las familias no se descuiden en avisarles á tiempo. En quanto á la botica la Comision se arreglará con el Boticario, á fin de que estos suministren á las familias los remedios que prescriban los Médicos en sus recetas; y cuidará de pagarles cada mes. Pero queda á su caridad y á su prudencia el arbitrio de dar á las familias algun socorro, si por la enfermedad del padre quedan en la miseria, y sobre todo consolarlos y dirigirlos.

Cuidarán tambien de las mugeres que estén cerca de

parir: si vieren que no tienen con que envolver la criatura, pedirán á la Comision de Señoras, que les den una envoltura de las que deben estar prevenidas en el almacen. En el parto las darán los alivios que puedan, sobre todo los que no se hallan en la botica, como podria ser vino y azucar. Contribuirán á que las madres, si no tienen alguna imposibilidad fisica, sigan el instinto de la naturaleza, y crien á sus propios hijos, y si muriere la madre, buscarán los medios de hacer criar á los niños.

La sociedad se propone como uno de sus principales objetos hacer respetar la vejez, y socorrerla. Por esto les encarga: que si en su quartel se hallan hombres de avanzada edad, los traten con humanidad y distincion: que no solo les den los socorros comunes á todos, sino algunos consuelos y alivios particulares, como serán un poco de vino ó de tabaco, si esto puede agradarles. Los impedidos, estropeados ó inválidos deben considerarse en la misma clase. Si pueden ocuparse en algun trabajo, se les deberá procurar; y si no, se les debe tratar como á los viejos.

Tambien cuidarán de todos los muchachos de su quartel. No permitirán que jueguen en la calle, ni divaguen, y harán que vayan á la escuela, instruyendo á los padres de que la sociedad tiene resuelto, que la familia que no envie sus hijos á ella, no tendrá parte en sus socorros.

Fuera de estas indicaciones determinadas, en general sus cuidados y afanes deben ocuparse en todo lo que puede ser útil y ventajoso á los vecinos de su quartel,

teniendo por principal objeto todo lo que puede contribuir al servicio de Dios, al bien estar de las familias, y á la paz y tranquilidad de todos. Así sus primeras vistas deben dirigirse á la extirpacion de todo vicio, y al fomento de todas las virtudes. Desde luego no permitirán ningun mendigo, ocioso ni vagamundo; y si hubiere entre los pobres de su quartel genios díscolos ó violentos, hombres que maltraten á sus mugeres ó sus hijos, dados al vino, ó que tengan otros defectos de aquellos que incomodan, y turban el órden de la sociedad civil, procurarán amonestarlos, corregirlos y amenazarlos con que se les privará de todos los socorros, y se les borrará de la lista de las familias de la sociedad.

Si nada de esto bastare, el Inspector dará cuenta á la Comision, y esta informará de todo á la Justicia, que con mano mas poderosa podrá contener el mal, usando de la fuerza y de la autoridad de las leyes.

La Sociedad les encarga no dar jamas á los pobres los socorros en dinero, porque la experiencia acredita que no suelen hacer buen uso, y que los viciosos lo malgastan en el juego, en aguardiente, y otros objetos, que en vez de aliviarlos, les hacen mas daño. La Junta pues recomienda á los Inspectores é Inspectoras que tomen el trabajo de comprar ellos mismos, y darles las cosas necesarias. Esto es mas penoso, pero es mas útil y mas meritorio.

El Inspector cuidará tambien del aseo interior de las casas de todos, exhortando á las mugeres á que las tengan limpias y enxutas, así para su salud y la de su fa-

milia, como para la de sus vecinos; igualmente de la limpieza y aseo de las calles, que tanto contribuyen á la comodidad y á la salud pública.

En especial se les encarga mantener la paz y la buena armonía entre todos, procurando evitar las rencillas y desavenencias, que son tan freqüentes entre los vecinos de mala educacion. Procurará tambien evitar todos los pleytos que puedan nacer de intereses, haciéndose el conciliador de todos. Para esto procurará componerlos, mediando entre ellos, y proponiéndoles arbitrios que le eviten los gastos, los trabajos y malas resultas de todos los litigios.

Para todo esto se servirá de la autoridad paternal que le da su encargo, de la superioridad de razon que debe darle su mejor crianza, y de aquella secreta irresistible fuerza que da la virtud, quando se ocupa con zelo y desinterés en beneficio de otros. No es posible resistir á la fuerza de la verdad, ni á la actividad de un consejo de paz y de razon, quando solo le promueve el amor del bien, y quando es para ventaja del que le recibe, y quando el que le da no dexa sospechosa su virtud; y este imperio que es tan eficaz por sí mismo, adquiere nueva fuerza, si el que le maneja puede abrir ó cerrar á su arbitrio su mano benéfica.

ESTATUTOS DE LOS INSPECTORES DE LAS ARTES Y OFICIOS.

Uno de los principales objetos de la Sociedad será el progreso de las artes y oficios, y hacer que los mu-

chachos del lugar se apliquen á aprender las mas usuales, que son las mas útiles. Así la Junta particular pondrá y pagará el aprendizage de todos los que pueda, y sus facultades la permitan. Pero desea tambien hacer de este adelantamiento, para hacerle mas útil, un objeto de justicia, y al mismo tiempo de emulacion y de premio: y ve aquí lo que se propone.

Su intencion es que todos los muchachos vayan á la escuela, para aprender en ella los elementos de la Religion, á leer, escribir y contar. Pero no siendo posible que pueda pagar despues los aprendizages de todos, quiere que esta misma enseñanza sirva de estímulo y de premio para algunos. Con esta idea piensa establecer ciertos premios, que se explicarán despues, para aquellos que mas se distinguieren en los exámenes ó concursos que se formarán.

Para contentar desde luego al preferido se podrá añadir alguna vagatela que se le dará al instante; pero el principal premio que se le dará es, que quando haya aprendido todo lo que la escuela puede enseñar, ó que tenga la edad suficiente, la Sociedad le pague el aprendizage del oficio que quiera aprender, con tal que sea de uso comun, y de la clase de los necesarios, tales como los de Herreros, Cerrageros, Carpinteros, Zapateros, Medidores de tierra, y otros de esta especie. Se les enseñará tambien el dibuxo, y por estos medios estos oficios que son tan útiles, sirven tambien de estímulo para la primera instruccion: se hace en cierta manera justicia á los muchachos, pues se les premia su aplicacion, y vienen á las artes los que se han reconocido por mas bábiles.

Pero entre estos oficios se exceptúa el de Sastres, y todos los demas que no pidan fuerza, porque estos deben reservarse para las mugeres. La naturaleza privilegió á los hombres, dotándoles de fuerza, y los hizo aptos con ella á tantos oficios diferentes, que son rudos, y que necesitan de movimiento, y es justo que dexen á las mugeres el exercicio de los que son sedentarios y proporcionados á su flaqueza. Así la Sociedad quiere que quando las muchachas salgan de la escuela, en la que tambien hayan ganado los premios que se instituirán para ellas, se les pague igualmente el aprendizage de Sastres, Costureras, y demas oficios que puedan ser propios de su sexô.

Tambien quiere la Sociedad, que quanto se haga en ella en materia de vestidos, camisas, sábanas, ajuares de niños, y quanto se costee, cosa y arregle para los pobres, se execute con preferencia por estas mugeres que hayan sido aprendices suyas. Y á fin de cuidar de todos estos objetos la Comision nombrará dos de sus individuos, un hombre y una señóra, para que se encarguen respectivamente de lo que pertenece á los muchachos y á las muchachas aprendices: ambos velarán sobre su conducta, pagarán los maestros, y darán cada mes cuenta á la Junta executiva.

INSPECTORES DE ESCUELAS.

La Junta executiva nombrará del mismo modo un Inspector para las escuelas de muchachos, y una Inspec-

ora para la de muchachas, que se encargarán cada uno en la suya de hacer que todos asistan, y se entenderán para esto con los Inspectores de quartel, á fin de que estos estrechen á los padres que no tuvieren cuidado de enviar á sus hijos. Asimismo cuidarán de que los maestros no afloxen, y que todo vaya con el órden y la decencia conveniente. Y como es importante pensar tambien en la educacion fisica, en que los muchachos se crien robustos, que adquieran agilidad y fuerza, cuidarán de que el maestro les dé cada semana una tarde de asueto, y que los lleve al campo, para que allí se exerciten en correr, saltar, transportar pesos, ó en otros objetos dificiles, que promoverá con prudencia.

Tambien nombrará dos de sus individuos, uno Inspector de las fábricas de lino, y una Inspectora para las hilazas. El primero dará órden al Depositario de dar el lino y cáñamo en bruto que pida la Inspectora. Esta dará su recibo, y lo distribuirá entre las mugeres del lugar, para que lo hilen á precio ajustado. Quando esté hilado y recibido, la Inspectora librará contra el Inspector el precio de la hilaza, y éste lo pagará.

Quando todo esté hilado, la Inspectora lo pasará al Inspector de fábricas, para que este lo distribuya entre los Texedores, y este tendrá cuidado de que se executen todas las operaciones necesarias hasta la conclusion. Quando esto se verifique, lo pasará todo al almacen de Señoras, la Depositaria le dará recibo, y estos recibos le servirán de descargo en la cuenta que debe presentar á la Junta executiva, la que mandará pagarle sus adelantamientos, si los ha hecho.

Del mismo modo se nombrarán un Inspector y una Inspectora para las fábricas de lanas, que procederán con el mismo método, y solo se debe añadir, que la Inspectora podrá hacer con acuerdo del Inspector, que una parte de las hilazas se convierta en hacer medias de todos tamaños, y gorros para los hombres.

COMISION DE SEÑORAS.

La comision de Señoras se compondrá de la Presidenta y de todas las Inspectoras, con facultad de asociarse todas las personas que puedan ayudarlas. Nombrarán entre sí una Secretaria que siente las deliberaciones, y firme las cuentas, una Tesorera que guarde y dé cuenta del dinero que la va dando sucesivamente la Junta executiva para los gastos ocurrentes, y una Depositaria general que custodie todos los efectos que pertenecen á la Sociedad, así los que provengan de sus fábricas, como de las limosnas que muchas personas harán de sus desechos y ropas usadas, que pueden acomodarse al uso de los pobres, y de que se debe hacer un almacen.

Esta Comision se juntará una vez cada semana, y de manera que pueda dar á la Junta executiva cuenta de sus operacion es, y del estado en que se hallan. Sus funciones son hacer cortar, coser y concluir todos los géneros de las fábricas que se destinan á vestir los pobres. Por esto cuidarán de hacer que todos los paños se reduzcan á trages, y todos los lienzos á camisas ó sábanas, segun el número y los tamaños que les prescriba la Junta executiva, prefiriendo las mugeres pobres para es-

te trabajo, en especial las aprendices de la Sociedad.

Estos trabajos deben hacerse de modo, que las ropas que se destinan para el año, esten prontas para el primer dia de Noviembre, á fin de que la Junta executiva pueda ántes del invierno hacer por mano de los Inspectores una reparticion general.

Esta misma Comision tendrá cuidado de tener siempre pronta una docena de envoltorios de niños, para darlos á las Inspectoras del quartel que los pedirán, quando una pobre de su quartel esté cerca de parir, y no tenga medios de hacerlos por sí misma.

Á fin de hacer mas perceptible esta cadena de las operaciones de la sociedad, se repetirá sumariamente: Que el mes de Noviembre ántes de los frios se deben repartir entre los pobres que absolutamente lo necesiten, los vestidos, camisas, medias, gorros y demas cosas que deben servir á su abrigo, y cubrir su desnudez.

Que por consiguiente se debe cooperar á que todo esté hecho para aquel tiempo, y que desde entónces se empezará á trabajar en hacer otros nuevos vestidos para el año siguiente.

Que las Juntas generales deben ser doce, una cada mes, y que en ellas el Secretario debe dar razon de todo lo que se ha hecho y gastado en el mes antecedente. Por este medio el público será informado de los bienes que la Sociedad hace, de los socorros que da, y de los enfermos que cura. Esto contribuirá á que todos se esfuercen á sostenerla con sus servicios y sus limosnas. Y al mismo tiempo determinará la cantidad que se debe emplear el mes siguiente en los gastos corrientes.

Que la Junta executiva, fuera de las sesiones extraordinarias á que pueden las circunstancias obligarla, debe tener dos ordinarias y fixas. La primera poco despues de la Junta general con el fin de repartir la cantidad que la Junta general ha señalado para los gastos del mes. Los Inspectores deberán asistir, para que cada uno explique las necesidades de su quartel, y pida lo que le parezca necesario con proporcion á ellas. La Junta con su prudencia lo reglará todo de manera, que dé á unos mas que á otros, segun el número de sus enfermos ó el de sus inválidos. Lo demas se repartirá entre los Inspectores que cuidan de las fábricas, para que estos paguen los costes de ellas, y las hilazas. Dará una parte á la Comision de Señoras, y procurará que quede algo reservado. Que la segunda sesion de esta Junta debe ser ocho dias ántes de la otra Junta general, para que el Secretario tenga tiempo de preparar su relacion: que en ella todos los que han recibido dinero, traerán su cuenta comprobada: que la Junta las exâminará y aprobará; que el Tesorero dará tambien la suya, y por este medio se sabrá lo que queda en caxa: que el Secretario con estos materiales formará la relacion, que se debe leer en la Junta general, y que comprehenderá dos partes: en la primera dará razon de todos los socorros ó beneficios que se han hecho aquel mes; y en la segunda de los gastos que se han causado, de los caudales que se han recibido, y de las exîstencias que quedan así en dinero como en materias en bruto ó trabajadas, y que deben servîr para los socorros ulteriores: el mismo Secretario al

fin del año formará de estos doce estados mensuales un estado general que los resuma todos: y este estado se deberá presentar á la Sociedad en la última Junta general del año, y se podrá fixar en un sitio público, para que lo vean todos. Parece que por estos medios la Sociedad podrá socorrer á sus pobres con órden y economía; parece que podrá atender á otros muchos objetos de su instituto. Pero deseosa de extender mas su beneficencia, y sobre todo de propagar el amor y la estimacion de la virtud, el respeto y la obediencia filial, el progreso de las artes y oficios, las mejoras de la educacion física y moral, la aplicacion al trabajo, y el destierro de la embriaguez, de las discordias, de la ociosidad, de la mendiguez, y de todos los demas vicios, se ha propuesto formar diversas instituciones para conseguir fines tan loables.

En primer lugar la Sociedad contribuirá por su parte á que el culto de la Iglesia se execute con la mayor solemnidad, y que todos asistan á los sagrados oficios con el respeto y decencia que se les debe. Para esto nombrará dos Individuos, especialmente encargados de cuidar que todo se haga con órden y arreglo. En los domingos y fiestas del año se cantará una misa solemne á las nueve de la mañana en el verano, y á las diez en el invierno. La música asistirá, y se celebrará con los asistentes y acompañamiento que corresponde. Por la tarde á las dos en el invierno, y á las quatro en el verano se volverá á vísperas, y se acabará con una salve que se cantará á la Madre de Dios.

Santificados así los dias de fiesta, la Sociedad piensa

que será conveniente procurar á todas las edades del pueblo diversiones honestas, en que puedan desahogarse de los trabajos de la semana. Ya se está plantando á la salida del lugar una alameda en que puedan pasearse, y al mismo tiempo cree que será útil establecer por un lado y otro diversos juegos, en que segun su edad y gusto puedan entretenerse, como por exemplo de pelota, de bochas, de bolos, de tirar á la barra y otros de esta especie, que al mismo tiempo los distraen de la taberna y otros vicios, y aumentan la agilidad y las fuerzas.

La Sociedad juzga que todo buen Gobierno por una política bien entendida, despues de dar á los pueblos los medios de ganar la vida, debe tambien en quanto sea posible hacerles agradable el país que habitan, para destruir el espíritu de vagancia, y excitar los estímulos de la aplicacion. Que despues de haber dado la semana al trabajo, y la mayor parte de los dias de fiesta á la Religion, es justo que las gentes encuentren diversiones sencillas y desahogos honestos: que esto interrumpe la continua fatiga, y da nuevo aliento para volver á comenzar. Que esto les hace amar el pais en que viven, y no piensan en abandonarle. Que los que no pueden conocerse en lo demas del tiempo, porque cada uno está en sus trabajos, se conocen en estas ocasiones, y se forma un espíritu de hermandad, que es absolutamente necesario para producir la dulzura y amenidad del trato.

Gobernada por estos principios, y deseosa de evitar mayores inconvenientes la parece muy útil el establecimiento de estas recreaciones inocentes, porque es cierto que pueden producir muchos bienes. En primer lugar se

ocupa la juventud en momentos, que por razon de la inaccion forzada son los mas peligrosos: se les ocupa en exercicios de su gusto, y se les distrae de otras ocupaciones mas secretas y peligrosas. ¿Quántos mozos y hombres dexarán de ir á la taberna, de embriagarse y tener tantas discordias, quimeras, y aun heridas, como se experimentan en los dias de fiesta!

Por otra parte esta reunion á la vista del paseo público obligará á todos los asistentes á asearse y alinarse para presentarse con mayor decencia; y este cuidado de limpieza, que es tan útil para la salud del cuerpo, influye mucho para suavizar la aspereza del trato humano, y afinar la natural rusticidad y grosería de los que ven poco á las gentes. Al mismo tiempo el deseo de vestirse con alguna distincion es un vivo estímulo que los excita al trabajo, pues él solo les puede dar los medios de obtenerlo. Y todo esto produce en los ánimos un sentimiento comun de benevolencia, cortesía y atencion, que se derrama en todos, que se hace general, y de que resulta lo que se llama urbanidad; calidad necesaria para que una sociedad de hombres pueda vivir con dulzura y atencion recíproca; y calidad que no pueden tener los hombres groseros, que cubiertos de grasa se esconden en sus andrajos, y viven separados unos de otros, como los osos en sus cuevas.

Fuera de esto la Sociedad quiere instruir y repartir diferentes premios. Espera excitar con ellos diversos géneros de emulaciones, y venir por su medio al logro de todos sus objetos; porque dándose en concurso y con solemnidad, no solo deben estimular la aplicacion de todos para obtenerlos, sino darán tambien una ocasion de fiesta,

y serán motivo de que todos se junten, se diviertan, y pasen con interes y placer una parte de los dias de descanso.

Estos premios tambien contribuirán por una parte á extender y hacer comun la instruccion de lo que conviene saber, y por otra multiplicarán las especies que se desea promover. Como deben repartirse entre las personas del lugar, que tienen en él sus padres, parientes y amigos, y no se dan sino por una superioridad de mérito reconocida y juzgada, es imposible que este movimiento no excite mucho interes en todas las familias. Aquellas que han logrado el premio, tendrán el gozo de que un sugeto que les pertenece, haya sido reconocido por el mejor. Las otras se consolarán con las esperanzas del año venidero; y todas tomarán un interes muy activo en los progresos de todos.

Estos premios tambien dados sucesivamente y en tiempos oportunos tendrán siempre el lugar en un movimiento continuo de alegría, y deben contribuir á que todos tengan un motivo de interes y esperanza. Á fin de proporcionarlos bien, la Sociedad ha pensado que se deben repartir doce, uno en cada mes, y siempre en un dia de domingo, de modo que cada mes tenga el suyo por el órden que se va á exponer.

El premio de Enero se llamará de Mérito, y será destinado á mozos solteros, con la expresa condicion de que sean labradores, ó que exerzan un oficio ó arte mecánico. El premio se debe dar al mozo, que se ha reconocido tiene mayor mérito, y este mérito consiste primeramente en observar la ley de Dios. Por consiguien-

te todo mozo de malas costumbres, que blasfema, que jura, que se embriaga, que juega, que no se aplica ni trabaja no puede tener mérito. Todo mozo que no es muy obediente y sometido á sus padres, todo mozo que ha salido de la casa paterna sin su licencia, aunque sea por tiempo corto, es indigno de ser premiado.

La Sociedad pues desea premiar á los mozos que no tengan ninguno de estos defectos, y que siendo muy aplicados y sometidos á sus padres, sean pacíficos, juiciosos y sosegados. Para ser admitidos á este concurso es menester haber cumplido diez y nueve años, y no pasar de veinte y cinco. El premio no se podrá dar sino á uno de los que esten en dicha edad, y se debe dar á pluralidad de votos. Los votantes no deben ser otros que los mismos mozos del lugar de la misma edad, de modo que ellos mismos se den el premio los unos á los otros. Y para que se proceda á la votacion con órden, la Sociedad nombrará tres Individuos de su cuerpo que presidan á la operacion, y ademas el Presidente, la Presidenta, el Secretario, el Tesorero y el Cura del lugar, que deben ser Asistentes natos. Esta Junta se llamará Asistencia, y servirá para todos los otros premios, de que se hablará despues.

El modo de proceder será este. Á las siete ó las ocho de la mañana, segun el tiempo, vendrá la Asistencia á la sala de las Juntas. Los mozos de diez y nueve á veinte y cinco años estarán ya advertidos, y esperarán fuera. Se les hará entrar, y el que presida les hará un corto discurso, explicándoles en qué consiste el mérito, segun lo que va dicho. Les embargará la concien-

cia, para que no den su voto sino con justicia, y que desempeñen la confianza que la Sociedad hace de ellos.

Despues de esta corta exhortacion se les hará salir, y luego volverán á entrar uno solo cada vez, para que ninguno de los otros mozos pueda oirlos. Se les preguntará quáles son los tres mozos, que les parecen mas dignos del premio. Se les hará nombrar tres, porque si no nombraran mas de uno ó dos, es de temer que cada uno nombrara sus amigos ó parientes; pero nombrando tres, se puede esperar que despues de haber satisfecho su corazon, escuche su conciencia, y que nombre al benemérito. Como no se hará caso del lugar de las nominaciones sino del número, se puede tambien esperar que el que sea nombrado mas veces lo merezca mejor.

Luego que los mozos hayan acabado de votar, la Asistencia á solas hará el escrutinio. El que habrá sido nombrado mas veces será el preferido. La Asistencia guardará el secreto de manera, que nadie pueda saber nada, hasta que el Cura lo proclame en el púlpito. Esto añadirá interés, y dará el gusto de la sorpresa. La Asistencia pues saldrá de la sala, sin dexar adivinar su secreto. Irá á la Iglesia, se sentará en un banco, que estará preparado frente del altar. El Cura subirá al púlpito, y allí dirá: El mozo que sus compañeros han juzgado mas digno de que la Sociedad le conceda el premio, es N. hijo de N. y N.

Al instante los tambores y todos los instrumentos de música deben sonar en celebridad del triunfo y señal de alegría. Dos Individuos de la Asistencia saldrán á buscarle donde esté, y le conducirán al banco de la misma

Asistencia. Allí el Presidente á la vista de todos le echará al cuello una banda de color de fuego, para que la use todo el dia, y le dará una bolsa con tres mil reales que llevará prevenidos el Tesorero, y que deben servir para el futuro establecimiento del premiado. Le harán sentar entre el Presidente y la Presidenta, y desde allí oirá misa. Otros dos Individuos de la Sociedad irán á buscar á su padre y madre, hermanos y hermanas, y los harán tambien sentar con ellos en otro banco distinguido, y que debe estar preparado para esto.

Acabada la misa, la música irá con el premiado y su familia, y los conducirá á su casa. Por la tarde vendrán á vísperas, y se sentarán del mismo modo. Acabadas estas, irá con todos al paseo y juegos públicos. La música irá por delante, se sentará entre el Presidente y la Presidenta, y al anochecer la música le conducirá otra vez á su casa.

En Febrero cae regularmente el Carnabal. Estos tres dias se pasan de ordinario en diversiones inútiles y profanas. La Sociedad quisiera arreglarlas de manera, que fuesen decentes y útiles. Para esto piensa desde luego que se santifiquen. Que como si fueran dias de fiesta se diga por la mañana una misa solemne, y por la tarde se canten las vísperas y la salve, y que despues se emplee el resto de estos dias en lo que se llamará juegos de la juventud. Desde que se salga de la Iglesia se irá con la música á la alameda. Dos Individuos de la Sociedad serán nombrados para presidir á estos juegos, y ve aquí lo que se hará.

Ya se ha dicho que el Maestro y el Inspector de la

escuela de muchachos, para que estos se crien fuertes y robustos, deben promover por todos los medios prudentes que se exerciten todo el año en exercicios del cuerpo. Y en los tres dias de Carnestolendas es quando se debe ver el fruto de esta aplicacion. Para esto se formarán tres bandas de atletas ó de concurrentes. La primera de diez á catorce años, la segunda de catorce á diez y siete, y la tercera de diez y siete á veinte. La Asistencia se colocará en lugar distinguido, donde la pueda ver todo, y será la que juzgue y decida en todas las dificultades que puedan ocurrir.

El domingo las tres bandas harán sus exercicios. Se empezará por saltar en alto, y se dará por premio un peso duro al muchacho de la primera banda que hubiere saltado mas arriba; lo mismo se hará con el de la tercera. Despues se vendrá á los saltos en longitud y extension, y se dará igualmente un peso duro al que de cada banda hubiere hecho un salto mas largo.

El lúnes se destinará á otros juegos, que serán el peso y la carrera. En quanto al peso cada banda tendrá el suyo proporcionado á su edad; pero tal que ninguno pueda llevarle sin pena y sin esfuerzo. El premio será tambien un peso duro, y se dará al muchacho de cada banda, que le hubiere llevado mas pasos. Estos premios deben ser dobles, esto es, que cada banda jugará dos veces, y tendrá dos premios. Los que hayan ganado los primeros, no podrán disputar los segundos.

Tambien se harán seis pruebas de carrera, esto es, cada banda correrá dos veces. El premio será un peso duro, que se pondrá en el término que la Asistencia ha-

ya señalado á la carrera. El que pueda tomarle ántes porque llegó primero, será dueño de guardarle.

El mártes será destinado á subir sobre piquetes, que se elevarán en tierra, y que deben tener á lo ménos veinte y cinco varas de alto. En la cima se atará un pavo. Á esto jugarán todos los que se presenten. La suerte decidirá la vez del que deba subir, y el primero que le pueda coger, será su dueño. En estas ó cosas semejantes todos pueden divertirse en estos dias.

La Sociedad quiere que en la Pasqua de Resurreccion haya una comida pública para los ancianos. En este dia se pondrán en la Iglesia bancos distinguidos, para que en la misa y en los demas oficios se sienten todos los ancianos de ambos sexôs, de qualquier estado ó condicion que sean. Bastará para disfrutar este honor, que los hombres tengan setenta y cinco años, y las mugeres setenta.

Quando se salga de la Iglesia irán todos precedidos de la música y de dos Individuos de la Sociedad á una sala en que estará preparada una mesa simple, pero abundante, á fin de que los convidados puedan distribuir una parte á las personas de su familia, que se podrán poner al lado de sus padres y abuelos; y los dos Individuos de la Sociedad se sentarán con ellos. De allí irán á vísperas; y de la Iglesia á las recreaciones públicas.

El domingo de Quasimodo es destinado para la primera comunion de los muchachos que esten en estado. Dos Individuos de la Sociedad asistirán á los exámenes precedentes de doctrina christiana, que deben hacerse con mucha atencion y cuidado. Se hará una lista de los

que se consideren en estado, y se enviarán los otros á estudiar de nuevo para otro año. La Sociedad cuidará de vestir á los que lo necesiten; hará que se presenten con decencia al altar; pero los Individuos de la Sociedad declararán quál es el muchacho y la muchacha que estan mas fundamentalmente instruidos, para que se les den los premios que se van á indicar.

En el mismo domingo de Quasimodo se abrirá un concurso para todos los muchachos, que quieran presentarse, y aspiren á los premios que se llamarán de Instruccion, y en el siguiente la Asistencia se sentará en una sala; allí hará leer á todos los concurrentes de uno y otro sexô, despues les hará escribir, y despues contar. Quando la Asistencia quede sola, adjudicará un premio á un muchacho, y otro á una muchacha que hubiere leido mejor: otros dos á los dos que hayan escrito mejor; y finalmente dos á los que se hayan aventajado en el contar. Estos serán seis premios, que unidos á los dos que se destinan á los que han parecido superiores en la doctrina christiana, serán ocho.

Tendrá el honor de ser admitido en la Sociedad el que se ofrezca tambien á dar lecciones de dibuxo á los muchachos, en especial á los que tomen oficio; y para que puedan aprender sin distraerse de sus demas obligaciones, deberá abrir su escuela quando anochezca, y dar á esta ocupacion dos horas todos los dias de trabajo. Si la Sociedad se digna de admitir su oferta, tambien puede determinar que, pasado el primer año necesario para que empiecen á aprender, se darán otros dos premios á los dos muchachos que presenten los dos mejores dibuxos.

Los premios serán un libro análogo que pueda serles útil; y para honrarlos el Presidente escribirá y firmará esta inscripcion en la primera hoja: N. de N... La Sociedad en premio de su adelantamiento. Y ademas de esta recomendable distincion, se les dará otra mas ventajosa, que será: Que la Sociedad se encarga de pagar su aprendizage del oficio útil que quieran aprender. Y en efecto pagará al maestro que le reciba, la cantidad acostumbrada por tres años, que es el tiempo que se considera necesario para aprender un oficio, pues en adelante ya ganan su jornal.

De este modo la Sociedad pondrá cada año diez nuévos aprendices, y acabándose cada aprendizage al cabo de tres años, con el tiempo pagará treinta aprendices continuos cada año, lo que basta á multiplicar su número en poco tiempo; y como estos son muchachos escogidos, que por su mayor talento han merecido los premios, y que van bien instruidos en las primeras letras y en el dibuxo, es de esperar que salgan excelentes artesanos.

Pero para dar á estos premios mas solemnidad, convendrá que la Asistencia no publique desde luego los nombres escogidos, y que queden secretos hasta que habiendo pasado todos de la sala á la Iglesia; el Cura los proclame en el púlpito. Entónces sonará la música. Los individuos que cuidan del órden de la Iglesia, irán á buscarlos, y los traerán al presidente. Este les dará en presencia de todos el libro que hemos dicho, y despues los premiados juntos se pondrán por un lado á oir la misa.

En mayo se dará el premio de la virtud. Este premio es destinado para solteras, hijas de labradores ó artesanos desde la edad de diez y siete años hasta la de veinte y tres. Este premio se dará del mismo modo y con las mismas circunstancias que el de mérito; y las votantes deben ser las mismas solteras del lugar que tengan la misma edad. La Presidenta ántes de votar las hará tambien un corto discurso, para explicarlas que la virtud de una doncella consiste en ser tambien muy obediente á sus padres, muy aplicada y hacendosa, modesta y retirada; sobre todo no haber dado nunca que decir, ni haber descubierto ninguna mala inclinacion particular; y que espera sometida conocer el gusto de sus padres, y recibir sus consejos. Se guardará en todo el mismo secreto y el mismo órden. Cada soltera nombrará tambien tres. La Presidenta será la que la eche al cuello una banda azul, y la que la dé los tres mil reales que se le dan para su establecimiento.

En Junio se darán los premios que se llamarán de los buenos padres de familia, y que se adjudicarán á un padre y á una madre labradores ó artesanos del pueblo. Los votantes serán todos los padres de familia, y cada uno nombrará tres personas. El Presidente les explicará las calidades que deben tener los sugetos que nombren, y se procederá en lo demas como en el premio del mérito y de la virtud, con esta diferencia solamente, que al padre de familia escogido, el Presidente le echará al cuello una banda blanca, y que su gratificacion será de seiscientos reales. Para el premio de la madre de familia debe entrar en cuenta el número de varas de lienzo

que ha hecho en el año, y que excede á las otras por su buena conducta, y la aplicacion de su familia. Á esta la echará la Presidenta una banda tambien blanca, y la dará su gratificacion de seiscientos reales.

En Julio se dará el premio de prados artificiales. La Asistencia nombrará dos expertos, que con noticia de los propietarios y labradores reconocerán los prados artificiales del contorno, y la darán por escrito relacion de todo lo que hayan observado. Esta relacion será leida en público un dia que se promulgará, para que los interesados puedan estar presentes, y exponer lo que les convenga. La Asistencia decidirá quién es el que por haber hecho mas prados artificiales, y por tenerlos en mejor estado, merece el premio. El Cura le publicará en el púlpito. Los individuos le presentarán al Presidente, y este hará como con los demas, excepto que no habrá banda, y que el premio será de dos mil reales.

En Agosto se dará el premio de los jardineros. Como importa mucho promover este precioso ramo de la agricultura, el Señor del lugar se ofrece tomar doce muchachos de edad como de diez y ocho años, los mantendrá por el espacio de tres años, y los pondrá con el excelente jardinero que tiene, para que este les enseñe. La Sociedad se propone tambien adquirir el pedazo de tierra que está á la salida del lugar, que contiene como veinte fanegas, y en que por fortuna hay una copiosa fuente que no es necesaria para los usos del lugar, pues tiene otras aguas suficientes.

Su proyecto es de distribuir esta tierra en pedazos competentes, para que cada uno forme una huerta ca-

paz de mantener una familia, y que provean al lugar con abundancia de verduras y legumbres. Para esto se distribuirá el agua de la fuente de manera, que alcance á las mas suertes, y si faltare para algunas, como se ha reconocido que el agua subterranea no está profunda, hará construir una noria en cada una.

Su intencion es dar sucesivamente uno de estos terrenos á los muchachos que hayan aprendido, dándoles al mismo tiempo las semillas y los árboles de que necesiten para hacer sus plantíos. El Señor del lugar tambien ofrece continuarles la manutencion otros seis meses, despues que se les haya dado la tierra, para que tengan tiempo de ponerla corriente, y esperar los frutos de su huerta con que deben vivir en adelante; y al mismo tiempo promete que á medida que estos muchachos salgan, pondrá otros en su lugar, no solo hasta que se completen todas las suertes que se les puedan repartir, sino tambien despues, porque considera que aunque á estos ya no se les pueda dar tierra, les será siempre útil aprender este arte, con que pueden ganar su vida en otras partes. Por estos medios la Sociedad espera multiplicar el número de jardineros, y formar una almáciga, que no solo será útil al lugar, sino á toda la nacion. Pero no contenta con esto desea tambien que los vecinos del lugar y los labradores, sobre todo los que se van á establecer en el campo, formen huertas para su propio consumo y servicio. No hay cosa que haga tan dulce y tan independiente la situacion de una familia como tener en su casa, y de su propia cosecha lo que necesita para su propia subsistencia. Y nadie puede conseguirlo mejor que un labra-

dor, quando á las producciones de su campo, y á los animales de su corral junta las frutas, las verduras y legumbres de su huerta.

Para animar pues á cultivo tan provechoso así á los que viven en el lugar, si tienen proporcion, como á los que se establezcan en el campo, la Sociedad nombrará dos expertos que reconozcan todas las huertas del territorio, que tengan á lo ménos treinta varas quadradas de superficie. Harán su relacion á la Asistencia en el domingo de este mes, del mismo modo y con la misma publicidad é intervencion de los interesados que en el precedente; y al que tenga su huerta mas bien trabajada, y cuyos árboles frutales esten mejor tallados, y mas bien inxertos, se le dará del mismo modo un premio de quinientos reales.

En Septiembre se darán los premios de Agricultura. Los expertos que serán nombrados, harán á la Asistencia relacion individual del estado de todo el campo del término. Harán tres listas: una de las tierras bien trabajadas, cuyos labradores son recomendables por la atencion y esmero con que han cultivado su campo; otra de las tierras en que parece que no han puesto mas que una atencion floxa y ordinaria; y en fin, otra tercera de las tierras que han sido descuidadas ó han estado mal trabajadas; y esta lista servirá para que la Asistencia se informe de las causas de este abandono, y que si nace de pobreza, enfermedad, ó accidentes, tome las providencias oportunas para que en adelante se mejore su cultivo, ya sea animando á los labradores, ya haciéndoles algunas anticipaciones que pagarán al tiempo de las cosechas.

Pero al mismo tiempo harán relacion de la tierra que ha habido mejor trabajada, y que ha producido con proporcion mas frutos precisamente por razon de su mejor cultivo, esto es, la tierra que ha sido arada mas veces y con mayor profundidad; la sementera que ha estado mas limpia de malas yerbas, y que por consiguiente ha producido mas y mejores granos; en fin, la tierra que haya sido mas beneficiada. Tambien harán mencion de la que se siga en mérito: y á estas dos tierras dará la Sociedad dos premios, uno de dos mil reales, y otro de quinientos con la misma pública solemnidad que los precedentes.

En Octubre se dará el premio de las viñas. Los expertos nombrados reconocerán todas las del término, y harán á la Asistencia la relacion del mismo modo, y con las tres listas para los mismos fines, y al dueño de la viña que se reconozca mas limpia, mas bien conservada y mejor cuidada, se le darán con la misma solemnidad quinientos reales.

En Noviembre se darán los premios de lino y cáñamo. Esto es, con la misma solemnidad se darán quatrocientos reales al que hubiere cogido aquel año mayor cantidad de lino, y trescientos al que haya cogido mayor de cáñamo. Y á fin de que no haya fraude, y que unos no puedan prestar á otros, los expertos apreciarán las cosechas en el campo, y darán cuenta á la Asistencia.

Finalmente en Diciembre se dará con la misma formalidad un premio de seiscientos reales al que en su tierra hubiere plantado mas árboles. No deben comprehen-

derse en este número los que fueren plantados en las huertas, y que han sido premiados en Agosto, sino los plantados así para cercar las heredades, como al rededor de la casa para darla sombra, ó para qualquiera otro uso, prefiriéndose los útiles, como olivos y moreras. Este premio se dará los tres primeros años al que plantare mayor número; pero despues se dará al que manifestare mayor número de árboles plantados por él, y que se conserven sanos, limpios y vigorosos.

Estos fuéron, Antonio, los términos en qué despues de largas disensiones dexamos nuestro proyecto. El buen Cura se llenó perfectamente del espíritu de aquellas ideas, y el gozo le rebosaba por los ojos. Ya le parecia coger el fruto con las manos; ya estaba como transportado y fuera de sí. Nos repetia muchas veces: Es imposible que si esto se practica, no experimentemos en breve el bien que debe infaliblemente resultar. Y yo admiraba en el ardor de su entusiasmo el carácter de su alma benéfica y zelosa.

Con las lágrimas en los ojos nos decia: Señores, ¡qué bienes para todos! pero el primero y el mas beneficiado de todos soy yo mismo. Yo era aquí un pobre Cura cargado de muchas obligaciones, y sin ningun medio de desempeñarlas: yo sufria todos los dias y á todas las horas el inexplicable tormento de ser testigo de la mayor miseria, de conocer las necesidades mas urgentes, sin poder socorrer ninguna. Vos vais á darme no solo los medios de socorrerlas todas, sino que me asociais un grande número de personas honradas, que se encarguen de lo que yo solo debia hacer, y que lo podrán hacer con mas conocimiento, órden y economía.

Por el medio de la division de quarteles concibo, que dos Inspectores hábiles y honrados pueden en cada uno hacer facilmente con inteligencia y acierto lo que á ningun hombre solo con el mayor talento y mas abundantes medios seria posible hacer. Vos vais á dar á cada quartel dos padres, dos madres, dos Ángeles tutelares, que conocerán todas las personas, que sabrán todas las miserias, que serán informados de todas las enfermedades, accidentes y desgracias, y que podrán al instante curarlas, remediarlas, ó consolarlas. Estos serán los Ángeles de paz que llevarán á todas las familias los remedios y los consuelos.

¡Y qué ascendiente no les debe dar sobre todas ellas este contínuo exercicio de beneficencia! ¿Qué dependencia en el mundo puede ser mas estrecha, que la que produce por un lado la gratitud de los beneficios recibidos, y por otro la esperanza de los que se pueden recibir? ¡Con qué docilidad se escuchan los consejos y las instrucciones de los que movidos de amor y compasion, no muestran en su solicitud otro interes que el de nuestro bien! ¡Con qué facilidad nos hacen entrar en las veredas de la virtud que nos indican! ¿Cómo los vicios podrán resistir á las instrucciones de un hombre que nos ama, que socorre nuestra familia, y que puede abandonarla, si por nuestra mala conducta nos hacemos indignos de su proteccion?

Sí, Señores, yo entiendo que por este medio no hay lugar, no hay pueblo, que no deba sentir al instante la influencia de una operacion tan caritativa y bien ordenada; y que una sociedad de esta especie, si encuentra co-

mo es regular, Inspectores christianos y zelosos, ha de reformar las costumbres, y dar entrada á todas las virtudes. El socorro de los pobres con ser una cosa tan santa, será lo de ménos; porque con él se debe esperar el estudio de la Religion, la buena crianza de los muchachos, la honestidad pública, la decencia exterior, la urbanidad, la paz de las familias, la extincion de los pleytos y discordias, el destierro de los vicios vergonzosos, y en fin la extension de las artes, el amor y aplicacion al trabajo, la prosperidad de los estados, y todos los bienes particulares de que resulta la felicidad pública.

Y me parece que no hay ciudad alguna por populosa que sea, que no pudiera servirse del mismo medio, y que no debiera aprovecharse y gozar de las mismas ventajas. Lóndres y Paris, Pequin y la antigua Roma, con sus innumerables habitadores no me intimidaran, porque por medio de quarteles todos se pudieran gobernar. Y como lo que cada Inspector hace, reconoce y dispone en cada quartel, nace de los mismos principios que le ha dictado la Junta executiva, y como todo vuelve á ella, todos estos ramos estan unidos con el mismo tronco, todos tienen un mismo principio de vida, todo será gobernado por las mismas máximas, por el mismo espíritu, y por un mismo principio de accion y movimiento. La Sociedad podrá diseminar por todas partes con el influxo de su exemplo las mismas instrucciones, la misma aplicacion, las mismas virtudes, y podrá desterrar de todas la mendicidad, la embriaguez, la disolucion y todos los vicios.

El buen Cura no acababa, y ya queria salir para

hablar á todos, y que se alistasen en la Sociedad. Mi amigo le vió tan inflamado, que le pareció preciso moderarle, y le dixo: Señor Cura, vamos despacio. Hasta para hacer bien es preciso caminar con madurez. Huyamos de toda precipitacion, y sobre todo de meter mucho ruido. Si Dios se digna bendecir nuestros deseos, despues les daremos mayor extension. Empecemos con tiento: por ahora no hablemos mas que á treinta ó quarenta personas de cada sexô; pero que sean las mas estimadas y las de mejor reputacion.

Yo fuí de la misma opinion. El Cura se conformó con ella, y nos dixo: Que dentro de dos ó tres dias volveria con una lista de cincuenta ó sesenta personas, y que nombrariamos dia para juntarnos á dar principio á esta grande obra. Todo se hizo así: y en efecto, el dia señalado nos juntamos en su casa. Aquí debia contarte lo que sucedió: pero esta carta es tan larga, que me parece necesario reservarlo para otra. Á Dios por hoy, Antonio mio.

CARTA XXXIX.

Mariano á Antonio.

Antonio mio: El dia citado para dar principio á nuestra Sociedad fuimos á casa del Cura, y ya encontramos en ella mas de cincuenta personas: este número se aumentó con nosotros, y los que llegáron despues. Como su sala se halló estrecha para tanto número, pasamos á la de la Iglesia que está sobre la sacristía. Allí el Cura nos hizo un excelente discurso sobre la caridad, y el mucho bien que se podia hacer al lugar, mas con la abundancia del zelo, que con la muchedumbre de las limosnas. Despues de esto explicó por mayor el objeto de nuestra reunion, y se leyó el reglamento que fué muy aplaudido.

El Cura dixo entónces: Señores, pues os dignais de aprobarlo, y no estamos reunidos aquí sino para establecer la Sociedad, el primer paso que debemos dar es, nombrar un Presidente. Al instante todos volviéron los ojos á mi amigo, y le aclamáron; pero mi amigo, habiendo dado algun tiempo para acallar este rumor general, se levantó, y les dixo con modestia y dulzura: Que se sentia penetrado de gratitud por el honor que se le hacia; que estaba dispuesto á obedecer con zelo á quanto le mandase la Sociedad, pero que la debia representar, que en el principio de un establecimiento tan útil le parecia preciso poner á la frente un

hombre que tuviera conocimiento práctico del lugar, y de las personas que le habitaban.

Que él como acabado de llegar, no lo podria tener: que suplicaba á la Sociedad le diese tiempo para adquirirle; y que si entónces se dignaba de echar los ojos sobre su persona, la encontraria dispuesta á servirla en todo. Pero que en aquel momento le parecia, que el Cura como su pastor que los conocia bien, y que era tan generalmente estimado, y tan digno de serlo, era el que debia poner la primera piedra del edificio que se iba á construir, y ser el primer Presidente.

Este discurso hizo diferentes efectos. Unos se contristáron, y otros parecian en disposicion de insistir. Yo, creyendo que en aquellas circunstancias convenia nombrar al Cura, cortar aquella indecision, y ayudar á mi amigo, insinué á los que estaban cerca, que era menester nombrar al Cura; y levantándome, dixe en voz alta, que la eleccion del Cura era muy buena, y que nosotros la apoyábamos. Esto fué aprobado por la Junta; y propuse que se pasase á nombrar los otros empleos.

Se nombró por Presidenta una viuda, cuya estimacion era sin duda general, pues la manifestó el aplauso con que fué elegida. Se escogió por Secretario un hombre honrado, que era muy entendido en los negocios, que escribia muy bien, que habia pasado muchos años en la capital, y que se habia retirado al lugar su patria, para acabar en él sus dias con virtud y reposo. Era hombre lleno de zelo y de religion, y muy capaz de aquel empleo. En fin, se nombró por Tesorero un Mercader que

tenia tienda en el lugar, que pasaba por bastante rico, y que no por eso dexaba de tener buena reputacion.

Luego que estos miembros fuéron nombrados, pasáron á tomar asiento al rededor de una mesa que estaba prevenida, y se procedió á nombrar los dos hombres y la señora, que debian ser miembros de la Junta executiva. Entónces se volvió á nombrar á mi amigo, para que fuera uno de los dos miembros, y éste levantándose dixo: Pues este encargo no pide mas que zelo y aplicacion, acepto la honra que me hace la Junta. Se nombró otro hombre y una señora, que aceptáron tambien, y quedó compuesta la Junta particular en que debia residir toda la execucion y autoridad de la Sociedad entera.

Dado este primer paso, el Presidente dixo: Ya que la Sociedad ha nombrado su Junta executiva, ésta procederá mañana mismo, segun el reglamento se lo ordena, á la nominacion general de los Inspectores y demas empleados, y espera que ninguno se excusará de admitir el empleo que se le destine. Todos lo aplaudiéron, asegurando que estaban prontos á emplearse en servicio de los pobres, del público y de la Sociedad.

El Presidente tomó entónces una caxa cubierta que estaba sobre la mesa, destinada á recoger las limosnas voluntarias, y la dió á una Señora de la Compañía. Esta vino á presentarla á todos: cada uno dió en secreto lo que quiso. La Señora traxo la caxa al Presidente, se contó lo que habia en ella, y se halláron mas de tres mil reales. Sin duda que mi amigo dió una buena parte, pero

no lo dió todo, y pudimos observar, que algunas personas del lugar habian contribuido con liberalidad. Esto y la alegría que se veia en los semblantes, la actividad y el zelo con que se manifestaban todos, nos consoló mucho, porque nos hizo conjeturar que la institucion prosperaria.

Al otro dia se reunió la Junta executiva en la misma sala, y se nombráron todos los Inspectores, Inspectoras, y demas empleados indicados en el reglamento. Se eligió tambien un hombre del comun, á quien se dió un módico salario para que se encargase de cuidar de la sala, tenerla aseada, y servir en lo que fuera necesario, como llevar los papeles ó recados quando fuera menester; y este fué el que nos llevó aquel dia los avisos á los que fuimos nombrados por la Junta.

Quando yo llegué ya encontré otros que tambien esperaban, y la Junta explicó á cada uno su destino. Allí quedáron nombrados los Inspectores y las Inspectoras generales, para que desde luego se encargasen de la curacion y socorros de los enfermos y de los pobres, y de todo lo demas perteneciente á la policía de sus quarteles respectivos. Se arregló lo conveniente con el Médico, con el Cirujano y Boticario. Se distribuyó entre los Inspectores el primer fondo que habia recogido la Sociedad, para que estos lo empleasen en los socorros mas urgentes.

Mi amigo puso á disposicion de la Junta quatro mil libras de lino, otras tantas de cáñamo, y dos mil de lana. Dió noticia de los Texedores que habian venido á establecerse en el lugar, de los precios en que estaban

convenidos, y del deseo que mostraban de entrar en actividad. La Junta nombró un Depositario para custodiar las materias primeras, y los Inspectores de fábricas que ofreciéron ponerlas sin dilacion en movimiento. En fin, se nombráron todos los empleados, dando á cada uno por escrito una instruccion, que contenia la extension de sus funciones, y el modo con que se debian dirigir. Á mí se me encargó la inspeccion de las escuelas de los muchachos, y se me nombró maestro de dibuxo. Todos aceptamos con alegría los encargos que se nos diéron, y todos salimos de allí para ir cada uno á ocuparse en el suyo con tal ardor, como si de esto dependiera su fortuna.

Es imposible que yo te explique por menor el movimiento progresivo que ha tenido este establecimiento, ni las bendiciones que Dios ha derramado sobre él. Para hacértelas comprehender bastará explicarte el estado actual en que hoy se ve; y él será lo que te hará inferir mejor las dificultades que habrá sido menester superar, los esfuerzos que ha sido preciso hacer, la continua atencion, y la vigilante constancia que se ha debido emplear; y en fin, los pasos lentos y sucesivos, pero tenaces y firmes, que ha sido necesario dar para poder conducirle á este punto de prosperidad que hoy tiene, y los efectos que ha producido.

Este lugar que viste tan miserable, tan asqueroso y desdichado, es hoy uno de los mas alegres, cómodos y deliciosos del reyno. Ya te he dicho y te repito, que se han baxado y arreglado las calles, que se han levantado los pisos de las casas, que á estas se han ras-

gado grandes ventanas por donde circula el ayre con libertad, y las hace sanas. Así este lugar que viste como una cloaca inmunda, impropio para racionales, está hoy lleno de habitaciones aseadas, sanas y agradables, y cortado por calles y plazas en que se transita fácilmente. Se ha hecho un camino sólido y firme para ir en todos tiempos cómodamente á la ciudad vecina. Cada propietario ha compuesto y arreglado el que conduce á su heredad, y se han establecido en estas sus términos ó linderos tan distinguidos, que no puede haber ya los pleytos interminables que nacian de este descuido.

Se ha construido á la salida del lugar una hermosa alameda que casi le rodea, en que pueden pasear las gentes, y se han establecido en ella por uno y otro lado diferentes juegos, en que el pueblo se divierte los dias de fiesta despues de vísperas. Tambien se ha fabricado una especie de lonja grande y redonda, que sirve de dar abrigo á todo lo que se vende en el mercado. Es muy propia para esto, porque tiene en su circunferencia tres órdenes de gradas, está cubierta por el techo contra el agua y el sol; pero está descubierta al rededor. Sus muros no son mas que columnas ligeras que sostienen el texado, pero todas abiertas, de manera, que quando el interior está lleno, puede una muchedumbre ver desde fuera lo que pasa dentro.

Ya te he dicho tambien como los labradores á quienes repartió mi amigo las primeras suertes de la dehesa inmediata, estan todos acomodados: no hay ya ninguno que no tenga su suerte toda corriente y cultivada; ninguno que no tenga el quarto de su tierra destinado á pra-

dos artificiales; que por consiguiente no hay ninguno que no haya aumentado mucho sus ganados; ninguno que no tenga mucho estiércol para beneficiar sus tierras, y hacerlas producir muchas y repetidas cosechas. Te añadiré que todos tienen un corral espacioso en que abrigan sus ganados, sus gallinas, sus puercos, ovejas y vacas. Todos tienen sus lecherías que les dan leche, queso y manteca fresca; todos tienen un horno en que cuecen su pan; y los despojos de sus granos sirven á alimentar las aves que les dan pollos y huevos, y si juntas á todo esto las hortalizas y las frutas de su huerta, porque no hay ninguno que no la tenga, verás como estos nuevos labradores viven ya con comodidad y regalo.

Este exemplo ha sido tan eloqüente y persuasivo, que ya todos quieren tierras. Despues que el público vió poblada la primera dehesa, fué fácil poblar las otras, porque todo el mundo queria y pedia suerte. Ya estan casi pobladas todas las otras dehesas de este término; tanto con los vecinos de este lugar, como con los de los pueblos comarcanos, y si todavía no estan acabadas de poblar, no es porque no las pidan: muchos las solicitan con instancia; pero mi amigo reserva una parte, porque dice, que es justo preferir á los hijos de los primeros colonos; y ve aquí como esto se hace.

Quando uno de estos colonos ha puesto su tierra corriente, ya no ha menester tantos brazos para su cultivo ulterior. Supongámosle tres hijos que le han ayudado á poner su suerte corriente, y que ya no necesita de su auxilio, pues le basta el suyo con el del hijo que le hereda; pero como no puede dividir su suerte, y

esta debe pasar á uno solo, el amor paternal le inspira el deseo de acomodar á los otros. En este caso ¿qué es lo que hace? Empieza por acomodar á uno de los dos: pide tierra para él, declara que no pide otra cosa, y que él se encarga de dotar al nuevo colono de todo lo que necesite para el cultivo de la nueva suerte. Puede hacerlo, porque ha multiplicado sus ganados, y sin que le hagan falta, le da los que necesita para empezar. Le da las simientes, y le mantiene hasta que coja su cosecha. Él mismo y sus otros dos hijos le ayudan á preparar, cultivar y sembrar esta tierra, y con el auxîlio de todos queda en poco tiempo acomodado. Desde que este lo está, se pasa á hacer lo mismo con el tercero, y si hubiera mas, se acomodaran todos.

De manera, que la poblacion por sí misma se desenrolla y desenvuelve. Ya tenemos algunos hijos de colonos establecidos de este modo por sus mismos padres; y entre otros exemplos que pudiera citarte, solo te haré mencion de uno de nuestros colonos, que ahora cinco años era un pobre jornalero, y hoy es un propietario bien estante, y un excelente padre de familia. Desde luego destinó á su hijo mayor para que le herede y siga en su suerte; pidió otra para su segundo que ha establecido, aviándole de todo, ayúdale un mozo que se casó con una de sus hijas; le quedan otros dos hijos y una hija, y no dudamos que de aquí á tres años, á hijo por año, todos quedarán acomodados.

Todo esto no ha costado á mi amigo mas que dar la tierra, y otros muchos se han establecido del mismo modo. Pero mi amigo se aflige de que presto no le que-

dará mas tierra; y suele decir suspirando: ¡Ah! ¡quién tuviera á su encargo toda la tierra del reyno para hacer un jardin de toda España!

Pero volvamos á nuestra Sociedad, que ha producido tantos bienes, que es imposible concebirlos sin verlos. Jamas se podrá entender que con tan cortos gastos, y solo en virtud del órden y la regla con que se emplean, se hayan logrado tantas y tan grandes ventajas. En quanto á los enfermos no tengo mas que una palabra que decirte. Al instante que hay alguno en una casa, una persona de la familia va á advertir al Médico ó al Cirujano, al Inspector ó á la Inspectora; estos se transportan, y al momento le dan todos los socorros. El Boticario da los remedios que recetan los primeros, y los segundos estan enterados de la situacion de la familia: le dan lo que les parece mas urgente, como buen alimento, vino, y lo demas que no se halla en la botica: lo ven con freqüencia, y nada les falta hasta que Dios dispone de ellos.

Los Inspectores por encargo especial procuran conocer todas las familias de su quartel, enterándose no solo de sus necesidades, sino tambien de su moralidad y costumbres. De aquí resulta que la Junta executiva conoce perfectamente el carácter de las familas pobres, y las trata segun merecen. Los mismos Inspectores con sus rondas y asistencia continua, con su incesante vigilancia, y con sus freqüentes exhortaciones han contribuido mucho á corregirlas; pues á las que mostraban mas dificultad, las amenazaban de que las borrarian de las listas, y por no ser borradas, todas se corregian.

Ya puedes discurrir quánto habrán ganado las costumbres con esta administracion paternal. Ya no se ven las quimeras y rencillas que ántes eran tan freqüentes; porque á la primera disputa ó queja el Inspector ó la Inspectora toman la mano, son como el padre y la madre de todas las familias de su quartel, se enteran del motivo de la desavenencia, y procuran arreglarla y componerla por medios de razon y de equidad, como pudiera un padre con sus hijos.

La beneficencia y el amor con que los socorren en sus necesidades y aflicciones, les dan una autoridad superior á la que pueden tener las leyes y la subordinacion civil. Los genios mas díscolos estan obligados á someterse á sus prudentes y amigables decisiones por la incesante dependencia con que les estan sujetos. Así las quimeras se terminan presto, y despues de largo tiempo observamos con gusto una paz general no interrumpida, ó tan poco alterada, que no se ve dominar aquí la infeliz desavenencia, que es tan comun en los pueblos cortos.

Lo mismo sucede en lo interior de las familias. Los Inspectores, que las ven con freqüencia, estan siempre á la mano para corregir los vicios ó defectos que puede haber en ellas. El primer principio que la Sociedad ha procurado establecer, y que ha inspirado á sus individuos con mas constancia, es dar á la autoridad paterna toda la extension, fuerza y poder que sea compatible con las leyes del pais; porque está persuadida de que de este principio sostenido con vigor deben nacer las buenas costumbres generales.

Por eso nada ha inculcado, nada ha promovido, á

nada ha conspirado tanto por todos sus medios, como á que los hijos vivan siempre y en todo con la debida subordinacion á sus padres. No ignora que hay padres injustos y muy rudos; pero tambien sabe que estas son excepciones; y que el instinto general de la naturaleza es inspirar al corazon paterno un sentimiento vivo de ternura para con los hijos, en quienes ven una parte de sí mismos; y que este sentimiento es tan comun, que se ve hasta en las fieras, tan íntimo que precede á toda reflexion, y no necesita de mérito ni de motivo.

La experiencia acredita que este afecto natural determina á los hombres en todas las circunstancias difíciles á hacer sacrificios propios en favor de sus hijos, y la edad y la razon son otra presuncion en favor del padre. Por eso la naturaleza y la religion, fiándose en sus mayores luces, y en la fuerza de su inclinacion natural, le constituyéron primer Juez, primer Magistrado, primer Soberano de sus hijos; y el Gobierno no puede hacer mejor que reforzar esta autoridad, y dexarla obrar en todo lo que no se oponga á las leyes.

Pero como puede haber algunos padres que arrebatados por la violencia de una pasion no escuchen este estímulo de la naturaleza, los Inspectores estan encargados de corregirlos y moderarlos en secreto para dexar intacto, y salvar en quanto sea posible el respeto que se debe, y la autoridad que ha dado el cielo á estos primeros órganos de sus voluntades. Y con esta mira jamas se da una suerte ni otra cosa á los hijos, sin que los padres intervengan; jamas se autoriza, ni se contribuye á ningun casamiento de las gentes jóvenes,

sin que los padres hayan dado su consentimiento. Se desea que los hijos vivan en una continua y sometida dependencia, y la falta de respeto ó la menor desobediencia de un hijo á su padre se mira como delito irremisible, que le excluye para siempre y sin remedio de los beneficios de la Sociedad.

Tambien se ha puesto mucha severidad contra la embriaguez. Este era el vicio mas comun del pais, y se habia extendido hasta la juventud y las mugeres. La ociosidad, el ningun trabajo que podian encontrar en todo el invierno, y la ninguna idea del horror y de la infamia de este vicio tan grosero que embrutece la razon eran la causa de que todos se abandonasen sin rubor. El exemplo de los ancianos corrompia á los jóvenes, y el desórden se aumentaba, extendiéndose á todas las edades y sexòs; pero la Sociedad, conociendo su deformidad, y las malas conseqüencias que produce le declaró guerra viva desde su fundacion.

Los Inspectores fuéron encargados de excluir de la lista de sus beneficios á todos los que despues de dos ó tres amonestaciones paternales continuasen en tan despreciable costumbre, y pocos exemplos de severidad bastáron para corregir á los mas. Las propias mugeres y los hijos eran los mas solícitos en persuadir á los viejos á que dexasen tan infame vicio, y quando no lo podian conseguir, y quando á pesar de sus instancias los arrastraba la costumbre, procuraban á lo ménos esconderlos para que toda la familia no fuese víctima de su desórden, y con esto se consiguió imprimir un cáracter de oprobrio á esta degradacion del espíritu. Hoy todos

las familias miran con horror, y como una especie de infamia, que alguno de los suyos se deje ver en estado tan vil.

La misma tacha se ha logrado imprimir á la mendicidad voluntaria, compañera de la embriaguez, y que no era ménos comun. Hoy no se ve un mendigo en el lugar, y lo que es mas, ninguno se atreverá á serlo, porque las opiniones se han mudado; y el que lo quisiera ser, en vez de hallar socorro, no lograria mas que desprecio. Su familia se avergonzaria, ninguna otra querria aliarse con ella, porque hoy se mira este vicio como prueba infalible de costumbres perversas, como señal segura de corrupcion y floxedad, como clara demostracion de no querer aplicarse al trabajo; y estas ideas producen un concepto ó una tacha, que no solo se extiende á la persona que lo hace, sino á la familia que lo sufre.

Ya puedes considerar quánto esto solo ha debido contribuir á hacer nacer la aplicacion, y mejorar las costumbres de todos; pero no podrás figurarte los otros bienes que esta Sociedad ha producido. Todo este lugar está hoy como un relox que el diestro artífice que le hizo cuida de mantener en perfecta armonía. Y todo este arreglo se debe al esfuerzo de haber por varios medios desterrado la ociosidad. Lo que debe admirarte mas es, que esta máquina que parece tan complicada y tan dificil, se ha construido y se mantiene con los medios mas simples.

Un hombre solo, movido de su genio benéfico, iluminado por la luz del Evangelio, y sin mas que ga-

A la vista está un prodigio tan agradable como in-
creible.

tos moderados, ha sabido emprenderla y acabarla. Reducido á sus propios esfuerzos no la hubiera podido levantar; pero supo asociarse un número de personas honradas y zelosas, que ménos con gastos que con su personal aplicacion le ayudáron á construirla, y le ayudan á mantenerla. Á la vista está un prodigio tan agradable como increible: basta abrir los ojos para ver como todo ha mudado de aspecto, que la abundancia ha sucedido á la miseria, la salud y la robustez á la languidez y á las enfermedades, que los jóvenes se alíñan, los ancianos se asean, que las familias estan unidas, que los padres y las madres han conocido su dignidad y su poder, que los hijos han reconocido el respeto y la obediencia que les deben, que en fin la autoridad paternal se ha restablecido, y que se ha conseguido extirpar los vicios, y dar estimacion á la virtud.

Estos individuos que ántes eran tan infelices, y vivian tan tristes, comparando su antiguo estado con el que tienen hoy, conocen su felicidad actual, y gozan de ella. Todos han tomado amor á su pais, todos sienten las ventajas que logran, y han perdido este espíritu errante y vagamundo, con que se abandona sin pena el pais natal en que no se está bien, para buscar otro en que no se está mejor: espíritu de miseria que quita toda especie de aplicacion, que hace al hombre extrangero en su pais, y que no le presenta una patria en ninguna parte.

Este espíritu destructor no existe ya en este lugar regenerado. Ninguno de los que le habitan quisiera de-

xarle por ningun interes, porque saben que en ningun otro encontrarian los medios de ganar la vida, las comodidades, las fiestas y los placeres que dexarian en él. Es verdad que toda la semana trabajan; pero es un trabajo moderado á que se han hecho, un trabajo, que les produce un fruto que satisface prontamente todas sus necesidades. Los padres trabajan para criar y hacer felices á sus hijos, y los mozos para asearse, y parecer en las asambleas con el aliño y la decencia que puede hacerlos bien vistos y estimados de los otros, en especial de la persona que han escogido para esposa.

Esta idea es un estímulo eficaz que incesantemente se renueva, porque cada domingo, cada dia de fiesta le ofrece una ocasion que le hace conocer la utilidad del sacrificio que ha hecho toda la semana, y esto ha contribnido mucho á inspirar á todos un cierto barniz de policía, un exterior de urbanidad que estaba ántes muy léjos de sus costumbres rústicas, y de sus modales groseros. Esos padres ántes tan toscos, que no decian una palabra sin pronunciar una exêcracion, tan descuidados con sus hijos, y á veces tan embriagados y rencillosos, hoy son moderados, atentos, cuidadosos, y no se les ve indicios de groseria ni desórden.

Esos mozos que ántes con tan malos exemplos y sin freno alguno se criaban tan holgazanes, y se daban desde muy temprano á los vicios, sin cuidar de su aseo, y sin mas ambicion que la de mendigar ó de disponerse á robar, hoy tienen ya principios de honor. Saben que deben vivir con su trabajo, se aplican, procuran parecer comedidos y respetuosos, y piensan por medios hon-

rados satisfacer los deseos de su corazon. Las mozas que ántes tan groseras como sus madres se criaban asquerosas é inmundas, que no tenian ninguna apariencia de decoro, ni aun la menor idea de pudor, hoy parecen modestas, decentes y aplicadas; hoy apénas se separan de sus madres, viven con recogimiento, no se toman la menor libertad, ni sufririan ningun discurso libre, y todo esto va acompañado de tal inocencia y candor, que se hacen respetar de todos.

Esta transformacion de las mozas es admirable, es la que mas ha contribuido á mudar las costumbres generales, y dar á todos el tono de urbanidad y decencia que se ha logrado introducir. La digna muger que por órden de mi amigo hice venir de la capital para fiarla la escuela de las niñas, ha desempeñado altamente su encargo: ha sabido inspirarlas tanta idea de la dignidad de su sexô, y tantos principios de modestia y virtud, que este ha sido el móvil mas activo, el resorte mas poderoso para mejorar las costumbres de todos. Desde que los mozos viéron esta mudanza en las mozas, desde que conociéron que ya no se las podia agradar con la familiaridad que no permitian, ni con la licencia que desaprobaban, se viéron obligados á tomar el carácter de la decencia y el respeto, y esto ha contribuido mucho á derramar el tono general de atencion, que hoy es el que domina.

En efecto, amigo, no es fácil concebir cómo un pueblo tan rústico se ha podido mudar tan de repente. Tambien te admirará el contraste de la severa y séria ocupacion de los dias de trabajo, con la animada

y alegre actividad de los dias del culto; y el ver que los mismos que estaban cubiertos toda la semana del trage desaseado que exigen sus trabajos, saben los dias de fiesta aliñarse y pulirse para asistir al templo, y destinar despues algun tiempo á la alegría de sus diversiones. Pero no te imagines que esta sea la alegría insensata de personas groseras, que no sabe ser activa y bulliciosa sino con el desórden y la licencia; es la alegría de corazones inocentes que buscan un descanso á sus fatigas, pero que se contienen en los términos que les prescriben la buena crianza y los buenos exemplos.

¡Qué diera yo por hacerte ver uno de nuestros domingos ó fiestas! Vieras lo que no se puede ver en otra parte, y lo que no se puede ver aquí sin ternura y consuelo. Desde que empieza el dia vieras el lugar lleno de los que vienen del campo á oir la primera misa, para volverse á guardar su casa, miéntras vienen los otros á oir la mayor. La iglesia está llena quando esta se celebra; porque las madres vienen con sus hijas, y los padres con sus hijos. Nuestros santos misterios se celebran con solemnidad y reverencia. Mi amigo no permite que falte nada para la decencia del culto, y los individuos de la Sociedad no sufririan desacato ni aun negligencia. La menor falta seria severamente castigada; pero no se necesita de esfuerzo. La costumbre ha establecido tal policía de órden y respeto, que ya es superfluo todo aviso para su observancia.

En los dias de premio, que son muchos, pues por lo ménos hay uno cada mes, se añade mucho placer y

mucho interes á la fiesta; pues toda la mañana se ocupa ó en los exámenes ó en las decisiones que se hacen, ó en los premios que se publican, y por la tarde despues de vísperas vamos todos con la música, ó á los juegos que se han preparado, ó con los esposos cuyas bodas se han celebrado por la mañana en la Iglesia.

Entónces las familias se retiran, y ya puedes considerar que en dias tan ocupados en que todos estan á la vista los unos de los otros, y á la vista tambien de la autoridad pública, no puede haber lugar ni para las embriagueces y disputas, ni ménos para los desórdenes vergonzosos que necesitan de la obscuridad. Léjos de eso todos quedan satisfechos del placer que han gozado, y animados con la esperanza de repetirle en los dias que vendrán despues: así son felices con lo que gozan y con lo que esperan, y mi amigo es mas feliz que ellos, porque goza de la felicidad de todos.

Ve aquí algunos de los medios con que la Sociedad ha conseguido mejorar las costumbres de este pueblo; pero ahora voy á hablarte de una institucion que ha sido la mas poderosa, y que al mismo tiempo era la mas útil é importante de todas. Esta ha sido el estudio de nuestra santa Religion. No me es posible referirte el modo con que nos hemos aplicado á este objeto, y los frutos que hemos conseguido sin extenderme mucho, y sin tomar las cosas de muy léjos; pero el asunto es de tanta importancia, ha contribuido tanto al logro de nuestros deseos, y puede ser tan útil á otros que le quieran practicar, que me he resuelto á explicártele desde su origen y por extenso.

Á mi llegada aquí tuve muchas conversaciones con mi amigo sobre la educacion de sus hijos, y sobre el plan ó método que debiamos seguir en ella. Hablamos de la Religion, y del modo con que debian aprenderla, y aunque diximos muchas cosas que no es posible recoger aquí, te diré lo mas esencial; porque de estas conferencias nació la excelente institucion de que voy á informarte. Mi amigo pues me dixo: El mayor consuelo que recibo de tu venida y de tu condescendencia en encargarte de la educacion de mis hijos, es que por tu medio aprenderán bien la Religion.

Quando digo que la aprenderán bien, ya debes entender que deseo que la aprendan de otro modo que la hemos aprendido tú y yo, y que no sea como en general la aprenden los muchachos. Yo pienso que el estudio sólido y fundamental de la Religion no solo es útil para sostenernos contra nuestra propia flaqueza, sino el único preservativo contra el contagio de la incredulidad, y que esta no debe los rápidos y lamentables progresos que han corrompido nuestro siglo, sino á este defecto de la educacion actual, que nos dexa en una ignorancia vergonzosa de lo que mas nos importa saber.

Acuérdate, Mariano, de lo que se ha hecho con nosotros, y de lo que se hace en general con los niños. Apénas se les enseña en los más tiernos años de la infancia, y quando todavia no son capaces de entender nada se les hace aprender de memoria los artículos necesarios de nuestra fe. Los niños lo repiten sin saber lo que dicen, tales como los hallan en ciertos catecismos dispues-

tos á este fin, que los presentan secos, aislados y despojados de toda la magestuosa conexion y dependencia, de todo el magnífico enlace, con que está revestido el augusto edificio de la Religion.

De modo que toda su instruccion se reduce á repetir de memoria las verdades eternas, sin que jamas se les enseñe los principios de donde nacen, ni los fundamentos que las sostienen, ni las pruebas que las persuaden. Así se les hace Christianos, casi como á los Turcos se les hace Mahometanos, únicamente por tradicion y por exemplo. Y con esto se despoja á la Religion christiana del singular privilegio que tiene sobre todas, que es haberla fundado su Padre celestial sobre la roca indestructible de basas luminosas y evidentes á que la razon no puede resistir quando las exâmina.

Tú sabes que á esto se reduce en general la instruccion que se les da, y á la verdad es la única que se les puede dar en la niñez, pero la desgracia es que de ordinario es tambien la única que reciben en todo el discurso de su vida; porque desde que sus años se aumentan, sus fuerzas crecen, y su razon empieza á desenvolverse, se les llena el tiempo con otras ocupaciones y estudios, sin que haya intervalo ni época en que se les vuelva á hablar de los principios de la Religion. Así este objeto que por su importancia debia ocupar todos los momentos de su vida, no encuentra en el discurso de la mas larga uno solo que se le consagre.

En efecto apénas salimos de la primera infancia, y ántes de que nuestra razon acabe de formarse, se nos llena la cabeza de instrucciones extrangeras, que por lo

mismo que no se cimentan sobre la Religion, son mas perniciosas que útiles; se nos enseñan cosas fútiles, que no sirven mas que de hacernos caer en muchos defectos y grandes extravíos. Se nos enseña larga y fastidiosamente lo que ni en la edad madura podremos entender, lo que no nos importa saber, y lo que nunca podrá contribuir á hacernos mas virtuosos ó mas felices. Así se pierde la mejor parte de nuestra vida; así la edad de aprender, la edad destinada por la naturaleza para adquirir y guardar las primeras buenas impresiones, y las ideas sanas y justas que deben formar en nuestras almas las virtudes que exîgen la Religion y la sociedad, se pasa por la mayor parte en fruslerías inútiles.

De aquí resulta que en general los hombres no saben la Religion, y que si se exâmina un pueblo entero, se le hallará poco instruido de lo único que le importa saber, que por consiguiente la práctica de las virtudes debe ser muy rara y muy difícil, y que si algunos niños privilegiados, porque el cielo les ha repartido corazones mas tímidos ó mas sensibles, reciben en mejor tierra las semillas de las verdades eternas, y conforman con ellas sus costumbres, casi no lo hacen sino por un principio de temor; porque á pesar de la naturaleza degradada, las amenazas de una eternidad infeliz les han dexado una impresion mas viva y mas sentida. Pero ¿cómo pueden ser conducidos por principios de amor? ¿Cómo serán movidos por la hermosura de la virtud? ¿Cómo pueden sentir la dignidad de su vocacion? ¿Cómo pueden admirar á Dios en sus obras, y

sobre todo en el magnífico y sublime plan de su Religion, si nada de esto conocen?

Pero ¡ay! lo mas triste es, que aun estos, que siquiera el temor debiera contener, son raros, y que la mayor parte se precipita, no teniendo de la Religion mas que una tintura ligera y superficial, ignorando los principios estables de su fe: no teniendo ninguna idea del espíritu que la rige, y de los medios que la sostienen, su alma está abierta á todas las seducciones, sin que haya una barrera que la detenga. El primer enemigo que la combate, la vence; el primero que la lisonjea, la seduce: si los vicios la halagan, se apoderan de ella; y si la incredulidad la combate con su estilo pérfidamente seductor, al instante se le entrega, sacude el yugo, suelta las cadenas que la ponia la severidad de la justicia christiana, y en poco tiempo pasa de la indiferencia en que yacía, al ódio sistemático de la Religion. Y así no es extraño que se hallen hombres que ántes de haber empezado á creer, sean ya incrédulos, y enemigos de la Religion.

Confesémoslo, Mariano, de buena fe, y confesémoslo con dolor. ¿No es verdad que esta puede ser la marcha y las resultas de la diminuta y mezquina instruccion que se nos da? Lo peor es, que esta es la mejor de nuestras educaciones; porque hasta aquí no te he hablado sino de las que dan los padres vigilantes á sus hijos, quando su christiana solicitud puede costear ayos y colegios: pero si vuelves los ojos á considerar esa inmensa masa del pueblo, que ocupada siempre en sus trabajos rústicos y necesarios, no ha recibido

en su niñez, ni puede recibir en su edad adulta mas que obscuras y lánguidas nociones de la Religion, entónces comprehenderás quán profunda y general debe ser la ignorancia de los pueblos.

Entónces se concibe fácilmente la multitud de abusos, y la extravagancia de supersticiones á que estan expuestos; entónces no se puede extrañar que tengan la puerta abierta para dar entrada en su corazon á todos los vicios, y dexarse seducir de todos los errores. El remedio de este mal, y acaso el mayor de todos los que afligen á la humanidad quando se ven con los ojos de la fe, seria que hubiese instituciones públicas, y que se tomasen medidas eficáces para que todos se instruyesen de ellas en la edad y en el tiempo en que pudieran serles provechosas.

Es claro que los niños en la edad tierna no son capaces de penetrar ni de sentir este cúmulo de verdades, hechos y luces que presentan la historia y la doctrina de la Religion: se debia pues enseñarles desde luego los primeros elementos del catecismo, como se hace ahora, para prevenir el riesgo de su muerte; pero se debia tambien reservarles una enseñanza completa y extendida para una edad mas adelantada, y en que ya su razon estuviese en estado de comprehender las pruebas, el espíritu y los documentos de su fe. Para los niños de una clase que puede recibir una educacion mas cuidadosa, debia haber tratados elementares, en que pudieran aprenderlos; y para el pueblo, que ni sabe leer ni tiene tiempo para este estudio debia haber conferencias ó instrucciones públicas en las Iglesias, especialmen-

te en la quaresma, y todos los años se les debia inculcar esta esencial instruccion.

Pero por desgracia no se ha establecido ni en nuestras Iglesias ni en ninguna de nuestras instituciones Religiosas nada que pueda enmendar como yo quisiera este defecto de nuestra crianza general. No se ve ni hay donde ó cómo un mozo rico ó pobre pueda adquirir estos conocimientos, que son tan esenciales tanto á su propia felicidad, como á la de todos. Los Teólogos mismos que por instituto de su vocacion se consagran al estudio de la Ley divina, y son el depósito vivo de las pruebas de la Religion y sus misterios, quando llegan á adquirir esta instruccion, apénas hallan medios de comunicarla y extenderla.

¿Quán importante seria que los mismos nos instruyesen, y nos presentasen el augusto conjunto de la Religion con todas sus grandezas y tesoros! ¡Qué nos descubrieran este fondo inagotable de luces y verdades que encierra el sagrado libro de las revelaciones divinas, y finalmente que nos mostraran con tanta claridad las pruebas evidentes de su verdad que nos hicieran imperturbables en la fe y la posesion de la santa doctrina!

Los Predicadores evangélicos pronuncian algunas cortas palabras sacadas de los libros santos que se proponen como texto, y procuran extenderlo y comentarlo, valiéndose de las ideas á que este texto los conduce. Exponen sobre algun punto de la doctrina ó del moral christiano lo que les parece mas capaz de instruir ó edificar á su auditorio; pero este método que es excelente

para mantener y avivar el amor de la Religion en los que ya la conocen, no es suficiente para hacer conocer ni su verdad ni su hermosura á los que no tienen bastante conocimiento de ella. ¡Quánto mas efecto produxeran, si los oyentes estuvieran mas persuadidos! ¿Y por qué un cierto número no se destina á esta parte de la instruccion, que es mas necesaria y primordial?

El hecho es, que el púlpito que vemos tantas veces adornado con flores, que algunas no dexan de producir sazonados frutos, raras veces se le ve en disposicion de recoger todos los que pudiera, porque no nos instruye de los primeros principios de la verdad de la Religion y de su orígen divino, porque nos dexa en la misma ignorancia en que nos dexó la insuficiente educacion que recibimos; y de todo resulta que esta enseñanza, que por su importancia debia ser la mas universal, la mas completa, la mas fácil, no solo es la mas rara, sino la mas dificil de encontrar.

Para hacerte palpable esta verdad, yo quiero suponerte ahora en la capital donde son mas abundantes los socorros, y que un salvage venga á preguntarte: ¿adónde ó cómo podrá dirigirse para saber quál es el culto y la Religion de los christianos, quáles son las pruebas que la persuaden, los principios que la establecen, y los testimonios en que se funda? En fin ¿á qué Magistrado ó Ministro público podrá acudir para recibir una instruccion completa sobre el Christianismo? Me parece, Mariano, que te hallarias muy embarazado, porque

casi no sabrias qué responderle, ni á quién dirigirle.

El único recurso pues que podias tomar, seria de remitirle á la caridad particular de alguno de los pocos, que á fuerza de trabajo han hecho por sí mismos este estudio. Tú te asombrarias considerando, que no pudiste responder desde luego bien y facilmente á una pregunta tan sensata; pero el salvage se asombraria mas de tu embarazo, si se pusiera á reflexîonar, que en un pais en donde todo se enseña, que en una capital en donde hay cátedras y salarios para Químicos, Botánicos, y en general para todas las artes útiles, no haya ningun establecimiento para la enseñanza de las pruebas y fundamentos de la Religion; que el estudio que mas interesa, sea el único que falte; que esta enseñanza no sea la mas comun, y que no esté siempre abierta á todas las clases de la sociedad.

No te digo esto, Mariano, con espíritu de censura ó de crítica. Sé que en la tierra todo es imperfecto; y quando deploro la insuficiencia de los recursos públicos contra la ignorancia y el olvido de la Religion, me hago cargo de que es dificil hacer lo mejor, y mudar los usos establecidos. No desespero de que el tiempo con mas conocimiento de la necesidad, y con los tristes exemplos que nos afligen, produzca reformas saludables; pero te lo digo para hacerte sentir la mucha razon con que mi Director me ha dicho que en el actual estado de las cosas es menester que los padres de familia exerzan en ella una especie de magisterio doméstico, y que en sus hogares, ayudados de sus amigos, sean los institutores y los apóstoles de sus hijos.

Te confieso, amigo, le respondí yo, que mis ideas no se habian detenido sobre el grande asunto que me propones; pero tus reflexiones despiertan las mias y me afligen, porque me convencen. Tú me haces advertir, que á la verdad nuestra educacion religiosa es muy imperfecta y ligera, y que convendria::: ¡Ay Mariano! me interrumpió, tú no has sentido todas las conseqüencias de este mal, porque no le has sufrido. Dios te ha preservado, tu buen natural te ha hecho aprender por tí mismo tu Religion, y tus costumbres han sido siempre puras; pero ¡infeliz de mí! yo lo siento, porque soy víctima desgraciada de este desórden.

Sí, amigo, yo no puedo atribuir ni los prolongados errores de mi espíritu, ni los muchos vicios de mi corazon sino á la superficial y frívola enseñanza con que se me instruyó en la Religion. Me parece que si me la hubieran dado mejor, que si á la edad de diez y seis ó diez y ocho años, quando las pasiones desenvuelven su fuerza, se me hubiera instruido de una parte de lo que mi Director me ha enseñado; me parece, digo, que ilustrado con aquella luz, y convencido con tantas pruebas, jamas hubiera caido en los delirios de la incredulidad.

Me parece tambien que quizá hubiera resistido á las seducciones del vicio; y que si la juventud y la opulencia me hubieran arrastrado, el freno de la Religion me hubiera contenido, ó que á lo ménos hubiera disminuido el número y la prolongacion de mis excesos. Sí, Mariano, me parece imposible que el mortal venturoso, que ha podido penetrar una vez, y conocer la ver-

dad de nuestra divina Religion, pueda jamas ser seducido por los falaces sofismas de una fatal filosofía, y quando la violencia de sus pasiones consiguiera un momento arrastrarle al error, me parece imposible que esta luz interior que ya está en su alma, tardase mucho en volverle á alumbrar, y ponerle en el camino derecho enmedio de sus mismos extravíos.

Así, Mariano, no seré yo un padre inhumano, como tantos lo son, y como era yo mismo. ¡Divina Religion! ¡cómo sabes mudar los corazones! El menor de mis cuidados era la educacion religiosa; pero ahora que la fe me gobierna, y ahora que vivo con la esperanza de sus promesas, no puedo ver los tiernos renuevos que crecen á mivista, no puedo considerar lo que serán en el dia eterno estos dulces objetos de mi amor y de mi paterna vigilancia, sin derramar lágrimas de admiracion y de alegría.

¡Qué! me digo á mí mismo, quando al lado del trono vemos al Infante, hijo de los Reyes, que ignorando todavia el esplendor de su nacimiento, y la elevacion de sus destinos, está jugando con la pompa que le rodea, no podemos dexar de admirar las grandezas que reserva la suerte á una pequeña y débil criatura. ¡Qué seria, mi Dios, si nuestros débiles ojos pudieran percibir el resplandor celestial, el carácter divino con que queda marcado el tierno niño, que á los pies del altar recibe la inmortal regeneracion que le imprime el bautismo!

En comparacion de este don celestial y supremo, ¿qué pueden parecer todas las grandezas y coronas que dexan á los hombres que morirán, otros hombres que ya

van á sepultarse en sus sepulcros? ¿adónde está el Príncipe heredero, de quien se pueda decir como del bautizado: Este niño será grande; porque su poder es eterno, y su imperio no sufrirá revolucion alguna?

Y si para presidir á la educacion de los hijos de los Soberanos, para dar elevacion á sus discursos, y una forma real y magestuosa, se buscan los hombres mas distinguidos del imperio; ¿quál debe ser la superioridad y la ilustracion del hombre que se consagra á desenvolver en un corazon tierno que nace con una alma inmortal, y que viene destinado á ser heredero del cielo, la semilla de virtudes que trae consigo, y con que debe modelarse sobre el molde del infinito y del infinitamente perfecto?

¡Preciosa infancia! ¡quién puede verte sin amarte y sin enternecerse! ¡Quién puede amar sus propios hijos sin deplorar como yo, con lágrimas amargas haber sido uno de esos padres ciegos y crueles, que no los estiman sino por los frívolos talentos que les dan, y con que los pervierten y los pierden, como se pierden ellos mismos!

Mi amigo decia esto tan anegado en su llanto, y con acentos tan alterados y lastimeros, que casi no articulaba las palabras que quedaban sofocadas en sus sollozos. Le pareció necesario calmarle, y aunque yo mismo estaba muy conmovido, le dixe: Todo es verdad, amigo; pero me parece que ahora léjos de afligirnos, solo tenemos motivos para dar gracias á Dios de que te ha abierto los ojos en tiempo oportuno. Tus hijos estan en la edad mas conveniente para adquirir las instruccio-

nes necesarias, y todavía es fácil ó reparar el tiempo perdido, ó borrar las malas impresiones que han podido tomar.

Alabemos pues al Señor, de que te ha sacado de una ceguedad tan comun, y de que te da deseos tan vivos, y todos los medios de reparar este error. Ya tú, á quien la providencia destina para tan santo ministerio, estás dispuesto á exercerle sin interrupcion ni descanso. Yo tambien, á quien tú quieres asociar, y dar parte en tus dignas funciones, estoy aquí, y resuelto á ayudarte y seguirte; nada nos detiene, dispongámonos pues á usar de todos los medios que la naturaleza y la Religion nos prescriben; y léjos de ocuparnos en tristes endechas, ni en lamentos inútiles, entonemos el cántico de gracias, y el himno de la súplica para pedir al Padre celestial luces y socorros. Esperemos en su bondad que nos ayudará á desempeñar esta deuda sagrada, y dexemos de poner la vista en lo pasado; para considerar mejor lo por venir.

Mi amigo se levantó, y vino á enlazar sus brazos con los mios; pero con ademan tan tierno y afectuoso, que conmovió toda mi sensibilidad; estuvimos abrazados mucho tiempo, y apénas nos separamos quando entró el Cura, quien no pudo dexar de conocer nuestra situacion, ni disimular su sorpresa. Yo le dixe el asunto de nuestra conversacion, y le resumí en pocas palabras las reflexiones de mi amigo sobre la poca instruccion religiosa que se daba á los niños.

El cura me escuchó con mucha atencion, y despues de haber arrancado un suspiro que parecia salir de lo

íntimo de su alma, nos dixo: Este pensamiento, Señores, es el mas continuo, y el mas punzante torcedor de mi vida. Dios sabe que desde que vine á encargarme del pasto espiritual de este pueblo, mi primer deseo y mi mayor conato ha sido instruir á mis feligreses en nuestra santa Religion; pero ¿qué pueden mis débiles esfuerzos contra todos los estorbos que encuentro á cada paso, tanto en sus antiguas costumbres como en las instituciones civiles? Ved aquí lo que me pasa.

Yo me ocupo mucho en la iglesia, y en todo tiempo, pero principalmente en la quaresma, en hacer pláticas, conferencias y explicaciones de la doctrina christiana, y aunque no sea en los términos que vos lo deseais, y que ciertamente serian mejores, á lo ménos deseo enterarlos en los primeros y los mas esenciales rudimentos de la fe; pero jamas he podido conseguir por mas esfuerzos que he hecho, que ningun adulto de los dos sexôs haya venido á mis instrucciones: todos me responden que tienen otros negocios, que ya pasáron el tiempo de aprender, que eso no es bueno sino para muchachos, y otras frioleras de esta suerte, que me descubren mas su ignorancia, y la poca idea que tienen de la importancia de esta instruccion.

Habiendo sido vanos todos mis esfuerzos en esta parte, procuré á lo ménos instruir á los niños, y he trabajado con el zelo mas activo para que todos vengan al catecismo; pero aun esto me cuesta mucha pena conseguirlo, y mi solicitud no es siempre feliz. Muchos padres y madres poco instruidos ellos mismos, y que no conocen la importancia de que sus hijos se instruyan, oponen á

mis esfuerzos una fria indiferencia, y prefieren los débiles servicios que les pueden hacer sus pocas fuerzas. Así léjos de conducirlos y encaminarlos á la Iglesia, los desvian y los amenazan quando quieren venir los muchachos.

Otros cuidan de hacerlos venir, y en efecto viene gran número. Yo no dexo de repetirles las instrucciones; procuro inculcarles lo mejor que puedo los artículos mas indispensables y esenciales de nuestra fe, de la manera que me parece mas proporcionada á la inteligencia de su rústica y débil razon. Sobre todo quando se acerca el término de su primera comunion, procuro aplicarme mas, soy inexôrable, y no permito á ninguno la participacion de nuestros misterios sagrados, sin haberle puesto en estado de saber lo que fuera delito ignorar, y para esto retardo las primeras comuniones quanto puedo.

¿Pero qué puedo hacer con todo eso? Yo estoy solo, y por mas activo que sea mi zelo, mi atencion se multiplica demasiado para que pueda ser suficiente con cada uno. Por otra parte ¿cómo es posible hacer entender bien misterios tan sublimes á muchachos, cuyas cabezas no estan formadas todavía, y que por su ligereza estan sujetas á toda especie de distraecciones? Apénas les pueden quedar algunas nociones obscuras, que para fixarse y ser bien entendidas necesitarian de ser repetidas y continuadas.

Pero la mayor desgracia es, que si á fuerza de trabajo consigo instruir mejor á un muchacho, y ponerle en estado de hacer bien su primera comunion, este beneficio ordinariamente dura poco, y se pierde presto; porque este mismo no vuelve otra vez al catecismo, y ni

las promesas ni las amenazas bastan para conseguirlo. Como ya entónces empiezan á tener alguna fuerza, y pueden ser mas útiles, los padres por un motivo de interes lo destinan á ocupaciones incompatibles con esta: unos los aplican á sus comercios, otros los emplean en sus trabajos rústicos, muchos los abandonan á la mendiguez y ociosidad, y todos se distraen y alejan de un exercicio que les es ingrato.

Lo que resulta de todo es, que aquellos muchachos que aprendiéron mejor, léjos de adquirir los conocimientos que les faltan, pierden muy presto los pocos que habian adquirido: que su corazon queda abierto á todos los vicios; y que si la ocasion se presentara, su espíritu daria entrada á todos los errores: que el número de los mendigos y los ociosos de que se forman los asesinos y los salteadores, se multiplica, y que toda esta especie de pueblo tiene las peores costumbres. Os aseguro, señores, que esta idea me ha afligido mucho y muchas veces, y para consolarme no hallo otro recurso que acogerme á la bondad divina que gobierna el mundo, y que puede conducir á la felicidad eterna las almas que ha criado, por medios desconocidos á los hombres.

Pero ¿qué se puede esperar de christianos que no lo son mas que de nombre, que no solo ignoran las pruebas de la verdad de su Religion, sino que apénas saben en qué consiste? ¿Qué se puede esperar de personas tan poco instruidas, que no son capaces de dar la menor razon de su fé? ¿Cómo podrán resistir á los sofismas de la incredulidad que tanto halagan á nuestra miserable corrupcion? Y si alguna vez se ponen en la ocasion de escuchar sus fa-

laces y lisonjeros discursos, ¿qué se puede esperar de su ignorancia?

Aquí se nos avisó que la comida nos esperaba en la mesa; y aquí debo tambien advertirte, que nosotros interrumpimos al Cura con diferentes reflexiones que omito por no ser de la mayor importancia, y porque mi objeto es resumir lo que me pareció mas notable en su discurso. Despues de comer nos dixo otras muchas cosas, de que te informaré en la primera que te escriba. Á Dios por hoy, querido Antonio.

CARTA XL.

Mariano á Antonio.

Antonio mio: Desde que salimos de la mesa volvimos á enlazar la conversacion que dexamos interrumpida, y fué tan larga que duró hasta la noche. Ya comprehendes que es imposible que yo te repita con exâctitud todo lo que se dixo en aquellos largos discursos; pero como mi objeto es únicamente darte una idea de lo mas substancial, dexando aparte todo lo que mi amigo y yo pudimos decir, procuraré resumirte lo que me parece mas importante, y que nos dixo el Cura, el qual tenia mucha instruccion en estas materias.

Despues de algunos discursos vagos nuestro digno Pastor nos dixo: Señores, es increible el extremo de ceguedad y malicia á que puede llegar el corazon del hombre, quando no teniendo la instruccion necesaria de la Religion, se aleja de la única regla que le pudiera dirigir, y se entrega á las luces falaces de una razon obcura que lo abandona al ímpetu de sus pasiones.

¿Quién puede dexar de conocer que la razon del hombre quedó tan obscurecida por la culpa de su primer orígen, que le lleva insensiblemente al error; su voluntad tan sin vigor, que se dexa arrastrar de la falsa dulzura del vicio; y que necesita de todo su esfuerzo sostenido por un auxílio superior para resistir á las malas inclinaciones de una naturaleza depravada, y

poderse encaminar á la verdad y á la virtud?

Estos sofistas muy orgullosos de su propia razon pretenden que ella sola basta para guiar al hombre en todo el laberinto de su vida. Dicen que teniendo esta antorcha que los gobierna, no necesitan de luz sobrenatural que los dirija; pero que consulten la historia de todos los siglos y de todas las naciones, y verán que desde que soltáron este hilo que solo podia encaminarlos, cayéron en toda especie de los mas vergonzosos errores. Verán que no léjos de su primer orígen, y casi al salir de las manos de Dios, quando por su primera dispersion se viéron forzados á dividirse en diferentes poblaciones, abandonadas á su propia luz, perdiéron la verdadera idea de la divinidad.

Las naciones mas cultas, los filósofos mas sabios se precipitáron en las idolatrías mas groseras. ¿Pero qué prueba mayor que la que nos presentan los incrédulos de nuestro siglo? Estos hombres sectarios de una fatal Filosofía que se ha extendido tanto en nuestros dias. No permita Dios que yo censure con la menor amargura á la Filosofía sana y verdadera que es tan digna de nuestra estimacion, como la otra es el horror y el oprobrio de la humanidad. Yo sé que la buena Filosofía no es otra cosa que la investigacion de la verdad, el amor de la sabiduría, y el buen uso de la razon que se esfuerza con su luz natural á conocer el mérito y las ventajas de la virtud.

Sé tambien que la Filosofía christiana no es otra cosa que este mismo estudio de la verdad, uniendo con las leyes naturales de la razon y la experiencia las sobrenaturales, elevadas por los motivos de la revelacion; y que

esta con las altas esperanzas que le añade, aumenta sus estímulos, y los hace mas vivos para consagrarse á todas las virtudes. No ignoro, digo, que esta divina Filosofía es la continua ocupacion de los justos, y fué el único estudio de los Santos.

Hablo solo de aquella Filosofía falsa y pervertidora que tanto se ha difundido en estos tiempos; de aquel arte pérfido y seductor con que ciertos hombres por otra parte dotados de ingenio han intentado á fuerza de calumnias y sofismas corromper el moral, desfigurar las virtudes, y han pretendido desquiciar todos los principios de la fe. Arte diabólico, digno de la perversidad de nuestros dias, y que ha corrompido una parte numerosa de la generacion actual: sistema que ha lisonjeado á muchos disolutos, y que ha alucinado tantos ignorantes. Esta no deberá llamarse Filosofía, sino sofistería; sus partidarios no son filósofos, sino filosofistas, y con mas propiedad sofistas, porque el sofisma es la única arma ó el único instrumento de que se sirven para multiplicar sus errores.

Desde el orígen del mundo ha habido incrédulos porque con él naciéron las pasiones. Jesu Christo mismo nos anunció la necesidad de los escándalos; y quando prometió su proteccion á la Iglesia, implícitamente la predixo que tendria enemigos y combates. Es claro que nunca mas se necesita del piloto, que quando la nave flucta en la borrasca. Así sin hablar de la dispersion de los hombres, que fué causa del olvido de Dios y de la idolatría, apénas nació la Religion christiana quando ya se la contaban furiosos enemigos.

Todos los siglos y todas las naciones han tenido los suyos. Pero entónces los errores no podian ser muy contagiosos, porque no era tan fácil propagarlos. La Imprenta no estaba descubierta. Los libros eran raros, y mas raros los lectores. Todo se terminaba en una disputa entre sábios, en un combate entre eruditos, y tanto el ataque como la defensa eran conocidos de pocos. Ademas de esto en aquel tiempo los hombres no se atrevian todavia á soltar todas las riendas, ni á quitarse todos los velos del pudor; y si hubiera habido temerarios de esta especie, no hubieran encontrado auditorio que escuchase sus errores sin indignacion.

Entónces la fragilidad podia arrastrar al vicio; pero la educacion y el exemplo contenian en el dogma; los mas disolutos en las costumbres no lo eran siempre en los discursos: violaban los preceptos sin insultarlos, prevaricaban la ley sin desconocerla, y enmedio de su desórden y de sus extravíos conservaban un secreto respeto al culto establecido, y á la esperanza de su conversion. Si algunos se atrevian á contristar la Iglesia, era con la máscara de la hipocresía, la tributaban un respeto exterior, y se cubrian con el pretexto de su defensa. Hasta Lutero y Calvino, lobos carniceros que hiciéron tanto estrago en el rebaño católico, se vistiéron con la piel de corderos. No pretendian ser enemigos de la Iglesia, sino ántes aspiraban á parecer sus reformadores. Protextaban no combatir contra ella, sino por ella.

Este estado de cosas duró hasta la mitad de este siglo; pero desde entónces la mayor comunicacion de las

ideas entre los hombres por la facilidad que les daban el comercio y la Imprenta, y al mismo tiempo un cierto grado de ilustracion en las artes y ciencias naturales, fuéron la ocasion de que se propagara este contagio con rápida violencia. Ya Bayle en el siglo anterior con pretexto de indagaciones y de dudas habia dexàdo á los instruidos muchas semillas de pirronismo. Pero estas maléficas plantas no fuéron cultivadas mas que por pocas manos de literatos; no pudiéron difundirse entre los pueblos, ni en las gentes sencillas y ocupadas, que conservaban con fidelidad el depósito de la fe que les dexáron sus mayores.

Nuestra edad desgraciada es la que ha visto crecer como la espuma esta súbita subversion de las ideas, que debe su orígen á los esfuerzos de la falaz Filosofía. Al principio tímida y vergonzosa no se atrevió á descubrirse por entero, y sus primeros pasos fuéron lentos, porque los daba con astucia y cautela; pero viendo que la novedad y la lisonja de sus doctrinas penetraban y pervertian muchos corazones, fué tomando aliento, se atrevió á multiplicar y á desenvolver sus máximas corruptoras; y viéndose en fin acompañada y aplaudida, abrió todas las puertas al error, y soltó todos sus diques para inundar al universo en sus delirios: se quitó la solapa con que se cubria, y emprendió trastornar todas las ideas de la Religion, la magestuosa dignidad de su culto, y la santa austeridad de su moral. Erigió la impiedad en sistema, la corrupcion en principios. No contenta con seducir la fragilidad de los hombres, quiso tambien alucinar á su razon: se esforzó á

desfigurar las virtudes, y á deprimir las verdades: trabajó por arrancarlas del trono en que la Religion las tenia, para sentar en él el vicio: osó mostrarse sin máscara, tomando con desvergüenza el inmundo aspecto de la impiedad; y hasta el asqueroso y demente Ateismo se atrevió á presentar con descaro su feo y denegrido rostro.

Yo ví algunos de estos tristes efectos en mis viages. No puedo negar que encontré á cada paso personas muy religiosas, sobre todo en la edad provecta: que traté con Curas excelentes, que tuve noticia de Obispos exemplares, y que ví mucha religion y mucho culto; pero tambien debo decir que no dexé de encontrar en mi camino mozos atrevidos, que sin mas experiencia que la que podia darles su corta edad, ni otra instruccion que la de los libros disolutos y frívolos, hablaban del culto con desprecio, y de la Religion con desacato.

Con esta ocasion hago memoria del suceso que voy á referiros. Un dia entré en un café, y me senté por acaso junto á un jóven que estaba vestido con primor, y que hablaba de todo con un tono atrevido y satisfecho. Poco á poco se resbaló á hablar de la Religion; y acaso porque sospechó que yo era Español, y porque nuestra nacion pasa por supersticiosa entre esos libertinos, se desató en improperios y mofas contra los objetos mas dignos de respeto, y todo esto lo decia dirigiéndose á mí. Yo no creí prudente entrar en lid con un mozo atrevido en un lugar público, y con un auditorio que estaria quizá mal dispuesto; pero no pude contenerme, y despues de haberle escuchado con lástima, le dixe:

Vos decís, señor, muchas y diferentes cosas; pero sin tener el honor de conoceros, apostaria que vuestros abuelos, y quizá vuestro padre mismo no las escucharian sin horror. Es bien extraño que los hombres mas ilustres, los Turenas, los Eugenios y otros héroes que cubiertos de gloria sostenian el estado; que los Pascales, los Dagueseaux, y tantos millares de sabios que le instruian y gobernaban, fuesen tan simples que enmedio de su gloria conservasen con respeto la fe que les dexáron sus mayores, y que vos con vuestros años sepais ya mas que los mayores sabios. Andad, señor, es menester haber vivido mucho, y estudiado bien su Religion ántes de pronunciar contra ella opiniones tan atrevidas. El mozo me respondió no sé que fruslerías, como burlándose de mi ignorancia, y haciendo una fisga nos volvió la espalda, y se fué.

Yo quedé afligido considerando el triste estado de la Religion, quando otro mozo que parecia distinguido, que tenia un aspecto muy decente, y que lo habia escuchado todo, se acercó á mí, y poniéndose á mi lado, me dixo: ¿Qué juicio hareis, señor extrangero de este pais? Pero vos no debeis juzgar precisamente por un mozo sin cabeza, que no habrá tenido una educacion religiosa, que ahora está sometido al ímpetu de sus pasiones, y quizá en batalla con sus remordimientos está buscando en la impiedad el modo de sosegar sus inquietudes.

Es verdad que esta manía es nueva, y que este modo tan atrevido de discurrir se ha multiplicado mucho en nuestros dias. Lo que habeis dicho á ese jóven insensa-

to es cierto. Nuestros padres no hablaban ni pensaban así; y por una fatalidad deplorable el carácter que distingue el tiempo en que vivimos del pasado, es que el vicio ya no puede ni sabe separarse de la irreligion. ¿Y de qué causa proviene esta tan inmensa diferencia entre épocas tan vecinas? ¿Qué es lo que ha podido producir un trastorno tan espantoso en materias de la mayor importancia? Esto es, señor, lo que os debe sorprehender mas.

Un hombre dotado de mucha imaginacion, pero devorado por una ambicion desenfrenada de celebridad, y á quien circunstancias infelices pusiéron en este camino detestable, alentado con el aplauso que le produxéron en su juventud algunas opiniones atrevidas, poco á poco fué creciendo en arrojo, y llegó al extremo de querer persuadir á su siglo que todo lo mas santo era una pura supersticion. El insensato seducido por la celebridad de algunos jóvenes libertinos ó de literatos corrompidos, se imaginó que lo podia conseguir, y se complació con la vanidad de ser el patriarca, y promotor del mas deplorable trastorno que pudiera padecer el universo; pues si hubiera podido propagar por la tierra sus caprichos de incredulidad, hubiera exterminado todo gobierno, y hubiera reducido las naciones al desórden y la confusion.

La fecundidad de su imaginacion exáltada, y la fuerza prodigiosa de su ingenio debieran haberle hecho uno de los hombres mas útiles en las artes; pero su empeño bárbaro y absurdo le hizo degenerar en el mas pernicioso monstruo que han producido las edades. Su

encarnizado furor contra los principios del moral y de la Religion le han transformado en un monstruo maléfico, que ha cegado y corrompido todas las naciones.

Jamas hombre ninguno hizo tanto mal á los hombres como Voltaire. Este, señor, es el autor de la prevaricacion de tantas gentes, y este es la causa principal de los extravíos, impiedades y escándalos de nuestro siglo.

Yo quedé tan edificado como gozoso con el discurso de este mozo excelente, y dí gracias á Dios en mi corazon de que enmedio de la inundacion general siempre se reserva su pueblo de escogidos. Allí deploramos el que una parte de la generacion actual estuviese ya contagiada de peste tan mortífera, y que tantos padres infestados ellos mismos, ó sumergidos en el golfo de sus ocupaciones ó placeres, descuidasen la educacion religiosa de sus hijos.

Allí nos doliamos tambien de la indolencia del Gobierno de algunos paises en que se permitia á los sofistas publicar á rostro descubierto el secreto de su iniquidad, dando lugar á que tanta juventud incauta y poco instruida se dexara arrastrar al precipicio con la lisonjera seduccion de su estilo, y la brillante osadía de sus sofismas. Nos lamentábamos de que el Clero, siendo él mismo tan instruido y tan zeloso, no hubiese podido poner freno con una educacion mas sólida y fundamental, que hubiera preservado á nuestra edad de daño tan irreparable; y despues de otros discursos de esta especie en que yo admiré su instruccion y su zelo, nos separamos con promesa de vernos allí otras veces.

Tanto por sus noticias como por otras que recogí despues, supe que en efecto este infeliz Voltaire es el que mas ha contribuido á extender y dar vuelo á la incredulidad. Yo os diré en pocas palabras lo que pude saber de su persona. Este hombre por desgracia de su siglo nació con sobresaliente imaginacion; su ingenio era elevado y extendido en todas las partes de la literatura y de las bellas artes.

Pero esta habilidad reconocida, solo pudo verificarse en objetos de puro agrado, en la poesía, en la diccion, en las ciencias amenas, ó en lo que se llama bella literatura, y aun en esta parte con mas ingenio que juicio, con mas malignidad que buena fe, y en todo con pasion, y sin amor á la verdad. En las ciencias exâctas fué poco profundo, y en la mas importante de todas que es la de la felicidad eterna, no solo por vanidad cayó en los mayores extravíos, sino que aspiró á ser xefe de secta, y arrastró consigo á gran número de sus contemporáneos.

Este hombre tan singular, de quien los perversos de los siglos futuros hablarán con asombro, pero de quien si se enmiendan, hablarán con horror, desde su niñez descubrió las centellas de un ingenio peregrino; pero tambien dexó entrever algunas chispas de su disposicion á la incredulidad. Tournemine su maestro, varon sábio y religioso, predixo, y no pudo remediar los sucesos infelices que sospechaba. En la primera tragedia que publicó á la edad de veinte años, ya se pudiéron brujulear algunos rasgos que espantáron por su novedad y su osadía. Los cuerdos gimiéron; pero los libertinos lo celebráron.

Este aplauso insensato excitó su amor propio, y le inspiró el deseo de aumentarle á costa de la Religion; pero no era fácil dar entónces toda la rienda á su vanidad, porque el siglo no estaba corrompido todavia hasta el punto á que ha llegado hoy. Él mismo fué el que le acabó de corromper. Por lo que si entónces algunos jóvenes disolutos aplaudiéron sus impiedades, los hombres de juicio sano, que eran en mayor número, las escuchaban con horror.

Le fué pues preciso contener, aunque con pena, su natural inclinacion, y caminar á la celebridad con la rienda sujeta, pero sin abandonar tampoco los intereses de su falsa gloria. Para eso en sus producciones sucesivas no dexó de diseminar, aunque con tímida cautela, algunas máximas, algunos principios del funesto sistema. Estas eran semillas que se iban derramando, que crecian en las tierras ya preparadas, y que eran mas fecundas, porque salian dispersas en obras que aprobaba el buen gusto, y agradaban al ingenio.

Entónces estas obras no eran mas que tragedias, poesías fugitivas, libros de historia y literatura, todas distinguidas por su estilo y su amenidad; pero todas marcadas tambien con el sello de alguna doctrina impía, de alguna máxima contraria al moral, ó de algun error propio á pervertir las costumbres. Estos principios, aunque por entónces arrojados con embozo, y diseminados con parsimonia, no dexaban de ser peligrosos, y producir terribles efectos, porque eran sierpes venenosas que venian escondidas entre las flo-

res del estilo, y entre las demas bellezas que adornaban la obra.

Es muy difícil resistir á la tentacion del propio natural, sobre todo quando la sostienen el deseo y la esperanza de la celebridad. Así Voltaire á pesar de los sentimientos de pudor que gobernaban á la parte sana de su nacion, á pesar de los intereses de su fortuna y su reposo, no pudo contenerse. Poco á poco fué soltando las riendas, y se abandonó al ímpetu de su malignidad. Despues de algunos años de una sujecion tan violenta como penosa y forzada se dexó dominar por su rabia, y multiplicó tanto en sus producciones posteriores los sarcasmos y las ironías contra la Religion, abusó tanto de su ingenio para desfigurar las verdades, y corromper las costumbres, que al fin forzó al Gobierno á que le mandase salir de su patria.

Entónces fué á Prusia convidado por su Rey el grande Federico. Este Soberano tan instruido, tan político y tan ilustre General, tenia la desgracia de ser incrédulo, y la flaqueza de reunir y formar los placeres de su íntima sociedad con una tropa de literatos del mismo calibre que hizo venir de diferentes estados de la Europa. Allí se hallaban congregados Maupertuis, Lametrie, Dargens y otros muchos, que se habian hecho famosos por esta especie de escritos que brillan con aquella ciencia que hincha, y con el orgullo que embriaga.

El Rey se desahogaba en las cenas y conversaciones de la noche de las fatigas de sus dias laborio-

sos. Voltaire vino á aumentar el número de los sofistas cortesanos, y encontró la acogida que le prometia su reputacion; pero le duró poco. Lo que le ganaban de léjos sus escritos, le hacian perder de cerca su carácter envidioso, y su genio maligno. No le bastaba ser el primero entre sus iguales; su orgullo aspiraba á dominar á todos, su ambicion quiso gobernar á un Monarca que no se dexaba gobernar. Pretendió sojuzgar á literatos que no le cedian en vanidad, y no pudiendo conseguirlo, su humor muy irritable no supo esconder ni su disgusto ni su enfado.

Se le acusó de haber compuesto una sátira atroz contra el mismo Soberano que le protegia, con la doble iniquidad de haberla divulgado, atribuyéndola á Maupertuis, primer objeto de su envidia, y con el fin, de hacerle perder el afecto del Rey. Este no se dexó engañar con tan vil artificio. Indulgente y magnánimo prometió á Voltaire eterno olvido, si queria confesarle la verdad; pero Voltaire tenaz y no arrepentido lo negó con obstinacion. Y habiendo despues adquirido el Rey pruebas evidentes de la inocencia del uno, y de la malignidad del otro, conoció que habia abrigado en su seno una serpiente, y le arrojó de su corte y de sus estados.

Entónces fué á buscar un asilo en la libre y pervertida Ginebra, tierra infeliz, que estaba ya entregada al error, y es el centro y hogar de la heregía. Lo que hay de singular es, que esta misma ciudad que se ha rebelado contra la Iglesia, su primera madre, que la ha

negado su antigua obediencia, que es el refugio y la capital del Calvinismo, que tiene sus puertas abiertas á todos los desertores del culto, y á quantos transfugas huyen de la severidad de la disciplina católica, se llenó de terror quando supo que Voltaire, como los otros, iba á buscar un abrigo en su seno. Dudó mucho si se le concederia ó no: tenia razon en temerlo, y hubiera hecho bien en no acordarlo.

En efecto desde que el apóstata Voltaire se halló en una tierra libre, desde que pudo sin riesgo soltar las riendas á su mano, y dar ensanches á su iniquidad, se quitó la mordaza que el respeto y el temor le habian puesto, y qual tigre que se mira libre de las cadenas que le oprimen, se arrojó feroz sobre su pluma, y procuró con ella desterrar de la tierra todos los cultos, y exterminar del mundo todas las virtudes. Sus escritos perdiéron aquel barniz de moderacion forzada en que los habia contenido el temor. El veneno que hasta allí habia derramado por gotas, le vertió á manos llenas, y le transformó en un torrente de iniquidades, y en un diluvio de horrores. Desde entónces nada respetó, ni leyes, ni moral ni Gobierno, ni Religion.

Su fecundidad tan prodigiosa como infeliz multiplicaba cada año los libros con que infestaba al público. Todas eran ó producciones asquerosas y obscuras con que ofendia groseramente la decencia de las costumbres, ó sátiras insolentes contra los Gobiernos establecidos, ó historias infieles en que con arte pérfido alteraba la verdad de los hechos para dar un falso color á la malignidad de las intenciones; ó en fin, poe-

sías y otras obras ligeras; pero todas traian el carácter de la bestia, en todas se veia un infatigable y pérfido conato de hacer odiosa la Iglesia, y ridícula la Religion. Sus primeras obras le habian procurado la celebridad de los corazones corrompidos, y se veia que trabajaba en aumentarla con las posteriores á fuerza de temeridades y blasfemias.

Largos años se ocupó en este miserable y pernicioso afan. Ginebra era el taller en que forjaba todas las armas de su impiedad, el arsenal de que salian las flechas emponzoñadas con que esparcia su mortífero veneno en todas las regiones de la tierra. Cada produccion de su orgulloso ingenio le acarreaba nuevos aplausos de la gente perdida, y era el estímulo de otra nueva y mas escandalosa que le merecia otros mayores. Así con una deplorable progresion cada qual venia con un nuevo grado de malignidad y desvergüenza, y las últimas llegáron á un extremo de depravacion, adonde nunca habian podido llegar ni el corazon mas licencioso ni la razon mas pervertida.

No era ya el empeño de un ingenio ardiente que procuraba acreditar sus propias opiniones. Tampoco era la propension innata del orgullo que aspira á dominar los ánimos en la propagacion de sus ideas, y fundar un imperio en el dominio de las letras. Era la rabia de un ánimo irritado que aborrece al enemigo que persigue; el encono de la atroz venganza, que no sosiega hasta ver por tierra al odiado objeto de sus iras; y en fin el esfuerzo de una cólera ciega, que con implacable furor no se satisface sino con la ruina total de su contrario.

Todas estas viles y furiosas pasiones dominaban en las obras monstruosas de su pluma, y todas eran subversivas y enemigas de quantas máximas de buenas costumbres ha dictado el moral, y de quantas leyes en el gobierno político ha dictado la razon; pero sobre todo se descubria en ellas un ódio feroz y encarnizado contra la Religion, una incesante y rabiosa detraccion contra la Iglesia y sus Ministros, una antipatía sin término contra el culto público, y el malvado conato de arrancarle, si fuera posible, de la faz de la tierra.

Estas obras volaban por el mundo con las alas de la novedad y del interés, y eran recibidas con ánsia por el libertinage que halagaban, y por la curiosidad que divertian. El veneno era mortífero y sutil; pero la taza era dorada. Jamas hombre poseyó en tan alto grado los primores del estilo, y los adornos de la eloqüencia. Jamas otro manejó con tanto artificio las flechas de la burla, y la alevosa saeta de la ironía; ni nadie supo jamas usar con agudeza tan sutil del punzante y traydor esfuerzo de la sátira para transformar en ridículos los objetos mas dignos de respeto.

Este arte deplorable le sirvió con ventaja para hacer pasar á muchos corazones el tósigo fatal de sus doctrinas. Por entre la clara brillantez de su estilo, y la chistosa amenidad de su expresion se resbalaban los principios mas impíos, y los corazones incautos los bebian, bien hallados con opiniones, que al parecer desahogaban sus conciencias, y los tranquilizaban en sus vicios. La juventud presuntuosa los adoptaba con placer; la inexperta se dexaba seducir, y la modesta y tímida ignoran-

cia se espantaba con la novedad, se aterraba con la avilantez, pero no la sabia contrastar.

Los hombres instruidos y de sano juicio, dando el aprecio conveniente á sus obras puramente literarias, vélan con horror las impuras, y detestaban las impías. Por desgracia estas eran las mas, y en algunas, que eran como un prodigio de delirios, habia acumulado todos los principios destructores. No se podia esconder á las luces de los verdaderos sabios, que todas aquellas novedades peligrosas no eran mas que un conjunto de sofismas, que todos sus sistemas no eran mas que una máquina artificiosa, entretexida con hilos muy resplandecientes, pero tan débiles y fútiles, que no era necesario mucho esfuerzo para deshacerla; pues toda era una telaraña brillante, que no podia resistir al menor soplo de la discusion.

Pero deploraban el estrago que podian producir en los que no tenian bastante instruccion para discernir el artificio, y reconocer su flaqueza. Estos sabios observaban que Voltaire no habia hecho otra cosa, que reproducir en este siglo las objeciones contra la Religion, que desde los primeros tiempos hiciéron los incrédulos. Objeciones, que los herederos de sus sectas han repetido con mala fe en los siguientes, olvidando las respuestas victoriosas que les diéron los primeros Padres, como en nuestro tiempo las olvidaba Voltaire. Que así todo el trabajo de este se reducia á renovar los antiguos sofismas, sin poner de su parte mas que el arte capcioso y la sofistería con que lo sabian revestir sus pérfidos talentos.

Observáron tambien que la rabia astuta de Voltaire no necesitaba de otro estudio, que el de los largos voluminosos catálogos, en que los mismos católicos con el título de antinomias exponen las dificultades ó contradicciones aparentes de la Religion y de las santas Escrituras en que estriban; y que copiándolos, sin añadir mas que las invectivas que le sugeria su animosidad, procuraba con ellas formar toda su larga lista de argumentos. Al mismo tiempo viéron que si tomó el afan de repetirlos, tuvo la astucia de callar las soluciones con que los mismos que las proponen, las deshacen; y no pudiéron dexar de ver en esta conducta ó mucha ignorancia, ó lo que es mas verosímil, una mala fe muy artificiosa.

Por otra parte, á pesar de los falsos resplandores con que deslumbra á los ojos alucinados la mayor parte de sus obras, la perspicacia de los sabios no pudo dexar de ver los muchos errores en que abundan, aun prescindiendo de la Religion; pues estan á la vista los títulos infames que merece por el mismo carácter con que le presentan sus escritos. Desde luego aparece como un poeta obsceno y lúbrico, corruptor de las buenas costumbres, y vil panegirista del vicio, de la licencia y del desórden.

Despues de esto no se puede negar que es un historiador infiel, tan ligero y poco circunspecto, que ni siquiera es exácto en las fechas, y mucho ménos en los sucesos; pues quando no los inventa, los tuerce y acomoda á su sentido, vistiéndolos con mentidos colores, para dar valor á la malignidad de sus intenciones. Calumniador imprudente de quanto respetan los mortales.

Intérprete de mala fe; pues se esfuerza á darles el sentido que no tienen, y se sirve de quanto le puede sugerir su funesta erudicion para torcerlo á su depravada inteligencia.

Calumniador de la Religion, pues para hacerla aborrecer la atribuye dogmas que no tiene, y la acusa de las doctrinas que ella misma reprueba. Calumniador de la Iglesia, pues quiere hacerla responsable de todos los delitos de los hombres, cargándola de las faltas de los individuos, atribuyéndola las mismas supersticiones y excesos populares que mas la afligen, como si ella los adoptara y promoviera. Calumniador de sus Ministros, pues las mas veces sin pruebas, contra todos los testimonios de la historia, y las reglas de la verosimilitud, los juzga y representa como culpados de todos los horrores de su siglo, y de todos los atentados de las pasiones.

Juéz iniquo, que con una balanza desigual exálta y eleva tanto las virtudes profanas y civiles, como abate y deprime las christianas; tanto canoniza y celebra los Paganos ilustres, como desprecia y escarnece los Santos mas heróycos. En fin, infiel en los hechos, falaz en los discursos, pérfido en las intenciones, capcioso en los raciocinios, y que emplea sin cesar con un arte insidioso los falsos colores de la mofa, del escarnio y de la ironía. Este hombre desdichado ha mentido en todo con impudente desvergüenza, ha mentido á su Dios, á su conciencia, á sus contemporáneos, y á la posteridad.

Es facil conjeturar lo que serán unos libros com-

puestos de tan malignos elementos. ¡Qué conjunto de horrores, blasfemias y abominaciones deben contener volúmenes dictados por labios tan sacrílegos, y con tan siniestras intenciones! Á pesar de lo que lisonjean el gusto, repugnan al honor, y excitan una involuntaria indignacion. En cada discurso, en cada página se ve estampada una impiedad que eriza, una máxima que relaxa, una sátira que choca, una mentira maliciosa que indigna, y en todas se ve de bulto un insensato ardor de pervertir las almas, y alejarlas de todo lo que es justo, santo y adorable; en una palabra, el ímprobo conato de hacer que todos abandonen su Dios, su Religion y su conciencia.

Es increible el estrago que ha causado en todas las clases de la sociedad, y lo que hay de mas deplorable es, que este daño se ha extendido hasta las gentes de la mas baxa especie de las naciones extrangeras; porque este hombre perverso tuvo el talento y la malignidad de tratar los asuntos mas sublimes y profundos con un estilo llano y perceptible, salpicándolo todo con chistes. Como allí abundan los cuentos agradables, los hechos que divierten, las ironías que agradan, las máximas que lisonjean, y en fin, los sarcasmos y las calumnias que complacen tanto á la malignidad humana, supo hacer muy divertida su lectura.

Lo peor es que en algunos paises ella es la mas comun, ó por decirlo mejor la única de los lacayos, las criadas, los artesanos, y todas las personas de esta especie, que apénas pueden gustar de otra, y no saben dexar esta de la mano. Todos aprenden en ella á cen-

surar la Religion, sus misterios, y todas las virtudes christianas y civiles; y ve aquí el medio con que ha conseguido desarraygar de todo corazon que no se ha defendido con su educacion ó con la gracia divina, todo sentimiento moral, y toda idea religiosa.

Con esto solo ya podeis conjeturar quánto ha debido cundir en nuestros dias este horrible contagio, y cómo ha podido extenderse desde la mas alta clase hasta la mas inferior, sin que ninguna ofreciese medios para resistir á la ilusion; porque la nobleza y las gentes mas bien educadas, no estando bien instruidas en los fundamentos de su fe, no podian adquirir mas que una ilustracion profana y superficial, que no los dexaba en estado de discernir los errores y los sofismas, ni querian tomarse el tiempo necesario; pues solo se ocupaban en los objetos de su ambicion y de sus placeres. Y las gentes de un órden inferior, no habiendo tenido nunca otra instruccion que la escasa que recibiéron en sus primeros años, no podian hallar en su ignorancia defensa contra tan artificiosas seducciones.

Es verdad tambien que muchos varones llenos de zelo y de ciencia han escrito otros libros, en que han probado con evidencia sus errores, sus falsedades y su mala fe; pero tampoco esto adelantó nada. Los hombres por la mayor parte no leen sino para pasar el tiempo, y divertirse. Así leen con preferencia los libros frívolos que los entretienen; sobre todo los malignos y satíricos que llevan consigo la sal del chiste, y la pimienta de la calumnia.

Mas los hombres serios y christianos no pueden escribir libros de semejante especie.

Por otra parte, para poner en su luz asuntos delicados, y desenredar artificios y sofismas astutos, es indispensable usar de discusiones sabias y serias, que no sufren bufonadas y chocarrerías, y ménos son permitidas calumnias y maledicencias. Era pues casi imposible que las obras de los escritores sabios pudiesen tener los atractivos que halagan á los lectores rústicos y frívolos, y por esto no eran leidas de ellos. Ve aquí por qué su esfuerzo ha sido inútil. Aquellos para cuyo desengaño habian escrito, no conocian la obra, ó si llegaba á su noticia, el fastidio la arrancaba de su mano. Solo la leian aquellos que no la necesitaban. De este modo el error se ha propagado sin contraste, y el remedio llegó tarde. Mejor hubiera sido prevenirle, y ahora parece el daño casi irreparable, si no se toman medidas mas eficaces para su remedio.

Este hombre desdichado gozó de su triunfo infame en toda la extension de sus deseos. Los sofistas de todas las naciones recurrian á él como al centro de su unidad, le ofrecian una especie de culto, y le reconocian como xefe y coryfeo de la incredulidad. Él los alentaba y los dirigia, y con la infatigable fecundidad de sus escritos mantenia el fuego infernal, y les afilaba las armas para el combate; pero ¡ay! todo lo mortal es caduco y limitado. Su imaginacion, aunque grande, no era infinita, y se halló por fin agotada. Llegó el tiempo en que acabó de vomitar todas las blasfemias, las novedades y los horrores que su malicia le pudo sugerir; ya no sabia qué inventar, y en los últimos años le fué indispensable repetirse, hasta fastidiar, y causar nausea.

En sus últimos dias vino á París, y en esa inmensa y corrompida Babilonia oyó tales aplausos y lisonjas que pocos han conseguido de sus contemporáneos; jamas se ha visto un pueblo tan frenético, y embriagado de placer como París, quando le vió en su seno; pero esto era consiguiente, pues esa París tan loca y tan fanática era la que habia bebido mas de sus inmundas aguas. Este pueblo que tanto le aplaudia, era el mismo que mas habian corrompido sus escritos, y no es posible concebir á qué extremo llegó el furor de su idolatría.

Los muchos seqüaces que habia formado en esta numerosa y ligera capital, le cercáron con aclamaciones, y le llevaban en pompa. ¡Y qué gloria para su loca vanidad ver adornar su triunfo con tantas conquistas de su ingenio! Los mismos que por su seduccion habian abandonado al Dios que sus padres adoráron, parecian adorar á un esqueleto descarnado, cuya larga vida se habia consumido en hacer guerra al cielo y á la tierra. La celebridad fué desmedida, el aplauso delirio, las aclamaciones frenéticas, y la embriaguez tan fanática, que las gentes por las calles iban de tropel en su seguimiento.

Pero miéntras él se dexaba embelesar con esta aura de ruidosa y frívola celebridad, la pavorosa muerte amenazaba ya á su anciano y desmoronado edificio. Este titán impío, que se mostraba intrépido quando se sentia en salud, no era tan impávido quando las enfermedades le avisaban el peligro de su mortalidad. Era notorio que dos veces se habia visto en Ginebra amenazado por la muerte, y que dos veces habia ocurrido temeroso al socorro de la confesion. Con esta ex-

periencia todos descubriéron que este corazon tan pervertido no estaba enteramente muerto, que sentia cerca del peligro los estímulos del remordimiento; y los buenos tenian alguna esperanza de que en su postrera hora se acogiese á las lágrimas de la penitencia.

Pero esto no siempre lo concede el cielo, y suele algunas veces aterrar á los impíos con exemplos terribles. Yo no me atrevo á escudriñar los secretos de Dios, y sé que á su misericordia basta un instante; pero la historia no podrá ocultar que Voltaire vino á París conducido por la vanidad, que el demasiado vapor del incienso con que se le recibió, sofocó sus ya cansados alientos, que la muerte se presentó á su puerta, que débil y postrado en el lecho no fué ya dueño de sus acciones, y que muchas circunstancias contribuyéron á apresurar su fin quando no se pensaba tan cercano.

Tampoco podrá esconder que sus seqüaces y cómplices se apoderáron de su estancia, y que instruidos de lo que habia practicado en lances semejantes temiéron una repeticion que desacreditase en público su doctrina, y dexase una idea de la inconstancia de su xefe; que le cercáron de manera que apénas le quedó libertad para explicarse; que pusiéron barreras á todos los caminos para que no pudiese entrar ninguna luz, ningun reclamo ni ningun Ministro de la Religion; y que el infeliz sorprehendido por el error de un remedio mal aplicado perdió de repente el sentido, y exhaló su postrer aliento sin haber lavado las muchas iniquidades, y los pésimos documentos:::

¡Desdichado fin! interrumpió mi amigo, cubrién-

dose los ojos con las manos, y poco despues añadió: Ay señor Cura, qué reflexiones me ha despertado vuestra historia! ¡Qué ciertos son los estragos que han producido sus escritos tan lisongeros como corruptores! Yo soy una de sus mas infelices víctimas, y he visto que lo han sido muchos de los jóvenes de mi tiempo. Voltaire era nuestra ordinaria lectura, la novedad atrevida de sus opiniones nos sorprehendia, la anchura que daba á nuestros corazones, quitándonos los terrores, y abriéndonos las puertas á todas las pasiones, nos halagaba. Sus ligeros raciocinios nos alucinaban, y las continuas sátiras con que los sazonaba nos divertian.

Con estas disposiciones era dificil convertir á ninguno de los que estabamos pervertidos. Para conseguirlo hubiera sido menester sujetarnos á un estudio serio, á una instruccion seguida, en que poco á poco y con una progresion lenta y sólida se nos hubieran hecho conocer las mentiras, falsedades y horrores que hormiguean en sus fatales obras, y esto es lo que no queriamos hacer.

Os confieso que quando en estos últimos tiempos ya desengañado, he leido algunas de las obras que se han compuesto contra Voltaire, Rousseau y los demas sofistas, entre otras las de Mr. Bergier, os confieso, digo, que me he asombrado de la facilidad y la evidencia con que los convencen de sus mentiras atroces, de la claridad con que demuestran sus calumnias, y en fin de la fuerza y solidez con que deshacen todos sus falaces raciocinios. Yo me espantaba de la ciega, y estúpida insensatez con que habiamos dado

crédito á los predicadores infernales de la incredulidad.

Es imposible leer con imparcialidad estos escritos sabios, exáctos y verdaderos que los impugnan, sin convencerse de la mala fe de aquellos sectarios; pero para esto era menester no estar bien hallado con sus errores que lisonjean nuestras pasiones, era menester buscar la verdad con buena fe, y leerlos con deseo de encontrarla, y ni yo ni mis compañeros estábamos en esta disposicion, como no lo está la mayor parte de los lectores, aunque se comprehendan en este número los que pasan por instruidos.

Vos habeis dicho muy bien, Señor Cura. La mayor parte de estos lectores no leen á Voltaire, Rousseau y los demas autores de esta especie, sino porque hallan en sus ideas opiniones que los alhagan y divierten. Les seria muy áspero leer libros que los desengañen, y poco agradable leer aquellos que necesitan de aplicacion. El veneno es dulce, y la triaca les parece amarga. Esta es por lo comun la conducta de los hombres, conducta insensata, pues con ella caminan á su perdicion, pero general, porque nace de que no conocen el riesgo, y de que tienen poca idea de la importancia de las cosas.

Parece natural que en un asunto tan grave, en que se trata no ménos que de la eterna felicidad, ninguno se atreva á adoptar opiniones sin haberse instruido ántes de todo para hacerlo con conocimiento, y que seria locura arrojarse á tanto peligro, sin haber ántes tomado todas las medidas que le puede sugerir su razon; sobre todo quando ha recibido en su cuna una Religion

que le pasáron sus mayores, quando esta Religion le presenta grandes esperanzas y amenazas terribles, y en fin quando la ve seguida y respetada en todos los siglos por los hombres mas sabios.

Aquí dixe yo: Señor Cura, por la descripcion que habeis hecho, me figuro ver á Voltaire como al Viejo de la montaña, con la diferencia de que este enviaba asesinos para dar la muerte á individuos; pero aquel enviaba libros pestíferos que la daban á pueblos, á naciones enteras, y aun si no se toman precauciones, la darán á los siglos venideros. Teneis razon me respondió el Cura. Vuestra reflexion es justa, y yo tengo el mismo temor. Si sus libros subsisten, y no se instruye mejor á las naciones, preservándolas de su influencia con el estudio de la Religion, no hay gobierno seguro, no hay culto que pueda sostenerse, ni habrá costumbres que no se corrompan. No hablo solo del estudio què se da en la niñez enseñando un corto número de verdades eternas sino de un estudio de la Religion que presente en grande su magestuoso edificio, que inspire tanta admiracion como amor, y que manifieste las pruebas evidentes que convencen que ella viene de Dios.

Estos son los únicos medios de arraigarla en nuestro corazon. Estos son los únicos principios que pueden determinarnos á morir ántes que perderla, á abandonarlo todo ántes que separarnos de su profesion; y si no se nos instruye á fondo en ellos, no somos christianos, sino de una manera obscura y confusa; esto es por persuasion. Pero si los pueblos estan bien cimenta-

dos en su verdad, si conocen bien sus basas indestructibles y eternas, su antigüedad que nació con el mundo, las profecías que anunciáron al divino Redentor, su advenimiento tan asegurado y tan prevenido, los continuos milagros que evidencian su mision divina, su tan demostrada y auténtica resurreccion, y en fin todas las demas pruebas que acreditan con evidencia su verdad; la falsa Filosofía no podrá hacer nada contra una nacion bien penetrada de la certidumbre de la Ley que adora.

El pueblo convencido de la verdad de su Religion la amará, y obedecerá sus preceptos, y ellos le enseñarán, que aunque sea á costa de su vida, no debe tolerar que se altere su pureza, que se corrompa la integridad y candor de su madre la Iglesia; de esta santa madre que le recibió en su seno, á quien juró fidelidad y obediencia, y que con su fe y esperanza le conduce á las dichas de la eternidad. Tambien aprenderá á defender su Rey, que es imágen de Dios sobre la tierra, y á quien ha jurado tambien fidelidad; y perderá mil veces su fortuna y su vida ántes de consentir en la menor desobediencia.

Si los sofistas han encontrado tanta facilidad en trastornar las ideas religiosas en algunas gentes, si han podido lograr designios tan terribles y temerarios, es porque la incuria de la educacion las ha dexado en la ignorancia de las verdades de la Religion; es porque profesaban el Christianismo no por conviccion ni por un asenso íntimo de su alma, sino sin saber por qué, y sin ningun afecto ó respeto interior. La ignorancia léjos de poder inspirarles amor, no podia producir otra cosa que

indiferencia. No era ni podia ser aquel culto de su corazon, sino de su costumbre. En una palabra, porque eran máquinas christianas, y el primer ímpetu de contradiccion era capaz de desorganizarlas sin resistencia.

Ve aquí en mi juicio la causa principal de tantos estragos, y la que debe hacer temblar todas las naciones christianas. No hay ninguna que no esté amenazada del mismo riesgo, y que no deba precaverse contra él por todos los medios. Aquí quisiera yo levantar el grito para que me oyeran todos los pueblos de la tierra, y decirles: Si teneis la dicha de haber nacido en el seno de la verdadera Iglesia, que vuestro mayor esfuerzo, vuestro primero y mas esencial cuidado sea el de instruiros á fondo de vuestra santa Religion, la única verdadera, la única que puede hacer felices en la tierra, y eternamente dichosos en el cielo. Penetraos de su verdad, y tened el consuelo de saber que el mismo Dios, que se dignó de comunicarla á los hombres, la ha revestido de pruebas tan claras y multiplicadas, que no pueden dexar de convencer á la razon quando con buena fe las exâmina.

Cerrad tambien los oidos á esas pérfidas sirenas, á esos maléficos sofistas, que no solo os inducen á atropellar lo mas respetable de la tierra, sino que se atreven á arrojar sus insultos contra el cielo. No escucheis sus seductores y falaces raciocinios. Creed que vuestros padres, y tantos hombres grandes que les han precedido, y que siempre manifestáron tan religiosa sumision á los principios de la fe, eran mas sabios que ellos, y no estaban tan corrompidos. Así para que sus ataques

no os encuentren sin fuerza, y para que podais burlaros de sus errores y delirios, aplicaos, estudiad y comprehended la santa Religion que profesais.

Sí, christianos, enteraos de vuestra Religion, ella misma os defenderá contra todos sus enemigos, y tendreis la satisfaccion de no poder dudar, que esta Religion en que Dios os hizo la gracia de que nacieseis, es tan dulce y consoladora, como cierta y segura. Que si este Dios de bondad os presenta en ella misterios obscuros para el exercicio de vuestra fe, tambien la acompaña de pruebas tan luminosas, de monumentos tan incontrastables, que es imposible que se esconda su evidencia á la sinceridad del exámen; vuestra propia razon bastará á convenceros que Jesu Christo la dió á los hombres, que Jesu Christo es Dios, que debemos creer quanto nos dixo, y obedecer quanto nos mandó, no ménos que á su Iglesia; pues la constituyó el órgano y la depositaria de su autoridad.

Me parece que en esta parte, dixo mi amigo, no tiene nuestra nacion que envidiar á ninguna. Yo no conozco otra que conserve tan pura la fe de sus mayores; por lo ménos no hay entre nosotros variedad de creencias, todos somos católicos, y estamos unidos de comunion con la Iglesia Apostólica Romana. Tampoco esa falaz Filosofía ha podido hallar acogida entre nosotros; nuestra educacion la resiste, y repugna á nuestro corazon. Por otra parte el Gobierno con incesante afán la rechaza de nuestros confines, y hasta ahora á Dios gracias no ha podido el mortífero veneno de este monstruo infestar los corazones Españoles.

Yo lo sé, le respondió el Cura; y ha mucho tiempo que atribuyo la unidad de nuestra creencia á la vigilancia y atencion con que se sostiene no solo la pureza de la fe que brilla entre nosotros, sino tambien la paz interior, y la tranquilidad de que gozamos. Echo los ojos por todas las naciones, y veo que, las unas mas, las otras ménos, todas han estado y estan sujetas á turbaciones é inquietudes. Vuelvo la vista á la nuestra, y hallo que ella sola ha conseguido mantenerse siempre tranquila, tan sometida á los Reyes que la gobiernan, como fiel al antiguo culto que profesa. Busco la causa de ventajas tan inestimables, y no puedo encontrar otra que el cuidado de conservar la unidad de nuestros principios religiosos.

Pero aunque esto sea así, me parece que no basta para el riesgo que amenaza á la Europa, y que es preciso no solo conservar lo que se tiene, sino instruirse fundamentalmente para defenderse de los ataques que se pueden temer. Los riesgos son hoy mayores que nunca. La impiedad hace cada dia nuevos y rápidos progresos, y multiplicándose los peligros, es indispensable multiplicar los remedios.

Aquí exclamó mi amigo; No es posible negar que en todas las suposiciones, y en todos los casos el estudio de la Religion sea siempre muy útil y necesario. Nadie lo sabe mejor que yo, que he sido víctima infeliz de este descuido; y estoy persuadido, que la ignorancia con que me educáron así del espíritu y grandeza de la Religion, como de los fundamentos que prueban la divinidad de su orígen, es la causa original de todos

mis delirios. Me parece que si yo hubiera sabido en mi juventud lo que ahora, mi conducta no hubiera sido tan desenfrenada; y creo tambien que esta es la causa general de que nace no solo la impiedad de las opiniones, sino tambien la relaxacion de las costumbres.

Por otra parte nada puede ser tan eficaz para amar cada uno su Religion, obedecer sus preceptos, y excitarse á la práctica de la virtud, como estar vivamente persuadido de su verdad, y vivir con la esperanza segura de los bienes inmortales que promete. Pero, señor Cura, ¿os parece esto fácil? ¿Hallais posible que toda una nacion se instruya en un objeto que exige aplicacion, meditacion y estudio? Tres clases de personas componen por lo comun una nacion. Hablemos de cada una separadamente, para ver si es posible darlas, y esperar de todas que recibah esta instruccion.

La primera es la clase de gentes ricas ó acomodadas, que reciben en su familia una educacion distinguida. Yo quiero suponer la mas sobresaliente; ¿pero á qué se reduciré esta educacion? En su infancia, y quando apénas tienen bastante inteligencia para entender las cosas comunes, se les enseñará por un catecismo las verdades mas indispensables de la Religion. Es imposible que entónces puedan comprehender misterios obscuros y profundos: será menester repetírselos en edad de mayor reflexion; pero apénas empiezan sus facultades á desenvolverse quando se les ocupa en la latinidad y otros estudios, sin que se les vuelva á hablar de Religion. Desde allí pasan al colegio, á la universidad, y á otras escuelas donde, á excepcion de algunas que profesan piedad, tampoco se

les habla de ella, y donde no se les ocupa mas que en Física, Teología, Derecho, Medicina, ó en otras ciencias de esta especie.

Desde que se acaban estos cursos, cada uno se va por su lado á seguir la profesion que escoge. Los unos se casan, los otros siguen el comercio: cada qual emprende una carrera, pero en ninguna encuentra la ocasion ni los medios de volver á estudiar la Religion. Así solo pueden instruirse en ella los que por gusto propio, y porque una razon mas bien dirigida les hace conocer la importancia, quieren aplicarse de veras á este objeto; y ya se ve que en el curso ordinario de las cosas serán pocos los que tengan el gusto y el tiempo, las proporciones y la ocasion que exige un estudio tan serio. La mayor parte abandonada á los secos y cortos rudimentos que aprendió en su niñez, apénas quedará con las nociones mas necesarias, y estas mismas serán muy estériles y diminutas.

Peor será la condicion de las personas de mediana esfera, que supongo ser de la segunda clase. Estas son las que naciendo en una familia que no puede vivir sino con su trabajo, necesitan de que sus hijos aprendan un arte, oficio ó profesion mecánica para subsistir con ella, y es claro que estas tendrán una educacion mas escasa y descuidada, y que apénas habrán aprendido á leer medianamente, apénas llegarán á la edad en que tengan la razon y la fuerza suficiente, quando se les pondrá á estudiar ó practicar los rudimentos de la profesion que han escogido.

Desde entónces ya no estan en el caso de recibir

otra instruccion fundamental. Lo único que pueden hacer es escuchar los dias de fiesta algunos sermones, si su devocion los conduce; pero por lo comun nuestros sermones son muy útiles para exhortar á los persuadidos; mas no estan destinados ni para convencer á los incrédulos, ni para instruir á los ignorantes. No dudo de que Dios por su bondad suplirá con sus dones este defecto de instruccion, y que alumbrará á los buenos espíritus con su gracia; pero es cierto que yo no veo cómo sea posible extender una instruccion útil á las personas de esta clase.

Ménos veo la posibilidad en las gentes de un órden inferior destinadas por la naturaleza á los trabajos mas rudos de la sociedad; por exemplo, los labradores, arrieros, carruageros, y todos los trabajadores de esta especie, que ni siquiera aprenden á leer, y que no tienen otras ideas de la Religion, que las que les han dado sus padres tan poco instruidos como ellos mismos. ¿Cómo digo, esta masa de la nacion la mas numerosa, y al mismo tiempo la mas ocupada, porque su pobreza la obliga á un trabajo incesante, que les embarga todo el tiempo y todas las atenciones, podrá entregarse al estudio de un objeto que supone una historia, y que necesita no solo de espacio y comodidad para escucharla, sino de ideas y facultades para sentirla? Desde luego confieso que este estudio es el mas digno, y el único necesario; pero exâminando la constitucion de la sociedad, no veo:::

No niego, señor, le interrumpió el Cura, que á primera vista no se encuentren esas y otras grandes di-

ficultades; pero puede ser que considerando la cosa de mas cerca, no sean tan insuperables como parecen; por otra parte aun quando se presentaran mayores, como el asunto es de tan alta importancia, merece que se hagan hasta los últimos esfuerzos. Tal vez no se conseguirá el fruto en toda su plenitud, pero se conseguirá lo bastante para dar por bien empleado el trabajo mayor.

¿Y qué, señor Cura, le pregunté yo, pensais que podrá haber medio para obtener un bien tan importante? Yo pienso, me respondió, que se podrá obtener mucho, y á lo ménos lo suficiente para instruir en general á la nacion, para mejorar las costumbres, para ponerla en estado de resistir á los sofismas de la falsa Filosofía, y para defender en circunstancias dificiles á la Religion y á su Rey. Si el asunto pendiera de mi mano, si yo pudiera reglar las cosas á mi arbitrio, ved aquí lo que hiciera. En primer lugar lo que mas nos falta, y lo que en mi juicio debe preceder á todo es un libro clásico y elementar que nos exponga la historia de nuestra santa Religion con los monumentos que la atestiguan, con las pruebas que la convencen, y con las demas incontrastables basas en que estriba.

Este libro debe empezar por la creacion del mundo, y por el orígen del Christianismo, en la promesa que hizo Dios á Adan de un Reparador, debe continuar hasta la venida, muerte y resurreccion de Jesu Christo, que fué el Reparador prometido, y acabar por el establecimiento de la Iglesia á quien dexó su autoridad, declarándola depositaria de la verdad, é intérpre-

te de su voluntad. Este libro debia ser conciso, metódico, y escrito con estilo tan corriente y claro que todo el mundo le pudiera entender.

Lo mas singular es, que despues de tantos siglos no exista todavia este libro tan importante y necesario. No digo que no esté todo en diferentes libros; pero esto necesita de tiempo y estudio, que solo se consigue con mucha aplicacion. Yo quisiera que hubiera uno que por sí solo pudiera instruir de quanto es necesario, y no le conozco. La Gramática, las Bellas Letras, la Teología, la Medicina, los Derechos, en fin casi todas las ciencias tienen sus libros clásicos y elementares.

Estos son extractos ó resúmenes que contienen todos sus principios, y que reducidos á un compendio claro y luminoso dan idea de todos los conocimientos que cada ciencia ha podido enseñar, y que hacen fácil y cómoda la instruccion; porque en su corto volúmen presentan recogido lo que está derramado en otros muchos volúmenes. Casi no hay ciencia ó arte que no tenga esta especie de manual, que acorta el trabajo, y facilita la enseñanza, y es cosa deplorable que la Religion sola no le tenga.

Bien sé que en todo tiempo se han hecho catecismos; pero no tengo noticia de ninguno, que llene todas las medidas que tengo hoy por necesarias. La mayor parte abrevia demasiado las materias, y solo son buenos para los niños; y fuera de esto solo se expone en ellos lo que se debe creer, sin que por lo comun se expongan ni se expliquen las razones y motivos por qué se deben creer. Y en quanto á mí, yo no he visto

uno solo, aun comprehendiendo los mas famosos que se han hecho en las naciones extrangeras, que en poco volúmen y en estilo de uso junte con las verdades de la Religion la fuerza y multiplicidad de las pruebas que la convencen.

De órden del Concilio de Trento se publicó un extendido y sábio catecismo, produccion de las mas sublimes que han salido de la mano de los hombres; pero su objeto no era probar ni el orígen divino de la Religion, ni la autenticidad de los libros santos. Suponia todas estas verdades, pues hablaba á christianos, y solo se ocupó en explicarnos lo que la Iglesia nos enseña en conformidad de aquellos santos libros, y la virtud de los sacramentos; y yo quisiera que para desterrar este nuevo monstruo de la incredulidad que ahora se extiende tanto por el mundo, se añadieran al fondo de estas verdades, á mas de la historia de la Religion, las razones y motivos que nos deben obligar á su creencia.

Tampoco ignoro que los sábios de todas las naciones christianas estan instruidos de todo esto; pero les ha sido preciso poner mucho trabajo y tiempo, y revolver muchos libros; y yo deseo que haya uno que por sí solo pueda instruir á la juventud, y sea capaz de extenderse hasta el pueblo. Si este libro existe, y es ignorancia mia no conocerle, en hora buena, que se publique, que se propague, y que sirva para la instruccion que propongo; y si no le hay, es cosa muy fácil escribirle, y será muy útil que se escriba. Pero me parece que un libro de una importancia tan general de-

biera estar en las manos de todos, y quando veo la ignorancia que domina en casi todas las clases, temo ó que no existe, ó que no se estudia.

Como quiera que sea, es indispensable que bien sea resucitando este libro, y reformándole segun las necesidades presentes, ó escribiéndole de nuevo, se procure propagarle y recomendarle á la nacion. Si estuviéramos en el tiempo en que se juntaban los Concilios Provinciales, este catecismo seria la obra mas digna de un Concilio; pero los Obispos como maestros de la santa doctrina, pueden aunque separados concertarse entre sí, y tomar el partido que les parezca mas conveniente para la formacion y extension de un libro semejante.

Pueden publicar un prospecto que explique todo lo que debe contener este catecismo, para que por sí mismo no solo represente el magnífico plan de nuestra Religion, sino tambien los evidentes testimonios que nos acreditan que nos viene de Dios, y que segun esto los hombres mas sábios de su diócesis formen un libro, que ellos puedan publicar como el depósito santo de las verdades divinas, como las pruebas mas seguras de su divinidad, y como el libro mas necesario, tanto para la tranquilidad del corazon, como para el gobierno de la vida, sobre todo para que nos instruya y fortalezca contra las seducciones y violencias de la incredulidad.

Luego que estuviere escrito y publicado, quisiera que en todas partes se estableciesen cátedras para aprenderle y explicarle, y aquí repetiré la reflexion que

me causó mucha extrañeza. Casi toda la Europa es christiana, pues aunque por desgracia algunas naciones se hayan separado de la verdadera Iglesia, todas reconocen la divinidad de Jesu Christo, y piensan como nosotros sobre los fundamentos de la Religion. Vuelvo los ojos á ellas, y las veo en grande solicitud por los progresos de las ciencias útiles ó profanas; no hay arte, no hay ciencia que no las haya merecido la mayor atencion: para todas han establecido cátedras y premios; y no veo ninguno de estos esfuerzos para la ciencia de la Religion, y para el objeto mas importante de todos, que es la demostracion de su verdad.

La única institucion que descubro entre todas es el premio anual que estableció á su costa el Ingles Roberto Boile, para el que hiciese una disertacion que probase mejor la verdad de la Religion Christiana, y esta tan digna y bien entendida institucion ha producido escritos admirables. Pero es de observar que el Gobierno á quien tocaba mas peculiarmente este encargo, no solo abandonó á un particular el honor de una invencion tan útil, sino que ha sufrido la afrenta de no haber esforzado un exemplo tan digno.

Es de admirar que España, esta nacion tan devota como magnífica, y que ha dotado con mucho esplendor fundaciones de tantos géneros, no haya pensado en este asunto que es el mas importante de todos, pues es la raiz y el fundamento de los otros. Nosotros tenemos muchas universidades, y en ellas hay cátedras para todo género de ciencias, especialmente

para la Teología, pero no tenemos libro que por sí solo pueda instruirnos, ni persona que por instituto de su empleo esté obligada á hacernos un curso completo del sistema de la Religion, y á demostrarnos las pruebas y testimonios que convencen su verdad.

Sin duda que nuestros padres creyendo de buena fe lo que la Iglesia nos enseña, no previéron que llegaria un tiempo fatal en que ciertos hombres, usurpando el título y la reputacion de sábios, y con toda la astucia de un ingenio falaz y seductor formarian una secta de impiedad, capaz de alucinar la simplicidad de los pueblos. Pero este tiempo ha llegado; y la experiencia nos hace ver, que no solo existe esta secta funesta, sino que seduce á muchos incautos, y que la ignorancia general les da mucha fuerza; porque las naciones y los pueblos no estan bastante instruidos para resistir á sus sofismas: y no solo sabemos que sus errores cunden en la Europa con una celeridad deplorable, sino que somos testigos de los terribles estragos que producen. Es pues tiempo de pensar seriamente en oponer un dique á este torrente de devastacion, y añadir á los otros medios de la vigilancia christiana el de ilustrar y convencer los espíritus, que es el mas eficaz de todos.

El hombre que conoce bien su Religion, no solo admira la sábia dispensacion con que nos la comunicó la bondad divina, no solo contempla, se arrebata y admira el inmenso y magestuoso plan que le presenta, sino que quedando íntimamente convencido de su infalible verdad, por las multiplicadas y evidentes pruebas que le produce, la ama, la sigue con una segu-

ridad que ninguna falacia le puede desquiciar, y le sirve de consuelo en todas las adversidades y los varios sucesos de la vida.

¿Qué firmeza, qué seguridad, qué confianza puede tener el que no ha adquirido mas que nociones obscuras y confusas de su Religion? Todas las bellezas que Dios ha derramado sobre ella, son perdidas para él. ¿Qué sentimientos pueden excitar en su alma tantos prodigios de la bondad divina, si no los conoce? Aun quando supongamos que crea con firmeza las verdades eternas, y que le muevan á temer y amar á Dios, el amor y temor crecerán con esta ilustracion, y la vista de una Religion tan santa, tan magestuosa y tan sublime elevará el corazon á los mas vivos afectos de respeto, de admiracion y de amor.

¿Y qué se puede esperar del que profesa su Religion sin tener de ella la idea que merece, y que Dios ha querido dar á los hombres? sino que poco instruido de lo mismo que cree, y no teniendo fundada confianza en su fe, proceda en todo con pasos tímidos y mal asegurados, quedando siempre expuesto á ceder al primer sofisma que le seduzca, ó á la primera pasion que le combata: en vez de que si se le hallara penetrado de la realidad de sus obligaciones, y de la seguridad de sus esperanzas, fuera una roca inexpugnable que no solo resistiria á las seducciones del error, sino al ímpetu de sus propias pasiones.

Seria pues un lamentable desacierto el no aplicarse á inculcar en los pueblos, así el espíritu como la verdad de su Religion. Por otra parte las fatales circuns-

tancias y las tristes experiencias nos hacen conocer la necesidad de buscar nuevas defensas á nuevos y mayores peligros. Mas volviendo al libro de que hablabamos, y que supongo escrito de manera que demuestre con evidencia y claridad los fundamentos de nuestra santa Religion, digo, que todos los Gobiernos deben concurrir á que este libro sea enseñado y aprendido por todas las clases del Estado.

Bien sé que un estudio tan sério no es propio para la edad primera, pero como por su importancia debiera ser el de toda la vida, yo quisiera que por lo ménos se hiciera dos veces: esto es que se continue como se hace ahora, en enseñar á los niños los primeros rudimentos por un catecismo aprobado, para que sean estas las primeras impresiones que reciban, y que se graben mejor en su memoria; pero que se dispongan las cosas de manera, que quando lleguen á la edad de quince á diez y seis años, quando ya las facultades de su espíritu han desenvuelto toda su inteligencia, esten obligados á volver á empezar esta enseñanza con mas solidez y en toda su extension.

Entónces estarán en estado de comprehender tanto las máximas, como el espíritu de la Religion; entónces podrán sentir toda la fuerza de las pruebas, monumentos y testimonios que convencen de su verdad. Esta se llamará la segunda educacion christiana, y será en efecto la primera ó la única, porque será la verdadera y sólida. Me parece que esto no es imposible, y que lo podrán conseguir las autoridades Eclesiástica y Real, si ambas se reunieren para dictar las órdenes con que esta

segunda educacion se haga general en el Reyno. Sin duda que los sabios y grandes hombres que presiden á uno y otro Gobierno, sabrán encontrar medios mas eficaces de los que á mí me pueden ocurrir; pero ved aquí los que me parecen mas oportunos.

Yo quisiera que en todos los colegios y universidades se destinase una de las muchas cátedras que existen, y se consagrase á este objeto: esto es, que en todas las casas de enseñanza pública hubiese una cátedra bien dotada, y que se considerase como la primera ó la superior á todas las demas; que su objeto fuese hacer cada año un curso completo de Religion, arreglándose al libro reconocido por la nacion y su Gobierno, como la Religion del Estado: que para esto se escogiese el hombre que por sus luces y talentos pareciese mas apto para este objeto, y que su obligacion fuera hacer aprender de memoria á sus discípulos todo lo contenido en el libro, haciéndoles entender, explicar y conferir su contexto, y añadiendo todas las ilustraciones respectivas y análogas, de manera que resultase una instruccion tan sólida como extendida.

Yo quisiera que este estudio se repitiese y renovase cada año, y que se ocupase el año entero en su exercicio; que todos los discípulos de las clases estuviesen obligados desde que han pasado la edad de diez y seis años á dedicar un año á este estudio; y que á nadie se diese el grado de Bachiller sin presentar certificacion de este curso, y de haber sido aprobado por los exáminadores nombrados para este fin; y tambien deseara que esto mismo se practicara generalmente en todos

los estudios, aun en los de las comunidades religiosas.

Asimismo me pareceria conveniente que á ninguno de aquellos á quienes se confiere por la primera vez un empleo sea político, civil, militar ó de qualquiera otra especie que sea, se le pusiese en posesion sin haber presentado una igual certificacion de haber sido aprobado por alguno de estos exâminadores; y seria la obra completa, si los Prelados tambien prescribieran, que ninguno pudiera servir de padrino ó madrina en los bautismos, confirmaciónes ó casamientos sin producir una certificacion semejante.

Me hago cargo de que será mas difícil instruir al pueblo, porque no es posible darle puntos fáciles de reunion en que se les pueda juntar para que todos se instruyan á un tiempo, pero lo que falta á esta clase de proporciones y facultades, se debe suplir con la abundancia, y para esto es menester repartir esta divina palabra con tan larga mano, que pueda llegar á los ménos aplicados; y las Iglesias son el santuario en que debe freqüentarse esta enseñanza.

Me parece que si todos los domingos, ó en el número que pareciera suficiente para empezar y acabar cada año, se diese al pueblo una lectura de este libro en tantas Iglesias como hay en la nacion; me parece, digo, que serian innumerables los fieles que instruidos de la grandeza y certidumbre de su Religion, se excitarian no solo á amarla y obedecerla, sino tambien á unirse con ella con lazos tan indisolubles, que ningun esfuerzo humano los podria separar. En mi dictámen esta instruccion es tan eficaz para reformar las costum-

bres, y hacer buenos christianos, como los sermones mas urgentes sobre los puntos mas terribles del moral.

Porque ¿qué efecto pueden hacer la muerte, el infierno y el juicio en personas que apénas creen, ó que no creen mas que tibiamente, porque su fe es débil, y está obscurecida y casi empañada? Si reciben alguna impresion, no puede ser mas que fugaz y pasagera, porque el alma no la recibe con una fe viva y persuadida, en vez de que el estudio de la Religion convenciéndonos de su verdad, nos descubre al mismo tiempo los designios de Dios, su maravillosa coordinacion tan superior á los límites y obscuridades del entendimiento humano, y nos pone á la vista nuestras firmes y elevadas esperanzas.

Todo esto reunido nos produce sentimientos íntimos, continuos y profundos que nos atraen al respeto, al amor y á la regla. No es posible dudar que esta instruccion tan repetida no haga grandes efectos. Si no se aprovechan todos del fruto, se aprovecharán muchos, estos formarán la pluralidad, y darán el tono á los otros. Se puede esperar que derramándose en una nacion tanta copia de luz, tanta fuerza de conviccion, y que estando esta sostenida por la autoridad y la ley, al fin se forme un espíritu público tan dominante que ha de arrastrar consigo á los que por incuria ó corrupcion no quieren seguirle.

¿Quién puede dudar, dixo mi amigo, que si por estos y otros medios se propagara en la nacion el estudio y la práctica de una Religion santa, y que no

predica mas que virtudes, que no tienen otro objeto que la felicidad de los hombres, no solo esto seria el mejor preservativo para no dexarnos inficionar de esa Filosofía devastadora, no solo aseguraria esto la consistencia de la Religion, la estabilidad del trono, y la pública tranquilidad, sino seria el motivo mas eficaz de mejorar las costumbres, y hacernos tan felices como la condicion humana puede alcanzar á serlo?

Soy del mismo dictámen, dixe yo. Así subscribo con todo mi corazon á esta idea, y para haceros ver quánto se conforma con mi modo de pensar os diré que desde que mi amigo me encargó la educacion de sus hijos, concebí un preyecto que aunque en pequeño se parece mucho al vuestro. Como yo creo que el primero y mas importante estudio del hombre debe ser el de su Religion, porque ella sola es capaz de excitar á la virtud, me habia propuesto de hacer de ella mi principal objeto; y como los niños no estan todavia en edad de hacer un estudio sério y raciocinado, mi intencion era contentarme por ahora con hacerles aprender los primeros elementos, y darles las ideas que pueden recibir.

Pero estoy en el ánimo de formar un escrito tal como vos le proyectais. Quando los niños esten en la edad competente, esta será nuestra mas continua y privilegiada lectura. No solo la haremos una vez con toda la aplicacion posible, sino que la repasaremos todos los años, y me parece :::

Aquí interrumpió mi amigo: Señor Cura, vuestra idea es vasta, magnífica, y digna de un Gobierno ilus-

trado. Á nadie se le puede esconder su importancia; pero como esto no depende de nosotros, es menester dexarlo á Dios; pero de nosotros depende una idea que me viene al pensamiento, y que pudiera ser muy útil. Mariano dice, que está en ánimo de hacer este escrito que sirva para la instruccion de mis hijos: y yo digo, ¿porqué este escrito no servirá para la instruccion de este pueblo á que nos ha traido la providencia? El zelo christiano se debe á todos: que Mariano pues desde luego y sin perder tiempo se ponga á escribirle: él servirá despues para mis hijos; pero que entre tanto se lea en nuestra Iglesia: este será un ensayo: la experiencia nos enseñará los efectos que produce, y que no pueden dexar de ser muy buenos.

El Cura aplaudió mucho la idea, y yo ofrecí poner desde luego manos á la obra. Quando estuvo hecha, el Cura y mi amigo la aprobáron. Yo queria dexarla al primero, para que él mismo la leyese, pero él me dixo: El cielo os ha traido aquí para la felicidad de este pueblo. Vos no teneis otras ocupaciones, yo tengo muchas. Vos sois mas mozo que yo, vos teneis pecho mas robusto, voz mas clara y sonora que la mia; vos podeis declamar con mas fuerza y vigor que yo; por todas estas ventajas el cielo os destina á este ministerio. Mi amigo manifestó el mismo dictámen, y despues de algunos debates me fué preciso ceder á sus instancias.

Allí mismo resolvimos que estas conferencias empezarian el primer domingo de Diciembre, que es el tiempo en que se han concluido los trabajos del campo,

y que durarian hasta el de Ramos, y que nuestra lectura empezaria al fin de la misa mayor. Yo me puse á aprender casi de memoria aquel tratado para poder declamarlo mejor, y le llevaba siempre al púlpito por si me faltaba la memoria; pero miéntras me preparaba á esta empresa, no dexaba de tener alguna desconfianza del suceso, temiendo que mi auditorio se cansase de una novedad á que no estaba acostumbrado.

Llegó el primer domingo de Diciembre, y aunque todos los domingos habia un gran concurso á la misa mayor, aquel era inmenso, y no podia caber en la Iglesia. No me sorprehendí, porque como habiamos hecho un convite general, me pareció que esto y la curiosidad podian haber traido tantas personas; pero ¡quánta fué mi satisfaccion, quánto mi consuelo, quando observé que esta concurrencia no se disminuyó en los domingos siguientes! Yo empecé por hacer un discurso preliminar, en que expliqué el fin y objeto de aquellas conferencias, y el fruto que debia resultar. Lo escucháron con interés, y observé que oian lo demas con gusto y atencion.

Poco despues supe, que aquella lectura fermentaba en sus corazones, que era el asunto de sus discursos, que los padres la transferian á sus hijos, á lo ménos lo que habian oido, los amigos á los que no habian podido venir; en fin, que todos lo conferian entre sí, y que la luz y la instruccion se iban propagando poco á poco. Tambien observamos, que á ningun otro sermon asistian tantos, ni le escuchaban con mas visible complacencia.

La resulta de todo es, que desde el primer año ya

se empezó á ver entre las gentes mas rústicas y groseras una especie de transformacion en su conducta, tanto por la elevacion de sus ideas, como por una mas seria y circunspecta moderacion en su porte. En mi juicio esta es una de las causas que mas han contribuido á la urbanidad de su trato, y á la mejora de sus costumbres; y como cada año se les renovaba la misma instruccion, se ha grabado en los unos, y se ha extendido mas en los otros; de modo, que me parece que hoy no hay ninguno que no esté enterado de su Religion, y persuadido de su verdad. Á Dios, Amigo.

P. D. Despues de tener esta escrita recibo la tuya, en que me das noticia de la nueva comision que te ha dado el Gobierno, y del nuevo viage que vas á emprender. El encargo es honroso, y te da sin duda ocasion de hacer grandes servicios á tu patria. Esto solo te puede consolar de la incomodidad y del riesgo á que te expones. Y pues tú no vas mas que por obediencia, y con vivos deseos del acierto, Dios, que siempre ayuda las buenas intenciones, ayudará las tuyas. Tú te lisonjeas con la idea de que volverás presto. Yo lo deseo; pero viages de esta especie son siempre mas largos de lo que se piensa, y yo temo que este sea tambien de quatro ó cinco años como el otro. Dios disponga lo que convenga; pero espero que si en tus viages hallas medios de darme noticias tuyas, no negarás este consuelo á mi amistad. Á lo ménos te pido, que quando vuelvas no me retardes un instante la noticia de tu retorno. Á Dios otra vez, Antonio mio.

CARTA XLI.

Mariano á Antonio.

Querido Antonio: ¡Qué agradable sorpresa me ha causado tu amable carta! ¡y quánta satisfaccion me ha producido! Desde que me informaste de tu nuevo viage y sus justos motivos no he vuelto á tener noticia tuya, y mi amistad estaba tan quejosa de tu silencio como inquieta de tu suerte. Bien sé que un viage de mar, un destino incierto, y un término poco seguro podian bastar para desarmar la queja; pero tambien eran motivos para aumentar el susto, y yo he sufrido mucho en no saber de tí en tan largo tiempo. Pero al fin ya estás de vuelta, y el cielo te ha conducido con felicidad. Yo le doy gracias, y te las doy á tí de que tu primer cuidado haya sido comunicarme el aviso.

Tú quieres que yo te instruya de nuestro estado y de nuestros establecimientos. ¡Ay, amigo! los tiempos se han mudado. Entónces podia escribirte los progresos y la prosperidad que el cielo concedia á nuestra solicitud con el gozo que siente el corazon quando pinta dulces afanes, que logran ser benéficos. La mano corre con ligereza, y las rosas le dan el colorido; pero hoy, Antonio, ¡qué diferencia! Un velo fúnebre cubre todo nuestro recinto. Hoy nos vemos rodeados de las funestas sombras de la muerte. Imagina la mayor de las desgracias, y esta es la que lloramos. Mi incomparable ami-

go, el hombre en quien Dios hizo tan visible el poder de su gracia, el monumento vivo de su misericordia, y una de las pruebas mas enérgicas de la fuerza y virtud del Evangelio no exîste ya. Dos meses ha que el cielo le arrebató de la tierra, que no merecia poseerle, y arrancándole de nuestros brazos, nos ha dexado huérfanos y desconsolados.

Su muerte fué digna de los últimos años de su vida. Este ilustre convertido leia y meditaba continuamente los santos documentos que le habia dado su Director, que él llamaba su primer apóstol, y el oráculo de su corazon. Todo su deseo era grabarlos en su espíritu para practicarlos. No obstante te diré que á los primeros dias de mi arribo advertí que su inclinacion natural le conducia á la tristeza y á la soledad; pues observé que siempre que podia se retiraba al secreto de su quarto, donde pasaba las mañanas enteras.

Observé tambien, que quando salia de sus meditaciones traia los ojos encendidos con señales de haber llorado, y que al mismo tiempo venia con gesto tan dolorido, y con una expresion tan fuerte de melancolía, que era fácil conocer las angustias de su corazon. Muchas veces se quedaba absorto en sí mismo, no tomaba parte en nuestras conversaciones, y era menester como casi despertarle para que se asociase á nuestros discursos. Era claro que estos eran efectos de su punzante arrepentimiento, y de la profunda impresion que le habian dexado los extravíos de su vida.

Un dia que estábamos solos, y que me pareció que estos sentimientos atribulaban su corazon con mas ac-

tividad, le dixe: Amigo, tu conducta no me parece conforme á los consejos de tu Director. Este te ha dicho que cada estado tiene sus exercicios, y que quando Dios nos da una vocacion, nos señala en ella las virtudes que exîge de nosotros. El solitario, el cenobita á quienes no impone otros deberes, hacen muy bien en consumir su tiempo en el llanto de la penitencia, ó en las contemplaciones del amor; pero aquellos á quienes carga de cuidados activos, que tambien son para su gloria, despues de haber dado un tiempo suficiente á los santos exercicios, deben pensar en este desempeño. El cielo nos ha cargado:::

Aquí me interrumpió mi amigo, diciéndome: ¡Ay Mariano! Quando repaso los muchos y largos errores de mi vida, quando siento mi corazon cargado con el enorme peso de tantas iniquidades, es imposible:: Y bien, le dixe yo: Eso mismo debe servirte de consuelo, y de motivo para el gozo; pues Dios te ha sacado de estado tan infeliz::: ¡Ah! si yo supiera que su bondad me ha perdonado:: ¿Pues qué dudas de la virtud de los sacramentos? ::: No; pero dudo de mis disposiciones, dudo de mi flaqueza, y dudo que un miserable como yo::: Estos sentimientos son buenos, le interrumpí, y deben servirte para tenerte humillado y vigilante; pero todo tiene su medida, y nunca deben excluir la justa confianza. Al contrario nada podrá inspirártela tanto como ver que te ocupas en las virtudes que Dios te impone; pues esto será señal de que te da su gracia para hacerle los servicios, que le son agradables.

Dios te ha dado hijos que debes criar, casa que debes dirigir, vasallos de que cuidar; ve aquí tus deberes, ve aquí el único campo en que puedes sembrar y recoger virtudes, y las que te embaracen el cultivo de estas son extrangeras, y dexan de ser virtudes, porque son contrarias al espíritu de tu vocacion. Despues que un hombre que se halla en tu estado empieza á santificar el dia, pagando á Dios el primer tributo de su reconocimiento y amor; despues de haber dado algun tiempo á la meditacion de su ley, de su grandeza y de sus beneficios; y en fin, despues de haberle ofrecido el inefable y augusto sacrificio, ¿qué puede hacer mejor en lo demas del dia, sino ocuparse en los objetos de que el mismo Dios le encarga? Todo es oracion para el que exercita lo que Dios le ordena. La intencion lo santifica todo, hace divinas las cosas mas indiferentes, y transforma en preciosas las mas viles.

Sin duda que es un motivo eterno de disgusto para el hombre haber desconocido y agraviado á su Dios, haber malogrado muchos años de su vida, y haber hecho cosas, cuyo recuerdo destroza el corazon; pero esta es la condicion de la flaqueza humana. ¿Y qué otra cosa puede hacer el miserable quando ya estan hechas las faltas, que recurrir á los remedios que la Religion le presenta? El que ya tiene la felicidad de haberse acogido á este sagrado, el que ya siente que con un sincero dolor está resuelto á perder la vida ántes de ofender á Dios, y que le pide de veras que sostenga su flaqueza, haria mucha injuria á su misericordia, y manifestaria no fiarse bastante en sus promesas, si descon-

fiara de su perdon, y no esperara en los socorros de su gracia.

Esta conversacion fué muy larga, y me parece que hizo algun efecto en su espíritu; pues desde aquel dia le noté tomar un tono diferente. Le observé que en todas ocasiones procuraba esforzar su ánimo con las ideas de la humilde confianza que la Religion nos prescribe, y me pareció que con una progresion insensible estas ideas daban otra expresion á su exterior. En efecto, la confianza logró introducirse en su alma, y la serenidad en su semblante. La solidez y la hermosura de la Religion, de que se hallaba tan penetrado su espíritu, habian aumentado su natural sensibilidad, y siempre que se recogia en la oracion, ó quando hablaba de Dios, los ojos se le enternecian con el llanto.

Pero este llanto era de otro carácter: ya no eran las lágrimas amargas de una compuncion austera que derrama el dolor por un mal, que considera irreparable, y que acompañan las inquietudes del temor; eran lágrimas de un corazon agradecido, que siente la inmensidad del beneficio, y quisiera pagarle con la confianza del amor. Su paso era mesurado; su trage simple, pero decente; su exterior circunspecto, pero amable; su tono serio, pero dulce; y como á todo esto se juntaba su noble y agradable fisonomía, adornada ya con los blancos cabellos que le empezaba á dar la edad, todo representaba en él la figura del buen Christiano, y del hombre de bien.

Era imposible verle sin amarle, y sin sentirse penetrado de respeto y veneracion. Su aspecto solo ins-

piraba la confianza, y exhortaba á la virtud; pero estos sentimientos crecian mucho quando se le miraba de mas cerca. Su vida era sóbria, sujeta á una regla, y siempre ocupada en sus obligaciones. No solo fué el alma el móvil, y el que hacia todos los gastos de nuestra Sociedad, sino el mas ardiente de sus cooperadores. Á pesar del descuido de su educacion, sus talentos naturales le hiciéron adquirir una inteligencia superior en todos los objetos de las artes, y la hizo servir á nuestra utilidad con muchas ventajas.

Despues de reglar todas las mañanas sus negocios domésticos, y miéntras yo me ocupaba en la enseñanza práctica de sus hijos, mi amigo recorria todos los dias las fábricas, sus trabajos y manufacturas. Á todas llevaba la inteligencia, el acierto y el estímulo del zelo. Tambien visitaba los enfermos y necesitados. Añadia á los socorros mas necesarios que habia suministrado la Sociedad, los que su beneficencia creia útiles ó agradables. Los consolaba, despertaba la atencion de los asistentes, de los ministros de la salud; y sobre todo procuraba la prontitud de los socorros christianos quando el peligro los hacia oportunos. Lo único que se permitia quando le quedaba algun tiempo ántes de comer, era dar solo un paseo por el campo. Nos decia que esta era la hora de su grande lectura; porque iba á leer lo que Dios nos ha escrito en el libro inmenso de la naturaleza: las reflexiones del dia solian ser el asunto de la conversacion en la mesa.

Esta era frugal, pero proporcionada y suficiente para

nosotros y su familia, sin permitir nada esquisito ni costoso. Despues de comer ya no se apartaban de nosotros, y quando el sol empezaba á templar sus ardores íbamos juntos al paseo. Creia que este exercicio era conveniente para sus hijos, y se complacia en verlos correr, saltar y acostumbrarse á toda especie de fatigas con los demas muchachos del pueblo. Decia que esto era útil para fortificar su temperamento, para hacerles adquirir agilidad, y él mismo los excitaba con el estímulo de ganar los premios en los combates gimnásticos de nuestras fiestas.

Algunas veces nos ocupabámos en nuestros paseos con el estudio de la historia natural. Mi amigo la aprendia con una ansiosa solicitud, y cada flor, cada planta, cada piedra le daba nuevos motivos de admiracion y de amor hácia el autor de maravillas tan bien organizadas. Una parte de las primeras horas de la noche, miéntras yo me ocupaba con los niños, él la pasaba en reglar sus negocios domésticos, ó en meditar la ley divina. Quando yo acababa mis lecciones haciamos todos una lectura útil, que él animaba con reflexiones oportunas, y yo admiraba con freqüencia el fuego de la virtud en que ardia su corazon, y que tambien encendia nuestras almas. La cena y las oraciones de la noche llenaban lo demas del tiempo, y así acababa un dia que no era mas que repeticion del precedente, y ensayo para el venidero.

Ya puedes figurarte que el irresistible ascendiente de la virtud, añadido á una beneficencia tan universal, y un zelo afectuoso tan extendido como vivo, debiéron

ganarle todos los corazones. En efecto todos le miraban como un Ángel tutelar descendido del cielo para consuelo y felicidad de esta poblacion. El sentimiento que tanta virtud y tantos beneficios produxéron en todos sus vasallos, no era solo aquel respeto que inspira la superioridad de los talentos, del nacimiento y de la fortuna; tampoco era aquella reverente sumision que nace de la dependencia, ni aquel servil acatamiento con que se espera el beneficio; ménos era aquella humillacion baxa con que se presenta la esperanza quando la acompaña el temor; y tampoco bastarian para describir este afecto ni las ideas que dexan la natural veneracion que se acarrea el mérito, ni la satisfaccion que produce la confianza y la ternura que se gana el amor; era un sentimiento compuesto de todos estos, y los habitadores felices de este pueblo quando veian á mi amigo, sentian movimientos en su corazon, y hallaban en sus labios expresiones que nunca habian podido producir en sus almas la vista de sus padres, hijos, maridos, y los otros objetos mas tiernos de su vida.

De aquí puedes inferir el grado de autoridad que llegó á adquirir entre todos, sin desear tener ninguna, ni mandar jamas nada. Su juicio solo lo arreglaba todo. Ya no habia pleytos, porque él componia todas las diferencias. Ménos se veian enemistades públicas ni desavenencias domésticas, porque él llevaba á todas partes la paz y la amistad en sus labios, y bastaba el temor de desagradarle para que todos y cada qual cediesen á costa de penosos sacrificios.

Á medida que las gentes se iban ilustrando, el va-

lor de sus oficios paternales iba adquiriendo mayor fuerza, y llegó el momento en que cada palabra suya era un oráculo, y cada exemplo una ley. ¡Dichosos ellos! pues mi amigo no se servia de la autoridad que le daban sino para hacerlos felices, para dirigirlos por las sendas de la virtud, y para reformarles las costumbres. No hay hombre que cercado de tropas y cañones se haga obedecer con tanta celeridad y tanto gusto. Mi amigo no tenia mas armas que sus labios, mas castigos que su ceño, y una palabra suya bastaba para reprimir el desórden, hacer respetar la virtud y contener las pasiones.

Dios le dió tiempo no solo para emprehender y acabar todas las empresas que imaginó útiles para la felicidad de esta poblacion, sino para que pudiese ver los frutos, y gozar él mismo de los beneficios que habia hecho. Este pueblo es hoy el trono de la paz, el centro de la abundancia, y el modelo de lo que puede caber en la perfeccion humana. Todo está corriente y arreglado, no hay vicioso ni mal entretenido; un mendigo seria un oprobrio, un borracho un escándalo. Cada qual se aplica á su profesion respectiva, y ya se tiene por vergonzoso no estar aplicado á su oficio el dia de trabajo.

Los de fiesta se pasan entre las funciones de la Iglesia y las inocentes diversiones que estan destinadas para cada uno de estos dias, y todas tienen el objeto de ocupar un tiempo que sin ellas se pasaria en vicios ó discordias. Todas estan ordenadas de manera, que por sí solas puedan contribuir á la mejora de todas las eda-

des. La niñez adquiere agilidad, industria y fuerza; la uventud se forma, adquiere ideas de honor, estímulos de gloria y principios de obediencia y virtud; uno de los sexôs enmedio de la decencia, y con las reglas del decoro escoge la compañía y la dulzura de su vida, y al fin la ancianidad halla el reposo y el respeto, que debe ser la recompensa de sus largas virtudes. Así las buenas costumbres se refuerzan con los exemplos prácticos, y se corroboran mas, porque son mas repetidos. Por este órden cada uno se pone en el lugar que debe, y de este arreglo general resulta la armoniosa consonancia de que nacen la paz, el concierto y la felicidad de todos.

Pero lo que sobresalia mas eran las virtudes domésticas. Mi amigo concibió desde luego que estas son la basa de las públicas, y que sin ellas es una quimera buscar las otras. Con este principio tan seguro su principal ocupacion era poner en estimacion y valor el amor conyugal, la fidelidad de los esposos, el amor y cuidado bien dirigido de los padres, el respeto y la obediencia de los hijos, y en fin la caridad; la paciencia, la dulzura, y todas las demas virtudes de la sociedad humana que la Religion tambien consagra; y en poco tiempo consiguió hacer una transformacion tan general y notable, que presto la fama llevó nuestra reputacion mas allá de nuestra comarca.

Ya los mozos de los pueblos vecinos preferian las muchachas de nuestro lugar; pero estas tenian mucha pena en dexarle. Las grandes señoras de las ciudades ricas eran muy dichosas quando podian encontrar una

criada educada en nuestro pueblo; pero eran pocas las que querian serlo. En fin bastaba ya el renombre de nuestra poblacion para dar á quantos eran de ella reputacion de honradez y de estimacion.

Mi amigo era testigo, gozaba de todo, y con la felicidad que habia dado era mas feliz que ninguno. Quando algunas veces le dabamos noticias, ó le haciamos mencion de tantos y tan bien logrados frutos de su zelo, él nos respondia con los ojos llenos de las dulces lágrimas de su placer: nosotros hemos plantado y regado; pero Dios es el que ha dado el incremento.

En fin yo creo, que si es posible que haya un mortal dichoso en esta vida, lo era ciertamente mi amigo, que lleno del amor de Dios y del zelo mas vivo por la humanidad veia tantos dichosos, de modo que reunia en su corazon la felicidad de todos. ¿Pero quánto mas puro debia ser su júbilo quando consideraba, que este bien estar que les habia procurado en la tierra, los encaminaba tambien al cielo? Que estas eran dichas estables, que debian pasar mas allá de su vida; y dichas fecundas, que sin mas límites que la duracion del mundo debian producir nuevas generaciones, que todas disfrutarian de sus mismos beneficios.

El cielo le dexó gozar algun tiempo de placeres tan raros y exquisitos; pero al fin quiso recompensarle con los que no se acaban. Nosotros habiamos observado que despues de algunos dias se veia una sensible alteracion en su salud; su semblante parecia pálido y marchito, sus facciones alteradas, sus ojos apagados y lánguidos, su apetito disminuido, y él mismo se que-

jaba de continuas vigilias y desasosiegos. Nosotros no nos atreviamos á mostrarle nuestra inquietud; porque este hombre tan blando y tan humano para otros, era muy duro para sí mismo, y su dulzura jamas oia con desagrado, sino solo lo que podia ser cuidado ó inquietud de su persona.

Por otra parte temiamos hacerle ver nuestro temor. Pero un dia que con sus hijos haciamos nuestro paseo ordinario de las tardes, y que respirábamos en un olivar el ayre puro de los campos, ved, nos dixo, esos bellos olivos. Es verdad que su color es mustio, y parecido al de los cipreses! ¡pero qué diferencia en los efectos! Al ciprés seco y sin fruto su tristeza y su esterilidad le han condenado á ser el símbolo de la muerte. Es el único adorno funerario que puede decorar los depósitos solitarios en que reposan las frias cenizas de los que yacen; pero el olivo fructífero y fecundo es el símbolo de la paz, y contiene en sus ricas producciones todos los principios de la vida.

Con este motivo nos hizo segun su costumbre un sublime discurso sobre el aceyte, llamándole la mas útil criatura de Dios. Despues de habernos explicado los usos en que el hombre le convierte, tanto para su alimento como para las artes y manufacturas, nos expuso las relaciones que tiene con el cielo, las virtudes con que Dios le santifica, y como es el símbolo misterioso de los mas elevados exercicios de la Religion.

Observad, nos decia, como con el oleo consagrado se hace el santo chrisma que nos abre en el bautismo las puertas del cielo, y nos graba con un buril

indestructible el carácter indeleble de christianos. Como por su virtud desciende á nuestras almas el Espíritu divino que corrobora nuestra fe, y nos inspira fuerza para resistir al torrente del mundo, y al de nuestra propia corrupcion, dándonos fuerza para superar hasta el furor de las persecuciones.

Observad que con él se comunica al Sacerdote el inefable poder con que puede derramar sobre nosotros la sangre de Jesu Christo, y lavar nuestras culpas. Que con él se confiere á los Obispos el carácter eminente de Legados de Jesu Christo, y de Pastores de nuestras almas; y que por fin tiene la virtud de purificar nuestros miembros quando los han profanado los pecados, de quitarles las manchas que han contraido, y de hacerles recobrar la gracia y los títulos de adopcion que el Espíritu Santo les habia dado en el bautismo; y sobre todo que este es el postrer vehiculo con que el alma se transporta á su patria inmortal, las últimas alas con que vuela al seno de su Criador.

Despues de haber dicho muchas cosas sobre este asunto se volvió á mí, y me dixo: Mariano, yo tengo mucho deseo de recibir con tiempo el sacramento de la Extrema Uncion, porque es el último auxîlio de los que se embarcan para la eternidad. Estos miembros groseros prostituidos tan largos años á la iniquidad de sus sentidos han menester recibir este último baño de la sangre del cordero. Amigo, yo reclamo tu amistad, y tambien interpelo tu religion. Tambien reclamo el amor y la ternura de mis hijos, y pido á todos, que si la enfermedad entorpece mis sen-

tidos, no me dilaten por una falsa prudencia, ó por un vano temor de afligirme, este santo remedio, en que tengo mucha confianza, y que yo considero necesario.

Sus hijos se lo ofreciéron, y yo añadí: Para mí es muy fácil hacer lo que deseas, porque estoy persuadido de que este sacramento no solo es útil para la salud del alma, sino que tambien lo es muchas veces para la del cuerpo. Así lo cree la Iglesia, y la experiencia lo acredita cada dia; pues apénas se unge á los enfermos con los oleos sagrados quando empiezan á sentirse mejores, sea que Dios aumente la virtud de los remedios, ó que comunique sus luces al Médico para que los escoja con acierto. Así puedes estar seguro de que no olvidaré diligencia tan oportuna.

Mi amigo se enternecia. Pareció escuchar con satisfaccion mi oferta, y la aceptó con expresiones de gratitud; pero sea que este largo y muy sentido discurso le hubiese fatigado, ó que ya empezaba la enfermedad á desenrollar los síntomas que despues se manifestáron, quando dixo estas últimas palabras, una súbita palidez habia descolorido sus mexillas. Se sintió malo, y no pudiendo sostenerse en pie, se recostó sobre la tierra. Nosotros nos turbamos, y acudimos á socorrerle; pero él nos hizo señas con la mano de que le dexásemos tranquilo, y lo hicimos así, sin atrevernos á decirle nada, porque conociamos que le importunarian nuestras inquietudes.

Este silencio fué largo, porque tardó mucho en recobrarse; pero quando pasó aquella congoja que le habia oprimido, y se sintió mejor, poniéndose en su asien-

Se sintió malo y no pudiendo sostenerse en pie se recostó sobre la tierra. Nosotros nos turbamos, y acudimos á socorrerle.

no nos dixo: Yo espero, amigos mios, que vosotros no sereis de aquellos que hacen un estudio de distraer á las personas que aman de la idea de la muerte. Esta fatal prudencia solo puede ser hija de una fria amistad, ó de una fe muy débil; y yo deseo que mis amigos me dexen gozar del mas dulce de mis pensamientos, que es la proximidad del término de mis esperanzas.

¡Ay hijos! considerad lo infeliz que es el hombre, que para no afligirse se halla reducido á la necesidad de olvidar que ya está cerca de morir! ¡Reflexionad quán glorioso es para la Religion el que solo en su seno la muerte sea una felicidad! Mariano, la Filosofía que ha disputado y ha intentado obscurecer todas las verdades que incomodan á los vicios, debe estar desesperada de no poder negar la muerte, que es el término y el castigo de todos. Si hubiera podido quitar á los hombres la idea de la muerte, mucho hubieran logrado sus esfuerzos para tranquilizar las pasiones, y para extinguir los remordimientos. Si no se hubiera visto morir á nadie, si la providencia hubiera destinado un dia fixo para la muerte general de todos como le ha señalado para que todos resuciten, los sofistas hubieran pretendido que la muerte era una idea supersticiosa, como pretenden que lo es la resurreccion.

Pero la incredulidad que se atreve á negar todo lo que no se ve, no puede negar lo que dice la revelacion quando la experiencia lo acredita, y es mucha desgracia suya que la falte este recurso precisamente en el punto mas decisivo, en el asunto mas importante, y en que desearia mas nuestra corrupcion que se la quitasen

sus terrores. Lo peor para ella es, que ella misma aumenta los horrores naturales del sepulcro, y duplica las angustias de la muerte, pues nos quita todas las esperanzas sin quitarnos ninguno de sus horrores.

Solo el buen christiano puede consolarse con la muerte, porque sabe que nada se destruye en el espíritu que le anima, y que la muerte no hace mas que dar otra forma á su existencia, que se queda lo que era; que léjos de extinguirse no hace mas que transformarse, y mejorar de suerte, pasando de una vida de prueba y pasagera á otra mas elevada, en que empieza una duracion que nunca acaba. Por eso el christiano es el único que puede hallar la certidumbre de su eternidad en las cenizas frias de esos tenebrosos subterráneos, que se tragan todas las generaciones de los hombres.

Despues de este discurso mi amigo sintiéndose mejor, nos propuso volver á casa sin dar nueva señal de indisposicion. En el camino le dixe: Que seria bien avisar á Don Francisco para atajar ó precaver qualquier riesgo. Este Don Francisco era el Médico que mi amigo habia hecho venir al lugar, y que por su talento y acierto habia obtenido nuestra confianza. Mi amigo me respodió: Que venga en hora buena. Yo debo y estoy pronto á hacer lo que me ordene; pero Mariano, añadió acercándose á mí, y baxando la voz, los hombres no pueden estorbar lo que el cielo dispone. Me parece que ha llegado la hora, y una voz interior me dice que ya es tiempo de ir á esperarte en la eterna mansion.

Estas palabras me hiciéron estremecer, y aunque

procuré disimular á causa de sus hijos, sentí que me dió un vuelco el corazon. Él me las habia dicho con ayre tan agradable y risueño, que sus hijos no pudiéron comprehender nada; pero en mí produxéron una impresion tan profunda y dolorosa que no le pude responder. La serenidad de su semblante, y la firmeza de su expresion me parecièron una prueba segura de la certeza de su presentimiento.

Don Francisco despues de bien informado nos dixo, que todavia no podia hacer juicio, y que para formar un concepto fundado era menester que el tiempo diese algunas otras indicaciones; que todo aquello que habian observado podia no tener alguna consequencia. No obstante le prescribió un régimen, que dixo ser bueno para todos los casos, y mi amigo se sometió con docilidad; pero yo veia que esta obediencia era mas virtud que esperanza, y que á pesar de las conjeturas favorables en que abundaba nuestro deseo de su recobro, mantenia imperturbable en su corazon la idea de su próximo fin. Nosotros con todo eso empezamos á esperar: porque en tres dias enteros no volvió á sentir nuevo ataque ni otra flaqueza.

Él mismo sintiéndose tan bueno, nos propuso renovar nuestros paseos de la tarde. El Médico los aprobó diciéndole, que el ayre podia serle favorable, con tal de que el exercicio fuese moderado, y no largo ni violento; y con este salvoconducto nos resolvimos á ir aquella misma tarde al cementerio. Pero me parece que hasta ahora no te he dado ninguna idea de este edificio, y te le voy á explicar.

Quando mi amigo vino á este lugar, y se ocupó en reedificar la Iglesia, dándola la forma magestuosa y decente que tiene hoy, observó que se enterraban en ella los difuntos. Á su talento tan lleno del amor de la humanidad no se podian esconder los inconvenientes de esta práctica; pues en efecto ni es prudente ni christiano exponer á los que van á adorar al Dios de los vivos á que se contagien con los vapores de los muertos.

De acuerdo pues con el Cura y las demas autoridades públicas determinó construir un cementerio separado donde se pudieran transportar todos los cadáveres de la Iglesia que estaban en estado, y donde se enterrasen todos los que murieran en adelante, y tambien hizo levantar en él una capilla suficiente para celebrar en ella los oficios de los difuntos. Por este medio la Iglesia se conservaria pura sin recibir mas incienso que el que la adoracion y el amor presentan al Dios de los vivos, y en el cementerio se podria ofrecer con los ruegos y oblaciones que se dirigen al alivio de los muertos.

Como al mismo tiempo mi amigo hacia construir al contorno del lugar una alameda ó paseo público, y que al fin de este se hallaba un valdío, le pareció escogerlo para que se fabricase en él el cementerio, pues por este medio á la oportunidad y cercanía del sitio podia añadir la ventaja del camino. Estando el paseo empedrado, y siempre bien conservado ofrecia en todo tiempo un camino fácil para todos. Allí pues, y precisamente en el sitio en que la alameda se termina, para acortar en lo posible la distancia, hizo tomar las medidas, y dispuso un vasto espacio quadrado, que hizo cercar con muros elevados.

Enmedio hizo construir una capilla para depositar los cadáveres, y celebrar en ella los sacrificios y oficios funerales que la Religion consagra á los que han terminado su carrera. Los quatro ángulos espaciosos que quedaban fuera de la capilla, estaban destinados para la inhumacion indistinta y general de todos los vecinos. Mi amigo no queria que quando la providencia con sus dones, y la muerte con su guadaña segadora igualan á todos los humanos, el orgullo se atreva á pasar mas allá de los confines de la vida, y que pretenda poner una distincion soberbia entre cadáveres, cuyas cenizas presto serán confundidas. Á la entrada hizo poner una puerta de hierro con verjas, de modo que los claros separados dexaban penetrar la vista, permitian la de la capilla que estaba enfrente, y se podia registrar todo el interior; solo la podian detener algunos tristes y funestos cipreses que hizo plantar al contorno de la capilla, para que con su mustia y muda tristeza anunciasen el destino de aquel lugar.

Pero para quitar á este lúgubre recinto en quanto era posible el austero semblante de su terrible y pavorosa imágen, y para neutralizar los mortíferos miasmas de sus vapores pútridos, hizo plantar no solo verdes y lozanos naranjos, sino quantas plantas y flores olorosas podian producir con sus fragrancias muchas exhalaciones balsámicas. Allí estaban plantados y confundidos el romero y el espliego, el mirto y el jazmin, y hasta el encarnado clavel y la agradable rosa contribuian con sus matices y perfumes á amenizar la seria rigidez de aquel sitio.

Parecia que mi amigo habia querido despojar á la muerte de una parte de sus horrores, y si los difuntos hubieran podido ver desde sus irrevocables destinos los oficios que les hacian los vivos, hubieran tal vez imaginado que se les preparaba otro paraíso. Pero no, este era un jardin que la naturaleza queria presentar á la fe para preservarla del temor del contagio en sus exercicios fúnebres, y al considerar la pompa y abundancia con que habian prosperado las fecundas semillas, se podia imaginar que tambien ellas habian querido presentar la imágen de la resurreccion.

La capilla era vasta, pero simple, y de una arquitectura sólida y severa. No habia mas que un altar, pero era grande y sério. No habia en él mas que un devoto crucifixo, y en su presencia ardia sin cesar una lámpara que representaba la no interrumpida duracion de la eternidad. Todos los adornos que se veian eran fúnebres y análogos al objeto de este establecimiento. En los dos ángulos de las paredes laterales se habian abierto quatro grandes nichos en que se colocáron otros tantos esqueletos, y estos eran las respetables reliquias de quatro personas veneradas, célebres en su tiempo por la alta virtud que profesáron.

Entre ellos estaban los huesos de un antiguo Cura, que la devocion habia separado de los otros, depositándolos en una caxa que se habia conservado en la Iglesia colocada en un sitio respetuoso. Mi amigo los hizo tambien sacar, y conservando el órden con que la naturaleza los establece en la estructura de los cuerpos, los hizo poner en uno de aquellos nichos, y lo cerró todo

por delante en cumplimiento de lo dispuesto por la Iglesia. Mi amigo decia, que miéntras estos hombres venerables, que habian seguido sobre aquella tierra la Cruz de Jesu Christo, esperaban la aprobacion de la Iglesia para ser presentados al culto, podian indicar su situacion para la memoria y el exemplo, que estas imágenes despertando la idea de sus virtudes, debian excitar los estímulos de su imitacion, que aquellos eran los mejores libros en que podian aprender los ignorantes y los sábios, y que por lo ménos no podian dexar de inspirar á los que entraban pensamientos graves y religiosos.

Sobre cada uno de estos nichos se habia puesto una inscripcion análoga; y en lo mas alto del altar se leia en grandes letras: *Exultabunt Domino ossa humiliata:* Estos huesos ahora humillados en el polvo volverán á animarse, y se presentarán con alegría delante del Señor. En la fachada de la capilla se grabó otra, sacada de uno de los cánticos con que la Iglesia celebra la gloria de los Mártires: *Sunt hæc plena Deo pignora:* Aquí todo está lleno de Dios. Así en aquel fúnebre recinto todo era sagrado y religioso, todo conforme á las sérias ideas de su objeto; y ya que no podia esconder la imágen de la muerte, á lo ménos la mostraba dulce y venturosa con las sublimes esperanzas de la fe.

Desde que se acabó este edificio, se destinó un dia para bendecir la nueva capilla. Se exâminó si convendria trasladar á ella los despojos de la antigua Iglesia, y aunque muchos pensáron que no debian turbar-

se aquellas cenizas frías, otros creyéron que sería mejor purificar por entero el lugar en que los fieles debian congregarse. Mi amigo se inclinó á este partido, porque fuera de esta razon le pareció que con este motivo podía hacer una solemnidad, que despertaria la reverencia que se debe á los muertos, y la necesidad que tienen de nuestras oraciones. Se determinó pues el dia en que se debia hacer esta translacion, y no puedo darte una idea completa de la seriedad y aspecto religioso con que se solemnizó esta pompa funeraria.

Muchos de los Curas comarcanos convidados por el nuestro contribuyéron á darla mas solemnidad. La víspera se habian colocado con órden y distincion las caxas que contenian los cuerpos conocidos; y cada familia tuvo el derecho de reclamar los suyos quando podian distinguirlos. Á las ocho de la mañana empezó esta lúgubre funcion. La Iglesia estaba llena, y los que podian vestidos de luto. Se dió principio por el oficio de difuntos, que el Clero, aquel dia numeroso, cantó con uncion y respeto. Acabado este, el Cura del lugar y todos los otros revestidos se acercáron á las bóvedas, y entonáron los responsos. Entre tanto mi amigo, sus hijos y todas las personas principales del lugar cargáron en sus hombros las caxas de los difuntos que se debian trasladar; todos nos dirigimos al cementerio, y no es posible imaginar el respeto, la decencia y el religioso silencio de esta triste y devota funcion.

Se bendixo la capilla, y miéntras el Clero iba á bendecir el campo santo, mi amigo y otros se ocupáron en

No es posible imaginar el respeto la decencia y el religioso silencio de esta triste y devota funcion.

sacar de sus cajas, y colocar en los nichos los quatro cuerpos destinados para ellos. De modo, que quando el Clero volvió, ya estaba todo corriente, y el altar preparado para celebrar la misa de difuntos. Uno de los Curas convidados la dixo con mucha solemnidad, y el nuestro nos predicó un sermon corto, pero muy tierno, y lleno de uncion. Despues del sacrificio se entonó un responso general con una gravedad y reverencia dificil de encontrar en un pueblo numeroso y poco instruido.

Esta funcion y otras, que con el mismo espíritu se habian hecho en la Iglesia, habian contribuido á dar al nuestro la idea de la modestia y respeto con que deben santificarse los ritos religiosos. Pero desde aquel dia este edificio quedó únicamente consagrado á los entierros, honras, cabos de año, y todos los demas oficios funerarios. El dia de difuntos se hacen en él todos los oficios del dia, y por este medio la Iglesia desembarazada de toda influencia nociva ha quedado la casa de oracion, en que se presenta á Dios con el sacrificio de los vivos la oferta de un corazon tranquilo y sin zozobra.

Este cementerio era el término freqüente de nuestros paseos por la tarde, y es el mismo á que nos propusimos ir aquel dia. En efecto fuimos, y despues de haber hecho una breve oracion en la capilla, salimos á pasear por el campo. Mi amigo, dirigiéndose á sus hijos, les dixo: Hijos mios, este es el lugar en que vuestro padre viene á meditar sobre la eternidad, para aprender la importante y dificil ciencia de morir. Siempre que he po-

dido me he transportado aquí para preguntar á estas tumbas y á estos áridos despojos de los hombres que yacen sepultados en las entrañas de la tierra, ¿quáles son sus obscuros destinos?

Ellos me han respondido siempre, que allí estan aguardando el terrible momento, en que la trompeta formidable les dará el aviso de que ya es tiempo de presentarse al soberano Juez; que allí aguardan el soplo divino, que los debe animar de nuevo para unirse otra vez con sus almas en los irrevocables destinos de la eternidad. Observad cómo millares de arbustos frondosos han crecido y prosperado á pesar de tantas calaberas inmobles, y como sus flexîbles raices dirigîdas por la insensible mano del tiempo, se entrelazan con tantos huesos áridos y yertos entre las cavidades que han formado.

Se diria que impaciente la naturaleza se adelanta al término que tiene señalado su autor, y quiere anticipar el milagro de la resurreccion. Se diria que ansiosa de presentarnos esta idea, derrama apresurada toda la vida y calor que conserva en su seno, para vivificar quanto encierra en la tierra desanimado y frio, y que nos dice con un lenguage mudo, pero sublime y elocüente. Todo lo que el tiempo destruye, volverá á reedificarse en la eternidad.

Hijos queridos, que entre vosotros y entre vuestros estudios este sea el principal de todos, y el que os ocupe con preferencia miéntras durare vuestra vida. Que este lugar, que, aunque triste, encierra tantas instrucciones, sea vuestro mas frequente paseo, y el objeto de vues-

tra contínua meditacion. Venid á visitarle muchas veces, y siempre que vengais hablad con estos mudos testigos de nuestra caducidad; pero tambien monumentos visibles de nuestras esperanzas. Rogad por los muertos, que sepultados en su cerco estan enseñando el camino, y pedidles que os reciban en el seno de la felicidad.

Yo os aseguro, que en ninguna parte siente mi corazon tantas delicias como las que me inspira este espectáculo sombrío y taciturno. Me parece que esta inmobilidad y este silencio profundo que anuncian el imperio de la muerte, son tambien el magestuoso indicio, el augusto presagio del divino soplo que debe reproducir y volver á dar la vida á todos estos inanimados despojos de los hombres.

Quanto mas considero los multiplicados montones de huesos descarnados y áridos que se pudren, y se confunden con la tierra, quanto mas veo aumentarse su número, quantos mas cadáveres consumen los gusanos en lo interior de estas tumbas, tanto mas me parece que se acerca aquel gran dia en que deben animarse todos. ¡Y quán grande me parece, hijos mios, el Dios del universo, quando le contemplo en la altura de su inaccesible trono, y que allí está como aguardando que la corrupcion acabe de reducir á polvo todas las generaciones humanas, para comunicar su vida y eternidad á todas ellas!

Mi amigo nos dixo otras muchas cosas de esta especie. Nosotros le escuchábamos con veneracion. La enardecida vivacidad de sus ojos, la nobleza de su expre-

sion y los acentos penetrantes de su voz afectuosa daban á su tono tanta fuerza, y parecian introducir sentimientos tan sobrenaturales y divinos, que sentiamos inflamar nuestras almas con su mismo fuego. Nuestra atencion sumisa, y nuestro silencio reverente tenian el ayre de un culto religioso; pero lo que añadia mucho á nuestra satisfaccion era verle hablar con tanto vigor y entereza, pues esto nos acreditaba su robustez, y el recobro de su salud.

En efecto, no parecia entónces ni alteracion en su semblante, ni diminucion en sus fuerzas, y quando volvimos á casa tuvimos sin novedad nuestros acostumbrados exercicios. Al otro dia no salió, porque el Médico le habia ordenado ciertos remedios que produxéron los efectos deseados; de modo, que el siguiente dia se halló en tal estado de salud, que resolvimos ir aquella tarde otra vez al cementerio. Yo empezaba á lisonjearme con la esperanza de que no seria cierto su presentimiento, y daba gracias á Dios de que nos dexase todavía un hombre, que era tan útil para nuestra edificacion, y tan necesario para el establecimiento de sus hijos.

Llegó pues la hora, y nos encaminamos al cementerio; pero ¡ay! este melancólico paseo tan delicioso entónces para mi amigo, y de tanto consuelo para nosotros, era el último que Dios concedia á nuestros ruegos. Desde que llegamos mi amigo se puso de rodillas delante del altar, y mas de una hora se mantuvo postrado en la inmobilidad de un grave y profundo recogimiento. Su semblante estaba inflamado, y sus ojos inundados de lágri-

mas. Su hijo mayor que estaba por detras y cerca de él, volviéndose á mí, me significó su extrañeza y su inquietud, y animado con la mia se levantó, y dixo á su padre, que ya era demasiado estar tan largo tiempo de rodillas, y que esto le podia incomodar.

Mi amigo volvió en sí, como si despertara de un sueño, y sentándose, le dixo: Hijo mio, tú me arrancas una satisfaccion, una dulzura con la que no puede compararse nada de lo que se llama placer en esta vida. Estaba meditando estas palabras de Job: "Yo sé que mi Redentor vive, y que en el último de los dias me levantaré de la tierra para ver á mi Dios con los mismos ojos, con que ahora veo lo que está delante de mí." Esta es la dulce esperanza que consuela mi corazon. ¡Dios grande! añadió, ¿cómo una Religion santa que nos promete tan altos dones, ha podido tener ningun enemigo de su verdad y sus promesas? Despues nos hizo sobre el mismo asunto muchas reflexiones tan justas como luminosas, y yo no cesaba de levantar mi corazon al cielo para darle gracias de su recobro.

Pero no fué de larga duracion nuestro consuelo, pues aunque despues de llegar á casa pasó algun tiempo sin novedad, quando llegó la hora de los exercicios devotos de la noche, y que uno de sus hijos se preparaba á empezar la acostumbrada lectura, mi amigo con un movimiento extraordinario gritó: Misericordia, Dios mio. Corrimos á socorrerle, y ya le hallamos sin razon ni sentido. Su letargo era profundo, y yo temia que fuese precursor de la muerte. El Médico vino apresurado, y á pesar de sus esfuerzos no pudo hacerle volver en sí. Mas

de dos horas duró esta tan entera enagenacion, hasta que Dios quiso que poco á poco volviese á la vida, y recobrase el uso de sus sentidos.

Quando ya estuvo capaz de ver y discernir los objetos, derramó la vista sucesivamente sobre sus hijos y los demas que rodeábamos su lecho, adonde le habiamos transportado. Sus hijos, que hasta entónces no habian dexado de llorar, no pudiéron contenerse, y prorumpiéron en sollozos; pero mi amigo, levantando un poco la cabeza, y ostentando en su semblante aquella séria dignidad, que le era tan natural, me dixo: ¿Qué Mariano, este es el fruto de la educacion christiana que les hemos procurado dar?

Despues volviéndose á ellos, les tomó las manos, y con una voz dulce y enternecida les dixo: Hijos mios, hijos de mi corazon, ¿no quereis que beba el cáliz que el Señor me envia? Con esto se volviéron á renovar sus lamentos y nuestras lágrimas. El Médico nos dixo, que era menester calmar la viveza de nuestros sentimientos, que podian incomodarle. Con esto hicimos salir á sus hijos y los demas. El Médico y yo quedámos solos, y en un silencio profundo para procurarle algun reposo; y en efecto, poco despues le vimos alentar con la dulce respiracion de los que duermen.

El Médico se acercó al lecho para examinarle, y me anunció que era un sueño blando y apacible. Se determinó á pasar allí la noche para observarle, y estar pronto quando despertara. Yo fuí á hacer acostar á los hijos, y volví con el fin de hacerle compañía. El sueño del enfermo duró hasta las quatro de la mañana. Quan-

do despertó pareció sorprehendido de encontrarnos allí; y nos preguntó la hora; se la dixímos, y nos manifestó alguna pena de habernos hecho pasar tan mala noche, añadiendo que todavía no le parecia tan urgente este cuidado.

El Médico se informó de lo que habia sentido interiormente en aquellos dos ataques, y le respondió, que uno y otro no habian traido ninguna preparacion antecedente, y que ambos habian sido golpes súbitos. Que la única sensacion de que le quedaba alguna idea era, como que sentia alguna cosa que le queria sofocar. Que en el primero habia sentido este efecto mas tiempo, porque no habia perdido la razon, y habia luchado contra su violencia; pero que el segundo, aunque mas fuerte, lo habia sentido ménos, porque se habia enagenado, y no podia dar razon de sí. Me parece, continuó, que tengo un enemigo interior que va adquiriendo fuerzas, y desenvolviendo progresivamente su violencia; pues la primera vez me dexó libre el uso de los sentidos, y en la segunda me los ha quitado. En verdad, añadió sonriendo, que si va con pasos tan largos, presto llegará al término.

El Médico le ordenó algunos remedios, que tomó con docilidad, y parecia tan bueno y despejado como si no hubiera tenido nada; pero esta mejoría pasagera no me tranquilizaba ya, pues la experiencia me habia hecho ver que su mal era pérfido y traydor. A las seis dixo mi amigo que deseaba levantarse, y que le parecia que estaria mejor en pie que acostado. El Médico respondió, que no veia ningun inconveniente, y que para el con-

trario pensaba que la sangre circularia mejor. Nos pasamos á la pieza inmediata, para darle lugar de vestirse, y yo me aproveché de esta oportunidad para buscar algun sosiego á mi inquietud.

Pregunté pues al Médico, qué juicio formaba de aquella enfermedad, y con los ojos llenos de lágrimas me respondió, que era un polipo en el corazon. ¿Y qué, le dixe yo, no hay remedio? No, me volvió á decir. La medicina no le conoce, y quando le hubiera, ¿cómo seria posible aplicarle á lo mas íntimo y escondido del pecho? Estas son entumecencias que se forman en sus interiores cavidades. Estas se llenan continuamente con el humor que cae en ellas; quando cae tanto, que ya no pueden contenerle, rebientan, y al rebentar producen estas súbitas explosiones, que causan estos desmayos y parasismos. Si la naturaleza tiene bastante fuerza para resistir á su violencia, pasan, y el enfermo se halla tan bueno, como si no tuviera nada.

Pero la desgracia es, que miéntras goza de esta aparente salud, las cavidades vuelven á llenarse, y sigue alternando esta lucha de ataques y victorias hasta que llega una tan violenta á que la naturaleza cede, y la muerte triunfa. Como nadie puede saber el grado de fuerza que trae cada ataque, nadie puede tampoco conjeturar quál será el último. En general pocos suelen bastar para el estrago, y los de nuestro enfermo han empezado con tanta violencia, que temo que no pueda sufrir muchos. Ya no hay momento seguro, cada instante es un peligro, y es indispensable ma-

nifestarle el riesgo para que tome sus disposiciones.

Miéntras el Médico hablaba, un sudor frio me cubria todo el cuerpo, y con una vista rápida se me presentáron la pérdida que ibamos á hacer, y los embarazos en que yo quedaba con su casa y sus hijos. Levanté mi corazon á Dios, y sin saber lo que hacia me puse de rodillas para presentarle mi humilde sumision. Allí le ofrecí el sacrificio de la vida de mi amigo, uniéndole con el de nuestro Redentor, y pidiéndole que aceptase tambien el mio. En esto nos viniéron á avisar que ya estaba levantado, y nos esperaba; le encontramos vestido, y me dixo al entrar: Apuesto que nuestro Don Francisco te ha explicado el juicio que forma de mis accidentes.

Sí, le respondí yo, y me ha hablado con la sinceridad de un hombre de bien. Entónces le repetí literalmente todo lo que me habia dicho, sin exâgerar ni disminuir nada. Mi amigo lo escuchó con un semblante plácido y sereno; pero quando acabó de oirme, animándose la alegría de sus ojos, y la sonrisa de sus labios, extendió los brazos, y presentándonos sus manos, que nosotros enlazamos con las nuestras, exclamó: Ve aquí dos buenos christianos, dos amigos verdaderos: que el cielo que me los ha dado, les depare otros tan sinceros y fieles. Despues haciéndonos sentar continuó diciéndonos: Amigos, no me decís nada de nuevo, nada que yo no sepa. Dias ha que conozco que se acerca el término de mi vida, y ya se la he ofrecido á Dios en sacrificio de expiacion por mis pecados.

No ignoro que la muerte es el castigo del peca-

do, y el que ha cometido tantos como yo debe aceptarla con espíritu de penitencia para obtener su perdon. Amigos, quando yo considero lo horrendo que es caer en manos del Dios vivo, quando no ha habido tiempo de purificarse de sus iniquidades y delitos; quando me acuerdo que pude morir de repente, y sin un momento de separacion entre la violacion de la ley y la presencia del Juez supremo, me confundo, me abato y me horrorizo; y quando considero que he pasado muchos años de mi vida culpable expuesto cada instante á este peligro, me estremezco de terror, y doy gracias al Dios de las misericordias de que no me haya querido sorprehender en un tiempo en que mi perdicion eterna era inevitable, y de que se ha dignado esperarme, y darme luces para reclamar su bondad por los méritos de nuestro Salvador.

No nos aflijamos pues; y que las luminosas ideas de la fe sean mas fuertes en nuestro corazon que los sentimientos naturales de la flaqueza humana. Dios me llama, y debo responderle como Adan: Aquí estoy. Mis delitos debieran aterrarme; pero su misericordia me alienta, y á pesar del largo desórden de mi vida iré con confianza á presentarme delante de un padre amoroso que me ha dado el tiempo y los medios de lavarme con las aguas de la penitencia, que se ha dignado admitirme á su mesa sagrada, y que ahora mismo me va á repartir el pan del cielo que comunica la inmortalidad.

Armado con estas armas, lavado con la sangre del cordero, y cargado con todos los méritos de Jesu

Christo que no los adquirió sino para mí, pues para sí no los necesitaba; ¿por qué no me arrojaré con alegría entre los brazos de un Dios de amor que me llama, y que desea mas que yo mismo darme una parte de los tesoros de su gloria? ¿Qué es lo que pierdo? Una vida ya cansada, que mi perversidad hizo delinqüente muchos años, que sus luces y auxîlios reformáron algunos dias, y que siempre estaba cercada de peligros.

Ahora pues es quando voy á empezar una vida de gloria que nunca acabará; ahora es quando ya llega el dia de la esperanza, y que iré á ver á mi Dios. Sí; yo iré á verle. Su infinita bondad me inspira esta confianza, y los méritos de mi Redentor me dan el derecho. Jesu Christo crucificado pagó todas mis deudas con sus divinas satisfacciones, y estos son mis títulos. Los Ángeles y demas Bienaventurados si han tenido noticia de mis muchos y grandes atentados, se sorprehenderán de verme entrar en las mansiones celestiales, de saber que voy á ser el compañero de sus dichas, y á entonar con ellos los cánticos del gozo y del amor. Pero esto acabará de hacerles conocer la inmensa bondad de nuestro Dios, les hará ver hasta dónde llega la extension de su misericordia, y les hará inventar nuevos himnos de admiracion para cantar su gloria.

Aquí las lágrimas que hasta entónces solo le asomaban en los ojos, atropellándose en tumulto, se desatáron en raudales caudalosos. Se pone de rodillas, besa la tierra, y con voz mas esforzada dice: Sí, Dios de bondad, Dios de misericordias, que has tratado

con piedad tan divina á la mas perversa de tus criaturas, yo acepto con todo mi corazon la muerte que me envias. *Ita Pater*: sea así, Padre universal de todos los hombres; pues así lo dispones, hágase tu voluntad. Acepto la muerte en espíritu de penitencia, porque es el castigo que impusiste al pecado; pero junto la mia con la muerte de tu hijo divino, para que pueda servir de expiacion á mis muchos y enormes delitos.

Hagase tu voluntad, porque es tuya, hagase, porque siendo tuya, me será favorable. Espero que has perdonado mis iniquidades, y que á pesar de su inumerable muchedumbre me recibirás en el seno paterno de que me sacaste; porque tú eres mas bueno que lo que yo he podido ser malo; porque tu misericordia es mayor que mi perversidad; porque reclamo en mi favor los méritos de Jesu Christo, que son mios, pues me los cedió en la Cruz, y dexó pagados todos mis delitos con sus infinitas satisfacciones; porque tú no desprecias un corazon contrito y humillado; y en fin porque pues moriste para redimirme, tú me ayudarás para salvarme.

Esta oracion fué articulada con tanto llanto y afectos tan sentidos, que nosotros nos deshaciamos en lágrimas. El Médico temiendo que tan impetuosa efusion de sentimientos apresurase los síntomas del mal, se acercó á él, y tomándole por la mano como para ayudarle á levantar, le dixo: Sosegaos, señor: ya Dios os ha escuchado, y por ahora necesitais de reposo. Mi amigo se levantó; pero continuó diciéndonos otras cosas de la misma especie.

Quando logramos que calmara un poco los impe-

fuegos ardores de conmocion tan viva, me dixo: Mariano, pues que cada instante es un peligro, no perdamos ninguno. Avisa al Cura para que venga á confesarme. Yo le pediré que me traiga inmediatamente el viático de mi largo viage, y que no olvide el oleo sagrado que debe ungir las ruedas del carro que debe conducirme. El Cura habia sido su Confesor ordinario desde que se estableció en esta poblacion. Ántes de venir este, pregunté á mi amigo si le recibiria en pie, y él me respondió, que una vez que la enfermedad lo permitia, esto le parecia mas decente.

Entónces reflexioné que era menester preparar un altar para recibir al Señor, y que si se sabia que era para mi amigo, querria acompañarle mucha gente. Con esta idea le propuse que podiamos preparar el altar en el gimnasio. Esta era una grande sala baxa consagrada á los exercicios de los niños en los momentos de su recreacion quando el tiempo era húmedo ó lluvioso, y por su mucha extension daba lugar á un gran concurso. Mi amigo lo aprobó, y yo salí á ponerlo en execucion.

Miéntras el Cura quedó solo con mi amigo para confesarle, yo me ocupé en ponerlo todo corriente, y apénas salió aquel para volver con el sagrado viático, quando mi amigo me llamó, y me dixo: Yo no quisiera ver á mis hijos en este momento en que su presencia puede conmover mucho mi sensibilidad, y quisiera emplear todas las facultades de mi alma únicamente en la visita que voy á recibir. Te ruego, Mariano, que los lleves á la Iglesia para que acompañen al Señor de ida y vuelta, y que los

prepares á someterse á las órdenes de la providencia con la resignacion y la entereza de un christiano.

Yo le propuse quedarme para asistirle; pero él me respondió: No, para eso bastan los criados, y lo que yo pido ahora á tu amistad es, que no ocupes tu atencion mas que en mis pobres hijos. Yo le obedecí, hice quanto pude para que recibieran noticia tan dolorosa con la constancia y resignacion christiana; pero no me costó poco tiempo y esfuerzo para ponerlos en estado de que me acompañasen á la Iglesia. Allí encontramos ya un concurso inmenso, porque desde que sonó la campana con señal de viático se propagó en un instante que era para mi amigo, y hubo una grande turbacion en el pueblo.

Muchos que ni siquiera sabian la enfermedad, se sorprehendiéron de que la primera nueva que llegaba á sus oidos fuese lo que suele ser lo último que se sabe, y todos parecian tan aténitos como consternados. Venian á mí con semblantes macilentos y descoloridos á preguntarme de la enfermedad y del estado del enfermo; y quando yo les confesaba la ninguna esperanza de su recobro prorrumpian en llanto y gritaban al cielo con el acento del dolor mas vivo. No se veia mas que un triste y desconsolado movimiento; no se oian mas que los acentos del suspiro, y los gemidos del afan. Esta escena fué muy terrible para mí, y acabó de destrozarme el corazon.

En fin salió el Cura conduciendo al Señor, y todos se pusiéron en fila para acompañarle, formando una procesion tan numerosa, que casi ocupaba el espacio que hay de la Iglesia á la casa. Jamas hubo una

reunion tan fervorosa y tan devota, jamas se ha implorado el cielo mas de veras. Pero ¿quál fué el asombro del mismo pueblo, que esperaba encontrar al enfermo como sucede por lo comun recostado en su lecho, quando le vió postrado en la puerta de la sala que puesto á un lado, y dexando la entrada libre, esperaba de rodillas al Dios que por la última vez venia á visitarle?

La sorpresa y el dolor, á pesar de la reverencia que se debe al culto, excitáron un grito casi general. Los unos lo mostraban á los otros; todos se afligian, todos se consolaban sin poder discernir entre sus confusos sentimientos si debian afligirse de saber que iba á recibir los últimos sacramentos; ó si debian consolarse al verle en un estado que parecia tan léjos de peligro.

Quando entráron á la casa, y viéron á mi amigo arrodillado, se oyó que todos sin distincion, viejos, mozos y niños le dirigian en voz baxa aquellas expresiones afectuosas que les arrancaba el dolor. Unos decian: Que Dios conserve á nuestro padre; otros: Que Dios prolongue con mi vida la de nuestro bienhechor; y todos: Que Dios tenga misericordia de nosotros; pero mi amigo, inmóvil, y con la vista siempre fixa en su Dios parecia no tenia sentidos para advertir las demostraciones y los discursos de los hombres.

Luego que el Señor pasó se levantó, y se puso á seguirle. Quando el Cura le puso sobre el altar, mi amigo se postró allí delante; pero ¿quién podrá, Antonio mio, describir esta tierna y sublime situacion! ¡Qué áun luminosa era á los ojos de la fe, y quán agradable de-

bia ser á los espíritus inmortales que veian en la tierra una imágen de sus adoraciones en el cielo! ¿Quánto debia complacerles un pueblo religioso, que humillado en presencia de su Dios le pedia con fervor la conservacion de un hombre benéfico, y que en las mismas oraciones que hacia, exercia las virtudes de la caridad y de la gratitud!

¡Quán agradable debia serles el esfuerzo de su religion, que á pesar de la actividad de su dolor y de la abundancia de sus lágrimas contenia el ímpetu de sus sollozos y alaridos, para no interrumpir el respetuoso silencio que debe la fé á la magestad de tan alto misterio! Pero ¿quánto mayor debia ser su placer quando veian al penitente ya justificado, que lleno de sumision y de amor estaba haciendo á Dios el sacrificio de su vida, que esperaba recibirle para volar con él al seno de su gloria, y que presto seria el compañero de sus delicias inefables!

En quanto á mí, Antonio, ya me parecia verle rodeado del glorioso resplandor de que ahora goza; ya creia descubrir en su semblante el augusto carácter de predestinado; y en efecto en su rostro se manifestaba toda la firmeza de su fe, en la actividad de sus ojos todas las llamas de su amor, en su solicitud fervorosa todas las ánsias de su corazon, y en la dulzura y nobleza de su fisonomía todo el consuelo de sus felices esperanzas. Yo no puedo resistir, amigo, á la impresion que me han dexado recuerdos tan dulces como tristes; mis ojos se deshacen en llanto, y mi corazon no basta á soportar sentimientos tan vivos. Que él me obten-

ga la dicha de llevarme quanto ántes á las mansiones en que habita.

Quando se acabó esta funcion divina en que tambien recibió todos los demas auxîlios de la Iglesia, todos volvimos á acompañar al Señor, y él quedó sumergido en su profundo recogimiento; y desde que dimos fin á lo que exîgia nuestra reverencia, volvió á empezar un nuevo clamor con que se desahogaba la inquietud general. Todos me cercaban para informarse de mí. Todos trabajaban para arrancarme una esperanza, que no les podia dar. Muchos ofrecian misas, penitencias y oraciones muy vivas, y ninguno dexaba de mostrar toda la amargura de su pena. Me costó tiempo y trabajo poder desembarazarme de una solicitud tan tierna como interesante; pero deseaba volverme presto para continuar mis oficios piadosos con mi amigo.

Tambien deseaba aprovecharme de un momento de soledad para volver á inculcar á mis jóvenes discípulos las máximas christianas, á fin de fortalecerlos contra el natural dolor de su corazon, y que su justa sensibilidad no turbase los últimos suspiros de su padre. Por eso quando volví con ellos á la casa, ántes que le viesen los llevé á mi quarto, tanto porque yo no me atrevia á presentárselos sin su órden, como para que quando este viniese, se hallasen ya preparados para trance tan amargo.

En efecto quando fué tiempo pasé con ellos al quarto de mi amigo. Allí encontramos diferentes personas que habian venido á verle, y todos para consolarle le contaban las demostraciones públicas de dolor, y la conster-

nacion general de todo el pueblo. Mi amigo para cortar discursos que podian lisonjear su vanidad ó su amor propio, respondia humildemente: Es misericordia de Dios que no me hayan conocido ántes, para que puedan dignarse de verme ahora con algun interés.

Pero al instante que quedamos solos llamó á un criado, y le dixo: Yo no quiero consumir la poca vida que me queda en visitas inútiles. Así que en adelante no entren á mi quarto mas que el Señor Cura, el Médico, Mariano y mis hijos. Pero para que puedan saber de mi estado los que se interesan en mi salud, Don Francisco se servirá dar todos los dias una noticia por escrito, que podrán leer los que lo desearen; y que se les pida en mi nombre que me encomienden á Dios. Quando se fué el criado, añadió: Ya no hay momento que desperdiciar, todo el tiempo es ya necesario para despedirme de los mios, y prepararme á entrar en los insondables abismos de la eternidad.

Despues volviéndose á sus hijos con un semblante risueño y agradable, les dixo: ¡Hijos mios! ¡hijos queridos! Dios concede una muerte muy dulce al hombre que mas ha merecido los castigos de su justicia inexôrable. ¡Tiernos pedazos de mi corazon! no os aflijais, no lloreis por mí. Mi alma está nadando en un mar de alegría, y llena de esperanza y consuelo aguarda el momento en que su Criador se la lleve, y la sumerja en la indisoluble y deliciosa union que Jesu Christo ha prometido á los que le adoran. Llorad, hijos mios, por los infelices que mueren sin haber conocido la excelencia y divinidad de nuestra santa Religion.

Pensad bien, considerad, y nunca olvideis estas sublimes palabras, que nuestro Salvador nos dexó escritas: El que vive y cree en mí, no morirá jamas. Esta promesa divina está resonando ahora en lo mas íntimo de mi corazon, y quanto mas me acerco al término de mis alientos, tanto mas mi espíritu se avanza, inclinándose hácia los brazos del Padre celestial, que quiere recibirme en la perpetuidad de su divina luz. Todas mis potencias embargadas con un dulce embeleso meditan estas palabras de los oráculos divinos: Ya tu Dios va á introducirte en su eterno reposo: ya va á penetrar toda tu alma de todos sus resplandores; y un dia sacará tambien tus huesos de la obscuridad, para que reverbere sobre ellos el inmenso resplandor de su gloria. ¡Qué esperanzas, hijos mios! ¿Quién puede meditarlas sin desfallecer de admiracion y de amor?

Pues bien, hijos queridos, estas palabras de tan gran consuelo han sido dictadas por Dios mismo, y hacen parte del cántico sagrado que la Iglesia consagra á los que mueren en su seno; estas palabras divinas van á cantarse presto sobre mi yerto cadáver quando será conducido al cementerio. Vos las escucharéis, hijos mios, y os pido que las escucheis con mucha atencion, consuelo y reverencia quando las canten sobre mí. Considerad entónces, que si ya no veis sobre la tierra mas que un cuerpo exánime, una ceniza fria, es porque mi espíritu ha volado al seno de su Dios, y que si el Señor me ha perdonado, ya goza con los Bienaventurados de toda la felicidad del cielo.

Que esta consideracion, amados hijos, endulce la

amargura del dolor natural, y con ella mi muerte léjos de afligiros pueda consolaros: que la verdad de la Religion supere á la ilusion de los sentidos, y que la fe sea mas fuerte que la naturaleza. Si yo no consultara mas que las reglas de la prudencia humana, debiera excusar á vuestra edad jóven, y á vuestro tierno corazon esta triste escena de dolor; pero vosotros habeis recibido una educacion christiana, y sabeis que el hombre ha nacido para sufrir y resignarse. Debeis estar prontos á someteros á todas las disposiciones del cielo, y es bueno que os familiariceis desde luego con la vista y la imágen de la muerte. La muerte no puede ser terrible y pavorosa sino á los que abandonan la virtud; y tambien sorprehende á la edad juvenil.

Yo quisiera dexaros establecidos, y ya rodeados no solo de dos esposas virtuosas, sino de los hijos de vuestros hijos; pero como sé que Dios es nuestro Padre, y el mas amoroso de los padres, y que sabe mejor lo que nos conviene á todos, hago acallar este grito de la naturaleza; y me arrojo rendido entre los brazos de su providencia. Demasiadas pruebas me ha dado de su proteccion para entregarme á ella lleno de confianza. ¿Y quál puede ser mayor que la que me presenta en este lance?

Discurrid, hijos mios, quál seria mi desconsuelo si ahora que la muerte va á separarme de vosotros, en la edad en que empiezan los peligros, y quando vuestra razon sin experiencia necesita todavia de una guia que os dirija, de un padre que os instruya, y de un amigo que os sostenga, el cielo no me hubiera deparado

un sucesor que llena todos mis deseos, un sucesor que ha hecho con vosotros los oficios de padre mejor que yo mismo, y sobre cuyo buen corazon reposa el mio con descanso.

Ya sabeis, hijos mios, que desde que el cielo le conduxo á nosotros, yo le traspasé todos los derechos de la naturaleza. Habeis visto el amor, el desvelo y la atencion con que los ha desempeñado. ¿Cómo no creeré pues que continúe, y con mayor esfuerzo, si es posible, ahora que no los tiene de mí sino del cielo? Sí, hijos mios; Dios que con mi muerte os priva de la asistencia que yo os debia, la suple con la suya, y caracteriza su vocacion. Le transmite con los derechos de padre los afanes de este sagrado título; pero á vosotros os impone tambien obediencia, amor y respeto. Obedecedle pues hijos mios; miradle como vuestro Ángel tutelar sobre la tierra, ó para decirlo mejor, como la imágen de Dios, pues va á ocupar su lugar, y hablaros en su nombre.

Venid pues, hijos queridos, añadió poniéndose en pie, venid y abrazad á vuestro tierno padre, ven, Felix mio; ven, amado Paulino, venid y dexadme gozar de este último y dulce momento que todavia concede el cielo á mi ternura. Mi dolor fuera inconsolable, si no le templara la esperanza de que un dia nos juntaremos en el cielo. Bendigo mil veces al Señor de haberme dado dos hijos excelentes que han sido todo el consuelo de mi vida, y que un dia vendrán á entonar conmigo las alabanzas de nuestro Criador. Que la inmensa y paternal magestad divina os cubra con sus alas

protectoras, y que su infinito amor vele sobre vosotros, para conservar la pureza de vuestro corazon. ¡Dios de misericordia! arrancadles la vida ántes que se altere su inocencia.

Despues viniendo á mí con cada uno de sus hijos por la mano, y haciendo el ademan de arrojarlos entre mis brazos, con voz mas esforzada me dixo: Mariano, ve aquí tus hijos. Hijos, ved aquí vuestro padre. Yo atónito, confuso y anegado en mi llanto no podia articular palabra, ni pude atinar á otra cosa que arrojarme á sus pies. Sus hijos hiciéron lo mismo, y todos le abrazábamos las rodillas. Él nos enlazaba entre sus brazos, y decia: Mariano, recíbelos en nombre de Dios. No te separes nunca de ellos; que la muerte sola pueda dividiros. Dame esta palabra; yo la necesito para morir tranquilo.

Esta situacion era terrible, no habia corazon para poderla resistir; pero lo que mas me afligia era, que impresiones tan vivas, y de sensibilidad tan extremada no podian dexar de conmoverle demasiado, y apresurar quizá los insultos de su mal. Así haciendo un esfuerzo me levanté, y á pesar de mi llanto procuré dar fuerza á mi voz, y le dixe: Sí, amigo, yo te lo prometo. Nunca ni nada podrá separarme de tus hijos. Yo les consagro en nombre de ese Dios que me los envia por tu mano, hasta el postrer aliento de mi vida; pero ahora cuida de la tuya. Estos movimientos tan vivos pueden serte perjudiciales. Tú debes á Dios, á nosotros, y á tí mismo no apresurar el momento de la providencia. Y tomándole por la mano, le llevé á su asiento.

Despues que procuró calmar la agitacion de su espíritu con algunos minutos de reposo, se volvió hácia nosotros, y con tono ya sosegado y apacible nos dixo: Yo necesitaba de esta efusion de mi alma, para desahogar mi corazon, y asegurar mis inquietudes; pero ahora que la naturaleza y el amor paternal se han satisfecho, ahora que la única duda que me afligia, se ha disipado, ya no me queda que desear, y voy á aguardar tranquilo la hora del Señor. Volviéndose á sus hijos, los hizo poner entre sus brazos, los besó con ternura, y con una voz dulce y sosegada les dixo: Hijos mios, hijos que Dios me ha dado en su misericordia, grabad bien en vuestro corazon los últimos consejos que os da un padre que os ama tiernamente, y que va á morir.

Yo tengo hecho mi testamento, y en él os instituyo mis herederos por partes iguales. Vos sois igualmente dignos, vos me habeis amado y obedecido igualmente, y no pudiera yo sin injusticia preferir á ninguno. No aspireis á ser mas ricos; ya lo sois bastante, y si lo fuerais ménos, quizá quedariais mejor. La mayor riqueza es la moderacion; pero pues Dios os ha dado estos bienes, contentaos con ellos, haced buen uso, y procurad solamente conservarlos y cultivarlos, para poder hacer mas bien.

Seguid el destino ó la vocacion que el Señor os inspire; pero si su providencia no se explica con señales particulares que vuestro corazon entienda, tened por cierto, que ya os ha descubierto su voluntad con el nacimiento que os dió, y las circunstancias en que os ha

puesto. Estimad la vida del campo, y preferidla, porque es la mas simple, la mas conforme á la naturaleza y á los designios de Dios, y la que os puede alejar ménos de los caminos del cielo: léjos de la ambicion, del fausto, y de lo que fomenta las pasiones, las costumbres son mas puras, los deseos ménos vivos, y los peligros no son tantos.

Amaos siempre sin que nada pueda alterar la union de vuestras almas. Si nuestra Religion nos manda amar á todos los hombres, si la naturaleza nos estimula á amar nuestros amigos, ¿quánto mas debemos amar á los que vienen destinados por el cielo para serlo? Dios y la naturaleza constituyen como amigos naturales á los parientes, y mucho mas á los hermanos. Y si hay muchos que no lo son, es porque las pasiones han superado y corrompido esta innata propension de los corazones. Pero en una Religion que toda es amor, en una Ley que conserva la paz y la union no solo entre los extraños sino tambien entre los enemigos, porque la caridad nos obliga á ceder á todos; ¿cómo es posible que ningun interes pueda separar á dos hermanos? Solo el vicio pudiera tener esta fuerza, y yo espero que jamas habitará este monstruo con vosotros.

Si vuestro corazon se inclina al matrimonio, escoged una muger modesta, dulce y educada con las máximas de la Religion. No la busqueis rica; vosotros sois bastante ricos para que ellas os deban su fortuna; y tratad de vivir todos juntos para sosteneros recíprocamente en los sucesos y adversidades de la vida, y para animaros unos á otros con el buen exemplo.

Esta casa es suficiente para todos. Que vuestro corazon escoja la muger digna y honesta con quien pueda entazar toda la cadena de sus dias ; pero que vuestro corazon no sea el único árbitro de la eleccion, sino que tambien consulte á la razon, que esta se conforme con la del otro hermano, y tambien con la del amigo que queda en mi lugar.

Aquí, hijos mios, interpelo todo el amor y cariño que me debeis, y si es necesario interpongo todo el respeto y autoridad de un padre para pediros y mandaros, que me deis ahora la palabra de que no tomareis ningun empeño indisoluble, ni dareis la mano á ninguna muger, sin que el otro hermano lo apruebe, y sin el consentimiento de Mariano. Sus dos hijos inundados en lágrimas se lo prometiéron, y mi amigo despues de haberlos abrazado de nuevo, sosegando aquel movimiento de sensibilidad, les volvió á decir:

Haced gloria de ser christianos. Estimad este título como el mas alto y glorioso de todos. En ningun caso, concurso ó circunstancia os avergonceis de seguir el Evangelio ; y tened presentes estas terribles palabras del Hombre-Dios : Yo no reconoceré delante de mi Padre al que no me reconociere delante de los hombres.

Sobre todo, hijos mios, amadle, amad al divino Jesus con todas las fuerzas de vuestro corazon, y para esto no necesitais de otra cosa que de conocerle bien. Leed y guardad continuamente su Evangelio. Leedle para adorar y amar á su divino autor. Meditadle para practicarle con mas exâctitud. Empapaos en todas sus máximas. Penetrad vuestro corazon de sus palabras y

de su espíritu para conformar á él todas vuestras acciones y discursos. Considerad toda la vida de Jesus, y tenedle presente siempre. Llevadle delante de los ojos, y en todas las ocasiones dudosas preguntaos á vos mismos ¿qué es lo que en este caso hubiera hecho Jesu Christo? Él mismo nos ha dicho: Que el que le sigue no anda en tinieblas.

Amadle pues quanto podeis amar. Amadle por sí mismo, y porque es el único objeto digno de vuestro amor. Amad despues todo lo que él amó, y porque nos lo manda. Quantas criaturas existen son suyas. Por eso debemos amarlas todas, pero amándole á él sobre todas ellas. No aborrezcais sino lo que él aborreció. Que esta vil pasion del ódio tan atrozmente tirana, que empieza por devorar al mismo que la tiene, no se introduzca jamas en vuestros pechos, sino contra los vicios, y nunca contra las personas; y tened presente que Jesu Christo quiso que su Religion se distinga y se caracterice por el recíproco amor de los christianos.

Despues de Jesu Christo lo que debeis amar mas es á su digna Madre, porque es lo que Jesu Christo ama mas. María fué escogida para tan alta dignidad como ser Madre de Dios, porque fué la mas perfecta de las criaturas que han salido y saldrán de sus divinas manos. Tambien la constituyó madre nuestra, y por eso debemos tener mucha confianza en su poderosa intercesion. Dirigidla todos los dias vuestros ruegos, y sabed que la esperanza que pongo en esta madre de misericordia, es en este momento el mayor consuelo de mis justos temores.

Escoged algunos Santos, segun os inspire la devocion, para que sean vuestros abogados en el cielo; pero en quanto á vuestros ángeles custodios no hay que escoger. Dios los escogió para vosotros. Estos son los tutelares y los amigos intimos que os dió. Vosotros les debeis mucha reverencia, y podeis dirigiros á ellos en vuestras necesidades con confianza. Yo os aconsejo tambien mucha devocion á San Joseph, esposo de María, que tiene títulos muy altos en el cielo.

No temais en esta vida mas que á Dios; porque él solo nos puede castigar con males que no tienen fin. Los hombres no pueden hacernos mal sino con su permiso. Los males que nos hacen son pasageros, y nosotros con la paciencia y el perdon podemos transformarlos en bienes.

La tierra es una mansion de destierro, un lugar de prueba, y un valle de lágrimas. Así tened por cierto que no os faltarán tribulaciones, tentaciones y congojas. Esta es la suerte de la condicion humana, y pena del pecado. Por otra parte Jesu Christo mismo anunció á la virtud que seria perseguida; pero tambien nos dexó en su Religion socorros con que nos podemos defender.

Por eso el que vive de la fe no teme mas que á Dios, y está preparado á todos los males que le pueden venir de los hombres. Si la persecucion que sufre es justa, la mira como pena de su culpa, y procura convertirla en expiacion. Considera que los hombres no son mas que instrumentos de que Dios en su misericordia se sirve para castigarle en esta vida. Le da gracias, ex-

cusa á los hombres, los perdona, pide por ellos, y procura aplacar al autor de la justicia.

Si la persecucion es injusta, compadece á los malvados, se acuerda de sus propios errores, y ruega á Dios que los alumbre como á él en su ceguedad. Piensa que Dios le prueba, y esfuerza su fidelidad, para aprovecharse de sus frutos.

Las tribulaciones no le abaten, porque sabe que no pueden ser mas que momentáneas y leves; que producen un peso inmenso de su gloria, y que las mayores no tienen proporcion con los premios inmortales que le aguardan.

Las tentaciones no le turban, porque sabe que Dios es fiel, y que nos envia los socorros proporcionados á los peligros. En sus necesidades temporales no se inquieta. Despues de hacer todo lo que la prudencia le aconseja, se abandona confiado á la providencia de un Padre tan amante como magnífico, cuya atencion se extiende hasta el mas débil paxarillo.

En sus dudas recurre al Evangelio, levanta los ojos con recta intencion á Jesus su modelo, y recibe toda la luz que necesita para decidirse sin temor. La muerte no le asusta, porque sabe que es el término de la prueba, el principio de una vida que no se acaba, y que con ella empieza el dia eterno que no tiene noche. Así despues de haber vivido con la esperanza en la tierra, vuela feliz á la patria de la inmortalidad.

Vuelvo á encargaros, hijos mios, que vuestra mas continua y mas aplicada lectura sea la del Evangelio. Reunid en vuestro espíritu el compendio de su doc-

trina celestial, y vereis que sus máximas son las mas proporcionadas á producir la paz, la concordia y la dulzura de la tierra; que su moral es el único que puede hacer felices á los hombres, y que quando no hubiera otra vida, seria menester practicarle para ser dichosos en esta.

Estudiad bien vuestra Religion, y procurad concebir y grabar en vuestro espíritu el magnífico plan con que la estableció Dios, y que él solo podia concebir para hacerse conocer de los hombres. Abrazadle en toda su grandeza y extension en quanto vuestra capacidad pueda alcanzar, y por poco que podais entrever, admirareis un edificio inmenso y grandioso, que se corresponde con la mas armoniosa proporcion en todas sus partes, y que es de una naturaleza muy superior á todas las concepciones humanas. Vos vereis que tan elevada y sublime claridad no puede descender mas que del Padre de las luces.

La vista de un objeto tan divino os producirá la admiracion mas asombrosa, el respeto mas profundo, y la mas reverente adoracion á su autor incomparable. Ella os abrasará el corazon de amor, viendo lo que un Dios ha hecho por los hombres; ella os hará estimar la dignidad augusta de christianos; ella os inflamará en la dulce satisfaccion y en la justa gratitud de haber sido escogidos para tan alto título; y ella os hará despreciar los bienes caducos de la tierra quando los compareis con los que os aguardan en el cielo.

En fin, hijos mios, acordaos de mí para pedir á Dios que perdone mis largos desvaríos. Amaos mucho;

amad á todos los hombres. Tened lástima de los débiles y de los malvados, que se dexan gobernar por sus pasiones, y mas de los ciegos voluntarios que cierran los ojos á las luces victoriosas de la fe. Huid de su compañía mas que se huye de un contagio, á ménos que no tengais esperanza de hacerles ver la luz. Sed dulces, indulgentes y afables con todos. Estimad la pobreza, socorred á los pobres, y no olvideis jamas que vuestro padre no pudo ser feliz hasta que se arrojó en los brazos de la Religion.

Desde que mi amigo acabó de hablar, sus hijos se pusiéron de rodillas, le besáron las manos, le prometiéron que no olvidarian sus consejos, y que esperaban con el socorro del cielo observarlos con exâctitud. Su padre enternecido los recibió en sus brazos, y les dixo, que uno de sus mayores consuelos era morir con la idea de que dexaba en el mundo dos pedazos de su corazon, que serian un dia dos adoradores eternos del Dios que habita en el empíreo, y que presto nos veriamos todos reunidos en su divino seno.

Yo temí que este movimiento produxese una nueva conmocion, y procuré cortarla, diciendo: Que yo respondia de mis jóvenes amigos; pero que no debiamos excitar mas nuestra comun sensibilidad, sino consolarnos todos con la idea de que se hacia la voluntad de Dios. Quando yo decia esto entráron el Cura y el Médico. Mi Amigo les propuso se quedasen con nosotros todo el dia. Ambos conviniéron, y lo pasamos todos en conversaciones tiernas y edificantes. Mi amigo hizo discursos tan sublimes sobre la magestad del Chris-

tianismo, y sobre la bondad de Dios, que nos encendian y arrebataban; pero nada podia igualar á la caudalosa eloqüencia y al sublime entusiasmo con que nos hablaba de sus próximas esperanzas de ir á verle cara á cara, de gozar de sus perfecciones, y de alabar eternamente su misericordia.

Quando llegó la hora de recogerse, el Cura y el Médico querian velar toda la noche. Mi Amigo no lo consintió; y en efecto, no aparecia peligro; pero el Médico insistió, y fué preciso darle una cama en un quarto inmediato. Yo le forcé á que se acostara, y llevé á mis dos discípulos para que hicieran lo mismo; pero yo que hacia acostar á los demas no quise hacerlo sin haber tomado las precauciones posibles. Así me quedé por allí cerca para ver si el enfermo necesitaba de algun socorro; pero viendo que ya eran las quatro de la mañana, y que mi Amigo dormia con un sueño tranquilo y natural, me pareció ir á tomar algun reposo, dexando un criado en mi lugar.

Quál fué mi sorpresa quando hallé á mis dos discípulos, que yo creia acostados y dormidos al rededor de una mesa que estaban escribiendo, y preguntándoles lo que hacian, me respondiéron, que no pudiendo dormir, se habian levantado para poner por escrito los consejos de su padre para no olvidarlos. Yo los abracé con ternura, y les dixe, que esta solicitud era un seguro garante de que los sabrian observar. En efecto, cada uno habia escrito por su lado, y de las dos copias he formado el extracto que te he referido. Yo estaba tan turbado, tan fuera de mí, que no hubiera podido hacerlo por mí mismo.

Con esta conversacion, y con la confrontacion de los dos escritos se nos pasó la noche, y aunque yo procuré persuadirles que entónces se fueran á acostar, Felix me dixo con semblante muy afligido: Pero, mi buen amigo, (este era el nombre que me daban) mi padre no nos ha echado hasta ahora su santa bendicion. ¿Cómo que no? le dixe yo: No tienes mas que leer tu propio escrito, y verás como implora á Dios para que os proteja y mantenga en su gracia. Sí, me respondió, pero esas eran oraciones que hacia por nosotros, y no bendicion.

¿Qué entiendes por bendicion? le pregunté yo; y él me respondió: Yo entiendo lo que todo el mundo entiende, que nosotros nos pongamos de rodillas, y que mi padre haga la cruz sobre nosotros, diciéndonos: Hijos mios, Dios os bendiga, y yo os bendigo en su nombre. Quise persuadirle que ya habia dicho eso y mucho mas; pero ni uno ni otro quedáron satisfechos, y por mas que me esforzaba á persuadirles que ya todo estaba hecho, y que era inútil renovarle á su padre estos movimientos de sensibilidad, siempre me volvian á repetir: ¡Qué desconsuelo para toda nuestra vida ver que mi padre ha tenido el tiempo y la voluntad de echarnos su bendicion, y que nos hemos quedado sin ella!

Yo admiraba su buen natural, y hubiera querido darles satisfaccion tan fácil; pero temia volver á despertar las vivas conmociones de su padre, y despues de alguna meditacion les presenté este motivo con seriedad. Si esto puede ser perjudicial, dixo Félix, es preciso no pensar mas en ello; pero es mucha desgracia, añadió suspirando, que ayer que lo podia hacer sin

inconveniente, no lo haya hecho: en fin no hablemos mas. Yo vi que á pesar de todas mis persuasiones siempre les quedaba este escozor; así les dixe: Hijos, id á acostaros por ahora, tomad algun reposo, y yo veré si esto puede executarse sin riesgo de vuestro padre. Ellos se fuéron á la cama, y yo daba gracias á Dios de verles sentimientos tan tiernos y christianos.

Quando supe que mi amigo estaba despierto fuí á su quarto, y ya encontré al Médico. Le hallamos muy tranquilo, y nos dixo que habia pasado buena noche, que no sentia nada que le incomodase, que si no fuera por los insultos que le habian acometido, creyera que nunca habia estado mejor; pero que aquellos parasismos eran indicios ciertos de su riesgo. Entónces le conté mi sorpresa de haber encontrado á sus hijos enmedio de la noche, fixando en el papel sus consejos, para no olvidarlos, y le leí el escrito de cada uno.

Mi amigo se enterneció admirando su feliz memoria, y pidió á Dios que cultivase tan buenas disposiciones. Viéndole en tan buen estado le dixe: Yo pudiera decirte otra cosa que debiera consolarte mas; pero temo la ternura de tu sensible corazon, que debe estar fatigado con tan repetidas conmociones. Él me protextó, que del modo que se sentia no habia que temer, y que todo lo que podia decirle solo podria hacerle levantar su corazon á Dios para darle nuevas gracias. Al fin le conté nuestra conversacion, y el desconsuelo de sus hijos, porque no les habia dado la última bendicion, haciendo la señal de la Cruz sobre ellos.

El candor y la simplicidad de la inocencia de sus hi-

jos hizo sonreir á mi amigo; pero al instante y con un ardor presuroso me dixo: Mariano, es menester satisfacerlos. Anda y traemelos presto. Mi mano repetirá lo que mi corazon ha hecho tantas veces. El Médico se opuso con la razon de que este seria un nuevo motivo de agitarle, y que tantas y tan violentas sacudidas podian degenerar en convulsiones. Yo era del mismo parecer; pero mi Amigo insistió diciendo, que él sabria moderarse, y que seria muy inhumano dexar á sus hijos privados de tan fácil consuelo, quando ellos ponian en esto tanta importancia.

Al fin nos rendimos; pero yo dixe que era menester esperar á que despertasen, que no habian dormido toda la noche, y quedó así resuelto. Mi Amigo se vistió, se puso en su asiento ordinario, y poco despues llegó nuestro vigilante Cura, que se consoló mucho viéndole en tan buen estado. Yo confieso que á pesar de lo que me habia dicho el Médico, y de lo que yo mismo habia visto, no dexaba de tener tambien una cierta esperanza secreta. Me parecia que Dios querria quizá dexarle todavia algun tiempo en la tierra para el bien de sus hijos, el de aquel pueblo y el consuelo de todos.

Mi Amigo no nos hablaba mas que de sus esperanzas, que siempre creia muy inmediatas, de la grandeza de Dios, de la extension de sus misericordias, y de la felicidad de que gozan los Bienaventurados con su vista; y se explicaba con tanto ardor, con un entusiasmo tan noble y fervoroso, que nos parecia un hombre iluminado. Habia muchos dias que mi Amigo no hablaba otra cosa que del cielo, y de lo que podia alimentar el fuego de

sus esperanzas, y siempre con ardor, viveza y dignidad; pero en aquel momento parecia excederse á sí mismo, y estar penetrado de un espíritu divino que le inflamaba, y le sacaba de la esfera de humano.

Era un torrente caudaloso de magestuosa eloqüencia, en que corrian con fuerza y dignidad las saludables aguas de las delicias celestiales, y como si las dirigiera un impulso de órden superior, penetraba nuestras almas del ardor sobre natural que conducian. Parecia que hacia transformar nuestras inteligencias en substancias mas elevadas, y que hacia circular en nuestras venas algunas emanaciones de la vida divina.

Todo habia tomado en él un carácter, una grandeza, una actividad que parecian exceder las facultades humanas. Su tono, sus miradas, su gesto, la rapidez y magestad de sus palabras, en fin todo lo que salia de su alma se nos presentaba con un aspecto sobre natural. No nos atreviamos á respirar para no perder nada. Nosotros le escuchábamos absortos y embriagados, y como si quisiéramos introducir en nuestros corazones toda el alma de este hombre incomparable para que se comunicase con la nuestra.

Al oirle discursos tan altos y sublimes pronunciados con tanta facilidad, y animados con tan enérgica expresion, se podia imaginar que ya casi bebia en el seno mismo de la soberana verdad la doctrina de la santa Religion y su fuerza; que quando nos hablaba de la felicidad de los Bienaventurados, ya tenia en su interior la vista de su gloria, y que ya brillaba á sus ojos toda la inmensidad de sus eternos resplandores.

Pero quando escuchábamos atónitos y enardecidos discursos tan sublimes, se me avisó que Felix y Paulino estaban ya vestidos. Su padre me pidió que los hiciese venir, y yo salí á conducirlos. El Cura me ha contado despues que mi Amigo al instante fixó la vista en un crucifixo que tenia enfrente, y que se quedó algun tiempo profundamente recogido; pero quando sintió que sus hijos se acercaban, se incorporó en su asiento; que le pareció que su alma estaba llena de Dios, y que sus ojos resplandecian con luces sobrenaturales y celestes. Mil veces me ha repetido que esta transformacion fué tan sensible que le inspiró un sentimiento de veneracion y asombro, y que no pudo sacudirse de una especie de terror sagrado y religioso.

Desde que vió á sus hijos, se adelantó para recibirlos en sus brazos, y con una mezcla de dignidad y de amor que no se puede describir, les dixo con un acento blando y afectuoso: Venid, hijos mios; venid, hijos tiernos de mi corazon: que nuestros Ángeles nos asistan, que nuestros celestiales Abogados nos ayuden, que la grande Madre de los christianos sea nuestra protectora en este lance, y que todos los Bienaventurados intercedan para que el Dios de las misericordias escuche desde la altura de su trono la indigna voz de un padre penitente, que le pide por última gracia el que se digne de acompañar con su bendicion la que va á dar á sus humildes y respetuosos hijos.

Entónces estos se arrojáron á sus pies, mi amigo levanta los brazos al cielo, y nosotros sorprehendidos de la solemnidad que daba á esta ceremonia, arrebatados con

el tono inflamado de su voz, y con la elevada dignidad que daba á un acto tan tierno la circunspecta magestad de la Religion, por un movimiento involuntario nos pusimos tambien de rodillas. Yo sentí que se me erizaban los cabellos, que la sangre corria con ímpetu por mis venas, y al mismo tiempo noté una sensacion extraordinaria de espíritu. No podia saciarme de ver en aquel momento un mortal tan superior á todos los demas, y aun á sí mismo: me figuraba verle como cercado de una luz celestial. Sus ecos resonaban en mi corazon, y le penetraban de una especie de culto. Me parecia que el espíritu de Dios estaba entre nosotros, y que inflamaba nuestras almas; en fin que estábamos fuera de la tierra, y en una esfera superior que nos acercaba á las mansiones celestiales.

Mi Amigo levantando los ojos, y con aquella reverente uncion que acompaña al ruego religioso dixo: Dios de las misericordias, Dios que con una bondad infatigable á pesar de mis largos errores, te has dignado de vencer á mi perverso corazon hasta volverle al seno de tu Iglesia; tú que le has alumbrado con tus santas verdades, que le has hecho participar de tus divinos dones, y le haces morir en los brazos de tu Religion con el consuelo de la esperanza christiana, ¿cómo no recibirás propicio dos jóvenes corazones que por una conseqüencia de las misericordias que has usado conmigo estan instruidos de la verdad de tu fe, y desean vivir en el culto que nos has revelado, y que es el único digno de tu santidad?

Yo te presento, Señor, estos dos discípulos de tu

Christo, que le reconocen por su Dios, que desean seguir su divina Ley, y conformar su vida con las santas máximas de su Evangelio. Yo imploro este mismo Mediador que nos diste para que nuestra baxeza pueda subir con él hasta la altura de tu gloria. Yo interpelo á este Pontífice sagrado que nos constituyó tu bondad, para que puedan serte aceptables nuestros ruegos, á fin de que lleve los mios á tu inaccesible trono, y que por sus méritos infinitos derrames sobre ellos todas las bendiciones de tu gracia.

Protégelos, Señor, socórrelos con tus luces, hazlos fuertes con tu fuerza, y santos con tu santidad: que jamas se separen de tu santa esposa, de nuestra madre la Iglesia, que tú estableciste con tu sangre; que jamas se desvien de tu ley. Conservalos, Señor, en su inocencia para que quando llegue el dia que les tienes señalado, vengan á cantar tu gloria en la misma mansion que tu misericordia concederá á mi arrepentimiento. Y entre tanto, Dios mio, si el que vive contigo puede descender á la tierra, yo los rodearé con mi espíritu, yo volaré sobre ellos para que ninguna criatura ni prosperidad humana los distraiga un instante del incesante amor que te deben: á lo ménos, Señor, te pediré sin interrupcion que los socorras con los auxilios de tu gracia.

Ahora, Señor, ahora, Padre nuestro que estás en los cielos, dígnate de abrir tu seno paternal, y acoger en tu infinito abismo de misericordia el último oficio que un padre mortal puede dar á dos hijos que le confió tu providencia. Hijos, usando de todos los

derechos que me dió el cielo, quando me dió la calidad de vuestro padre, y con todo el amor que debo á vuestros tiernos y christianos deseos, escuchad la bendicion que voy á daros en nombre de nuestro Dios, y de su individua y adorable Trinidad; y haciendo una cruz sobre cada uno añadió: Felix, yo te bendigo: Paulino, yo te bendigo; y el Dios de las misericordias que nos ve, y escucha el gemido de nuestros corazones, derrame las suyas sobre todos nosotros.

Todos estábamos inundados en llanto, y mi Amigo tambien; pero fué menester dexar que le abrazasen sus hijos, que colgados de su cuello le daban gracias con una ternura que derretia nuestros corazones. En fin despues de haber dado algun tiempo al desahogo de todos, le procuramos sosegar diciendo, que ya no debiamos tratar de las cosas de la tierra, sino poner nuestra conversacion en el cielo. Yo para evitar todo motivo de nueva agitacion propuse alguna lectura, y mi Amigo me pidió que leyese otra vez un discurso que habiamos leido poco ántes sobre la alegría que hay en el cielo por la conversion de un pecador.

Ocho dias mas vivió con nosotros este hombre extraordinario, dándonos siempre nuevas instrucciones y excelentes exemplos. Jamas se desmintiéron ni su moderacion ni su paciencia; jamas le hiciéron ilusion nuestras esperanzas, y quando nos queriamos lisonjear con el retardo de un ataque nuevo, se sonreía como burlándose de nuestras conjeturas. No creo que sea posible caminar á la muerte con tanta alegría; pero en

fin Dios quiso premiar su virtud, y corresponder á su confianza.

Una noche que todos dormiamos, un criado que le velaba nos vino á advertir, que el insulto le habia repetido. Yo volé con sus hijos; pero ya le encontrámos sin sentido. Hice llamar al Médico y al Cura. Todos esperábamos que este parasismo pasara como los otros, y aun el Médico hizo preparar una bebida; pero nuestra afliccion creció quando vimos que este letargo duraba mas que ninguno.

Al fin despues de mas de cinco horas abrió los ojos. Felix corrió con la bebida preparada; pero él con un semblante risueño le dixo: Hijo mio, ya no necesito mas que de Dios. Tendió la vista por todos lados, y viendo á los que estábamos al rededor, nos dixo: Amigos, Dios me llama; rogad por mí. Besó el crucifixo que tenia en la mano, le puso sobre su pecho, le estrechó entre sus brazos, y volvió á caer en su letargo.

Nosotros esperábamos que pudiese recobrar el sentido, pero ¡ay! aquel era el último, pues el Médico que se acercó á observarle, nos dixo algun tiempo despues, que ya estaba en la presencia de Dios. Todos nos consternamos con declaracion tan terrible, como si no estuviéramos preparados. Volamos á él, y ya le vimos sin señal de vida. Nos pusimos de rodillas por uno y otro lado de su lecho, y besándole con reverencia las dos manos, las inundamos con nuestro tierno llanto. El Cura alzando los ojos y la voz, exclamó: Mortal querido de Dios, vaso grande de su misericordia, si ya estás

24.
Volamos á él y ya le vimos sin señal de vida.

como piadosamente creo, en el seno de su bondad Divina, no te olvides de los infelices mortales que habitan todavia en esta tierra desdichada.

Sus dos hijos y los demas criados no podian contener el ímpetu de sus congojas y sollozos, y con sus angustias y alaridos gritaban al cielo: ¡Ó Dios de bondad! recibe favorable en tu piadoso seno al mejor y mas amable de los padres, al mas dulce y mas justo de los amos, al mas benéfico de los hombres, y á una viva imágen tuya en la tierra. Yo creí que era prudente dexar desahogar algunos instantes á tantos afligidos corazones; pero deseando calmar tanta agitacion, y que se diese lugar á la resignacion y constancia de christianos, pedí al Cura y al Médico que llevasen los hijos á nuestro quarto, y los procurasen consolar, miéntras yo daba las órdenes necesarias.

Antonio, yo no emprehenderé contarte ni lo que pasó en la dolorosa funcion de su entierro, ni la pena y las lágrimas de aquel pueblo que le debia su instruccion y su felicidad; solo te diré, que aunque mi amigo habia mandado que se le enterrase en el cementerio como á todos, sin distincion alguna, sus hijos quisiéron absolutamente que las cenizas de su padre se depositasen separadas; y para conciliar la modestia del difunto con el justo deseo del amor filial, el Cura y yo consentimos en que se pusiese en una caxa de plomo, y que ésta se colocase en la capilla rústicamente revestida de cal y piedra, y sin mas inscripcion que esta: *Á su Padre = Felix y Paulino.*

Tampoco te referiré los muchos y extraordinarios actos de virtudes públicas y privadas de que á su pesar fuimos testigos, y de otros que con este motivo se han

publicado, y que ignorábamos nosotros mismos. Se pudiera hacer un volúmen, y yo no puedo mas. Demasiado ha refrescado mi corazon sus llagas dolorosas. La poderosa mano del tiempo no bastará para curarlas, y solo puede hacerlo la omnipotente mano de un Dios consolador. Á Dios, Antonio mio, á Dios.

INDICE

DEL TOMO QUARTO.

A

Abastos de carnes, cómo se harán con utilidad del público y de la agricultura, pág. 156 y sig.

Aceyte. Es símbolo misterioso de los mas elevados exercicios de la Religion, 342 y sig.

Adoraciones. Si no nos compadecemos de los pobres, son abominables á los ojos de Dios, 19.

Agricultura. Su atraso de dónde nace, 92, 99.

Todo pais donde no florezca, será desdichado, 146 y sig.

Se reduce á principios simples, 154.

Algebra. Su estudio es utilísimo, 118.

Ambicion. El corrompido moral del mundo llama á la soberbia ambicion honrada, 90.

Quán contraria es al espíritu del christianismo, y perniciosa aun á la misma Sociedad, 91 y sig.

Por qué tiene entrada en el corazon de un grande, 95 y sig.

Artes. Medio de fomentarlas, 99 y sig.

Su fomento es gran limosna, 195 y sig.

Arreglo. Es de extrañar que en el que hace un Christiano de sus rentas, no destine alguna parte para los pobres, destinando como destina alguna para mulas y criados, 31.

Ascension de Jesu Christo. Su gran credibilidad, 62.

B

Baldíos. No son útiles para los pastos, y son perjudiciales á la agricultura, 158 y sig.

Bautismo. Su excelencia, 275 y sig.

Bayle. En sus escritos esparció las semillas del Pyrronismo, 286.

Bergier. Fué uno de los sábios escritores contra Voltaire, 306.

Boile (Roberto) Ingles. El premio que á su costa ofreció, produxo admirables escritos á favor de la Religion, 320.

C

Caridad Christiana. Excede mucho á la humanidad filosófica, 6, 21.

Catecismo del Concilio de Trento alabado, 318.

Cementerios. Dónde se deben construir, y qué árboles conviene plantar en ellos, 348 y sig.

Son el lugar mas propio para meditar sobre la eternidad, 353 y sig.

Ciencias. Las ciencias prácticas son las mas acomodadas á la capacidad de los niños, 109.

Es de admirar que teniendo todas las ciencias sus cátedras, no se haya establecido una para la Religion, 320.

Ciudades. La fundacion de las ciudades populosas fué un efecto de la necesidad de defensa, ó de la ambicion, 98 y sig.

Cofradía. Seria utilísima la erecion de una consagrada al servicio de los pobres, 205.

Comunion Sacramental. La primera hasta qué punto se debe retardar, 279.

Condiciones útiles así á los propietarios como á los labradores, 166.

Confianza en la misericordia de Dios. Conviene mucho fomentarla, y cómo se fomenta, 333 y sig.

Corazon del hombre. Solo Jesu Christo ha sabido moverle por interes á ser misericordioso con los pobres, 22 y sig.

Cosechas. Por quatro causas se malogran en España, 148.

Costumbres. Tienen el primer lugar despues de la fe en la educacion christiana, 196 y sig.

D

Daños que se originan de no arar profundamente la tierra, 148 y sig.

Daños que causa al estado el pasarse los labradores á vivir en las ciudades, 92, 99.

Decencia del estado. Se equivoca con el luxo y orgullo, 29 y sig.

Defectos que se observan en los hospitales, 197 y sig.

Dehesas. Su poca útilidad, y graves daños para la agricultura, 158 y sig.

Dibuxo. Utilidad de esta arte, 123.

Dios. Ha puesto á los pobres baxo la tutela y proteccion de los ricos, 34.

Doctrina. Quánto se descuida su enseñanza, 105, 266 y sig.

E

Educacion. Plan de educacion de un rico, 102.
Efectos que produce la pasion del juego, 40 y sig.
Enfermos. Rehusan ir á los hospitales; por qué, 200 y sig.
Distraerlos de la idea de la muerte es efecto ó de una fria amistad, ó de una fe muy débil, 345.
Escritura sagrada. Toda la antigua y nueva respira amor y aprecio de la pobreza, 11 y sig.
España. Podria aumentarse diez veces mas el número de sus pobladores, 151.
Medio para aumentar su poblacion, 191.
Espíritu del Evangelio sobre el buen uso de las riquezas, 31 y sig.
Establecimiento. En el de los ricos por lo comun se tienen miras opuestas al espíritu de la Religion, 29 y sig.
Estado infeliz de un jugador, 40 y sig.
En qualquier estado puede el hombre ser virtuoso, 96.
La desolacion de un estado es un efecto de la ambicion, 97.
Estudios. Deben empezar por las ciencias mas necesarias, 114.
Cómo se hará sin fatiga ninguna, ántes con mucho recreo y gusto, el de la naturaleza, 120.
Extrema-Uncion. No solo es útil para la salud del alma, sino que muchas veces lo es para la del cuerpo, 344.

F

Falta de cosechas en España, de dónde nace, 151.
Fe. Conviene mucho aprender junto con las verdades de la fe, los fundamentos de ella, 105 y sig.
Los incrédulos jamas se han atrevido á atacarla por sus fundamentos ó motivos de credibilidad, 59 y sig.
Federico, Rey de Prusia, tuvo que echar de su Corte y estados á Voltaire, 294.
Filosofía. El sistema de la falsa filosofía es un sistema de inhumanidad, 23.
Filósofos incrédulos. Quán despreciables son sus escritos, 59 y sig.
Fundamento de la pública felicidad: el primero y mas importante es la agricultura, 151 y sig.

G

Ganaderos abastecedores, son perjudiciales á la agricultura, 155 y sig.
Geometría. Importancia de su estudio, 118.
Ginebra. Con ser tan libre y pervertida temió y dudó si admitiria por vecino á Voltaire, 294 y sig.
Gracia de Dios. La mejor señal de tenerla es el exercicio de las virtudes, 333.
Grandes del mundo. Entre ellos solia observar Jesu Christo un profundo silencio, 15 y sig.
No cumplen dando poco á los pobres, 35.
La obediencia á su Rey, no la ambicion debe obli-

garlos á aceptar los empleos del estado, 96.

H

Hacendado. Le seria de grande utilidad saber de dibuxo, 123 y sig.

Heroes del gran dia del Señor son los pobres, 21.

Hijos de Grandes. El primer objeto que se debe tener en su educacion, 94 y sig.

Historia. Quándo se debe estudiar, 113 y sig.

Historia de la Religion. Su grande utilidad y ventajas, 105.

Historiadores profanos. Sus defectos, 125.

Hombre. Quánto le importa contentarse con su suerte, 90 y sig.

No le basta su razon natural para vivir bien, 282 y sig.

Debe tener á gran gloria el ser Christiano, 377.

Hospitales. Son necesarios en las Cortes y Ciudades muy populosas, 197 y sig.

I

Iglesias. Convendria el no enterrar en ellas los muertos, 348.

Ignorancia. Es muy grande la que se tiene de la Religion, 269 y sig.

Incredulidad. Contra este monstruo se debian pertrechar los Fieles con un nuevo Catecismo, 316 y sig.

Incrédulos. Si tienen algun sentimiento de humanidad, es porque á su pesar conservan las ideas de la Religion, 5.

Su necedad en no creer los misterios de nuestra fe, 62.

No merecen el nombre de Filósofos, 284.
Ingleses. Son los mejores labradores de la Europa, 180.
Insensible. El que lo es á las miserias de los pobres, desdice de Christiano, 19.
Instituciones sociales. Las que se oponen á la agricultura, hacen violencia á la naturaleza, 981.

J

Jesu Christo. Ha sido el primero que ha enseñado al hombre en qué consiste su verdadera felicidad, 9 y sig.
Con los pobres se hallaba mejor que con los ricos, 15.
Quán digno es de nuestro amor, 377 y sig.
Jóvenes ricos. Quántos obstáculos tienen para vivir christianamente, 36 y sig.
Juego. Cómo y quándo es lícito, 39 y sig.
Junta del bien público, 205.

L

Labradores. Daños que se originan de dexar el cultivo de sus campos, y meterse á vivir en las Ciudades, 92.
Señálase la causa de su floxedad y abandono, 147.
Ventajas en tener su casa en el campo, 168 y sig.
Lágrimas. Las de un corazon confiado en la misericordia de Dios, son lágrimas dulces, 335.
Lengua latina. Su utilidad, y quándo debe comenzar su estudio, 117.
Lengua nativa. Se debe estudiar, 103.
Libros. Necedad y perversidad de los libros de Voltaire

y Rouseau, 58, 298 y sig.
Por qué han hecho tanto daño, 306, 309 y sig.
Limosnas. Es necesario darlas con prudencia, 194.
Luxo. Nadie hasta Jesu Christo enseñó á los hombres á hacer sacrificio del luxo y comodidades de la vida, 10.
El luxo consume todas las rentas de los ricos, sin quedar nada para los pobres, 28 y sig.
Quántos males ocasiona, 37 y sig.

Males que nacen de la instruccion superficial de la Religion, 268 y sig.
Manía de mejorar la suerte, quán universal, y quán perniciosa es, 93.
María Santísima. Quán grande amor le debemos, 378 y sig.
Matemáticas. Qué utilidades produce en los niños su estudio, 111 y sig.
Metrópoli. Nada puede alterar tanto las intenciones de la naturaleza, como la institucion de una Metrópoli, 99.
Motivos. Los mas urgentes y persuasivos de amar y compadecerse de los pobres, sola nuestra Religion los descubre, 21.
Muerte. Los Christianos hallan en ella consuelo, los incrédulos amargo desengaño, 345 y sig.
Pensamientos provechosos para la hora de la muerte, 361 y sig.
La muerte no asusta al justo, 380.

Muger. Quál se debe escoger para esposa, 376 y sig.
Mundo. El mundo califica la soberbia con el nombre de ambicion honrada, 90.

N

Nacion. Medio sencillo para hacer revivir una Nacion en poco tiempo, 99 y sig.
Quándo se halla una Nacion en el colmo de su prosperidad, 178.
Naturaleza. Muéstrase liberal en todos sus terrenos, 98.
El estudio de la naturaleza, haciéndole como conviene, es de los mas dignos del hombre, 119.
Niños. Cómo se les ha de ir acostumbrando á obrar por razon, 108 y sig.
Nunca se deben perder de vista, 226 y sig.
Por el Bautismo que han recibido, quán acreedores son á una buena educacion, 275 y sig.

O

Objeciones. Voltaire no ha hecho mas que reproducir las que hiciéron contra la Religion los incrédulos de los primeros tiempos, olvidando las victoriosas respuestas á ellas de los Santos Padres, 298.
Ociosidad. Es vicio muy detestable, 194.
Oficios. De dónde proviene el atraso, 92.
Orgullo. Quánto ciega al hombre, 90.
Quánto le fomentan las ciencias de memoria, 113.
Origen. El de llamar á la Corte, y sacar de sus pueblos á los Señores, fué un pensamiento de buena política, 97 y sig.

P

Padres. Son indignos de este nombre los que no encaminan á sus hijos á la virtud, 107.

Persecuciones. Cómo las considera y lleva el varon justo, 379 y sig.

Plan de educacion de los ricos, 102 y sig.

Pobres. Mas que de los ricos esperan su alivio de los que lo pasan medianamente, 8.

Á los pobres debemos compasion, y cierta especie de reverencia y culto religioso, 17.

Son templo vivo de Dios, 139.

Mejor que el establecimiento de los hospitales, seria un nuevo establecimiento para que se curaran en sus casas, 201 y sig.

Poetas. En qué deberian emplearse, 125.

Prados artificiales. Su utilidad para la cria de ganados, 153.

Convendria que el gobierno los fomentase, 157. y sig.

El modo de hacerlos, 179.

Propietarios. Convendria mucho al estado que vivieran en sus tierras, 99 y sig.

La mas ventajosa condicion para ellos es asegurar en la posesion de las tierras al labrador, 165, 185 y sig.

Providencia ó sábia economía de Dios en hacer á unos ricos, y á otros pobres, 34 y sig.

R

Razon del hombre. Quán débil quedó despues del primer pecado, 282 y sig.

Religion christiana. En el desprecio del oro y prosperidades humanas descubre el carácter de su divinidad, 9.

Cómo considera los pobres, 18.

El estudio de la Religion debe ser el primer cuidado en la educacion, 105, 110, 308 y sig.

Notable descuido en enseñarla, 271 y sig.

Método útil para enseñarla, 323 y sig.

Resurreccion. Certeza grande de la de Jesu Christo, 61 y sig.

Retiro del mundo. Conduce mucho para andar el camino de la virtud, 88 y sig.

Ricos. Quán escasas son sus limosnas, 22.

El dar á los pobres lo que les sobra, es pagar lo que les deben, 32.

Defectos de su educacion, 95, 105, 115 y sig.

Debieran estudiar las lenguas nativa y latina, 103.

S

Sentencia. La de aprobacion y reprobacion, que pronunciará Jesu Christo en el dia del juicio, manifestará el amor grande que tiene á los pobres, 20.

Señores de lugares. Son como unos padres y tutores de ellos, 93 y sig.

Sistema de incredulidad. Con qué astuta maña se ha propagado, 286.

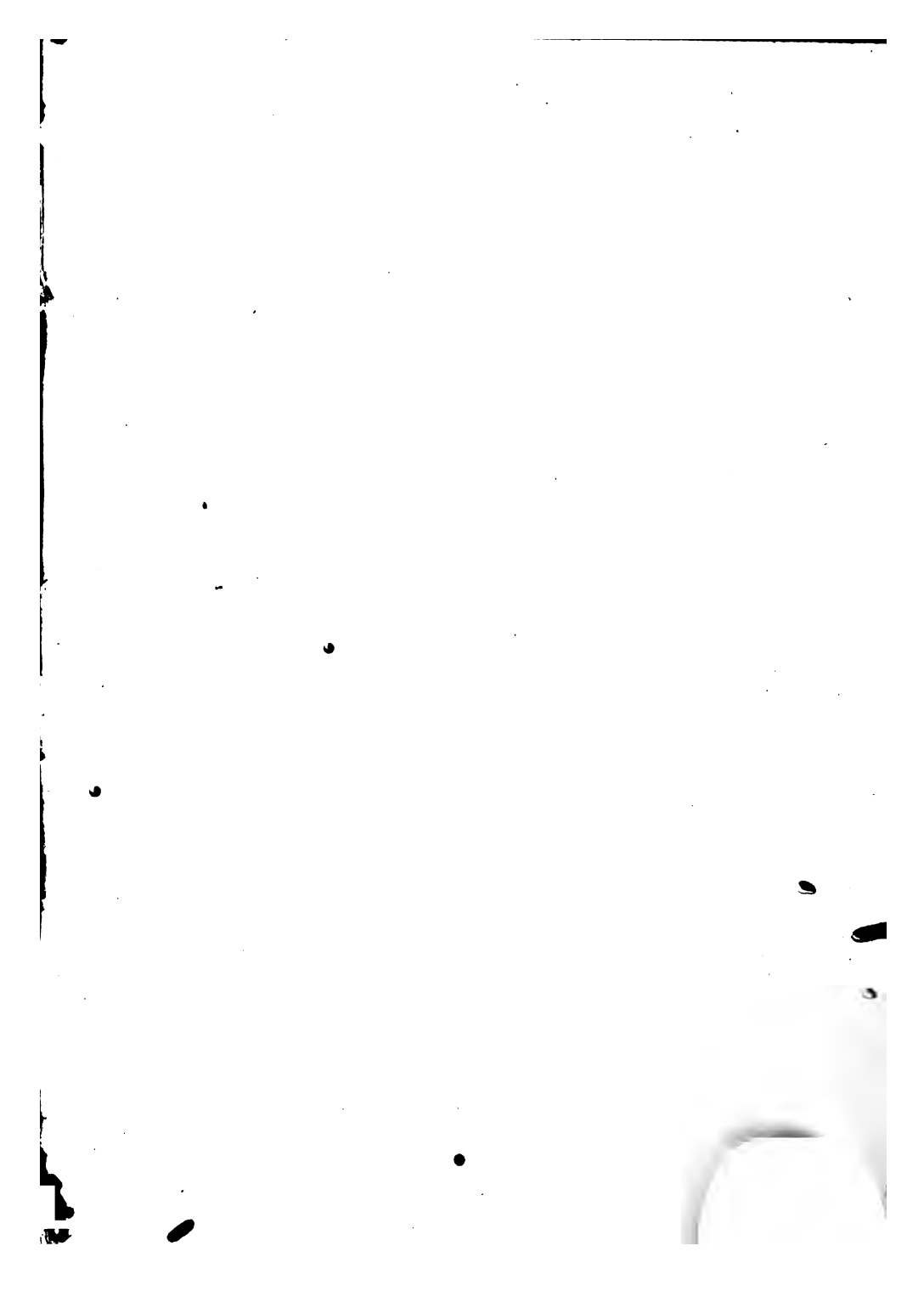
T

Temor. El de si Dios nos habrá perdonado, debe ir acompañado con la confianza en su misericordia, 333.
Tierra. Cómo se ha de dividir para el buen cultivo, 179 y sig.
Conviene mucho ararla profundamente, 148 y sig.
Trato. El que usó Christo con los pobres fué afabilísimo, 16.

U

Usa. El de las riquezas, quál debe ser, 31 y sig.

V

Verdades espirituales. Quáles son las que primero se deben enseñar á los niños, 109.
Vicios. Quán fácil entrada tienen en el corazon de los ricos, 36.
Vida del campo. Sus ventajas, 100 y sig.
La mejor parte de nuestra vida se nos pasa aprendiendo cosas inútiles, 268.
Virtudes. Dónde por lo comun se hallan, 14 y sig.
Voltaire. Sus vicios le hiciéron el mas pernicioso de los hombres, 289 y sig.
Sus escritos, 292, 295 y sig.
Descubren estos ó su mucha ignorancia, ó su mucha mala fe, 299.
Voltaire y Rousseau. Ambos, aunque en diferente manera, fuéron dos asesinos, 308.

NOTA. *Donde se ha impreso esta obra se hallará de venta; y asimismo otros dos tomos en quarto del mismo Autor, que se darán juntos ó separados, el uno titulado:* Poemas Christianos, en que se exponen con sencillez las verdades mas importantes de la Religion; y *el otro:* Salterio Español, ó Version Parafrástica de los Salmos de David, de los Cánticos de Moyses, de otros Cánticos y algunas Oraciones de la Iglesia.